

HASTA QUE
LLEGASTE TÚ

Sarah McAllen

A woman with long, wavy red hair is the central figure, standing in a sun-dappled forest. She is dressed in a medieval-style outfit consisting of a dark green vest over a light-colored, long-sleeved tunic. Her hair is styled in a large, intricate braid. She holds a wooden bow across her body with both hands, and a single arrow is pointed downwards. On her back, a dark quiver is visible, containing several arrows. The background is a soft-focus forest with green foliage and a warm, golden light filtering through the trees.

Hasta que llegaste tú

Sarah McAllen

*Porque tu alma pertenece al lugar
que te hace emocionar.
Sin duda mi alma pertenece a Escocia.*

Agradecimientos

Agradezco mis lectoras beta, por arroparme con su apoyo y ánimo.

Sobretudo agradeceré a las mujeres de mi vida.

A mi madre y a mi abuela, que me enseñaron a ser una mujer fuerte y combativa.

En la vida no basta con conformarse, hay que luchar por hacerte oír y poder ser libre de ser quien eres.

Este libro va dedicado a aquellas mujeres que alzaron la voz en un tiempo en que hacerlo era peligroso. No se conformaron con lo que la sociedad les dictaba y gracias a ellas, hoy día todas nosotras tenemos voz.

Gracias de corazón, guerreras.

Sarah McAllen

Capítulo 1

Escocia

Clan MacLeod, 1102

Habían sido demasiados años de guerra. Muchas familias habían muerto por aquella absurda enemistad por la conquista del territorio.

Todo se remontaba a la época de sus bisabuelos, cuando ambos aseguraban que el terreno que había junto al río, era de cada uno de ellos. Aquellos hombres que antaño habían sido buenos amigos, ahora se peleaban a muerte, arrastrando con ellos a sus respectivos clanes.

Aquello había derivado en masacres, robos y muchas atrocidades más. Demasiados hombres muertos, demasiadas mujeres violadas y demasiados niños huérfanos.

Era por eso que los líderes del clan Mackenzie y el clan MacLeod estaban reunidos para tratar de poner paz en aquella disputa.

—No podemos seguir así, Douglas. —comentó Lachlan Mackenzie, laird del clan.

—Estoy de acuerdo contigo. —aseguró el laird MacLeod, atusando su barba pelirroja.

—Tus hombres acaban de robar todas las ovejas de uno de mis aldeanos. —bramó, furioso.

—Porque los Mackenzie atacaron a la joven hija de mi herrero. —gritó Douglas, igual de rabioso.

—Es por eso que he pensado que podríamos llegar a un acuerdo. —comentó Lachlan, haciendo dar un paso al niño que estaba detrás de él.

Douglas MacLeod se quedó observando al pequeño de pelo negro, que le miraba directamente, sin miedo, clavando en él aquellos ojos verde oscuro, y alzando su mentón de forma desafiante.

Sin duda la sangre Mackenzie corría por sus venas, tanto en el aspecto físico, tan característico de su clan, como en su forma retadora de plantarle cara.

—Te presento a Ian, mi hijo mayor. —prosiguió el laird Mackenzie—. He oído decir que también has tenido descendencia. Una hija, para ser exactos.

Douglas miró al laird Mackenzie frunciendo sus espesas cejas rojas.

—¿Estás proponiendo que pactemos la paz con un compromiso?

—Eso es exactamente lo que planteo.

Douglas volvió a mirar al joven Mackenzie.

—¿Qué edad tienes, chico? —le preguntó con aquel vozarrón que había hecho temblar a hombres, pero que en el muchachito no pareció surtir el más mínimo efecto.

—Siete años, señor. —contestó, con voz firme y segura.

—¿Te sientes merecedor de unirte a mi preciosa hija? —continuó indagando Douglas.

—Sin duda, señor. —aseguró el crio—. Seré un Mackenzie de honor, como mi padre y si su hija se convierte en mi esposa, la protegeré con mi vida, se lo aseguro.

Lachlan miraba a su hijo con orgullo.

—Enseño a mis hijos a proteger y respetar a las mujeres. —afirmó, hinchando el pecho—. Saben que nunca se debe golpear a una mujer bajo ninguna circunstancia, si es lo que te preocupa, MacLeod.

—Si accediese a este acuerdo, ¿en qué fecha se celebraría la boda?

—Dado que mi hijo aún es joven y tu hija tan solo cuenta con una primavera, propondría

aplazar la boda hasta dentro de quince años.

—Veinte años. —rectificó el laird MacLeod, no estaba dispuesto a perder a su hija a la corta edad de quince años.

—De acuerdo, MacLeod, que sean veinte. —asintió Lachlan—. Durante esos veinte años haremos un pacto de paz entre nuestros clanes. Pondremos fin a años de guerras y enemistades. —prosiguió el laird.

—Durante estos años deberíamos mantener una serie de reuniones, para que los futuros novios se conozcan un poco mejor. —añadió Douglas, pues no pensaba entregar a su preciosa niña a un absoluto desconocido.

—Acepto el pacto. —afirmó Lachlan—. Mis hombres no volverán a atacar tu clan, ni robar tus ovejas.

—Lo mismo digo, Mackenzie. —sentenció Douglas.

Ambos hombres se tomaron por el antebrazo, cerrando el trato.

—Ahora, os presentaré a mi hija.

Douglas MacLeod hizo llamar a su mujer, que apareció con un pequeño bulto entre las manos.

—Anne, acércate. —le pidió.

Cuando la señora del clan MacLeod se aproximó a su esposo, este tomó a la pequeña niña de un año entre sus brazos y se la mostró al joven Ian.

—Ian Mackenzie, te presento a tu futura esposa, Aline MacLeod.

El niño miró a la pequeña de cabello dorado, igual al de su madre. La dulce niña le miraba con sus claros ojos azules, demasiado despiertos para su corta edad. Era un bebé francamente bonito y frágil y en ese mismo momento, en Ian despertó un instinto de protección hacia ella. Era su futura esposa y la protegería siempre. Nunca permitiría que le pasara nada malo o así creía él en ese momento.

Clan Mackenzie, 1112

Los MacLeod acababan de llegar junto a sus hijas a las tierras Mackenzie.

Durante diez años se había producido aquellas reuniones, tanto en tierras de un clan, como en las del otro.

En ese tiempo, Mackenzie se había mantenido con sus tres hijos. Ian, Thane, dos años más pequeño y Cameron, este último de la edad de Aline.

El joven Ian se había convertido en un muchacho de diecisiete años, inteligente, responsable y protector. Se había vuelto tan alto como su padre y su espalada comenzaba a ensancharse.

En casa del laird MacLeod había nacido la impetuosa Megan. Mientras que Aline era una bonita jovencita, dulce, tranquila y obediente, Meg era todo lo contrario. Con tan solo ocho años, era un torbellino, que escalaba árboles, cazaba ranas y peleaba con arrojo con su espada de madera, que había mandado a hacer su padre especialmente para ella.

Ian y Aline se entendían a las mil maravillas. Sentían devoción el uno por el otro y todos los que les vieran juntos, asegurarían que hacían una pareja perfecta.

—He tallado esto para ti. —Ian le tendió un cisne de madera a Aline.

A la jovencita le gustaba que le hiciera ese tipo de detalles y él se desvivía por complacerla. Aline se merecía eso y mucho más, e Ian era consciente de la suerte que había tenido al estar prometido con ella, pues no había muchachita en Escocia más bondadosa, dulce y bella que Aline.

—Es precioso, Ian. —miró el cisne de cerca, con una sonrisa tierna en su aún aniñado rostro.

—Una preciosa talla, para una preciosa joven. —comentó el muchacho, sonriendo satisfecho.

Aline se sonrojó y soltó una risita modesta.

—Eres muy amable.

—¡Ian! —su hermano Cameron llegó corriendo hasta ellos.

—¿Qué ocurre? —le preguntó, al verlo tan alterado.

—Es Megan.

—¿Megan? —Aline, preocupada, se llevó una mano al pecho.

—¿Qué le pasa? —preguntó Ian frunciendo el ceño, pues sabía de la tendencia de aquella cría para meterse en líos.

—Debes venir. —le urgió su hermano.

Ian y Aline echaron a correr tras el jovencito y se quedaron paralizados cuando vieron a la pequeña Meg encaramada a una rama, sobre el caudaloso río.

—¿Qué hace ahí colgando? —preguntó Ian, con el corazón acelerado.

—Hay un nido de pájaros a punto de caerse al río, quería poner los huevos a salvo. —explico Thane, que se había mantenido allí, por si tenía que saltar al río a rescatarla—. He tratado de persuadirla para que no lo hiciera, pero ya sabes que Megan no obedece a nadie.

—¿Por qué no vuelve? —volvió a indagar Ian.

—La rama está cediendo. —se apresuró a decir Cameron.

—Dios mío, no sabe nadar. —sollozó Aline, echándose a llorar.

Ian apretó los dientes. Odiaba verla llorar.

—Cameron, avisa a papá. —pidió Ian.

Cameron echó a correr, haciendo lo que su hermano mayor le pedía.

—Thane, quédate con Aline, yo iré a por Megan.

—La rama no aguantará tu peso. —afirmó Thane, acertadamente.

—Lo sé, pero trataré de sostenerla mientras ella viene hacia mí.

El joven comenzó a trepar diestramente por el árbol, hasta llegar a la base rota de la rama de la que Meg colgaba.

—Megan, ven hacia mí lentamente. —le ordenó.

—¡No! —gritó la niña, con terquedad.

—¿Cómo qué no? ¿Acaso quiere caer al río? —preguntó el muchacho, un tanto exasperado.

La niña volvió sus castaños ojos hacia él.

—Primero pon a salvo los huevos. —le pidió.

—No digas sandeces, solo son unos huevos. —negó con la cabeza—. No merece la pena que arriesgues tu vida por ellos.

—Hay seres vivos dentro de estos huevos. —apuntó, sin darse por vencida.

Megan MacLeod era una de las personas más testarudas que Ian conocía y sabía que no cedería hasta ver los dichosos huevos a salvo.

—Está bien, acerca los huevos hacia mí. —concedió, de mala gana.

Megan se movió lentamente, con el gran nido entre sus pequeñas manos, pero antes de Ian pudiera cogerla, la rama crujió y cedió del todo.

El joven Mackenzie trató de agarrarla, pero la niña cayó al río, hundiéndose en sus aguas.

—¡Megan! —gritó Aline, con voz angustiada.

Ian, sin pensarlo dos veces, se lanzó a las caudalosas aguas, sumergiéndose para buscarla.

La corriente del río le arrastraba, dificultándole la tarea de rescatarla. Pero el chico no se daba por vencido, emergía y se sumergía una y otra vez, hasta que el reflejo del cabello rojizo de la niña le indicó donde estaba.

Nadó con todas sus fuerza hasta alcanzarla y salir a flote con ella.

La chiquilla tomó una gran bocanada de aire y tosió compulsivamente.

—Tranquila, Megan, ya estás a salvo. —trató de tranquilizarla, pese a que él también estaba asustado.

—¿Y los huevos? —insistió entre resuellos.

—¡Olvídate de los malditos huevos! —bramó el joven, tratando de mantenerlos a los dos a flote.

—¡Ian! —oyó la voz de Thane, corriendo tras ellos por la orilla del río—. Cógete a la rama. —le dijo, alargándola hacia él.

Como pudo, Ian estiró el brazo libre y se cogió a la punta de la rama. Thane se tiró al suelo sobre ella, para no ser arrastrado por el peso de ellos dos.

—Agárrate a la rama, Megan y ve hacia Thane. —le pidió Ian.

La niña obedeció y se deslizó hacia la orilla. Cuando estuvo a salvo, Ian hizo lo mismo.

Al alcanzar tierra firme, tanto Thane como él estaban sin aliento a causa de los esfuerzos que acababan de hacer.

—¿Qué ha ocurrido? —gritó Lachlan Mackenzie, cerca de ellos.

Cameron llegaba corriendo junto a su padre y Douglas MacLeod, que tenían expresiones angustiadas en sus respectivos rostros.

—Hija, ¿estás bien? —Douglas tomó a su niñita, que estaba empapada, entre sus fornidos brazos.

—Caí al río. —explicó—. Ian me salvó. —señaló al joven, que estaba tan calado como ella.

—¿Estáis bien? —Lachlan ayudó a levantarse a sus agotados hijos.

—Sí, padre. —dijeron ambos, al unisono.

—¿Cómo caíste al río? —preguntó el laird MacLeod, apartando un mechón mojado de su pequeño rostro.

—Subí a un árbol a rescatar un nido que estaba a punto de caer, padre. —le miró con aquellos hermosos y sinceros ojos castaños que poseía—. No podía permitirme no hacer nada por los pobres huevos.

—Harías bien en enseñar a tu hija a comportarse como una señorita, MacLeod. —dijo Lachlan, mirando con desaprobación a la pequeña.

El pelirrojo le dedicó una mirada furibunda.

—Vuelve a decirme cómo educar a alguna de mis hijas y juro por Dios, que doy por terminada nuestra tregua. —aseguró el pelirrojo, con tono decidido.

—Padre, por favor. —Aline posó su mano en el ancho hombro de su padre.

Este la miró, tranquilizándose ante el contacto de su dulce niña.

En ese momento Meg saltó de los brazos de su padre y echó a correr.

—¡Megan! —su padre corrió tras ella y se quedó plantado detrás cuando la niña se arrodillo en la orilla del río, junto al árbol que minutos antes había escalado.

Ante ella estaba el enorme nido, volcado boca abajo.

—Traté de rescatarlos y no lo conseguí. —murmuró, acongojada, con los ojos brillantes.

Douglas se arrodilló junto a su niña, pasando un brazo sobre sus estrechos hombros.

—Tus intenciones eran buenas, hija.

Con pena, la niña dio la vuelta al nido. Los huevos estaban rotos. Todos, menos uno.

—Queda un huevo entero, padre. —lo tomó entre sus pequeñas manos y lo apretó contra su pecho, con delicadeza.

—Al menos salvaste uno. —le dijo el hombre, orgulloso de ella.

—No puedo dejarlo aquí. —alzó sus enormes ojos castaños hacia él.

—Entonces llévatelo contigo. —le sugirió, sonriendo.

—¿Puedo? —preguntó emocionada.

—Tú lo rescataste, es lo justo.

Meg se abrazó a su padre, con cuidado de no romper el huevo.

—Pero debes estar preparada para que no llegue a eclosionar. —le dijo, para que no se hiciera ilusiones en vano.

—Lo hará, padre, me aseguraré de ello. —dijo, con total seguridad.

Clan Mackenzie, 1117

Los MacLeod acababan de llegar al clan Mackenzie.

La noticia de que el laird Mackenzie y su esposa habían muerto a manos de unos forajidos cuando volvían a casa desde Edimburgo, recorría todas las tierras altas.

Los tres hermanos Mackenzie aparecieron para darles la bienvenida, con sus semblantes serios y contritos.

—Lo siento mucho, hijos. —les dijo Douglas, apoyando su manaza en el hombro de Ian—. Tu padre era un hombre de palabra y lamento que su final haya sido tan temprano.

—Agradezco tus palabras, MacLeod. —respondió Ian, apretando las mandíbulas para contener sus emociones, que estaban a flor de piel.

—Sin duda tú serás un laird igual de justo que lo fue él. —aseguró—. Te ha educado bien, eres un hombre hecho y derecho.

—Ian, yo... —fue lo único que logró decir Aline, antes que las lágrimas la impidieran hablar.

Ian se limitó a asentir con la cabeza, pues sabía que su prometida quería darle sus condolencias, pero era incapaz de hacerlo, pues era demasiado sensible y empática.

Se alejó con paso rápido, pues no podría seguir guardando el tipo si continuaba viéndola llorar.

Megan se alzó las faldas y corrió tras él.

—¡Mackenzie! —le llamó, haciéndole volverse a mirarla.

La jovencita de trece años, con su águila pescadora, volando en círculos sobre ella, le miraba directamente a los ojos.

—No puedo llegar a saber lo que sientes en este momento, lo que sí sé es que serás la clase de laird del que tu padre se hubiera sentido orgulloso.

Alzó su brazo con la manga de cuero y el águila se posó en él. Ian no podía apartar los ojos de aquella impresionante imagen. No podía creer que el huevo que rescató la jovencita hacía ya cinco años, fuera aquella impresionante ave, que se había vuelto una extensión más de Megan, pues siempre estaba junto a ella.

—Ahora mismo tu clan necesita tenerte fuerte. —prosiguió la muchachita—. Necesitan saber que pese a tu juventud pueden contar contigo y con tu firme liderazgo.

—¿Qué sabrás tú? —soltó Ian, molesto porque la jovencita tratara de darle lecciones.

Megan dio unos pasos hacia él, sin apartar los ojos de los suyos y le entregó una pequeña águila tallada de madera, que ella misma se había encargado de hacer.

Ian la tomó en su mano y se la quedó mirando, asombrado de lo bien hecha que estaba.

—Sin duda no sé nada. —posó su pequeña mano sobre el brazo del chico—. Pero estoy aquí por si me necesitas.

Quedaban unos meses para que se celebrara la boda de Ian con Aline. Era por ello que sus visitas se habían vuelto más frecuentes.

La cortejaba y le traía regalos para agasajarla. La pareja se veía muy enamorada. Eran totalmente compatibles. Ian era fuerza, honor y valentía, mientras que Aline era suavidad, bondad y belleza. Sin duda traerían a este mundo hijos bellísimos, fuertes y con muchos valores.

Ian iba de camino a por su caballo, después de haber dejado a Aline frente a la puerta de su alcoba, cuando vio una sombra pequeña escabullirse hacia el establo.

Con cautela, desenfundó su espada y entró a las caballerizas, en guardia.

Cuando el chillido de un águila le hizo alzar la cabeza, una flecha pasó silbando a su lado, clavándose en un tablón a escasos centímetros de su cabeza.

—El amor te tiene totalmente despistado, Mackenzie.

La descarada voz de Meg llegó hasta él, así que volvió a guardar su espada.

—¿Estás loca? Podrías haberme matado. —se quejó.

—Si hubieras estado en guardia en vez de tener la cabeza en las nubes no te hubiera pasado.

La pequeña figura de Megan salió de entre las sobras y lucía una satisfecha sonrisa en su pequeño rostro.

—¿Qué haces escabulléndote de casa? —le preguntó Ian, apoyando su hombro contra el marco de la puerta.

Se encogió de hombros y el águila se posó sobre uno de ellos, en el que llevaba una hombrera de cuero, que había mandado a hacer especialmente para ella.

—Si me guardas el secreto, no le cuento a nadie que he podido matarte. —sonrió ampliamente.

—No es cierto. —protestó—. Ni por asomo hubiera dejado que una mocosa como tú me matara.

—Ajá, claro que no. —dijo, sin creerse una sola palabra.

Ian frunció el ceño y se acercó a su caballo.

—Pobre del loco que se atreva a casarse contigo, Megan MacLeod. —comentó, montando de un salto sobre el semental.

Meg le sacó la lengua, antes de que el hombre pusiera su caballo al galope y se alejara de allí.

—Menudo engreído. —le comentó al águila—. Hubiera podido clavarle la flecha en medio de su estúpida cabezota si hubiera querido, Fly.

El águila contestó con un suave chillido.

Había ido hasta los establos a comprobar que la gata que había parido hacía dos días todavía tuviera comida y agua, cuando oyó las fuertes pisadas de Ian Mackenzie.

Sonriendo, volvió a su habitación, que compartía con su hermana. Dejó a Fly en la percha y comenzó a cambiarse de ropa.

Oyó suspirar a Aline.

—¿Estás despierta?

—Sí. —contestó su hermana.

—¿Estás bien?

—Me siento rara. —reconoció—. Quizá sean los nervios por la boda.

Meg se puso el camisón.

—Sin duda es eso. —concedió, metiéndose entre las sábanas.

—Espero poder hacer feliz a Ian. —suspiró, con voz soñadora.

—¿Qué dices? Si ese hombre bebe los vientos por ti. —rió, recordando el modo en que la miraba—. Podrías vomitarle encima y aun así te vería encantadora.

Aline rió suavemente.

—Eso es asqueroso, Meg.

—Pero es la verdad. —aseguró la joven pelirroja.

Aline bostezó.

—Me siento cansada, voy a tratar de dormir.

—Descansa, hermanita. —le dijo Megan—. Mañana te sentirás mucho mejor.

Pero no fue así, porque a la mañana siguiente, cuando Megan despertó, se encontró el cuerpo sin vida de su única y querida hermana.

Capítulo 2

Todo parecía un mal sueño. No podía ser que su hermana estuviera muerta.

Su madre sollozaba desconsolada, en brazos de su padre, que luchaba por mantener la calma. ¿Y cómo no iban a estar destrozados si se había ido el alma más pura que hubieran conocido?

Su hermana nunca había hecho daño a nadie. Era toda dulzura y bondad, y ahora ya nunca más podrían volver a abrazarla. Ya no volverían a disfrutar de su sonrisa y de su cariño sin límites. Aline se había marchado y les había dejado a todos los que la conocieron, el corazón hecho pedazos.

Apretó los puños y tragó el nudo que se había formado en su garganta.

La puerta se abrió con un gran estruendo e Ian Mackenzie, escoltado por sus dos hermanos, irrumpieron en el salón.

—¿Cómo ha podido pasar? —bramó Ian, sin poder creerse lo que les había dicho el mensajero de los MacLeod.

—No lo sabemos. —contestó Douglas con sinceridad.

Ian negó con la cabeza, dando vueltas por el salón, sintiéndose aturdido.

—La vi anoche y estaba perfectamente.

—Todos creíamos eso. —añadió la señora MacLeod, entre sollozos—. Es cierto que llevaba unos días sintiéndose más agotada de lo normal, pero no creí que fuera nada importante.

—¿Por qué no me dijo nada? —inquirió el laird Mackenzie.

—Imagino que no querría preocuparte, mi dulce Aline era así de buena, ella.... —gimió Anne—. Ella se preocupaba por todo el mundo. —la señora MacLeod, volvió a enterrar la cara contra el pecho de su esposo.

—¿Dónde está? —preguntó, dirigiéndose al laird MacLeod.

Douglas abrió la boca, pero ni un solo sonido salió de entre sus labios. Solo pudo apretar más fuerte a su esposa contra su pecho, mientras lágrimas corrían por sus mejillas. Megan jamás había visto llorar a su padre y aquello le encogió el corazón.

—Está arriba, en nuestra alcoba. —le dijo Meg, tratando de contener sus propias lágrimas.

Ian echó a correr escaleras arriba e irrumpió en la habitación.

Aline estaba sobre la cama, tan bella como siempre. Parecía dormida, pero cuando le tomó la mano, estaba completamente rígida y fría.

—No, no, no... —comenzó a repetir una y otra vez, sin poder creerse que todo aquello no fuera más que un mal sueño.

—Parece dormida, ¿verdad? —Megan estaba en la puerta de la estancia y parecía haberle leído la mente.

—No puedo creer que haya muerto. —dijo el hombre, frotándose los ojos, que le escocían por las lágrimas aún por derramar.

—Ninguno podemos hacernos a la idea. —aseguró la joven, mirando el cuerpo de su querida hermana. Se sentía al borde de las lágrimas.

—Aline era un ser de luz, no se merecía morir tan joven. —se quejó Ian, sintiendo que su vida acababa de desmoronarse.

—Lo sé. —se le quebró la voz—. Era la mejor de todos nosotros y daría lo que fuera por cambiarme por ella.

Ian se quedó mirando a aquella pequeña joven, cuando inclinó su cabeza, dejando oculto su rostro entre su largo cabello rojizo. Los hombros comenzaron a temblarle cuando Ian se acercó y la abrazó fuertemente contra su pecho. Notó como las lágrimas de la joven mojaban su camisa.

—¿Por qué ha pasado esto?

Ian no tenía respuestas para darle, porque él mismo no podía entenderlo.

—No puede haberse ido. —prosiguió diciendo la joven, con la voz amortiguada contra su pecho—. Anoche hablé con ella. Me dijo que no se encontraba muy bien. —sollozó—. No le di importancia, creí que eran los nervios por la boda, pero quizá si hubiera llamado a la curandera, quizá si...

—No hubiera cambiado nada. —le aseguró Ian, separándola de él, para mirarla a los ojos—. El destino está escrito para todos nosotros.

—Cada uno escribimos nuestro propio destino. —sentenció Meg, con ojos brillantes—. Me niego a creer que todos nuestros pasos estén decididos por un ser supremo.

—Sea como fuere, Megan, tú no eres la responsable de la muerte de Aline. —tragó audiblemente, tan emocionado como ella.

—La voy a extrañar mucho, Ian. —reconoció, acurrucándose contra el pecho masculino de nuevo.

Ian se abstuvo de decir nada más, pues ya no le salía la voz. Él también la echaría de menos por toda su vida.

El funeral fue triste. Todo el mundo que conoció a Aline estaba devastado por la pérdida de la joven.

Anne no podía dejar de llorar, mientras recuerdos de todas las etapas de la vida de su hija venían a su mente.

Douglas trataba de mantenerse fuerte, pero era incapaz de decir dos palabras sin que se le quebrase la voz.

Ian se apoyaba en sus dos hermanos, que no le dejaban solo ni un solo minuto. Eran conscientes de lo que su hermano mayor amaba a su difunta prometida y pese a mantener el tipo, por dentro debía estar roto de dolor.

Megan, sin embargo, había llorado en brazos de Ian todo lo que quería permitirse. A partir de aquel momento, se había propuesto ser fuerte. Su hermana así lo hubiera querido. Ella no soportaba ver sufrir a nadie y Meg se mantendría fuerte por ella, puesto que estaba convencida que de algún modo, Aline podía verla.

Recordaría los momentos buenos con su hermana. Pensaría en lo que había podido disfrutar a su lado durante dieciocho años y no, lo que dejarían de vivir juntas tras su pérdida.

Cuando el entierro estaba llegando a su fin, Meg se puso en pie.

—Hija. —dijo su padre, mirándola con ojos afligidos.

Ella posó un momento su mano sobre el ancho hombro de este, antes de andar hacia el lugar donde estaba el sepulcro de su hermana.

—Todos lo que conocíais a Aline sabéis que ella siempre antepone el bienestar de los demás por encima del suyo propio. —los presentes asintieron—. Aline era una persona de alma pura, que sin duda era demasiado buena para permanecer en este mundo salvaje y cruel. Por eso yo propongo que no lloremos más. Demos las gracias por haber podido compartir con ella nuestras vidas. Riamos por las veces que su encantador ingenio nos divirtió. Sonriamos recordando su precioso rostro, que parecía haber sido creado por ángeles. Amemos con la misma pureza con que ella lo hacía y sobretodo, recordémosla siempre pero con alegría, no con pena, pues ella no lo

hubiera querido así.

Megan se arrodilló frente a la tumba y besó la tierra con la que habían cubierto su cuerpo.

—Ha sido un honor ser tu hermana. —susurró, haciendo esfuerzos por contener sus lágrimas—. Algún día nos volveremos a encontrar.

Tras aquello, no les quedaron ganas de nada más, así es que los Mackenzie decidieron marcharse. Ian quería volver a su hogar cuanto antes, pues el recuerdo de Aline era demasiado doloroso, sobre todo al estar en su clan y en los lugares que siempre recorría con ella.

—Ha sido un placer que casi formarás parte de nuestra familia, chico. —dijo Douglas, abrazando afectuosamente a Ian—. Espero que el fin del pacto no signifique el final de la paz también.

A Ian también le preocupaba aquello.

Durante veinte años su compromiso con Aline había asegurado la paz entre los dos clanes, pero al romperse, también podía acabarse la tregua a la que habían llegado.

Sus ojos se dirigieron a Megan, que se mantenía al lado de su padre, con su inseparable águila al hombro.

Aquella cría no se parecía en nada a su amada Aline.

Megan tenía el cabello cobrizo oscuro, con algunos reflejos rojos más vibrantes, que caía en ondas hasta cerca de sus caderas, mientras que su hermana mayor había tenido un immaculado pelo dorado, con unos bonitos rizos gruesos.

Los ojos castaños de Meg le miraban directamente, con descaro y cierto toque de desafío. Aline siempre le había mirado con la devoción reflejada en sus preciosos ojos azules.

Ambas poseían una figura similar, esbelta y proporcionada, aunque Aline era más alta que Megan. Rondaría el metro sesenta y cinco, mientras que Meg ni siquiera llegaba al metro sesenta.

Desde siempre, Aline se había portado de forma tímida y encantadora, despertando en él su instinto de protección. Megan era todo lo contrario. Descarada, retadora e impulsiva.

La joven alzó el mentón, molesta por su exhaustivo escrutinio, e Ian frunció el ceño, mientras seguía mirando aquella pequeña cara de duende.

—Puede que haya otra manera de mantener la tregua. —dijo finalmente, pese a tener sus reservas sobre lo que estaba a punto de proponer.

—¿A qué te refieres, chico? —preguntó Douglas.

—Aún te queda otra hija soltera, MacLeod.

Aquellas palabras fueron como una bomba entre los presentes.

Douglas y Anne se volvieron a mirar a su hija pequeña, que seguía mirando a Ian con los ojos muy abiertos, como si todavía estuviera procesando sus palabras.

—¿Estás seguro, hermano? —le preguntó Thane, que era plenamente consciente de los sentimientos que su hermano mayor había profesado por su prometida.

¿Estaría preparado para casarse con aquella joven, que le recordaría de por vida a Aline?

Estaba pensando en eso cuando Megan dio un paso adelante y le dijo:

—¿Tan poco te importó mi hermana que estás dispuesto a sustituirla conmigo el mismo día de su entierro?

La acusación de Megan fue como una bofetada para Ian, que dio unos pasos hacia la joven, de forma amenazadora, pero ni con esas consiguió que Meg variara su semblante desafiante.

—No te voy a permitir cuestionar mis sentimientos por Aline. —rugió—. Aline era mi prometida y el amor de mi vida. —le aseguró con vehemencia.

Se retaron con la mirada, como dos contrincantes a punto de desenvainar la espada.

—Mackenzie, no creo que una boda con Megan sea buena idea. —se apresuró a responder

Douglas.

—Mi único fin es mantener la paz en nuestras tierras. —dijo Ian, desviando la mirada hacia el laird MacLeod—. Sin la alianza que proporcionaba un matrimonio, será más difícil asegurar que la tregua se mantenga.

—Meg no tiene las cualidades que poseía Aline como esposa de un laird. —añadió Douglas.

—Puede aprender. —apuntó su esposa, interviniendo en la conversación.

—¿Qué estás diciendo, Anne? Megan es un espíritu libre, como su águila. Casarla sería como cortar sus alas. —argumentó el pelirrojo, mirando a su esposa con el ceño fruncido.

—¿Te preocupa por ella o por ti mismo? —le soltó su mujer—. Sé que estas muy unido a ella, esposo, pero este enlace es para un bien mayor. La paz entre nuestros clanes, no lo olvides.

—No digas sandeces, mujer. —se defendió Douglas—. Sé que algún día Megan se casará, pero debe hacerlo con el hombre adecuado para ella.

Su esposa se puso en jarras.

—Siempre le has consentido todos sus caprichos. —le acusó—. La has dejado hacer cosas que no son propias de una dama y ahora esto nos está pasando factura.

—¿De qué factura hablas? —el hombre se cruzó de brazos, a la defensiva.

—La paz en nuestro clan, ¿te parece poco?

—La paz no depende de Megan, si no de los hombres que decidan romperla. —apuntó, acertadamente.

—¿Acaso no era obligación de Aline mantener la tregua mediante un matrimonio? —continuó diciendo Anne, sin amilanarse por la mirada iracunda que le lanzó su esposo.

—Eso era diferente. —la señaló con el dedo índice—. Aline se crió sabiendo que debía casarse con Ian Mackenzie, le enseñaste a ser una buena esposa y señora de un clan.

—Y tú enseñaste a Megan a ser como tú. —le acusó, con desaprobación.

—¡Basta! —gritó Meg, harta de la discusión de sus padres—. Me casaré con Ian, si él así lo desea.

Douglas se volvió hacia su hija, con una expresión de angustia dibujada en su rostro.

—¿Hija, estás segura? No tienes por qué hacerlo...

—Sí que tengo, padre. —le cortó—. Aline iba a ser el nexo de unión entre los Mackenzie y los MacLeod. Ahora que ella no está, sería un honor para mí tomar su lugar. No quiero ser la causante de iniciar una guerra.

—Pero tú no eres Aline. —la tomó por los hombros, con ojos tristes.

—No lo soy. —afirmó—. Pero eso Ian ya lo sabe. —se volvió a mirarle.

—Conozco perfectamente el carácter de Megan. —aseguró Ian—. Y cómo te dije cuando era niño, nunca haría daño a una mujer, por muy voluntariosa que esta sea.

Douglas apretó los labios.

—Meg es obstinada, tienes razón, pero también es generosa, buena y valiente. No encontrarás una persona más leal que ella. —pasó un brazo sobre los estrechos hombros de su hija y la apretó contra su costado—. No te llevas el premio de consolación, Mackenzie, te llevas a mi joya.

Megan se sintió emocionada por las palabras de su padre. Él siempre la había entendido, siempre había apoyado su naturaleza rebelde sin cuestionarla, por eso estaban tan unidos.

—Si todo está claro, me gustaría que nos casáramos hoy mismo, aprovechando que el párroco está aquí. —se apresuró a decir Ian.

—¿Hoy? —preguntó Douglas.

—¿El mismo día del entierro de Aline? —exclamó Anne.

—No creo que pueda volver aquí sin recordarla. —reconoció el joven laird Mackenzie,

apretando los puños—. Cada rincón de esta casa me recuerda ella.

—Está bien, que sea hoy. —accedió Meg, dispuesta a contraer matrimonio con aquel hombre, que siempre había visto como al prometido de su hermana, antes de que le diera tiempo a arrepentirse.

Douglas tomó las manos de su hija, llevándoselas a los labios y besándolas.

—Nunca creí perderos a las dos a la vez.

—A mí nunca me perderás padre. —le aseguró Megan, abrazándolo con afecto.

Su madre había subido con ella a su alcoba y rebuscaba entre los pocos vestidos elegantes que Megan poseía. Sacó uno azul de su última visita a Edimburgo y se lo mostró.

—Este será perfecto.

Megan se volvió a mirar el vestido de terciopelo que su madre le mostraba. Ella misma se lo eligió y a Meg no le gustaba nada. Era demasiado ostentoso, demasiado pesado, demasiado aparatoso, demasiado todo...

—No voy a ponerme eso. —negó enfáticamente.

—Pero Megan, es el día de tu boda, no puedes ir con los mismos trapos de siempre. —protestó la mujer.

—Voy a ir con los colores del clan. —aseguró, sacando un tartán.

—¡No puedes hacer eso! —se alteró su madre—. No sería apropiado.

—Que podría ser más apropiado. —dijo, con vehemencia—. Esta boda es para unir dos clanes, por lo que no creo que pueda haber nada más conveniente que Ian vistiendo los colores Mackenzie, mientras yo luzco los MacLeod.

—A partir de ahora serás una Mackenzie.

—Yo siempre seré una MacLeod, pese a aceptar que también puedo aprender a amar los colores Mackenzie.

Su madre paseó por la habitación, desesperada con la tozudez de su hija.

—Este enlace será un desastre si no pones de tu parte. Tienes que aprender a aceptar las demandas que te haga tu marido.

—Y él deberá aceptar que tengo opinión propia, madre. —apuntó, comenzando a cambiarse de ropa.

—¡Megan! —gritó.

—¿Qué? —la miró de frente, sin ningún pensamiento de dar un paso atrás referente a eso.

—¿Cuándo aprenderás a comportarte como una mujer?

—¿Y cuándo entenderás tú que no todas las mujeres tenemos que ser iguales?

Su madre hizo aspavientos con las manos, exasperada.

—No serás una buena señora para los Mackenzie si no aprendes a obedecer a tu esposo.

—Quizá sea una mejor señora si en vez de obedecer, le ayudo a liderar con honor y sabiduría. —sentenció, completamente segura de lo que decía.

Aquella pelea se alargó durante un buen rato, hasta que al final, Anne desistió y se dio por vencida con su hija.

Cuando Meg entró en la capilla, Ian ya se encontraba frente al altar.

Caminó con paso decidido hacia él, hasta posicionarse a su lado y alzó los ojos para mirarle.

Meg conocía a Ian Mackenzie de toda la vida, pero nunca había reparado en él del modo en que una mujer mira a un hombre atractivo.

Sabía que era un guerrero enorme e imponente, pero nunca se había fijado en que su cabello era totalmente negro, un poco más oscuro que el de sus dos hermanos pequeños, y le caía en ondas por

debajo de sus anchos y musculosos hombros.

Sus ojos eran verdes, como los del resto de los Mackenzie, sin embargo los suyos tenían un tono oliváceo, con un anillo grisáceo rodeándole el iris.

Su nariz griega estaba perfectamente centrada en su masculino rostro, de mandíbulas cuadradas, en las que lucía una corta y oscura barba.

Su boca era grande y Megan sabía que poseía unos blancos y perfectos dientes, aunque ahora no podía verlos, pues tenía los labios apretados mientras la miraba con el ceño fruncido.

—Quiero hablar contigo un momento. —le pidió en un susurro, cuando el reverendo comenzó a decir su sermón.

—¿Ahora? —masculló, mirándola con desaprobación.

—Ahora. —aseguró.

Ian bufó.

—Podríais disculparnos un momento, padre Munro.

El sacerdote se lo quedó mirando sorprendido y asintió levemente con la cabeza.

Ian tomó a Megan del brazo y la arrastró tras él.

—¿Meg? —su padre se había puesto en pie, mirando a Ian con cara de pocos amigos por el modo en que tenía cogida a su pequeña.

—Está bien, padre, le he pedido a Mackenzie hablar con él un momento en privado. —le tranquilizó su hija.

Douglas volvió a tomar asiento, mientras que Anne negaba con la cabeza con desaprobación.

Cuando estuvieron lo suficientemente alejados para que nadie les oyera, Ian la miró fijamente.

—¿Qué ocurre?

—Eres consciente que no soy Aline, ¿verdad? —le dijo sin ambages.

Por desgracia, era demasiado consciente. Sus diferencias eran mayúsculas.

Si aquella hubiera sido su boda con Aline, sin duda ella estaría emocionada, sin poder contener las lágrimas. Sin embargo, Megan estaba allí plantada, con las manos sobre sus estrechas caderas y su mirada franca y directa clavada en él.

—Lo soy. —dijo al fin- Creo habértelo hecho saber cuándo sugerí que nos casáramos.

—No quiero que haya lugar a equívocos o que pretendas que sea mi hermana. —aclaró—. Ambos sabemos que era mejor que yo. —era sincera y lo decía sin ningún tipo de inquina.

—Dejémoslo en que sois completamente opuestas.

—No te pido que sientas por mí lo mismo que sentías por Aline, puesto que yo tampoco siento nada más allá de amistad por ti. Lo que sí quiero es que trates de aceptar mi forma de actuar. —se lo decía directamente, no quería llevarlo a engaños sobre que quizá pudiera cambiarla. Aquello no ocurriría y debía saberlo—. No soy una mujer fácil. Me gusta expresar mi opinión cuando me viene en gana y eso es algo que no pienso cambiar.

Ian se apretó el puente de la nariz. Toda aquella conversación le estaba dando dolor de cabeza.

—¿Qué quieres decirme, Megan? ¿Acaso te estás echando atrás?

—Para nada. —aseguró, con vehemencia—. Solo quiero que sepas a ciencia cierta con quien te estás casando. Es posible que nos cueste entendernos.

—Sé cómo eres, Megan, no me estás descubriendo nada nuevo. Solo espero que trates de moderar tu temperamento. —le pidió—. Nos costará entendernos y tendremos más de un desencuentro, pero creo que somos suficientemente mayorcitos para saber solucionarlos.

—De acuerdo. —silbó, y el águila entró volando por la ventana de la ermita, posándose sobre su hombro.

—¿Pero qué demonios...?

Megan sonrió.

—Ahora sí que estoy preparada para casarme.

La ceremonia fue rápida, sin florituras y durante todo el tiempo que duró, Ian permaneció con el gesto taciturno.

Megan imagino que estaría pensando en lo diferente que hubiera sido su boda con Aline. Sin duda en ella, los dos hubieran sonreído, felices de contraer matrimonio el uno con el otro.

De todos modos, Meg no podía culpar a Ian por ello, pues ella misma imaginaba lo hermosa que se hubiera visto su hermana con el vestido dorado que tenía reservado para ese día.

Cuando salieron de la capilla, los miembros de su clan se acercaron a darles la enhorabuena, con una mezcla de felicidad y tristeza, al saber que pronto Megan se tendría que marchar.

—Me gustaría que partiéramos ahora. —declaró Ian, ganándose una mirada de desconuelo de todos los allí presentes.

—¿Tan pronto? —preguntó Douglas—. Podríais quedaros unos días.

—No puedo abandonar por más tiempo mi clan. Estaba de camino a Clach cuando me enteré de... —le costaba pronunciarlo en voz alta—. Lo que le había ocurrido a Aline, pero tengo asuntos importantes que atender y que no puedo demorar por más tiempo. —mintió, porque realmente por lo que no podía permanecer por más tiempo allí, era por el recuerdo de Aline, que se le representaba en cada rincón de las tierras MacLeod.

Ni siquiera había podido decir en voz alta que había muerto, necesitaba más tiempo para asimilarlo.

Douglas se negaba que dejar partir a su hija tan pronto.

—Pero...

—Será lo mejor, padre. —intervino Meg, al notar sus reticencias—. Cuanto más alargemos la despedida, más nos costará aceptarla.

Douglas MacLeod se quedó mirando a su hija. Recordó la primera vez que la tomó en brazos. Como sonreía al verle llegar a casa. La forma en que siempre había cuidado de los demás. Sin duda había sido afortunado por las dos hijas con las que Dios le bendijo, pero así como Aline y su esposa habían sido uña y carne, Megan sin duda había sido siempre su ojito derecho.

Tomó la cara de su hija entre sus grandes manos y apoyó la frente contra la de ella.

—Por mucho que el viento sople, aunque el agua del mar engulla la tierra, pese a que una guerra estallase de repente, yo siempre estaré cuando lo necesites. —los ojos de padre e hija se veían brillantes—. Te amé desde el primer día que te tomé en brazos y me sentí orgulloso de ti desde que demostraste el gran corazón que tienes. Lo mejor de mi vida, ha sido tener el honor de teneros a ti y a tu hermana como hijas.

Capítulo 3

Megan cargó el poco equipaje que se llevaba en una carreta que su padre les había prestado.

Bridgid, su dama de compañía y Kylian, uno de los mejores guerreros de su padre, se irían con ella al clan Mackenzie. Megan se sentía agradecida por ello, pues necesitaba sentir que no había dejado de pertenecer a los MacLeod y verles a ellos, le recordaba que seguía siendo la misma persona.

Cuando su tierra fue quedando atrás, Meg sintió como un nudo de tristeza atenazaba su garganta. Hubiera deseado salir corriendo y estrechar fuertemente a sus padres para suplicarles que no la dejaran marchar, pero debía hacer lo que se esperaba de ella. Aquel matrimonio mantendría la paz entre sus clanes y eso era lo más importante.

Fly volaba dando vueltas a su alrededor, mientras Meg disfrutaba montando a Alai, su precioso caballo pardo. Era un semental enorme e impetuoso, que necesitaba salir a cabalgar varias veces al día, cosa que a ella le encantaba.

—No creo que ese caballo sea adecuado para una dama. —comentó Ian, mirándola de reojo.

—Para una dama no sé, pero para mí es perfecto. —le contestó Meg, con descaro.

Su reciente esposo la miró frunciendo el ceño.

—Podrías romperte el cuello con un animal tan temperamental. —siguió diciéndole, al ver como se encabritaba, pese a que Megan lo controlaba con maestría.

—Alai y yo llevamos cabalgando juntos desde hace tres años, por eso no te preocupes.

—Ahora tu seguridad es mi responsabilidad. —insistió de nuevo.

—Pues te libero de esa losa. —añadió, mirándolo directamente—. A partir de ahora mi seguridad será solo y exclusivamente responsabilidad mía.

Ian apretó los dientes, haciendo palpar sus mandíbulas.

Megan, con su cabello rojo al viento, luciendo los colores de su clan, su arco colgando a la espalda, su fiel águila posándose sobre su hombro y aquel caballo digno de un guerrero, parecía la visión de una amazona guerrera, demasiado diferente a su dulce Aline.

—Tu padre te ha consentido demasiado. —rezongó, afectado al recordar de nuevo a Aline—. Tu madre tenía razón.

—Justo antes de nuestra boda te recordé que no era mi hermana. —repuso la joven—. Pero parece no haberte entrado en la cabezota, Mackenzie.

—No espero que lo seas, pero sí quiero que trates de comportarte como la esposa de un laird. —le dijo, molesto por el descaro con el que le hablaba—. Deberás obedecerme y no contradecirme, sobretodo en público.

—Ian Mackenzie, no soy uno de tus guerreros, soy tu esposa. Una esposa que tiene opinión propia. —dijo con el mentón alzado, desafiante—. Así que no esperes de mí vasallaje. Te ofrezco ser te sincera, apoyarte cuando crea que eres justo y hacértelo saber cuándo piense que te equivocas. Ese es mi juramento hacia ti.

—Preferiría que te mantuvieras al margen de los asuntos de mi clan, Megan. —le pidió—. Soy perfectamente capaz de ocuparme de él, sin tus intromisiones.

—¿Tengo que recordarte que ahora también es mi clan?

Ambos se retaron con la mirada.

—Quiero que te mantengas al margen. —le ordenó—. Yo soy el laird, recuérdalo.

—Por supuesto y yo espero que tú recuerdes que no soy unas de tus sirvientas. —espoleó su caballo, dejándole con la palabra en la boca.

Estaba cansada de aquella conversación.

Justo antes de la boda le recordó quien era ella y él había asegurado saberlo, sin embargo ahora pretendía que se comportara como su hermana y eso no era posible, pues ella no era Aline, por mucho que Ian deseara lo contrario.

Meg se acercó a hablar con los guerreros Mackenzie, pero estos se mostraban taciturnos con ella. Sabía que la enemistad entre sus clanes todavía existía, pese a los veinte años de tregua, pero no esperaba que lo demostraran tan abiertamente.

Por suerte, Cameron, el más pequeño de los hermanos de Ian, era un buen conversador que le amenizó el viaje.

Cuando ya llevaban varias horas cabalgando sin descanso, Meg notó que su dama de compañía se removía dolorida en su montura.

—¿Te encuentras bien, Bridgid? —le preguntó, poniendo su caballo al paso de la yegua de la joven.

—Sí, estoy bien. —mintió descaradamente, a juzgar por la mueca de dolor que puso.

—No es cierto, no estás acostumbrada a montar, debes de estar muy dolorida.

—No te preocupes por mí. —dijo, con la voz apagada.

Megan tocó su brazo.

—Por supuesto que me preocupo, eres mi responsabilidad. —le sonrió—. Aguarda un momento.

Hizo que su caballo acelerara, hasta ponerse junto al de Ian.

—¿Puedo hablar contigo un momento?

—No. —contestó su esposo, sin dirigirle la mirada, molesto por el modo en que antes le había dejado plantado.

—Es importante.

—Pues tendrá que esperar, Megan. —repuso con obcecación.

—No puede esperar. Verás...

—Mantente en silencio aunque sea unos minutos, mujer, nos estas volviendo a todos locos con tu continua cháchara. —la cortó.

Meg apretó los puños y obligó a su caballo a ponerse delante del semental negro de Ian.

—Tenemos que hablar. —sentenció—. ¡Ahora!

Ian no podía creer su descaro.

—¿Me estás dando una orden? —entrecerró los ojos.

—Solo te digo que me urge hablar contigo. Bridgid, mi dama de compañía está agotada, no creo que aguante mucho más sobre su montura. Debemos parar.

—Yo decidiré cuando parar.

—No seas asno.

Ian no podía creérselo, acababa de insultarle delante de sus hombres.

—¿Acabas de llamarme asno?

—Lo eres si dejas que tu orgullo masculino prevalezca sobre la razón. —le soltó—. Mira a Bridgid y comprueba tú mismo si lo que digo es cierto.

El hombre miró el pálido rostro de la sirvienta.

—¿Puedes continuar cabalgando, muchacha? —le preguntó bruscamente.

—Eh... yo... Sí. —contestó la joven, entre tartamudeos.

—Ya ves que está perfectamente. —le dijo a Megan, sorteando su caballo y continuando la

marcha—. Continuaremos hasta llegar más cerca de casa, no voy a arriesgarme a acampar con mis hombres en tierras enemigas, poniéndonos en riesgo de un ataque de bandidos, por un simple capricho femenino.

—¿Capricho femenino? —se indignó—. Estoy siendo responsable, cabeza de asno.

—Maldita sea. —hizo que su semental se acercara a ella y la tomó por el brazo—. Si vuelves a insultarme...

No pudo continuar, pues el águila bajó empicada, lanzándose sobre él.

—Maldición, controla a tu maldito pajarraco. —gritó, soltándola, para cubrirse el rostro con el brazo.

Megan silbó, haciendo que Fly se posara en su hombrera de cuero.

Varios guerreros Mackenzie se acercaron a ella amenazadoramente, pero Kylian se interpuso delante de ellos, con su enorme y musculoso cuerpo de más de dos metros. Su mano reposaba en la empuñadura de la espada, preparado para luchar si hiciera falta.

—Os aconsejo no seguir adelante, muchachos. —dijo, con su ronca voz.

Entonces oyeron un golpe seco. Cundo todos se volvieron, se encontraron el cuerpo de la joven dama de compañía desmadejado en el suelo embarrizado.

—¡Bridgid! —gritó Megan, saltando de su caballo y apresurándose a atender a la muchacha—. ¿Estás bien? —dijo, mientras examinaba que la joven no se hubiera hecho nada grave.

Bridgid parpadeó suavemente, con las mejillas coloradas.

—Lo siento. —se disculpó—. Juro que intenté aguantar sobre mi montura.

—No es culpa tuya. —después alzó la voz—. La culpa es del cenutrio que se negó a detenerse.

Ian también había desmontado y se aproximó a ellas.

—¿Por qué no me dijiste que no podías más cuando te lo pregunté?

La dama de compañía abrió y cerró la boca, sin articular un solo sonido.

—Está claro que tu ceño fruncido la atemorizó. —dijo Megan, plantándose en jarras delante de él—. ¿Nos detendremos ahora? —hizo una exagerada reverencia—. Oh, gran señor.

Ian odiaba darle la razón, sobre todo después de la ironía con la que le hablaba, pero estaba claro que aquella joven sirvienta no aguantaría ni un minuto más, si la obligaba a montar de nuevo sobre su caballo.

—Acamparemos aquí. —informó a sus hombres.

—Es la mejor decisión que te he visto tomar nunca. —añadió con descaro—. Ojalá hubieras tenido la sensatez de hacerme caso antes. —se dio media vuelta y lo dejó allí plantado por segunda vez aquel día.

La vio acercarse a los guerreros Mackenzie e intentó ayudarles a montar el campamento. Les hablaba con autoridad y seguridad en sí misma. Se movía como si nadie pudiera hacerla de menos.

¿Qué hubiera hecho Aline en aquellas circunstancias?

Sin duda ella hubiera sido la que estuviera exhausta de cabalgar. Meg, sin embargo, parecía tan fresca como cuando salieron de su hogar.

Cuando la vio acercarse a uno de sus mejores guerreros y quitarle la cuerda de las manos para enseñarle a atar las tiendas con más destreza, Ian decidió que ya era suficiente.

Se acercó y la tomó por el brazo.

—Ven conmigo. —miró al águila, que tenía sus ojos clavados en él—. Y controla a tú pajarraco, si no quieres que nos lo cenemos hoy mismo.

—Tranquila, Fly. Todo está bien. —le dijo, y el animal permaneció en la rama del árbol donde estaba posada, como si la hubiera entendido.

Se alejaron unos metros, bajo la atenta mirada del gigante guerrero del clan MacLeod.

—Harías bien en decirle a tu guerrero que controle su osadía. —le dijo—. No me gusta el modo en que me mira.

—Solo hace lo que tiene que hacer. —le defendió—. Me está protegiendo como mi padre le ha pedido.

—No tiene por qué protegerte de mí.

—Eso está aún por ver.

¿Es que nunca podía quedarse callada?

—Quiero que te sientes junto a tu sirvienta mientras mis hombres montan el campamento. —le ordenó.

—¿Por qué? —se cruzó de brazos, con el mentón alzado.

—Porque así lo quiero yo. —dijo sin más.

—Solo estoy ayudando...

—No quiero que ayudes, no quiero que les digas a mis hombres como hacer un nudo bien hecho. —la interrumpió—. Solo quiero que permanezcas callada y quietecita. Eso es lo que espero de ti en estos momentos.

—Te vuelvo a recordar que no soy Aline, yo...

—Eso es más que evidente. —la cortó—. No tienes por qué repetirlo una y otra vez, maldita sea. ¿Acaso crees haberte casado con un corto de entendederas?

Meg apretó los puños, deseando estampar uno en su apuesto rostro.

—¿Hay algo más que deseáis, mi señor? —preguntó con ironía.

—Desearía no detectar sarcasmo en esa pregunta.

—Siento ser tan incorrecta. Aún estáis a tiempo de anular nuestro matrimonio, mi señor, si así lo deseáis.

—Deja de hablarme en ese tono. —le pidió, cada vez más furioso con ella.

—¿Acaso preferiríais que os llamara amo?

Ian la tomó por el brazo, acercando su rostro a escasos centímetros del de ella, que lo desafiaba descaradamente con la mirada.

—Si vuelves a hablarme así...

—¿Todo bien por aquí?

Ian alzó la mirada para encontrarse de frente con el guerrero MacLeod, que lo miraba con cara de pocos amigos.

Megan se soltó de un tirón del agarre de su esposo.

—Todo perfectamente, Kylian. —se acercó a él—. Creo que mi marido necesita tiempo a solas para reflexionar sobre el tipo de mujer con el que se ha casado.

Capítulo 4

Meg se sentó de mal humor junto a Bridgid.

—Megan, no creo que sea buena idea desafiar a tu esposo tan abiertamente. —le aconsejó Kylian, que se posicionó de pie frente a ellas, sin perder de vista a ninguno de los Mackenzie—. Los guerreros Mackenzie están empezando a murmurar sobre ello.

—Es un asno. —rezongó.

—Sea como fuere, trata de controlarte, no quisiera que organizaras una revuelta antes de llegar a Clach. —después, sus ojos oscuros se dirigieron a la joven de cabello castaño, que estaba junto a su señora—. ¿Te encuentras bien, Bridgid?

La muchacha enrojeció.

—Solo un poco dolorida.

—Si me hubieras dicho que estabas tan exhausta, podría haberte llevado en mi caballo.

La joven bajó los ojos hacia sus manos, que reposaban sobre su falda oscura.

—Eres muy amable, Kylian.

El guerrero carraspeó, incomodo.

—Si me disculpáis, voy a montar vuestra tienda.

—Vaya, vaya. —comentó Megan, cuando el hombre no podía oírlas.

—¿Qué? —preguntó Bridgid, aún con las mejillas encendidas.

—A Kylian le gustas.

—¿Tú crees? —la joven miró al enorme guerrero con admiración.

—Por supuesto. —aseguró—. Y a ti te gusta él.

—¿Qué? —negó con la cabeza—. No es cierto, solo le tengo aprecio.

—Vamos, Bridgid, puedo ver la cara de boba que se te pone al mirarle.

La aludida soltó una risita.

—Es que es tan apuesto.

—Si tú lo dices. —vio a su esposo discutiendo con algunos de los hombres de su clan—. Disculpa un momento, Brid.

Con sigilo, se acercó hacia donde hablaban los hombres y permaneció oculta tras un árbol, escuchando lo que decían.

—Esa mujer no es una buena señora para los Mackenzie, Ian. —decía un guerreo de mediana edad, con el cabello castaño rojizo.

—Es impetuosa, lo sé, pero es fruto de su juventud. —la excusó Ian—. Necesita algo de tiempo para adaptarse a ser una mujer casada. Todo esto ha sido demasiado precipitado, acaba de perder a su hermana y se ha casado, en un periodo de tiempo demasiado corto.

—Decidimos aceptar a Aline como nuestra señora pese a ser una MacLeod porque era comedia y jamás te hubiera faltado al respeto, pero no aceptaré nunca a esa pelirroja loca. —afirmó otro joven guerrero, de pelo rubio.

—Cuidado con tus palabras, Darren, no olvides que esa pelirroja es mi esposa. —le advirtió el laird.

El muchacho se mantuvo en silencio, aunque su mirada indicaba que tenía mucho más que decir.

—Darren tiene razón, Ian. Se cree mejor que nosotros. —agregó otro Mackenzie, con la cara marcada por la viruela—. Además, es una sucia MacLeod.

—Queremos paz con los MacLeod, Luan. —repuso Ian—. ¿O has olvidado ese detalle? La paz con ellos ha hecho que tus hijos crezcan sin saber lo que es alzar la espada contra su clan vecino.

—Ian tiene razón. —añadió otro guerrero alto y atractivo—. La tregua ha evitado el derramamiento de sangre durante veinte años.

—Estoy empezando a hartarme de la tregua, Glenn. —añadió el pelirrojo—. Sobre todo, si eso conlleva venerar a una MacLeod que no sabe cuál es su lugar. Y me encantaría enseñárselo yo mismo, si eso fuera posible.

—Cuida tu lengua, Jarith. —le advirtió Ian, traspasándolo con la mirada. Después se irguió, avanzando hacia ellos, para enfrentar a sus tres hombres—. No olvidéis que soy vuestro laird y Megan es mi esposa, volved a hablar así de ella y os haré encerrar en las mazmorras.

—Lo siento, laird. —contestó el pelirrojo, a regañadientes.

Echándoles una última mirada, se marchó junto a Glenn, el atractivo guerrero que la había defendido.

Los otros tres Mackenzie se sentaron en torno a la hoguera, malhumorados.

—Esa zorra pelirroja necesita que la domen. —dijo el de la cara marcada por la viruela.

—Me entraron ganas de rebanarle el pescuezo cuando insultó a nuestro laird. —afirmó Jarith.

—Perra MacLeod. —murmuró el joven Darren.

Meg aprovechó para alejarse con sigilo, del mismo modo en que había llegado.

Sin duda, a partir de ahora debía vigilar el modo en que hablaba a su esposo delante de sus hombres, pues no podía permitirse dejarlo en evidencia y que se iniciara una revuelta, como bien le había dicho minutos antes Kylian.

El motivo por el que ambos se habían casado era justamente que la paz se mantuviera entre los dos clanes y eso era lo que tenía que lograr.

Cogió el arco que había dejado sujeto a la montura de Alai y con un silbido, llamó a Fly. Los hombres siempre se mostraban más razonables y amistosos con el estómago lleno, así que podía intentar cazar algo y ofrecérselo, a modo de disculpa.

Ian estaba de un humor de mil demonios.

Aquella cría deslenguada le había puesto en una situación muy incómoda con sus hombres.

—Ya sé que acabáis de casaros, Ian, pero tu esposa debe aprender a comportarse si no quieres que los hombres pierdan el respeto que sienten por ti. —le decía su buen amigo, Glenn—. Si no, comenzarán a pensar que eres incapaz de liderar el clan, si ni tan siquiera eres capaz de controlar a tu propia mujer.

—No sé si Megan sea una mujer que acepte que se la controle.- comenzó a inspeccionar el campamento, pero junto a la dama de compañía, ya no se encontraba aquella mujer con cara de duende, que ahora era su esposa.

—Pues deberás hacer lo acepte. —insistió Glenn—. O por lo menos, que en público finja aceptarlo. Eres mi amigo, siempre hemos luchado codo con codo y sabes que mi único cometido es velar por ti.

Ian frunció el ceño al no ver ni rastro de Meg en todo el campamento. Apenas había oído a su amigo, pues su atención estaba centrada en encontrar a su esposa.

—Me disculpas un momento. —se acercó a la joven dama de compañía—. ¿Dónde está tu señora?

La muchacha le miró con los ojos desorbitados, abriendo y cerrando la boca como un pez fuera del agua.

—Ah... ella... —miró en derredor, buscándola—. No lo sé, mi señor.

—Maldita sea. —maldijo Ian, alejándose hacia donde estaban sus hermanos—. ¿Habéis visto a Megan?

—La vi adentrarse en el bosque. —dijo Cameron, su hermano pequeño, con despreocupación.

—¿Se puede saber porque no la detuviste? —le preguntó furioso.

—¿Para qué iba a detenerla? —el joven le miró confundido.

—Porque no es seguro que una mujer ande sola por el bosque.

Cameron soltó una carcajada.

—No es una mujer, hermano, es Meg.

—¿Pero qué demonios significa eso?

Thane le puso una de sus grandes manos en el hombro de su hermano mayor. De los tres, Thane era el más grande y musculoso.

—Calma, Ian, sabes tan bien como nosotros que Megan sabe defenderse sola.

—Pero ahora es mi esposa y mi responsabilidad.—dijo con cansancio. Solo llevaba unas horas casado con ella y ya estaba arrepentido—. Debe aprender a comportarse, debe saber cuál es su sitio, debe...

—Y tú no debes olvidar, hermano, que ella no es Aline. —le interrumpió Thane.

—¿Acaso crees que podría olvidarlo? —le preguntó, con el ceño fruncido—. ¿Y porque os empeñáis todos en recordármelo?

—Porque parece que en ocasiones, no eres del todo consciente. —Thane se encogió de hombros.

Sin querer hablar más del tema, se adentró en el bosque, siguiendo el rastro que había dejado Meg.

Cuando por fin la encontró, iba cargada con una buena cantidad de liebres, su arco en las manos y su fiel águila volando sobre ella en círculos.

La vio alzar su flecha, apuntando con maestría, el mismo sabía cuan buena era con aquella arma.

Era espectacular contemplarla. Con su cabelló cayéndole por la espalda en una larga y gruesa trenza rojiza y sus ojos castaños y brillantes, fijos en su objetivo. Parecía un duende del bosque y le pareció una imagen tremendamente bella.

Al dar un paso más hacia delante, una rama crujió y Meg se volvió hacia él a la velocidad del rayo, lanzando una flecha directa a su cabeza.

Ian, gracias a sus felinos reflejos, logró esquivarla por los pelos.

—Dios mío, Ian. —exclamó la joven, que corrió hacia él—. ¿Eres consciente que podría haberte matado? —parecía más una acusación que una pregunta.

—¿De veras? —ironizó.

—¿No te han enseñado a no sorprender a una persona armada?

—Nunca he conocido a una tan inconsciente como tú. —le soltó.

—¿Inconsciente? —se molestó—. ¿Lo dice el hombre que casi acaba con una flecha clavada entre ceja y ceja?

—No quiero que vuelvas a adentrarte en el bosque sin la escolta adecuada. —le ordenó, sin querer incidir más en el tema de la dichosa flecha.

—Estás de broma.

—Para nada. —le aseguró.

Ambos se sostuvieron la mirada.

—Se cuidar de mi misma.

—A mí no me lo parece. —sentenció, cruzándose de brazos.

—Me importa un cuerno lo que te parezca a ti. —soltó furiosa.

—Y comienza a controlar tu lengua.

—¡Dios! —exclamó, exasperada—. Sabes que siempre he andado sola por el bosque y nunca me ha pasado nada. ¿Acaso te viene de nuevo?

—No, pero ya no eres esa chiquilla. —apuntó Ian—. Ahora eres mi esposa, la señora de los Mackenzie y como tal, debes comportarte.

Megan lo observó, sin animadversión por primera vez.

—Siento haberte avergonzado delante de tus hombres. —dijo con sinceridad—. Pero en ocasiones no pienso antes de hablar.

—Yo diría más bien que nunca lo haces.

Megan se puso las manos en las caderas.

—¿Vas a aceptar mi disculpa o no?

Ian suspiró, con cansancio.

—La acepto, pero volvamos al campamento, no es seguro estar alejados del resto del grupo, en tierras que no son de los Mackenzie.

—Está bien. —comenzó a desandar sus pasos—. ¿Cómo me has encontrado?

—Dejas un rastro de lo más evidente. —alzó una ceja, al mirarla.

—Humm, deberé tener más cuidado la próxima vez.

—Megan. —le advirtió.

—No estoy diciendo que vaya a haberla. —cruzó los dedos, pues sin duda no iba a dejar de hacer una de las cosas que más le gustaban, solo porque su esposo se lo pidiera.

—Eso espero. —repuso, mirándola con el ceño fruncido.

—Prometo intentar no hablarte así delante de tus hombres.

—Sería lo más sensato. —puso los ojos en blanco, pues le costaba creer que fuera capaz de controlar su lengua. Nunca lo había hecho, ni siquiera cuando tan solo era una cría con coletas.

—Pero tú debes prometerme que me escucharas.

—Te escucho más de lo que me gustaría, Megan.

—Ja, ja, que gracioso. —repuso, sarcástica—. Te pido que me escuches de verdad. Que tengas en cuenta mi opinión.

—Te prometo hacerlo, si no lo planteas como una exigencia. —concedió.

La joven sonrió de oreja a oreja, iluminando su bonito rostro.

—Eso es todo lo que necesito.

Con su habitual impulsividad se puso de puntillas y le plantó un beso en la mejilla, antes de echar a correr hacia el campamento, cosa que obligó a Ian a correr tras ella.

Una vez llegaron con el resto de hombres, Meg se sentó junto a su dama de compañía, rezando una plegaria por cada liebre muerta, antes de proceder a despellejarlas y eviscerarlas.

Ian aún podía sentir los suaves labios de la joven contra la raposa piel de su mejilla.

Se quedó observándola. Hacía la tarea de forma eficiente, sin ningún pudor o miedo, haciéndole saber que no era la primera vez que despellejaba a un animal. No podía imaginar a su delicada Aline haciendo algo semejante. Sin duda se hubiera mareado o habría sentido ganas de vomitar.

Cuando terminó de despellejar y eviscerar a los animales, se lavó las manos y se dirigió a Jarith, Darren y Luan. Les entregó una de las liebres, con una sonrisa conciliadora.

Aquello lo tomó desprevenido. No esperaba que hubiera cazado aquellos animales para compartirlos con sus hombres.

Lo que si esperaba es lo que hicieron ellos, que fue tirar el animal, mirándola con cara de

pocos amigos. Sin duda que ella hubiera cazado más que los guerreros Mackenzie les parecería una ofensa, pero a Ian simplemente le pareció admirable su destreza con el arco.

Cuando notó que Jarith se ponía en pie amenazándola con su corpulento cuerpo, Ian se dispuso a intervenir, pero el gigante guerrero MacLeod apareció junto a Megan como por arte de magia, alejándola del furioso guerrero y llevándola de nuevo junto a la dama de compañía, no sin antes dirigirle a Jarith una mirada amenazadora.

Le gustaba que aquel guerrero MacLeod estuviera siempre cerca de Meg para defenderla. Lo que no le agradó tanto fue cuando clavó su mirada oscura sobre él, porque sin duda aquella mirada le estaba advirtiéndole que tuviera cuidado con lo que hacía, si no quería que le rebajara el cuello.

—No lo entiendo, Kylian, han rechazado mis liebres. —se lamentaba Meg—. Eran una ofrenda de paz y no han querido aceptarlas. Los muy cazurros prefieren pasar hambre.

—Les ofende que una mujer pueda cazar más que ellos. —contestó el guerrero, acertadamente.

—No estoy compitiendo con ellos. —se defendió.

—Pero sin duda, ellos sí contigo.

Megan colocó una de las liebres en su hoguera.

—Estúpido orgullo masculino. —refunfuñó—. Suerte que tú careces de él, Kylian, porque no sirve para nada, te lo aseguro.

El guerrero arqueó una ceja.

—¿Qué dices, Meg? —Bridgid se apresuró a contradecirla—. Claro que Kylian tiene orgullo.

Megan lo miró sorprendida.

—A él no le molesta que pueda cazar más que él. —aseguró.

—Para nada. —confirmó el aludido.

Bridgid puso los ojos en blanco.

—Que buena pinta tiene esa liebre. ¿Puedo sentarme con vosotros?

Los tres dirigieron la mirada hacia Cameron, que se acercaba a ellos sonriente.

—Por supuesto, siéntate. —le invitó Meg—. Creía que tú tampoco querías comer lo que caza una mujer.

El joven se encogió de hombros y se dejó caer en el suelo.

—¿Qué más da quien lo cace? Lo que a mí me importa es llenar el buche.

Pero a Megan no se le escapó la mirada de soslayo que le dirigió a su hermano mayor.

Ian los miraba en la distancia, como cerciorándose de que su hermano estuviera haciendo lo que le había pedido.

Meg conocía bien a Ian y sabía que no le gustaba que nadie se sintiera mal en su presencia, es por eso que le miró directamente, sonriendo y agradeciéndole que hubiera enviado a su hermano para que compartiera la comida con ellos.

Capítulo 5

Por la mañana temprano reanudaron la marcha.

Meg se sentía mucho más animada y se acercó a Cameron para continuar con la charla de la noche anterior.

El más joven de los hermanos Mackenzie siempre le había caído bien. No la juzgaba, en ocasiones cuando eran pequeños se había unido en sus fechorías y se divertía mucho con su agudo humor.

—¿Qué puedo esperar encontrarme cuando llegemos a vuestro clan? —le preguntó, para tratar de conocer mejor a las gentes del clan Mackenzie.

—Sin duda, una enorme fortaleza de piedra. —bromeó.

—Eso ya lo sé. —puso los ojos en blanco—. Me refiero al recibimiento.

—No será el más caluroso. —afirmó, encogiéndose de hombros—. Los habitantes de mi clan esperan encontrarse con un ángel bondadoso y les llevamos la mismísima hija del diablo en persona. —bromeó—. No puedes culparles.

—Serás... —le golpeó en el hombro con su puño, haciéndolo reír.

—¿Acaso no es cierto? —alzó una ceja al mirarla.

—Es cierto que Aline era un ángel. —el simple hecho de mencionarla le dolía tremendamente—. Pero no creo que yo sea tan mala como me pintas.

—Créeme, Megan, quedarán horrorizados en cuanto abras la boca. —rió divertido.

La joven puso de nuevo los ojos en blanco. Sabía que Cameron bromeaba, pero también era consciente que no sería bien recibida en las tierras Mackenzie.

—Estoy deseando llegar. —comentó de nuevo el joven.

—¿Por algo en especial? —preguntó Megan.

Cameron movió las cejas de arriba abajo, con una sonrisa pícaro en sus carnosos labios.

—Por una dulce joven que sin duda estará ansiosa esperando mi regreso.

—¿Vas a casarte? —se sorprendió, pues nunca le había parecido que el pequeño de los Mackenzie tuviera madera para ello.

—Eh, para el carro, que me está entrando urticaria. —fingió un escalofrío—. ¿Quién ha hablado de matrimonio?

—Creí que al decir que te esperaba una mujer...

—No para cosas tan honestas, Meg.

—Oh, basta, no quiero seguir oyendo nada más.

Ambos comenzaron a reír.

Ian los oyó carcajearse y se volvió a mirarlos, con el ceño fruncido.

Su hermano parecía hacer buenas migas con Megan, para ser justos, siempre las había hecho. Solo esperaba que no la alentara a comportarse de un modo tan inconsciente como él mismo hacía normalmente.

—Tu esposa parece muy animada esta mañana. —comentó Glenn—. Sin duda, es bien sabido que tu hermano tiene muy buena mano con las mujeres.

Aquel comentario molestó a Ian.

—¿Tratas de insinuar algo, Glenn?

—Solo apunto que es normal que se entiendan, ya que son de edades más próximas.

—Cameron y Megan se conocen de toda la vida. —apuntó, pese a que Glenn era conocedor de ello—. Su complicidad es absolutamente normal.

—Por supuesto, sé que se conocen de siempre, como Aline y tú.

Glenn estaba empezando a molestarle de verdad.

—Si estás tratando de insinuar algo, te ruego que lo digas directamente, Glenn, porque creo que pretendes ofenderme.

El guerrero lo miró contundente.

—Eres mi mejor amigo desde la infancia, Ian, sabes que nunca haría nada que pudiera dañarte. —le aseguró—. Tan solo comentaba lo evidente, ni más ni menos. Pero te pido disculpas si te he ofendido.

Ian iba a responder cuando vio como Megan daba un salto de su enorme caballo, casi paralizándole el corazón al hacerlo, y echaba a correr en dirección a sus guerreros.

Ian desmontó de otro salto y salió disparado tras ella.

Cuando la joven cogió el arco que llevaba a su espalda y apuntó directamente a Darren, el resto de Mackenzies desenvainaron sus armas, dispuestos a atacarla por defender al joven guerrero.

—¡Alto! —ordenó Ian a sus hombres, temiendo que hirieran a Megan.

La joven tensó la cuerda del arco y Darren abrió los ojos, desorbitados por el miedo.

—¡Megan, no! —le gritó a su esposa, pero esta disparó su flecha, que pasó a escasos centímetros de la cabeza del joven rubio.

Luan se precipitó hacia ella, para defender a su amigo, pero Ian desenvainó su espada y detuvo la de su guerrero en un chocar salvaje de aceros, justo antes de que rozara la suave piel del brazo de la joven.

—¡Atrás, Luan! —gritó Ian.

—¡Dios mío! —exclamó Meg, dando un salto atrás, al percibir cuan cerca había estado de salir herida.

Kylian se apresuró a colocarse junto a Ian, por si fuera necesario pelear para defender a su señora.

—La perra MacLeod ha querido matar a Darren. —bramó Jarith, con la cara roja de ira y la espada en alto.

—¿Qué? —profirió la joven—. No es cierto.

—Todos te hemos visto, zorra. —soltó Luan, mirándola con odio—. Si hubieras tenido buena puntería tendría una flecha en medio de su frente.

—Si cualquiera de vosotros vuelve a insultar a mi esposa tendré que cortaros la lengua. —prorrumpió Ian, manteniéndose delante de Megan.

—Mi puntería es impecable, cabeza hueca. —soltó Meg ofendida, saliendo de detrás de su esposo, para enfrentar a los guerreros que la miraban con expresiones asesinas—. No pretendía dañar a nadie, he disparado a la serpiente que ha estado a punto de matarlo.

Las miradas de todos se dirigieron a la flecha caída en el suelo y efectivamente, había una serpiente venenosa ensartada en ella.

—La vi descolgarse por el árbol y no lo pensé dos veces. —se explicó la joven—. No se me pasó por la cabeza que todos creeríais que trataría de matarle a él. —señaló al joven rubio, que aún parecía en shock.

Los guerreros envainaron sus espadas, sintiéndose contrariados. Ian hizo lo mismo cuando vio que Meg ya no corría peligro.

—Me acabáis de salvar la vida, señora, estoy en deuda con vos. —dijo Darren, haciendo una

reverencia frente a ella.

—No hace falta que me lo agradezcas, estoy segura que cualquiera de vosotros hubiera hecho lo mismo por mí.

El joven bajó la vista al suelo y a Meg no se le escapó su mirada culpable. Estaba claro que no lo hubieran hecho, para ellos ella no era más que una desagradable MacLeod, que había venido a hacerse la dueña y señora de su clan y les costaba aceptarlo.

—Sé que ahora mismo no me tenéis en gran estima y lo comprendo. —dijo con voz alta y firme, para que todos la oyeran—. Todos esperabais que mi hermana fuera vuestra señora y nadie más que yo lamenta que eso no haya podido suceder. Aline hubiera sido la mejor señora para los Mackenzie, pero me gustaría que me dierais la oportunidad de demostrar que puedo ser digna de vuestro respeto.

Todos permanecieron en silencio, hasta que Ian lo rompió.

—Reanudemos la marcha. —ordenó—. Luan, Jarith, cuando lleguemos a casa quiero hablar con vosotros dos. —acto seguido tomó a Megan del brazo y caminó a paso rápido hacia el semental de la joven.

—¿Puedes ir un poco más lento? Me estás lastimando el brazo.— pidió, dando traspiés, sin poder seguir sus rápidas zancadas.

—Tendría que romperte el cuello. —masculló entre dientes—. Casi consigues que se me pare el corazón cuando vi cómo te lanzabas del caballo, por no hablar de cuando Luan dirigió el ataque de su espada hacia ti.

—Tenía que actuar con rapidez si no quería que la serpiente mordiera al muchacho. ¿No te das cuenta?

—¿Es que nunca piensas las consecuencias de tus actos? —se volvió hacia ella, con sus verdes ojos relampagueantes—. Pudiste haberte desnucado al caer del caballo o peor aún, que mis hombres te hubieran matado pensando que tratabas de atacar a uno de ellos, por no hablar de que si te hubieras desviado un par de centímetros con la flecha, abrías matado a Darren de verdad.

—Mis flechas siempre son certeras. —alzó el mentón, ofendida.

—Por el amor de Dios, mujer. —se pasó las manos por el oscuro cabello—. Haz el favor de comportarte como una dama.

Meg soltó su brazo de la mano de Ian de un tirón.

—Sabías perfectamente con quien estabas casándote. —murmuró furiosa, para que los hombres no pudieran oír cómo le hablaba a su esposo—. Porque parece que desde que te convertiste en mi esposo, lo has olvidado.

—Te pido que a partir de ahora te mantengas a margen de todo lo que ocurra a tu alrededor, ¿me has entendido?

—Alto y claro, señor.

Pese a que sus palabras le estaban dando la razón, estaba más que claro que sus ojos reflejaban todo lo contrario.

Su águila se posó en el hombro de la joven, mirando a Ian con cara de pocos amigos, la misma mirada que el guerrero MacLeod le lanzaba en aquellos momentos desde la lejanía.

—Espero que así sea, Megan, porque no voy a tolerar otra estupidez más.

—Maldito cabeza de alcornoque. —masculló—. Deberías agradecerme que salvara a tu guerrero y sin embargo me estás reprendiendo por ello. —de un salto montó sobre el lomo de su enorme semental—. Pues bien, haré lo que quieres. Me quedaré quietecita y calladita, alteza. —ironizó—. Pero no esperes que sea como Aline solo para contentarte. De nuevo vuelvo a recordarte que yo no soy ella. —y sin más se dirigió a la cabeza del grupo, encabezando la

marcha, como si fuera quien los lideraba.

Ian apretó los puños.

—Condenada mujer. —maldijo por lo bajo.

El guerrero MacLeod continuaba con la vista clavada en él.

—Procura que tu señora no se mate antes de llegar al destino. —le ordenó.

Kylian le lanzó una última mirada retadora antes de subir a su caballo y escoltar a Megan.

Todo aquello iba a ser más complicado de lo que había imaginado en un principio.

Capítulo 6

Se detuvieron en un claro cuando ya anochecía.

Aquel día la marcha había sido más relajada, en deferencia a la dama de compañía de Megan.

Meg estaba cepillando a Alai, cuando vio como uno de los guerreros Mackenzie, el pelirrojo que se llamaba Jarith, cojeaba y se frotaba la rodilla.

La joven guardó el cepillo de almohazar en su bolsa y se acercó a él.

—¿Me dejarías que le echara un vistazo a tu pierna?

El gigantón la miró con cara de pocos amigos.

—Estoy bien. —rezongó, sin ganas de mostrar sus debilidades y mucho menos delante de aquella mujer.

—No es cierto, acabo de ver que te molesta la pierna derecha.

—No es asunto tuyo. —bramó, con sus espesas cejas fruncidas.

—No es una petición, soy tu señora y te ordeno que me enseñes tu rodilla. —dijo con tozudez, sin amilanarse ante su actitud furiosa.

Todos los guerreros guardaron silencio, a la espera de ver como reaccionaba Jarith.

Ian había salido a cazar junto a sus hermanos y el atractivo guerrero que siempre le acompañaba, por lo que no podía intervenir, cosa que Meg agradeció.

A regañadientes, Jarith se sentó sobre un tocón que tenía cerca y se dejó la rodilla al descubierto.

Megan soltó el aire que había estado conteniendo, pues no había estado segura de cómo reaccionaría el guerrero Mackenzie ante su petición.

Se acercó a él y se arrodilló para inspeccionar detenidamente la rodilla masculina. Se veía hinchada y al tocarla, el hombretón hizo un gesto de dolor. Sin duda habría sufrido algún golpe en aquella articulación y ahora se resentía.

—Tienes la rodilla un poco inflamada. —le dijo—. Pero puedo ayudarte con una infusión y un ungüento.

—No lo necesito, estoy bien. —respondió, tercamente, pues para un guerrero como él, era difícil reconocer una debilidad.

—Espera un momento. —le pidió, mientras se ponía en pie y se dirigía a su dama de compañía—. Bridgid, ayúdame a recoger unas plantas, por favor.

—Por supuesto. —contestó la joven, solícita.

—Kylían, acompáñanos y así ayudas a Brid. —le solicitó al enorme MacLeod.

Tanto el guerrero como la dama de compañía se miraron y se dirigieron unas sonrisas tímidas. Aquellos dos estaban hechos el uno para el otro, pensó Meg, por eso pensaba allanarles el camino para que pudieran estar juntos.

Se adentraron en el bosque y Meg trató de mantenerse un poco alejada de ellos, para proporcionarles algo de intimidad, sin que resultara demasiado evidente.

—Déjame que yo las coja. —le dijo Kylían a Bridgid, agachándose a tomar las plantas que Megan les había dicho—. Debes estar agotada de tanto cabalgar.

—No estoy acostumbrada a trayectos tan largos. —reconoció la joven, con las mejillas sonrojadas.

—Ya queda poco para que lleguemos. —le aseguró Kylían.

—Me siento tan avergonzada, ayer debí parecerme una mujer débil, cuando me caí del caballo. —se lamentó.

—Jamás podría pensar nada malo de ti, Bridgid. —le aseguró con vehemencia.

Ambos se miraron a los ojos, embelesados el uno con el otro.

Un mechón de pelo castaño caía sobre el bonito rostro de la joven.

—¿Me permites? —le preguntó el hombre.

Bridgid asintió lentamente, con el corazón desbocado.

Alargando su mano, el guerrero puso el cabelló de la joven tras su oreja y aquel sencillo gesto, fue la cosa más íntima y bonita que les había ocurrido nunca.

Megan sonreía desde lejos, consciente de los sentimientos que surgían entre esa pareja. Era precioso ver a dos personas enamorándose y más cuando esas personas, eran buenos amigos suyos.

Meg preparó la infusión y el ungüento y se lo acercó al guerrero Mackenzie.

—Tómame la infusión ahora, menguará tu dolor. —le tendió el vaso, que puso en la manaza de Jarith.

—No me duele nada, ya te lo he dicho, mujer. —repuso el hombretón, con el ceño peligrosamente fruncido.

—El ungüento deberías ponértelo tres veces al día, eso mejorará a largo plazo tu lesión. —prosiguió, ignorando sus palabras.

El hombre gruñó.

—No tengo ninguna lesión. —negó tercamente—. Soy un guerrero.

—Estás demostrando tener más terquedad que un mulo. —se exasperó la joven ante tanto orgullo mal dirigido—. Solo trato de ayudarte. ¿Por qué te lo tomas como una ofensa? —se puso en jarras.

Los ojos oscuros de Jarith se clavaron en ella.

—¿Me has llamado mulo?

—No, te he dicho que eres más terco que uno de ellos. —le aclaró, con el mentón alzado, de forma retadora.

—Megan.

Meg cerró los ojos cuando la sombría voz de Ian surgió a sus espaldas.

—¿Qué estás haciendo?

La muchacha se volvió hacia él.

—Estoy tratando de cuidar de las personas de mi nuevo clan. —le dijo, con una sonrisa radiante.

Ian cruzó sus musculosos brazos sobre su ancho pecho.

—¿Eso hacías? Porque me ha parecido que estabas insultado a uno de mis guerreros.

—Pues quizá deberías prestar más atención a los pequeños detalles la próxima vez.

Meg pudo ver como apretaba las mandíbulas, sin duda conteniéndose para no estrangularla.

—Ven conmigo. —le ordenó.

—Verás, lo cierto es que había pensado en descansar un poco y...

—Te he dicho que vengas. —la cortó, con voz firme.

Megan suspiró y comenzó a andar detrás de él.

—¿No te dije que te mantuvieras al margen de lo que ocurriera a tu alrededor?

—Si te refieres a lo que acaba de ocurrir con Jarith, debes saber que solo pretendía ayudar con su dolor de rodilla.

—Jarith es un guerrero orgulloso que no le gusta demostrar sus debilidades y mucho menos que una mujer las señale delante de sus compañeros de armas.

—Ese es el problema, el estúpido orgullo masculino. —protestó.

Ian se detuvo junto a su caballo y Meg aprovechó para acariciarlo.

—Hola, precioso. —le dijo—. Tienes un dueño muy gruñón.

—Eres muy graciosa. —comentó Ian.

—¿Cómo se llama? —palmeó el hocico del hermoso semental negro.

—Dubh.

—¿Dubh?

—Sí, Dubh.

—Que original, ponerle de nombre negro, a un caballo de ese color. —ironizó.

—No pretendía ser original, simplemente práctico.

Meg puso los ojos en blanco.

—Siempre tan aburrido. —murmuró.

—Lamento no ser tan entretenido cómo tú. Ten. —le entregó un tartán con los colores Mackenzie—. Quiero que a partir de mañana te lo pongas.

—¿Por qué? —no le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer.

—A los hombres les cuesta verte como su señora y que vistas con los colores MacLeod no ayuda. —le explicó—. Es por eso que lo mejor será que empieces cuanto antes a vestir los colores Mackenzie.

—Creo que esa decisión me pertenece solo a mí, ¿no crees? —alzó el mentón, dispuesta a pelear si era preciso.

—No estoy de humor para tus sandeces. —se lamentó—. Los hombres están cansados, ya deberíamos haber llegado a casa si no fuera porque redujimos el paso de la marcha, y para colmo, tengo que lidiar contigo y tus continuos desafíos.

—¿De qué estás hablando? No trato de desafiarte.

—Pues lo disimulas muy bien. —alzó una ceja, observando su postura retadora.

Megan se sentía presionada y eso no le gustaba. Ella no soportaba que le tuvieran que decir que hacer o cómo comportarse e Ian era lo único que hacía durante todo el día.

—No me gusta nada que trates de controlarme.

—Eres mi esposa Megan, no quiero controlarte, pero sí tengo el derecho de hacerlo si se me antoja.

—Aún no somos marido y mujer de pleno derecho. —le recordó.

Ian apretó los labios.

—¿Me estas queriendo decir que quieres anular el matrimonio?

—Jamás haría una cosa semejante porque eso pondría en peligro la paz de nuestros clanes, solo quiero recordarte que aún no está sellado nuestro matrimonio y ya pretendes hacerme cambiar.

—No quiero que cambies, solo que moderes tu impulsivo carácter. —apuntó, harto de mantener la misma discusión una y otra vez—. Debes recordar que tu vida ha cambiado, ahora eres la señora de mi clan.

Meg suspiró.

—Está bien, trataré de moderarme, pero quisiera pedirte una cosa a cambio.

Ian la miró con recelo.

—¿De qué se trata?

—No quiero consumir nuestro matrimonio.

El hombre frunció el ceño.

—¿Qué no quieres que consumemos?

—A ver, no me refiero a que nunca ocurra, solo que me des un tiempo para hacerme a la idea. —puntualizó—. Siempre te he visto como el prometido de mi hermana, ahora me cuesta verte como mi esposo.

Ian asintió, comprendiéndola completamente.

—Te entiendo, porque a mí me sucede algo parecido. —concedió—. Pero es peligroso que alguien se enteré que nuestro matrimonio no es completo.

—Nadie se enterará, prometo guardar el secreto. —le aseguró.

—Accedo a ello si a cambio, a partir de mañana, vistes los colores Mackenzie.

—Está bien. —sonrió de oreja a oreja, sintiendo que por fin conseguía que la escuchase.

—Bien. —añadió Ian.

—Bien. —repitió Meg.

Estaba claro que a Megan le costaba no tener siempre la última palabra, pero en fin, por lo menos por una vez, tenía la certeza de que había ganado aquella batalla.

Capítulo 7

Ian despertó de buen humor aquella mañana. No había dormido mucho, pero sí más tranquilo, al ya encontrarse en tierras Mackenzie. Dentro de unas horas estaría de nuevo en su hogar y aquello siempre era una buena noticia.

El intenso olor a brezo inundaba sus fosas nasales, haciéndolo sentir ya en casa.

Se estiró satisfecho, pero la jovialidad se le esfumó en cuanto vio a Megan vestida con los tartanes MacLeod y Mackenzie a la vez.

Aquella mujer parecía no medir las consecuencias de sus actos.

A él no le había gustado tener que pedirle que se pusiera sus colores, hubiera preferido que ella los hubiera tomado por decisión propia, pero era necesario que sus hombres entendieran que tenían que respetarla como su nueva señora. Sobre todo, porque le preocupaba el modo en que los hombres habían desenvainado las espadas cuando ella apuntó con su arco a la serpiente. Ningún hombre de su clan debería levantar la espada contra su esposa bajo ningún concepto y había pensado que al portar los colores Mackenzie, les haría verla como parte del clan.

—¿Qué haces? —le preguntó bruscamente, cuando estuvo junto a ella.

Megan le miró extrañada.

—Ensillando a Alai. —respondió, como si fuera bobo por no ver algo tan evidente—. ¿No partimos ya?

—¿Me refiero a porque vas así vestida?

—Tú me pediste que me pusiera tus colores. —frunció el ceño, mirándolo con sorpresa a causa de su pregunta.

—¿Pero porque llevas el tartán MacLeod?

Megan alzó el mentón.

—Porque soy una MacLeod, no lo olvides.

—Ahora eres una Mackenzie.

Megan entrecerró los ojos, desafiante.

—¿Qué quieres, Ian?

—Quiero que te cambies y te vistas exclusivamente con los colores Mackenzie.

—No voy a hacerlo. —sentenció.

—Megan...

—¡He dicho que no! —gritó, haciendo que algunos guerreros se volvieran a mirarlos.

—Lo primero, compórtate. —le exigió—. Y lo segundo, no te estoy pidiendo que te cambies de ropa, te lo estoy ordenando.

—Nunca he sido buena acatando órdenes. —declaró, totalmente decidida a no obedecer.

—Está bien. —la cogió por el brazo—. Si es necesario, yo mismo te arrancaré la ropa.

—Os pido que soltéis a mi señora.

Ian dirigió sus furiosos ojos verdes hacia el guerrero que lo miraba desafiante, con la mano posada en la empuñadura de su espada.

—Mantente al margen, MacLeod.

—No puedo hacerlo mientras no soltéis a mi señora. —le dijo con voz calmada pero amenazante.

—¿Estás desafiándome? —dio un paso hacia el enorme guerrero—. Porque a mí me gustan los

desafíos.

—Si es necesario para proteger a mi señora, así lo haré.

Megan oyó a Bridgid gemir, mirando la escena horrorizada.

Ambos hombres parecían dispuestos a pelear y si eso ocurría, sin duda Kylian tenía todas las de perder, pues estaban rodeados de guerreros Mackenzie que no dudarían en defender a su laird.

—Ya está bien. —intervino la joven—. Me pondré exclusivamente tus colores, pero dejad de pelear como dos niños.

Ian la soltó.

—Es una pena que tengamos que llegar a esto para que decidas hacer lo correcto.

—Quizá lo que para ti es correcto, para mí no lo sea.

Ian frunció aún más el ceño.

—Te empeñas en creer que estoy tratando de dominarte, cuando en realidad lo único que intento es protegerte.

—No necesito tu protección. —contestó, con tozudez.

Vio como apretaba los puños y sus mandíbulas palpitaban.

—Te quiero lista en cinco minutos, ni un minuto más. —y sin más, se dio media vuelta y se alejó con paso decidido.

Megan le sacó la lengua, pese a que no podía verla.

—Será gañán.

—Tiene razón en lo que dice. —apuntó Kylian.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó confundida—. ¿Has estado a punto de pelearte con él y ahora vienes con que tiene razón?

—He estado a punto de pelearme por defenderte, porque eso es lo que le prometí a tu padre, pero eso no quita que vea coherencia en sus palabras.

—¿Qué coherencia? —se indignó.

—Si vistes los colores Mackenzie, sus hombres empezaran a verte como uno más de los suyos. —terció—. Ayer me preocupó que todos levantaran sus armas contra ti.

—Fue porque creían que mataría a Darren. —se defendió la joven.

—Fuera por lo que fuere, ningún guerrero MacLeod se atrevería a levantar su espada contra tu madre.

Eso era cierto, en su clan todos respetaban a Anne.

—Ella lleva siendo su señora mucho tiempo.

—Haznos un favor, Megan y trata de reflexionar antes de actuar, o acabaremos todos metidos en un problema.

—No creo haber hecho nada irreflexivo ahora mismo. —se cruzó de brazos, a la defensiva.

—Has vuelto a gritar a tu esposo y él ha mantenido la calma. —apuntó—. Está teniendo una enorme paciencia contigo, devuélveselo por lo menos con un poco de tranquilidad. No te pido que cambies, me gusta cómo eres y lo sabes, solo te ruego que controles tu impulsividad.

Meg suspiró.

—Prometo intentarlo.

—Con eso me basta.

Megan pudo ver las gruesas paredes de piedra de lo que ahora era su hogar.

Los habitantes del clan Mackenzie se acercaban a ellos, dándole una calurosa bienvenida a su laird, que se lo agradecía con una sonrisa en el rostro.

Sin duda los Mackenzie tenían en alta estima a Ian y aquello fue algo que a Megan le agradó,

pues le hacía saber que lideraba el clan como un hombre justo.

—Por fin han vuelto mis nietos.

Morag Mackenzie, la abuela de los tres hermanos, se acercó a ellos andando con paso ligero, pese a su avanzada edad.

Tenía el cabello blanco, recogido en un sencillito moño. Era de estatura media, algo más alta que Meg y su cuerpo era espigado y ágil.

—Abuela. —Ian desmontó de su caballo y la abrazó—. Espero que todo haya ido bien durante mi ausencia.

—Tan bien como siempre, hijo. —afirmó la anciana, palmeando el atractivo rostro de su nieto mayor.

El resto de sus nietos también le dieron afectuosos abrazos. Thane le devolvió una cariñosa sonrisa, mientras que Cameron le dijo una de sus gracias, haciéndola reír.

Megan desmontó de un salto y la anciana clavó en ella sus ojos castaños, de los que el sol arrancaba reflejos verdosos.

—Tú debes de ser la pequeña Megan. —comentó, acercándose a ella, mientras la estudiaba concienzudamente—. La última vez que te vi eras una granujilla muy avispada.

—Sigo haciendo honor a esa descripción. —aseguró la joven.

La anciana sonrió, satisfecha con su respuesta.

—Vino un mensajero a traernos la terrible noticia. —dijo, refiriéndose a la muerte de Aline, sin duda—. Lo siento mucho, muchacha.

—Ha sido una terrible pérdida para todos. —aseguró Meg, con el corazón encogido al recordar a su querida hermana.

—De todos modos, me alegro que mi nieto haya vuelto casado, necesita una esposa que le proporcione dicha y sin duda, tú se la darás.

Meg miró de reojo a Ian, que observa la escena desde lejos.

—No sé si él piensa que se la doy o se la quitó. —apuntó con sinceridad.

Morag soltó una carcajada.

—Me gusta esta joven, Ian. —aseguró la mujer—. Me recuerda a mi cuando tenía su edad.

—Esa es una de las cosas que más me preocupan, abuela. —apuntó el aludido, alzando los ojos al cielo.

La mujer movió la mano en el aire.

—Paparruchas.

—Megan, quiero presentarte a mi tío y a mi prima. —dijo Ian, alargando una mano hacia ella.

Megan anduvo hacia él y cuando posó su mano sobre la de su esposo, un escalofrío le recorrió su espina dorsal. Era la primera vez que sus manos se unían y ambos se miraron a los ojos. La mirada verde de Ian era intensa cuando se posó sobre la castaña de la joven.

—Emm... —murmuró el hombre, por un momento sin saber qué era lo que pretendía hacer antes de coger la mano de su esposa—. Yo...

—Vamos muchacho, te has quedado embelesado. —terció su abuela, sonriendo ampliamente.

Ian parpadeó varias veces, rompiendo el contacto visual con Meg.

—Esposa, te presento a Magnus y Jocelyn Mackenzie, mi tío y mi prima. —dijo al fin—. Vinieron a vivir a Clach con nosotros cuando mis padres fallecieron, así que no creo que los conozcas.

—No tenía el gusto, no. —contestó la joven, haciendo una leve reverencia—. Es un placer.

—Señora. —contestó Magnus, inclinando levemente la cabeza.

El tío de Ian era un hombre alto y de complexión fuerte. Tendría unos cincuenta años. Su

cabello era oscuro, salpicado de algunas canas y poseía los ojos verdes típicos de los Mackenzie. Era evidente que aún conservaba su atractivo.

La prima Jocelyn sería más o menos de la edad de Megan y también era pelirroja, pero a diferencia de Meg, que su cabello tiraba a caoba, el de Jocelyn tenía brillantes tonos naranjas. Era una joven bellísima, de facciones delicadas y unos intensos ojos azules, que le recordaron a los de Aline.

—Que feliz estoy de que vayamos a ser primas. —dijo con alegría, tomando las manos de Meg entre las suyas—. Estaba deseando conocerte, Aline. Se nota que Ian está completamente enamorado por la devoción con la que siempre habla de ti.

Todos se quedaron en completo silencio cuando Jocelyn pronunció aquellas palabras.

—Aline era mi hermana. —contestó la joven, con tranquilidad—. Yo soy Megan.

Jocelyn miró a Ian confundida.

—Creí que era de Aline de quien estabas enamorado...

—Prima, Aline murió repentinamente, nadie lo esperábamos y nos duele demasiado su pérdida. —le explicó Ian—. Ella es Megan, su hermana pequeña.

—¿Qué? —se llevó una mano temblorosa a la boca—. Cuanto lo siento. —le dijo a la joven, con los ojos brillantes—. No pretendía ofenderte, yo no sabía...

Ian puso los ojos en blanco. Su pobre prima Jocelyn era una joven muy buena y dulce, pero su cabeza siempre andaba en las nubes.

—No me ofendes. —la tranquilizó Meg, con sinceridad, interrumpiéndola, pues no deseaba que se sintiera mal—. Todos amábamos a Aline, ella siempre fue la mejor de todos nosotros.

—Bueno, no es momento para lamentaciones. —intervino la abuela—. Tenemos preparada una celebración dedicada a la nueva señora de los Mackenzie.

—Danos unos minutos abuela para poder asearnos y cambiarnos de ropa. —sugirió Ian.

—De acuerdo, hijo, así me da tiempo de ultimar la comida. —asintió la anciana.

—Sígueme, Megan, te enseñaré nuestros aposentos.

Meg silbó y alzó su brazo, donde su águila pescadora se posó elegantemente.

—Dios mío ¿Qué es eso? —exclamó Jocelyn, corriendo a los brazos de Ian, atemorizada.

—No te preocupes, no te hará daño. —la tranquilizó su primo—. Es la mascota de Megan.

—Fly no es mi mascota. —protestó la joven—. Ella y yo somos compañeras de vida.

—Lo que quieras, pero ese animal se queda fuera de mi casa. —sentenció su reciente esposo.

Meg alzó el mentón.

—Fly va a donde yo vaya, si ella se queda fuera, yo también.

De nuevo las mandíbulas de Ian palpitaron.

Oyó suspirar a Kylian tras ella y recordó lo que había hablado con él hacía unas horas.

Carraspeó y se obligó a sonreír.

—Bueno... —miró de soslayo al guerrero MacLeod—. Estaba bromeando.

Su esposo frunció el ceño, no se creía ni por asomo que fuera una broma, conocía bien a Megan para tragarse aquella sonrisa forzada.

Meg le pasó su hombrera de cuero a Kylian y dejó que Fly se posara sobre ella.

—Cúdamela. —pidió y el guerrero asintió, orgulloso de sus esfuerzos por ser un poco más comedida.

Ian y ella comenzaron a subir escaleras arriba.

—He reculado por no dar el espectáculo delante de tu familia, pero Fly tendrá su percha en mi cuarto a partir de mañana. —susurró, poniéndose a su altura—. Y no voy a dormir contigo.

—Por supuesto que dormirás conmigo.

Meg lo miró malhumorada.

—Habíamos llegado a un acuerdo.

Ian se volvió a mirarla.

—Y el acuerdo sigue en pie.

—No veo como, si pretendes que compartamos alcoba.

—¿Acaso crees que si dormimos en la misma cama voy a abalanzarme sobre ti? —ironizó—.

Me parece que te sobreestimas.

Meg entrecerró los ojos, enfadada.

—Lo que ocurre es que no creo que seas un caballero. —trató de devolverle el agravio.

—Pues yo no creo que eso te afecte, ya que tú tampoco eres una dama.

Se detuvieron frente a una puerta cerrada, manteniéndose la mirada, como dos contendientes a punto de comenzar a luchar.

Ian sin dejar de mirarla, alargó la mano y abrió la puerta.

—Bienvenida a tu casa, cara de duende.

Una hora después, el salón estaba repleto de todos los miembros del clan Mackenzie.

Megan se había dejado su rojizo cabello suelto y vestía uno de sus mejores vestidos, adornado con un fino fajín con los colores Mackenzie.

Ian estaba muy atractivo ataviado con su kilt de gala y su negro pelo peinado hacia atrás. Incluso se había afeitado la barba, dejando al descubierto sus masculinas facciones.

—Esposa. —le dijo, al recogerla al pie de la escalera, ofreciéndole su brazo para que se apoyara en él.

—Esposo. —contestó ella, posando su mano sobre el antebrazo masculino.

Ambos caminaron hasta el centro del gran salón.

—Mackenzies. —habló Ian, con voz firme—. Me alegra veros a todos aquí para celebrar la llegada de vuestra nueva señora. Megan Mackenzie, mi esposa y ahora la señora de nuestro clan. Confío en que a partir de ahora la protegáis con vuestra vida si es necesario, del mismo modo en que lo haríais conmigo.

Los Mackenzie dieron golpes sobre las mesas, celebrando las palabras que había pronunciado su laird.

—Disfrutad del festejo.

—Un momento, me gustaría decir unas palabras. —intervino Meg.

Ian la miró receloso.

—Confía en mí. —le pidió en un murmullo.

Su esposo suspiró y asintió.

—Miembros del clan Mackenzie, sé que la celebración de hoy no es lo que todos esperábamos. Yo era la primera que no esperaba estar aquí, pues era mi hermana, Aline, quien debía ser la señora de vuestro clan. —miraba a todos y cada uno de los presentes, integrándolos en su discurso—. Sin duda sería muy pretencioso por mi parte aspirar a poder llegar a ser la mitad de buena señora que ella hubiera sido para vosotros, pero prometo esforzarme cada día para ir creciendo como persona junto a todos los miembros de este clan y espero poder contar con vuestra ayuda para ello.

Cuando dejó de hablar todo el salón se quedó en absoluto silencio.

Megan contuvo la respiración, a la espera de las reacciones de los Mackenzie. Entonces empezó a oír como una persona aplaudía, se volvió a mirar y por cómo iba vestido, supo que era un párroco. Tras él, el resto le siguió, haciendo que Meg se emocionase.

El cura inclinó su cabeza levemente hacia ella y la joven le dedicó una sonrisa.

—Tomemos asiento. —le dijo Ian, tomándola del codo.

Se sentaron y todos comenzaron a comer.

—Han sido unas bonitas palabras. —le alabó Ian.

—Es mi corazón el que ha hablado. —aseguró la joven.

—Conozco perfectamente que tu corazón nunca calla. —rió por lo bajo.

Meg lo miró con una ceja alzada.

—¿Es una broma eso que acabo de escuchar?

—No lo creo. —llenó su copa y la de Megan de cerveza.

—Pues yo creo que sí y me gusta que por un momento no seas tan cuadrulado, esposo.

El hombre frunció el ceño.

—¿Cuadrulado, yo?

—Completamente. —probó un poco de pavo—. Mmmm. —cerró los ojos, deleitándose del succulento sabor—. Delicioso.

Ian no pudo evitar fijarse en como metió el tenedor entre sus labios, haciéndole sentir un repentino e inesperado deseo hacia ella.

Carraspeó, desviando la mirada. No se sentía bien deseando a la hermana de Aline, aunque ahora mismo, fuera su esposa.

—En fin, espero que por lo menos mi cuadrulado sea de los colores de mi tartán. —comentó, para distraerse de los pensamientos lujuriosos que le asaltaban.

—Y otra broma. —rió suavemente. —Guau, me estás dejando boquiabierta, Mackenzie.

La comida transcurrió con alegría. Morag y Jocelyn se mostraron de lo más amistosas con ella. Cameron bromeaba continuamente, con su habitual carácter guasón, mientras que Thane se mostraba más callado y observador, típico de él.

Magnus, el tío de Ian, era el que más la incomodaba, lanzándole miradas punzantes cuando creía que ella no se daba cuenta, pero Megan era una joven observadora y pese a estar hablando y riendo, no se le escapa nada de lo que ocurría a su alrededor.

—Ha sido una comida excelente. —comentó el párroco, acercándose a ellos.

—Me alegro que haya disfrutado, padre Angus. —le respondió Ian.

Entonces el cura dirigió sus claros ojos grises hacia Meg. Rondaría los sesenta años y su mirada era pura y sincera.

—Señora Mackenzie, es un placer poder conoceros al fin.

—Llamadme Megan, si no os importa. —le pidió la joven, pues no se acostumbraba a ser la señora Mackenzie, por lo menos por el momento.

—Megan es un nombre precioso. —aseguró el sacerdote.

—Muchas gracias. —le sonrió.

—Las palabras que antes habéis dicho me han emocionado. —le reconoció—. Lamento mucho lo de vuestra hermana.

—Yo también. —respondió con sinceridad.

El padre Angus sonrió levemente, sin apartar sus ojos de ella, como si la estuviera estudiando.

—Seréis una buena señora para nuestro clan, estoy convencido.

—Espero no decepcionaros, padre.

—Estoy seguro que no lo haréis. —respondió, dedicándole una leve inclinación de cabeza.

Megan sonrió ampliamente, sintiendo una repentina conexión con el sacerdote.

—Siento molestar, padre Angus. —dijo Cameron acercándose a ellos—. Pero ya que mi tedioso hermano no saca a su esposa a bailar, me gustaría poder hacerlo yo. —le tendió la mano a

su cuñada—. ¿Megan?

La joven dio un largo trago a su cerveza y apoyó la mano sobre la de Cameron.

—Será un placer.

Los dos jóvenes se pusieron a bailar en el centro de la pista alegremente, junto al resto de los Mackenzie que allí disfrutaban de la música de las gaitas.

—Una joven extraordinaria. —comentó el cura, sin apartar sus ojos de ella.

—Sin duda, peculiar. —afirmó Ian, observándola también.

Los ojos grises del clérigo se clavaron en los del laird.

—Los cardos escoceses son sin duda peculiares, pero son el símbolo de Escocia por su fortaleza para crecer en las tierras áridas de las Highlands. —hizo una reverencia con la cabeza y se alejó, dejando a Ian pensando en sus palabras.

Sin duda estaba comparando a Megan con un cardo escocés y podía tener sentido, pues pese a ser una flor salvaje, se había ganado el cariño de todos los habitantes de las tierras altas y esperaba que Meg consiguiera lo mismo con su clan.

—La energía de esa muchacha es fascinante. —le dijo su abuela, acercándose a abrazarle.

—Últimamente, todos parecéis coincidir en eso. —repuso, con más amargura de la que le hubiera gustado.

—Cariño, sé que Aline era lo que esperabas como esposa. Era dulce, cariñosa y todos le teníamos aprecio. —comentó Morag—. Pero las cosas han cambiado, y los cambios no siempre tienen que ser para peor. Megan es una muchacha alegre y con un espíritu rebelde y luchador, que creo que puede darte vida e ilusión.

—Lo que me preocupa es que acabe quitándomela. —bromeó, mientras daba un trago a su cerveza.

—Dale una oportunidad. —le besó en la mejilla, poniéndose de puntillas.

Ian desvió la mirada hacia Megan.

Continuaba bailando con Cameron y riendo sin parar. En ese momento las manos de su hermano estaban alrededor de la estrecha cintura de la joven y eso le molestó, sobre todo al recordar las palabras de Glenn, haciendo referencia a que ellos se entendía mejor porque sus edades eran similares.

—Creo que es hora de retirarnos. —comentó.

—¿Tan pronto? —se sorprendió su abuela—. Megan parece estar disfrutando.

Ian se acercó a su esposa, ahorrándose decirle a su abuela que quizá estuviese disfrutando en exceso con otro hombre que no era su marido.

—Megan, es hora de retirarnos a nuestros aposentos.

Ella le miró con la cara sonrojada y sudorosa, después de haberse entregado bailando.

—¿Ahora? Si estamos pasándolo de maravilla.

—Es cierto, hermano, no seas aguafiestas. —dijo Cameron, con una sonrisa radiante.

—Es hora de que descanses un poco, Cam. —le sugirió, fulminándolo con la mirada.

El joven se encogió de hombros y depositó un beso sobre el dorso de la mano de su cuñada.

—Ha sido un placer acompañarte en estos bailes. —y sin más, se alejó como le había sugerido su hermano.

—¿Por qué tenemos que retirarnos tan pronto? —le preguntó a Ian, fastidiada por tener que dejar de divertirse.

—Sin duda es lo que los presentes esperan de nosotros. —murmuró.

—¿Por qué? —miró en derredor, donde todo el mundo parecía divertirse—. No lo entiendo.

Su esposo clavó los ojos en ella.

—Se supone que somos una pareja de recién casados que desea estar a solas.
Los colores subieron levemente a las mejillas de Meg.
—Ah. —fue lo único que atino a decir.
—En efecto, ah.

Capítulo 8

Megan había dormido a pierna suelta, sin apenas percatarse que Ian estaba acostado a su lado, ya que la cerveza había hecho sus estragos en ella, adormeciéndola.

Sin embargo, aquella mañana se despertó cargada de energía. Apenas había amanecido, pues a ella siempre le gustaba despertarse al amanecer.

Se levantó lentamente y observó a Ian. Se quedó asombrada al ver que tenía el pecho descubierto, pues no recordaba que la noche anterior se hubiera quitado la camisa, aunque si era sincera, tampoco recordaba mucho más una vez abandonaron el salón.

Tenía el toroso marcado con algunas cicatrices y un suave vello oscuro cubría su pecho. El cabello lo tenía un tanto revuelto y su gesto se veía relajado, cosa que suavizaba su expresión severa.

Desvió rápidamente la mirada, pues no quería fijarse demasiado en sus atractivos, ya que aún sentía como si estuviera, de algún modo, agraviando a su hermana.

Se vistió con un sencillo vestido tostado envuelto con el tartán Mackenzie. Se puso su inseparable hombrera y manga de cuero y cogió su arco, decidida a ir a explorar los alrededores, mientras aprovechaba para cazar algo.

Nada más salir fuera de la fortaleza, Fly chilló y voló hacia ella.

—Hola, preciosa. —le dijo, mientras acariciaba su plumaje—. ¿Me has echado de menos?

El águila chilló de nuevo, a modo de respuesta.

—Vamos a ver si pescamos algo, Fly ¿Te parece?

Con el águila al hombro, comenzó a adentrarse entre la arboleda, de camino al río.

—¿Dónde vas?

Al oír la voz de Kylian se sobresaltó.

—Me has asustado. —le reprochó.

—No creo que a tu esposo le agrade que vayas sola por el bosque, será mejor que te acompañe. —dijo el guerrero.

—No empieces tú también con esto, Kylian. —que la trataran como una inútil la ponía furiosa—. Sabes perfectamente que necesito mis ratos de soledad.

—Pero ya no estamos en tierras MacLeod.

—Lo sé, pero este es mi clan ahora, así que deberé adaptarme. —le dijo, decidida a no dar su brazo a torcer.

—Por lo menos dime hacia dónde vas.

Meg suspiró.

—Vamos al río, ¿contento?

—Más o menos. —frunció el ceño.

La joven puso los ojos en blanco y se alejó. Malditos y controladores hombres.

Llegaron junto al río y la brisa azotó su cabello.

—Vamos, Fly, a ver qué tal se nos da la mañana.

El águila comenzó a hacer su trabajo de pescadora, mientras Meg inspeccionaba la zona, en busca de alguna liebre.

Tras una hora, volvían de camino a casa con cuatro peces y dos liebres, cuando se cruzó con Magnus y Jocelyn.

—Megan. —la joven se aproximó a ella alegremente, pero Fly comenzó a revolotear, chillando.

Jocelyn gritó atemorizada, cubriéndose la cara con las manos. Su padre se acercó a ella, para alejarla del ave rapaz.

—Controlad a esa ave de rapiña. —gruñó el hombre, sin desviar sus ojos de Fly.

—Lo siento, no sé qué le ha pasado. —se disculpó Megan—. ¿Estás bien, Jocelyn?

—Solo un poco asustada. —reconoció la muchacha.

—No sé porque se ha comportado así, Fly está acostumbrada a las personas, es un águila muy sociable.

—Me atemorizan los animales. —reconoció Jocelyn—. Quizá lo haya percibido.

—Puede ser. —se encogió de hombros, estudiando los movimientos de su amiga alada.

—No deberíais tener suelto a ese animal, es peligroso. —soltó Magnus.

Antes de que Meg pudiera contestar, su hija se apresuró a hacerlo.

—No te preocupes, padre, estoy bien y confío en Megan. Si ella dice que no hay peligro con su... pájaro. —dijo, sin poder identificar qué tipo de ave era.

—Agradezco tu confianza, Jocelyn. —le dijo Megan, con una sonrisa dibujada en los labios.

—Me gustaría que fuéramos amigas, Meg, ¿puedo llamarte así?

—Desde luego. —asintió.

—Quizá algún día podríamos quedar para dar un paseo. —sugirió la joven—. Me siento muy sola desde que llegamos aquí.

—Me encantaría. —sonrió.

Allí no tenía ninguna amiga aparte de Bridgid, así que le gustaba la idea de trabar una amistad con la prima de Ian.

—Maravilloso. —palmeó en el aire, entusiasmada.

—Ahora debemos irnos, no podemos llegar tarde a casa de Fergus. —terció el tío Magnus.

—¿Ocurre algo con él? —preguntó Megan.

El hombre la miró con condescendencia.

—Nada que deba preocupar a la señora del clan.

Meg apretó los puños, odiaba que la menospreciaran, pero por esa vez se mantendría al margen como le había pedido su esposo, en un millón de ocasiones. Solo por esa vez.

—De acuerdo, Magnus, no os entretengo más. —consiguió decir, a duras penas.

El hombre inclinó levemente la cabeza y continuó la caminata, con su hija tomada del brazo.

Meg respiró hondo varias veces. En el clan de su padre ella siempre le ayudaba con los problemas que tuviera cualquier MacLeod. Debería tomarse las cosas con filosofía y dar algún tiempo para demostrar cuan válida era, pero lo cierto era que la paciencia no era una de sus virtudes.

—Megan. —la llamó la abuela, en cuanto entró en el castillo.

—Buenos días, Morag. —la saludó por su nombre de pila, como así le había pedido ella misma la noche anterior.

—Has madrugado mucho esta mañana.

Meg oyó la risa de varios guerreros Mackenzie al oír las palabras de la anciana.

—Me gusta madrugar. —contestó sin más.

—Y por lo que veo traes comida fresca. —señaló los peces y las liebres que llevaba colgados del cinto.

—Ha sido una mañana fructífera. —sonrió.

—Eres todo un saco de sorpresas. —comentó la mujer.

—Espero que sorpresas buenas. —dijo, simpatizando con la anciana.

La mujer rió.

—Totalmente. —afirmó.

Ian despertó cansado, pues no había podido pegar ojo hasta cerca de las cinco de la mañana. Nunca hubiera imaginado que el pequeño cuerpo y la cara de duende de Megan le causarían un profundo deseo cuando se acurrucó contra su costado.

Ella, por el contrario, se había dormido al momento, imaginaba que afectada por la cerveza y su falta de costumbre a beberla.

Cuando se percató que estaba completamente solo en la cama, se irguió de un salto.

Megan no estaba en la habitación, lo había dejado dormido mientras ella se había escabullido fuera.

—¡Maldita sea! —maldijo, mientras se apresuraba a ponerse la ropa.

Ese sería motivo de burlas para los hombres durante varios días.

Salió apresuradamente de la alcoba y bajó de dos en dos las escaleras, dispuesto a ir en su busca, pero no hizo falta, pues la encontró junto a la puerta de entrada, con su águila al hombro y su arco a la espalda, hablando tranquilamente con su abuela.

—Megan. —la llamó malhumorado.

—Buenos días, nieto mío. —le saludó su abuela—. Tienes una esposa muy madrugadora.

De nuevo los guerreros que había cerca volvieron a reír e Ian maldijo para sus adentros.

—Id al campo de entrenamiento. —les ordenó, lanzándoles una mirada iracunda—. ¡Ahora!

Todos obedecieron, no sin antes lanzarle unas cuantas miradas jocosas.

—No vuelvas a dejarme solo en el lecho nunca más. —decretó, cuando todos los guerreros se habían ido.

—¿Por qué? —se sorprendió—. Eso es una soberana estupidez. Tú estabas durmiendo plácidamente y yo no tenía más sueño.

—Pues permanecerás en la alcoba leyendo, cosiendo o lo que te venga en gana, pero no bajaras al salón.

Meg frunció el ceño.

—No voy a hacerlo.

—¡Lo harás! —gritó, acercándose más a ella.

—¿Siempre te despiertas tan insoportable o es una deferencia hacia mi por ser el primer día como señora de la casa?

Las mandíbulas de Ian palpitaron y Morag rompió a reír.

—Eres tan ingeniosa.

—Abuela, no alientes su mal comportamiento. —protestó su nieto.

—¿Mi mal comportamiento? —aquello era el colmo—. Aquí el único que se ha comportado como una asno eres tú.

—No tengo ganas de escucharte más. —bramó—. Acabas con mi paciencia.

—¿Acaso tienes?

Dio un grito y un puñetazo en la pared antes de salir de la casa, hecho una furia.

—¿Qué mosca le ha picado? —preguntó Meg, completamente confundida.

—Hombres. —suspiró Morag, tomándola del brazo y llevándola hasta la ventana—. Se supone que al ser vuestra noche de bodas deberías estar agotada por la mañana, ya que es tu primera vez. Al levantarte antes que tú esposo, entre los hombres hay mofas sobre que el que quedó agotado fue él. En cierto modo, están cuestionando su hombría.

Megan no había pretendido nada de aquello.

—No pensé que el simple hecho de levantarme primero pudiera desencadenar esto. —suspiró, mientras veía por la ventana a los hombre murmurar y reírse a las espaldas de Ian—. No sé si estoy hecha para ser la señora de un clan. —comenzó a agobiarse—. Sin duda, Aline hubiera sabido que hacer.

—Escúchame, niña, nadie nace sabiendo. —la consoló la anciana—. Cuando me casé con mi Lachlan, era una jovencita alocada y desafiante, como tú.

—¿Qué hizo para poder cambiar? —le preguntó—. Pues yo no me veo capaz de hacerlo.

La anciana sonrió.

—No cambie, me esforcé para que todos supieran lo que valgo tal y como soy.

Aquellas palabras fueron como un bálsamo para los temores de Megan.

Sin pensarlo dos veces, le dio un abrazo a la anciana.

—Muchas gracias, Morag.

—Hazles saber a todos quien eres y lo que vales, niña. —le aconsejó—. No te dejes acobardar.

—No quiero causarle problemas a Ian.

La anciana movió la mano en el aire.

—Ian debe aprender que una mujer es mucho más que un adorno bonito. —le dijo, con sus ojos clavados en los de la joven—. Debes hacer lo que creas mejor como señora de este clan, por mucho que a los demás les desagrada la idea.

Megan sonrió ampliamente.

—Está bien. —dijo, decidida a hacerle caso—. Entonces, dime donde vive Fergus Mackenzie.

Cuando llegó a la pequeña granja que Morag le había indicado, Magnus y un anciano sin pelo, miraban entre la cosecha.

—Megan. —Joselyn se acercó a ella con cautela—. ¿Y tú pajarito? —preguntó, mirando en derredor, insegura.

—Lo he dejado con Kylian.

—¿Kylian? —preguntó la muchacha.

—El guerrero que mi padre mandó conmigo como escolta. —le explicó.

—Ah, claro. —sonrió—. El gigante que llegó contigo.

Meg soltó una carcajada.

—El mismo.

—¿Y qué haces aquí? —le preguntó, tomándola del brazo, con complicidad.

—Vine a ver si podía ser de ayuda.

Jocelyn rió, divertida.

—No creo que las mujeres podamos ser de ayuda aquí.

—¿Por qué no? —frunció el ceño.

Ella se creía tan capaz como cualquier hombre.

—Fergus tiene problemas con la cosecha. —explicó la joven Mackenzie, como si eso lo dijera todo.

—¿Qué tipo de problemas? —quiso saber.

Jocelyn se encogió de hombros.

—No entiendo de cosechas.

—Voy a ver qué pasa. —se adelantó unos pasos.

—No creo que sea buena idea que te entrometas. —le aconsejó la joven, mirándola con

preocupación.

—No me entrometo, solo me preocupo por la gente de mi clan. —contestó.

—Como digas. —respondió, sin darle más importancia al tema y marchándose a recoger algunas flores.

Sin duda Aline y ella hubieran forjado una buena amistad. Las dos parecían el tipo de joven que disfrutaban haciendo las típicas cosas que se consideraban apropiadas para una dama.

Sin más, se acercó a los dos hombres.

—Hola. —les saludó.

Magnus y Fergus se volvieron a mirarla.

—¿Queréis algo, señora? —preguntó el anciano.

—He venido a ayudaros con cualquier problema que tengáis.

—Ya os he dicho antes que no nos hace falta vuestra ayuda. —terció Magnus.

—¿Podría saber cuál es el problema antes que decidáis que soy una completa inepta?

Meg notó como el tío Magnus se envaraba.

—Este año no ha llovido mucho y la cebada no está creciendo bien. —le dijo, con tono cortante.

—Ya veo. —se acercó a mirar los cultivos—. El rio está muy cerca de aquí, ¿habéis pensado en hacer unos pequeños canales para que el agua del rio llegue hasta aquí y la tierra permanezca húmeda?

—¿Qué estupidez es esa? —vociferó el anciano—. La cebada es un cultivo de secano, con demasiada agua se ahogaría.

—Lo sé. —afirmó—. Pero si del rio solo sale una única afluencia, en el momento que no necesitéis más agua, podría hacer como una pequeña presa, de ese modo la tierra dejaría de humedecerse. —sonrió, satisfecha con su idea. Sin duda aquello funcionaría para solucionar el problema, pues ya lo había puesto en práctica en el clan de su padre.

—¿Qué demonios es esto, Magnus? —espetó el anciano—. ¿Acaso estáis tratando de ofenderme trayendo a una cría para que me dé clases de como cultivar mi campo?

—Lo siento, Fergus, no pretendíamos ofenderte.

—Pues esto me parece un insulto descarado. —gritó el hombre, con la cara roja de indignación.

—No os pongáis así, Fergus. —intervino Meg—. Mi intención era ayudaros.

—Por favor, señora, yo me ocuparé. —le pidió Magnus.

—No necesito que te ocupes de nada, sé hablar por mí misma perfectamente. —dijo, sin poder contenerse por más tiempo.

El hombre hizo una reverencia con la cabeza y dio un par de pasos atrás.

—Llevo más de cuarenta años dedicándome a la cebada y nunca nadie había propuesto una idea tan descabellada como la vuestra, señora.

—¿Por qué la consideráis descabellada? ¿Porque proviene de una mujer?

—Por supuesto. —aseguró—. Si fuera buena idea ya se nos hubiera ocurrido a algún hombre. De todos es sabido que las mujeres no están hechas para pensar.

Megan sintió ganas de abofetearlo y si no hubiera sido un anciano, seguramente lo hubiera hecho.

—Lo que de todos es sabido es que los hombres creen poseer la verdad absoluta sobre todo y quizá sea para ocultar su profunda ignorancia detrás de tanta pedantería.

—¡Megan! —la atronadora voz de Ian llegó hasta ella.

La joven cerró los ojos y maldijo en silencio.

—¿Sí, esposo mío? —se volvió hacia él, con el mentón alzado.

—Lo siento, Meg. —se disculpó Jocelyn, acongojada—. Tuve que ir a buscarle cuando me di cuenta que iba a haber problemas.

—Ian, te pido que controles a tu mujer. —soltó el anciano—. Ha venido a mi casa a insultarme.

—Te pido disculpas en su nombre, Fergus. —terció Ian.

—No quiero que te disculpes por mí. —se enfureció—. No me arrepiento de ninguna de las palabras que he dicho.

Ian la tomó en volandas de sopetón y se la puso sobre el hombro.

—Tío, ocúpate de esto, por favor. —le pidió a Magnus, que asintió—. Gracias por avisarme, prima.

—De...de nada. —contestó la joven, con la cara desenchajada.

—¡Suéltame ahora mismo, pedazo de asno! —gritaba Megan, pataleando.

—¿Qué es lo que no entendiste de la frase, no te entrometas en nada?

—Solo pretendía ayudar, ¿porque nadie parece darse cuenta?

—Fergus no necesitaba tu ayuda, Jarith tampoco la quería y Darren... bueno, puede que Darren si la requiriera, pero eso no te da derecho a meter las narices en todo lo que se te antoje.

—¿Si fuera un hombre sí podría hacerlo?

—Eso sería diferente.

—Sois todos una panda de cernícalos. —le golpeó la espalda con los puños—. ¡Suéltame!

—Tus deseos son órdenes, cara de duende. —y la dejó caer sobre la hierba.

—Serás... —se puso en pie de un salto.

Ian la miraba con las manos en las caderas y el semblante serio.

—Megan, eres el peor de los dolores de cabeza que he tenido nunca. Te pido por enésima vez que te mantengas al margen de los problemas de mi clan.

—Como tú mismo te has encargado de decirme en varias ocasiones, ahora soy parte del clan Mackenzie, así que no voy a echarme a un lado y permanecer dentro de tu castillo, a la espera de que vuelvas de hacer lo que te plazca. —dijo, con total convicción—. A mí me gusta ayudar a las personas. Me gusta sentirme útil y si eso no eres capaz de aceptarlo, te doy la opción de anular nuestro matrimonio, pero no esperes que me resigne a ser parte de la decoración de tu casa, porque jamás aceptaré eso. —y sin darle tiempo a responder, se dio media vuelta y echó a correr.

Sin saber porque, Ian se sintió orgulloso de ella. Debería haberse sentido molesto o incluso furioso por sus continuos desafíos, pero el único sentimiento que nació en él fue la admiración, pese a no entenderlo ni él mismo.

Capítulo 9

Los días fueron pasando en una relativa calma.

Meg fue adaptándose a las rutinas de su nuevo hogar, pero no se sentía del todo feliz, pues echaba de menos a su familia y a su gente. Sobre todo, sentir que formaba parte de algo y que todos la respetaban y apreciaban.

Morag era de gran ayuda, pues a la anciana le gustaba hablar con ella y se había encargado de mostrarle el funcionamiento del castillo.

Jocelyn también se había mostrado muy amistosa. Era una joven inocente y alegre, que le contagiaba su jovialidad, distraendo a Meg de sus problemas.

Cameron se había convertido en una buena compañía, pues siempre estaba de buen humor, le gustaba gastar bromas y Megan se divertía con sus cruces de pullas sarcásticas.

Thane y el tío Magnus, sin embargo, se mostraban más distantes y callados. Apenas cruzaba un par de palabras con ellos en todo el día.

Por no hablar de Ian. El muy cabezota se había mantenido ocupado casi todo el tiempo, para no tener que verla, estaba segura.

Al salir al exterior de la fortaleza, pudo ver a Kylian junto a la arboleda que había frente al castillo, regalándole una flor a Bridgid. La joven tenía los ojos brillantes y Kylian parecía más distraído de lo normal, pues ni siquiera se había percatado que ella los observaba.

Aquellos dos cada día estaban más enamorados y Megan se alegraba mucho por ello.

Cuando Kylian hizo una reverencia a Brid y se alejó, Megan aprovechó para acercarse a la dama de compañía.

—Qué bonita flor.

La joven dio un respingo.

—No sabía que estabas aquí. —se sonrojó.

—Normal, estabas distraída con otras cosas. —sonrió.

Las mejillas de Bridgid enrojecieron aún más.

—Kylian es muy amable.

—Lo que pasa es que está enamorado de ti.

La joven parpadeó varias veces, como asimilando esa idea.

—¿Tú crees?

—Estoy completamente convencida, solo hay que miraros un poco para ver que entre los dos hay amor. —le aseguró.

La joven suspiró, soñadora.

—Siento mil mariposas en el estómago cuando él está cerca. —reconoció—. Es el hombre más atractivo que he conocido.

A Megan se le vino a la mente la imagen de Ian, sin duda a ella le resultaba mucho más atractivo, pero desechó la idea al instante.

Silbó y Fly bajó del árbol donde reposaba para posarse en su hombro.

—Me haría muy feliz veros casados. —le dijo a la joven dama de compañía.

Ella sonrió con optimismo.

—Nada me haría más feliz que tener el honor de ser la esposa de Kylian, pero no sé si él sienta lo mismo.

—Créeme, lo siente. —agregó Megan, segura de ello.

A las puertas de la fortaleza comenzó a formarse un revuelo entre dos hombres, que tiraban de las riendas de un caballo de tiro, el cual parecía asustado.

Ian salió del campo de entrenamiento y se aproximó a ellos, tratando de mediar.

—¿Qué estará ocurriendo? —preguntó Bridgid, llevándose su flor a la nariz para olerla.

—No lo sé, pero el pobre caballo está aterrado. —comentó Meg, frunciendo el ceño, al ver como el animal se removía inquieto.

—¿Quieres que vayamos a dar una vuelta? —sugirió Brid.

—Sí, pero espera un momento. —contestó, haciendo que Fly volviera al árbol y acercándose donde estaba formado el revuelo.

—Megan, no. —le susurró la joven a sus espaldas, pero Meg ya no podía detenerse.

Llegó hasta los tres hombres sin que estos se dieran cuenta y les arrebató las riendas del caballo, que cabeceaba con nerviosismo.

—Estáis asustando al caballo. —les reprendió—. Dejad de tirar de las riendas de esa forma.

Los dos hombres de mediana edad la miraron furiosos.

—Megan, te pido por favor que te mantengas al margen. —le dijo Ian, por enésima vez desde su enlace.

Aquellas palabras estaban comenzando a molestarle sobremanera.

—¿Puedo saber que ocurre aquí? —insistió.

—No. —contestó su esposo.

—Ese caballo es mío. —contestó el hombre que tenía una espesa barba oscura.

—¡Y un cuerno! —maldijo el del cabello pajizo—. Este caballo es de mi propiedad.

—Maldito patán miserable. —espetó el barbudo.

—¿Cómo me has llamado? —bramó el rubio, abalanzándose contra el otro.

Ian se metió entre ellos, tratando de detenerlos.

Megan observaba a los tres hombres que forcejeaban, con una extraña tranquilidad.

—Lo mejor será que matemos al caballo. —contestó, como si nada.

—¿Qué? —se sorprendió el de la barba.

—No puede. —exclamó el rubio.

—¿Estás loca, Megan? —se enfadó Ian.

—Si no se ponen de acuerdo en quien es el dueño del caballo y ello va a llevarles a una discusión, lo mejor será deshacerse del animal. —se encogió de hombros, como si no le afectara.

—Yo necesito al caballo para arar mi campo. —contestó el barbudo.

—Mis hijas sufrirían si el caballo no volviera a casa conmigo. —contestó el rubio—. Lo hemos criado desde que era un potrillo.

Aquello le hizo saber a Meg quien podría estar diciendo la verdad.

Sin más, soltó las riendas del rocín y este se encaminó hacia el hombre de cabello pajizo.

—Sin duda es vuestro caballo, señor. —le dijo al rubio.

—Muchas gracias, mi señora. —le hizo una reverencia, mientras acariciaba el hocico de su caballo.

—¡No! —gritó el otro hombre—. Estáis condenando a mi familia a la miseria si le entregáis ese caballo a él.

—Es lo justo, pues ambos sabemos que ese caballo no os pertenece. —le soltó Megan, segura de ello.

El hombre de la barba se marchó hecho una furia, mientras el rubio se acercó a ella con expresión agradecida.

—Gracias, señora.

Cuando se quedó a solas con Ian, este tenía cara de querer estrangularla.

—¿No sabes permanecer callada?

—No cuando se está cometiendo una injusticia.

El hombre alzó una ceja.

—¿De qué injusticia estás hablando? ¿Acaso yo había decidido que hacer?

—La injusticia era para con el caballo. —se explicó—. Estaba tan estresado que podía sentir su sufrimiento.

Su esposo se pasó las manos por el pelo.

—Acabas de dejarme como un bufón sin autoridad.

—¿Por qué? Yo solo quería...

—Estoy harto de oír lo que tú quieres. —vociferó—. Lo importante aquí es el bien del clan, no tus volubles deseos.

Aquello le dolió. Ella nunca anteponía sus deseos a las necesidades de los demás.

—¿En serio tiene que ver con las necesidades del clan y no con tu estúpido orgullo? —soltó, de forma retadora.

Los ojos verdes del hombre se clavaron en ella.

—Nunca sabes cuándo callarte.

—No pienso ser parte del mobiliario de tu hogar, tengo mi opinión y la diré cuando me plazca.

—Ya está bien. —la tomó por el brazo y la arrastró escaleras arriba, hasta meterla en el cuarto—. Permanecerás aquí hasta que aprendas cómo comportarte.

—No me vas a castigar como a una niña. —trató de salir de la estancia, pero Ian se interpuso con su gran cuerpo.

—Mientras te comportes como una niña malcriada, se te tratará como tal. —y sin más, cerró la puerta con llave.

—¿Estás seguro de lo que estás haciendo?

Ian se volvió hacia la voz de su abuela, que lo miraba con reprobación.

—Haz el favor de no meterte, abuela.

—Tienes que empezar a entender a tu esposa. —le dijo, sin hacer caso de su petición.

—¿Entenderla? —espetó—. Le he dicho mil veces que se mantenga al margen.

—¿Acaso no estabas de acuerdo con la decisión que ha tomado? —indagó la anciana.

—Por supuesto que estoy de acuerdo con devolverle el caballo a Elman. Sabía perfectamente que el caballo le pertenecía, pero quería hacer las cosas de modo que Murdock no se sintiera ofendido.

—No se puede contentar a todo el mundo, deberías saberlo. —respondió su abuela, con sabiduría.

—No estoy de humor para hablar más.

Se estaba alejando cuando la oyó decir.

—No se puede enjaular a un ave salvaje, algún día lo aprenderás.

Megan daba vueltas de un lado al otro del cuarto. No soportaba estar allí, sabiendo que no podía salir cuando a ella le viniera en gana. Ni siquiera de niña había tolerado que la castigaran de ese modo.

—¡Maldita sea! —pateó la cama y se frotó las sienes.

Entonces, una brisa fresca se coló por la ventana.

¡La ventana!

Se asomó a mirar a través de ella. Estaba bastante alto, pero si hacía una cuerda con la ropa de cama, sin duda sería capaz de llegar abajo sin problemas.

Se quitó el tartán y el vestido, quedándose tan solo con la camisola, para que no le entorpeciera en el descenso.

Quitó la ropa de la cama y comenzó a anudarla una contra otra. Cuando estuvo segura de que los nudos aguantarían, ató la improvisada cuerda a la pata de la robusta cama de madera maciza y dejó caer las sabanas por la ventana.

Miró hacia abajo y le dio algo de vértigo, así que cerró los ojos y respiró hondo. Sin pensarlo más, se agarró a las sabanas y comenzó a descolgarse.

Thane volvía de camino a casa después del entrenamiento, cuando un reflejo rojizo llamó su atención. Cuando vio a Meg descolgándose desde la alta ventana, le dio un vuelco el corazón.

Echó a correr todo lo que pudo, hasta que dio con su hermano mayor.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó este—. Estás sin aire.

—Megan. —dijo entre jadeos.

—¿Qué pasa con ella? —frunció el ceño.

—Se está... —paró a respirar—. Descolgando por la ventana.

Ian no esperó a oír más y se dirigió corriendo del mismo modo en que antes lo había hecho Thane, hacia el lateral a donde daba la ventana de su alcoba.

Cuando la vio colgando de las sábanas blancas, casi se le paró el corazón.

—¿Qué está haciendo? —Kylían llegó junto a él y se disponía a llamarla cuando Ian le tapó la boca con su gran mano.

—Puedes desconcentrarla y hacer que resbale. —dijo.

El enorme guerrero MacLeod asintió e Ian retiró la mano de su boca.

—Juro que si no se mata ella misma, seré yo quien lo haga. —prometió el laird de los Mackenzie, en un susurro.

—Yo te ayudaré. —aseguró el guerrero MacLeod, sin apartar los ojos de su inconsciente señora.

Megan estaba a escasos metros de tocar el suelo, cuando vio a aquellos dos enormes hombres mirándola horrorizados.

Cerró los ojos, sabiendo que se había metido en un buen lío, pero sin arrepentirse de ello.

Continuó el descenso, pero antes de tocar por sí misma el suelo, las manos de Ian se posaron en su cintura, haciéndola bajar el mismo.

—Has podido matarte.

—Pero no lo he hecho. —alzó el mentón, retadora.

—¿Tanto te costaba permanecer unas horas en la alcoba?

—Sí, si es de manera impuesta.

Ian se paseó de un lado al otro, tratando de mantener la calma.

—No sé qué voy a hacer contigo.

—Lo único que tienes que hacer es escucharme, es muy sencillo.

Ian clavó sus ojos en ella.

Cuando vio que se aproximaban sus hermanos y su tío, le entregó su tartán y las llaves del cuarto.

—Sube y ponte algo de ropa, estás prácticamente desnuda. —le dijo, sin atreverse a mirarla demasiado.

Meg se envolvió en el tartán y tomando las llaves se encaminó hacia la entrada del castillo, con paso pausado y seguro.

—Señor. —Kylian le hizo una reverencia con la cabeza y se fue tras su señora.

—El carácter de tu esposa se te está yendo de las manos. —comentó su tío, cuando llegó junto a Ian.

Este se frotó la frente.

—No sé qué más hacer con ella. —reconoció.

—¿Por qué no tratas de domarla en la cama? —propuso Cameron.

Ian le dirigió una mirada furibunda.

—Cuidado con lo que dices, Cam. —le advirtió.

Su hermano pequeño cruzó los brazos sobre su pecho.

—Es más que evidente que todavía no habéis yacido. Es la comidilla del clan.

—¿De qué estás hablando? —le preguntó furioso por esas habladurías, que se acercaban peligrosamente a la verdad.

—Según se rumorea entre las sirvientas, las sabanas no han amanecido con ninguna mancha de sangre. —le explicó Thane.

—¡Maldita sea! —no había caído en eso.

—Ian. —Magnus le puso la mano en el hombro—. Sé que no estás en tu mejor momento, estabas enamorado de la joven Aline, pero tu esposa está crispando los nervios de los habitantes del clan.

—Lo sé. —reconoció.

—Magnus Mackenzie, deja de malmeter contra mi nieta. —espetó Morag, regañando a su hijo.

—No trato de malmeter, madre, solo pretendo hacerle ver a Ian...

—Entre los cuatro no hacéis un solo cerebro. —le cortó la anciana—. Lo que Ian debe comprender es que una mujer resuelta y valiente como su esposa es motivo de orgullo, no algo que deba ocultar en su alcoba bajo llave. Siempre te he tomado por un hombre inteligente, muchacho. —le dijo, mirándole a los ojos—. Demuéstrame que no estaba equivocada.

Capítulo 10

Cuando Ian subió a su cuarto ya era bien entrada la noche. Había estado haciendo tiempo para asegurarse que Megan estuviera dormida y así era.

Estaba echa un ovillo en un lado de la cama, con su rojizo cabello esparcido sobre la almohada. Se la veía bonita, con aquella cara de duende relajada y una suave sonrisa en sus labios.

Desvió la mirada y comenzó a quitarse la ropa, dejándose solamente su tartán enrollado en torno a la cintura.

Se tumbó en la cama, lo suficientemente alejado para ni siquiera rozar a su esposa.

¿Cómo no había podido pensar en simular una mancha de sangre sobre las sábanas?

Seguramente porque Megan le tenía la mente tan ocupada que no le daba tiempo a pensar en nada más.

Su abuela le había pedido que tratara de entender a su esposa y quizá tuviera razón, podía intentar mirarla, sin compararla continuamente con Aline. Meg no era Aline, se había encargado de decírselo muchas veces, además que era más que evidente. Quizá debería abrir la mente sobre los beneficios que sus diferencias le podían traer, en vez de centrarse en los inconvenientes.

Entonces, llamaron insistentemente a la puerta.

Meg se incorporó de un salto, alarmada.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé. —se puso en pie—. Voy a averiguarlo.

Cuando abrió la puerta, su tío estaba tras ella.

—¿Ocurre algo, tío?

—La oveja de Murdock está de parto.

—¿Y qué problema hay? —frunció el ceño.

—Lleva horas y el cordero no nace, el animal apenas tiene fuerzas. —le explicó—. No sabemos que más hacer.

—De acuerdo, dame un momento. —cerró la puerta y se apresuró a vestirse.

—¿Puedo acompañarte?

Se volvió a mirarla.

—Será mejor que descanses, no sé cuánto tiempo pueda ocuparme esto.

—Quiero ir.

Por su mirada, Megan estaba esperando su negativa y se preparaba para pelear.

—De acuerdo, vístete entonces.

—Yo quiero... —cortó su réplica cuando se dio cuenta que había accedido a que le acompañase—. Emm, vale.

—Vale.

Meg salió de un salto de la cama y se metió tras el biombo. Se apresuró a ponerse un sencillo vestido verde oscuro y peinó su cabello con las manos, dejándolo suelto.

—Estoy lista.

—De acuerdo. —se ajustó el cinto con la espada a la cintura—. Solo te pido que seas prudente.

—Lo seré.

Ian lo dudaba, pero prefirió no decir nada más.

Bajaron a las caballerizas e Ian ensilló a su caballo.

Cuando Meg iba a hacer lo mismo con Alai, su esposo la detuvo.

—Iremos los dos en Dubh.

—¿Por qué? —frunció el ceño.

—Es muy tarde, me sentiré más seguro si montas conmigo.

—Eso es una absurdez, soy tan buena montando como tú.

—No estoy discutiendo eso, Megan, solo digo que prefiero que montemos juntos.

—Pero...

La mirada furibunda de su marido la hizo permanecer callada.

Suspiró.

—Está bien.

—Ya era hora de que hicieras alguna concesión. —subió de un salto al semental negro y le tendió la mano.

Meg la tomó e Ian la acomodó delante de él.

—¿Estas cómoda? —preguntó.

Su aliento rozó el cuello femenino, haciéndola estremecerse.

—Sí. —dijo sin más, tratando de alejarse de él lo máximo posible.

Ian puso a Dubh al galope y llegaron minutos después a casa de Murdock, que paseaba de un lado al otro delante de la puerta del corral.

—¿Qué pasa Murdock? —le preguntó Ian, desmontando del caballo y ayudando a hacer lo mismo a su mujer.

El hombre la miró receloso, pero se centró en su laird.

—Dolly lleva horas tratando de parir, pero algo no va bien, el cordero no sale.

—¿Puedo verla? —pidió Ian.

—Por supuesto. —contestó Murdock, entrando al corral.

Meg los siguió y se inquietó al oír los balidos angustiosos del pobre animal.

Ian pudo ver que había demasiada sangre en la paja que cubría el suelo. Se agachó a inspeccionar a la pobre oveja, pero él no sabía mucho sobre partos de animales.

—Podemos mandar a llamar a Colin. —sugirió.

Colin era la persona a la que llamaban cuando algún animal tenía alguna dolencia. Nadie sabía más de animales que él.

—Dolly no aguantará tanto. —se lamentó el hombre—. ¿Qué voy hacer? Si Dolly muere, no tendré este invierno leche, ni queso.

—¿Murdock? —una mujer de la misma edad más o menos que él, asomó la cabeza desde la puerta del corral—. ¿Algo anda mal?

—No Moira, todo va bien, vuelve a la cama.

—Mi señor. —se sorprendió, al ver allí a su laird.

—Buenas noches, Moira.

—Señora. —saludó a Megan, inclinando la cabeza.

—Buenas noches. —contestó Meg.

—No sabía que estabais aquí u os habría invitado a entrar y tomar algo.

—No os preocupéis, estamos bien. —contestó Meg, con una amigable sonrisa.

La oveja soltó un nuevo balido dolorido.

—¿Qué le ocurre a Dolly? —preguntó la angustiada mujer, acercándose unos pasos a la oveja.

Murdock se adelantó para tomarla por los hombros y alejarla de allí.

—Está de parto. Tú vuelve a la cama.

—No creo que para por si misma. —susurró Meg a su marido.

—No podemos hacer nada por ella. —le contestó él, en el mismo tono bajo.

—Quizá yo pueda hacer algo.

Ian clavó sus ojos en ella, con reticencia.

—¿Qué tienes en mente?

—¿Puedes confiar en mí?

Ambos se miraron fijamente. Megan sabía que su esposo estaba decidiendo si sería buena idea confiar en ella, y lo cierto es que Meg estaba aterrada por lo que tenía en mente, pero si no se hacía nada, el pobre animal no sobreviviría a esa noche y su corderito tampoco.

Ian asintió.

—Espero no arrepentirme.

Meg sonrió ampliamente.

—Puedo ayudar a Dolly. —dijo de sopetón, temiendo que si esperaba más, su esposo se arrepintiese.

El matrimonio se volvió hacia ella.

—No quiero ofenderos, señora ¿pero qué sabéis una mujer como vos sobre la forma de parir de los animales?

Megan se puso en jarras.

—Qué mejor que una mujer, diría yo. ¿Acaso no somos nosotras las que traemos bebés a este mundo?

—Una mujer no me va a dar lecciones. —soltó el hombre, con brusquedad.

—¿Queréis que la oveja muera?

Ian iba a intervenir en favor de su esposa, cuando Moira se adelantó.

—¿Sabéis lo que hacéis, señora? —le preguntó a Megan.

—Lo he visto hacer un par de veces y espero poder repetirlo. —dijo con sinceridad—. Pero es la única opción que tiene esa pobre oveja.

Moira asintió.

—Pues adelante.

—Pero Moira... —protestó Murdock.

Su esposa se volvió hacia él y tomó su cara entre las manos, con ternura.

—Necesitamos la leche de Dolly para el invierno, no tenemos otra opción.

—Solo pido que me deis un voto de confianza. —dijo Meg.

El hombre la miró y asintió.

—Está bien, espero no arrepentirme.

—Yo también. —contestó la joven—. Os pido que esperéis fuera. Ian, tú tendrás que ayudarme.

Su esposo la siguió.

—¿Qué vas a hacer?

—Sospecho que el cordero no esté bien colocado y por eso no sale. —explicó—. Así que voy a tratar de ayudarle.

—¿Cómo? —quiso saber.

—Introduciendo mi mano dentro de la pobre Dolly.

Su esposo la miró con el ceño fruncido.

—Y no lo has hecho nunca antes.

—Nunca. —asintió.

—Debes de estar completamente loca. —aseguró, remangándose la camisa.

—Es más que probable. —suspiró—. Ahora necesito que agarres fuertemente a Dolly.

Su esposo hizo lo que le pedía.

Meg cerró los ojos y rezó una oración silenciosa.

—Lo siento, pequeña. —le dijo a la oveja, antes de introducir su mano dentro de ella.

El animal baló fuertemente, mientras Megan palpaba en busca de las patas del corderito. Cuando por fin las halló las dirigió hacia la salida de la vagina del animal.

—Prepárate, Ian, cuando Dolly vuelva a apretar, tiraré de las patas del cordero. Trata de que no se mueva.

—De acuerdo.

Meg notó que la oveja se contraía y ella la ayudó tirando de las patitas de su hijo.

Tras varios empujones más, por fin el cordero salió, balando como su madre.

Megan se echó hacia atrás, mirando como Dolly comenzaba a lamer a su cría y se puso a llorar, viniéndose abajo después de todo el estrés que había pasado.

Ian se acercó a ella y la rodeó con sus brazos. Ella se dejó caer contra su pecho, dejando ir todas las lágrimas que había acumulado.

—Creí que mataría a la pobre oveja. —reconoció, sin separarse de su esposo.

—Sin embargo está viva gracias a ti.

Meg alzó los ojos brillantes de lágrimas hacia él.

—¿Dónde viste hacer esto? —le preguntó Ian.

—Al pastor de mi clan. —contestó—. Mi padre me dejaba acompañarle cuando había algún problema.

—Pues me alegro que tu padre lo hiciera. —sonrió.

Meg observó con asombro como nunca se había dado cuenta que aquella sonrisa suavizaba sus facciones, dándole un aspecto aún más atractivo. ¿Que se sentiría al ser besada por esos labios?

Se apartó de él de golpe al darse cuenta el rumbo peligroso que estaban tomando sus pensamientos.

Carraspeó.

—En fin, será mejor que avisemos a Murdock y Moira de que tienen un nuevo miembro en la familia.

—Sí, buena idea. —respondió él, siguiéndola fuera del corral.

El matrimonio se acercó a ellos con miradas ansiosas.

—¿Todo bien? —preguntó Murdock.

Meg asintió.

—Dolly ha tenido un corderito precioso.

—Muchas gracias, señora. —Moira la abrazó, emocionada—. La leche de Dolly es esencial para mis hijos.

—Lo comprendo y si hay algo más en lo que pueda ayudaros, no dudéis en pedírmelo.

—Ya habéis hecho más que suficiente, señora. —respondió la mujer.

—Espero que esto compense lo que ocurrió con el caballo. —repuso, mirando a Murdock, que desvió sus ojos.

—Tengo que pedir disculpas en nombre de mi marido por lo que ocurrió con el caballo de Elman. —fue Moira la que se disculpó—. Teníamos un viejo caballo de tiro que se nos murió hace unos días y sin él, este año nos será difícil tener una cosecha decente para pasar el invierno, pero eso no es excusa para que Murdock tratara de quedarse con el de Elman.

—A nosotros no nos debéis ninguna disculpa, en todo caso, sería Elman quien la merecería, ¿no creéis, Murdock? —le dijo Meg.

El hombre se cruzó de brazos, negándose a mirarla.

—Ya es tarde, será mejor que nos retiremos. —intervino Ian, antes de que hubiera un nuevo conflicto.

—Muchas gracias, laird. —dijo Murdock.

—De nada, aunque la que lo ha hecho todo es mi esposa. —reconoció.

Meg se sintió profundamente satisfecha por aquel reconocimiento.

Montaron al caballo y reanudaron la marcha. Ian mantuvo a Dubh en un trote suave.

—Creo que acabas de hacer una leal amiga.

Megan sonrió ampliamente.

—Moira me parece una mujer encantadora. —contestó—. ¿Cuántos hijos tienen?

—Cuatro.

—¿Pequeños? —indagó.

—La mayor creo que tiene doce años y de ahí hasta el pequeño, que tiene cinco.

La joven asintió.

—Sería una pena que pasaran hambre por no poder cosechar el campo.

—Si ese fuera el caso, les ayudaríamos con parte de nuestra cosecha.

—Sí, sería una solución...

—¿Qué tienes en esa cabecita tuya, cara de duende?

—Vi que uno de tus bueyes ayer no salió de su cercado.

Ian bajó la vista para mirarla.

—En la última feria de ganado compramos dos bueyes jóvenes, así que al que tú te refieres le hemos dejado descansar anticipadamente.

—¿Sería posible que se lo diéramos a Murdock o es demasiado mayor para arar?

—Es capaz de arar, y más un campo pequeño como el de Murdock y Moira.

Meg se giró de medio lado para mirarle.

—¿Te parecería mal que les regalemos el buey?

Ian se la quedó mirando. A la luz de la luna su cabello brillaba con unos increíbles reflejos caobas, enfatizando la blancura de su piel. Por primera vez en su vida se dio cuenta que era realmente bella. No tenía la belleza clásica y evidente de Aline, sin embargo, su belleza era mágica, etérea, como la un duende de los bosques. Siempre había pensado que Megan tenía cara de duende, pero se dio cuenta que el encanto de aquel duende lo estaba envolviendo.

Pudo notar el trastero de la joven contra su entrepierna y por primera vez en su vida, aquella pelirroja le causó una dolorosa erección.

—¿Ian?

—¿Qué? —preguntó, sin acordarse de que estaban hablando.

—¿Podemos darles el buey? —insistió la joven.

—Sí, claro, me parece buena idea. —asintió, sintiéndose confuso por sus nuevos sentimientos hacia ella.

Los vio entrar en los establos, sonriendo y hablando con complicidad. Ian se veía totalmente relajado y cómodo con su molesta esposa.

Maldita sea, maldijo para sus adentros.

Creía que aquella metomentodo no le causaría problemas, pero al parecer, era más astuta de lo que parecía.

Tendría que pasar al plan B, no quedaba otra salida, pero no permitiría que una sucia MacLeod se hiciera la dueña y señora de su hogar.

Capítulo 11

Por la mañana, Ian se levantó temprano, ya que no había sido capaz de conciliar el sueño teniendo el pequeño cuerpo de Megan semidesnudo junto a él en el lecho.

Estaba de un tremendo mal humor y la cosa empeoró cuando la joven se desperezó, haciendo que sus pechos se apretaran contra la fina tela de su camisón.

—Buenos días. —dijo, con voz somnolienta.

Ian simplemente gruñó.

—¿A dónde vas? —le preguntó al verle vestirse.

—Voy a cazar.

De un salto se sentó en la cama.

—Quiero ir contigo. —le pidió, con una sonrisa deslumbrante.

Era lo último que necesitaba en esos momentos.

—No.

—¿No? —preguntó, confundida por su negativa.

—No. —negó de nuevo.

—¿Por qué? —frunció el ceño.

—Quédate ayudando a las mujeres con el funcionamiento del castillo. —sugirió—. Es hora de que desempeñes el papel que se te presupone.

—Puedo hacerlo cuando vuelva.

—Hazme un favor y dedícate a hacer cosas de mujeres. —le dijo con brusquedad, enfadado consigo mismo por complicarse la existencia con aquel inesperado deseo.

Sin esperar respuesta por parte de Meg, salió del cuarto.

Al bajar al salón se cruzó con su tío.

—¿Cómo fue el tema de la oveja? ¿Llegasteis muy tarde? —se interesó por la oveja de Murdock.

—Llegamos bastante de madrugada, pero por suerte Megan pudo hacer que el cordero naciera. —le explicó, sin demasiadas ganas de hablar.

—¿Cómo hizo eso? —quiso saber Magnus.

—Puso en práctica algo que había visto hacer en el clan de su padre.

—Al parecer tiene soluciones para todo. —su tío puso los ojos en blanco.

Ian sonrió, muy a su pesar.

—Para mi desgracia, sí. —bromeó.

—Pareces menos disgustado con ella.

Ian suspiró.

—Trato de hacerle caso a la abuela y estoy dispuesto a ser más transigente, por mi tranquilidad mental.

—Comprendo. —sonrió de medio lado—. Que tengas suerte, muchacho.

—Gracias tío, la voy a necesitar.

Ian estaba acechando a un cerdo salvaje, cuando sintió una presencia tras de él. Se volvió alerta y vio pasar una flecha cerca de su cabeza, que atinó de lleno en el enorme animal.

—Has sido bastante lento, Mackenzie. —exclamó Meg, sonriendo, con su águila dando vueltas en torno a ella.

—¿Me has seguido? —no podía creérselo.

—Pues sí, y he de decirte que cada día tus reflejos son peores, si hubiera sido un atacante ahora mismo estarías muerto.

Era verdad que había estado distraído y la culpable estaba justo enfrente de él.

—¿No me oíste cuando te dije que te quedaras en casa?

—Te oí. —contestó, sin siquiera una pizca de arrepentimiento en la voz—. Pero preferí no hacerte caso.

—¿Acaso algún día te plantearas obedecerme?

—Obedecerte no, pero puedo plantearme valorar tus sugerencias.

A Ian le hubiera gustado poder enfadarse, pero lo cierto es que su descaro comenzaba a divertirse.

Iba a decir algo, cuando sintió que los observaban.

—Menudo jabalí enorme. —comentó Meg, acercándose al animal—. Lo siento mucho, chico. —le dijo, rezando una plegaria por él, como hacía con todos los animales que cazaba.

—Silencio. —pidió Ian, con los sentidos alerta.

—¿Ocurre algo?

Pero no pudo contestarle, pues la afilada punta de una espada se clavó levemente en el costado de Megan.

El desgarrado hombre que acababa de retenerla cogió el arco que la joven tenía en las manos y lo arrojó lejos de su alcance.

—¿Qué tenemos aquí? —dijo el bandido, mirándola con lujuria.

Fly se lanzó sobre el asaltante, pero dos bandidos más aparecieron de entre los matorrales, tratando de clavar la espada sobre el ave rapaz.

—Fly, al árbol. —ordenó Meg, asustada por ella.

Su leal amiga la miró a los ojos y chilló, a modo de protesta.

—Por favor, al árbol. —le pidió, con más delicadeza.

Con reticencia, el águila se posó en uno de los árboles cercanos, sin dejar de observar a Megan fijamente.

—Suéltala. —ordenó Ian, temblando de ira al ver como la sangre de Meg manchaba la tela de su vestido.

—Qué tipo tan duro. —bromeó el que tenía a Meg, haciendo reír a los demás—. Creo que lo mejor será que tú sueltes las armas si no quieres que le cortemos el lindo pescuezo a tu amiguita.

Ian apretó las mandíbulas y dejó caer su espada y su arco.

—Así me gusta. —sonrió el bandido—. Veamos que tenemos aquí. —volvió la cara de la joven hacia él—. Humm, bastante bonita. —comentó, mirándola con lascivia.

—Pues buena suerte. —comentó Ian por lo bajo.

El bandido, confuso, ladeó la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. —se encogió de hombros—. Por mi puedes quedártela.

Megan le miró con indignación.

—¿No la quieres? —preguntó otro de los bandidos, acercándose a estudiar a la joven—. A mí me parece preciosa. —le acarició el cabello y Meg le dio un mordisco, clavando profundamente sus dientes en la mano del hombre.

Cuando el malhechor se puso a gritar, Ian rió.

—A eso es a lo que me refería. —comentó—. Es como una fiera salvaje. De hecho, me haríais un favor si os la lleváis.

—Serás mal nacido. —exclamó Megan—. En cuanto pueda liberarme juro que te cortaré los testículos.

Los tres bandidos la miraron, sorprendidos por su forma de hablar.

—Y lo peor es que lo dice en serio, es muy vengativa. —Ian puso los ojos en blanco—. Tened. —metió la mano en su bolsillo y alargó un saquito con monedas hacia ellos—. Os pago para que os la llevéis y cuando acabéis con ella, os sugiero cortarle el cuello, no quiero arriesgarme a que vuelva.

—¿Lo dices en serio? —el bandido que la tenía cogida sonrió, mostrando su mellada dentadura.

—Totalmente. —se acercó unos pasos más—. Ten.

El bandolero sonrió confiado y alargó la mano hacia el saco de dinero, cosa que Ian aprovechó para darle un tirón de la muñeca y estamparle un puñetazo entre las cejas, quitándole la espada con un rápido movimiento.

Meg se tiró al suelo y reptó hasta coger su arco, mientras los otros dos bandoleros se abalanzaron sobre su esposo.

Ian peleó diestramente contra ellos, que sin duda no poseían sus dotes con la espada.

El bandido más grande arremetió con fuerza contra él, desestabilizándolo un poco, mientras el otro estrelló su espada contra la de él, en un choque de aceros.

Fly se lanzó a los ojos de uno de ellos, haciendo que Ian pudiera volver a su posición de ataque.

Se deshizo de ellos con destreza, clavándole al grandullón la espada en el estómago y al otro rebanándole el cuello.

El líder de los bandidos, con la nariz sangrando, estaba preparando para atacarle por la espalda cuando Megan le clavó una flecha en el corazón.

Ian se volvió a ver si estaba muerto y cuando se cercioró que estaban a salvo, se acercó a su mujer, preocupado por ella.

—¿Estás bien? —le preguntó, tomándola por los hombros y mirando la pequeña mancha de sangre de su vestido.

Megan le dio un puñetazo que le giró la cara.

—Eres un bastardo. —soltó furiosa—. ¿Así que te quitaban un peso de encima si me llevaban con ellos?

—Déjame verte la herida. —insistió Ian, sin hacer caso de su enfado, ni del dolor que sentía en el pómulo a causa del golpe que acababa de darle.

—Solo ha sido un rasguño. —le aseguró—. Pero ni se te ocurra acercarse a mí, porque aún estoy por enterrar una de mis flechas en tu dura cabezota y...

No pudo proseguir, pues Ian tomó su rostro entre las manos y plantó un abrasador beso sobre los labios femeninos. Meg los entreabrió por la sorpresa de aquel asalto e Ian aprovechó para introducirle la lengua dentro.

Un intenso calor inesperado los abrasó a los dos.

Megan jamás en su vida había sido besada por ningún hombre y lo cierto es que le gustó mucho la forma apasionada y tierna a la vez, en que su esposo la besaba.

Meg, dejándose llevar, se apoyó en su amplio pecho, pero notó como Ian hacía un gesto de dolor.

—¿Estas herido? —preguntó, apartándose de él.

—No. —trató de volver a besarla, pero Megan le detuvo.

—Claro que sí, he notado como te encogías cuando te he tocado el pecho.

—No es nada más que un rasguño como el tuyo. —afirmó.

—No seas terco, el mío es de verdad una herida sin importancia. Mira—. rasgó el vestido por su cintura, mostrándole la pequeña herida que le había causado la afilada punta de la espada—. Ahora, déjame echar un vistazo a la tuya.

El hombre suspiró y se bajó un poco el cuello de la camisa para mostrarle el corte abierto que llevaba en el pecho.

Megan se inclinó para mirarlo de cerca.

—Ya te he dicho que no era nada. —dijo, deseando poder alejarse de ella o besarla de nuevo, no estaba seguro que era lo que quería hacer.

—Le vendrían bien unos puntos. —confirmó Meg.

—Ni hablar, odio las agujas. —dio un par de pasos atrás.

Megan lo miró divertida.

—¿Te enfrentas a espadas constantemente y te va a asustar una simple agujita?

—No me asusta, simplemente no creo que sean necesarias. —se cruzó de brazos, a la defensiva.

—Pamplinas. —sonrió la joven—. Volvamos a casa, necesito curarte.

Le tendió la mano e Ian la tomó. Sintió como si la pequeña mano de Megan hubiera estado hecha para encajar a la perfección en ella.

Caminaron así hasta llegar a la fortaleza, con Fly volando sobre ellos. Después subieron a su alcoba.

Una vez allí, Ian vio la percha del águila junto a la ventana.

—¿Qué hace eso ahí? —preguntó Ian, con una ceja alzada.

—Te dije que el lugar de Fly era junto a mí. —explicó la joven.

—No puedo hacerte cambiar de opinión, ¿verdad?

—No. —contestó con una enorme sonrisa, que hizo que el corazón de Ian diera un vuelco.

Entonces la joven silbó y poco después la preciosa águila aterrizaba en la percha, como si siempre hubiera estado allí.

—El comportamiento de esa ave es increíble. —apuntó su esposo—. ¿Cómo has conseguido adiestrarla así? Jamás en mi vida había visto algo parecido.

—No la he adiestrado. —le dijo Meg, con satisfacción—. Ella me es fiel porque acepto su forma de ser y la trato con respeto. No hay mayor lealtad que la de una relación de respeto mutuo.

Ian tomó nota de aquellas palabras, quizá eso fuera lo que necesitaba poner en práctica con Megan para afianzar su matrimonio, pues ella sin duda era como su querida águila. Libre, salvaje e impetuosa.

La joven se acercó a su baúl y sacó sus utensilios de costura. Después llenó la palangana de agua limpia y tomó el jabón.

—Quítate la camisa. —le pidió a su marido.

Este obedeció y se quedó con el torso al descubierto.

Cuando Megan se volvió y lo miró, se quedó sin aliento. Era perfecto. Su pecho era ancho y su abdomen estaba perfectamente marcado. Además, un suave vello negro lo cubría. También había algunas cicatrices que lo salpican, haciéndole saber que era un guerrero experimentado.

Era cierto que le había visto con el pecho descubierto en más ocasiones, pero en ninguna de ellas le había mirado como una mujer mira a un hombre, hasta aquel momento.

Carraspeó y se acercó a él.

—Bien, primero voy a lavarte la herida.

—Adelante. —se sentó en la cama y le clavó la mirada.

Meg metió un paño en al agua y procedió a limpiarle el corte.

Sintió descargas en los dedos cuando notó la piel desnuda de su esposo bajo ellos.

La mirada abrasadora de Ian parecía desnudarla. Nunca antes la había mirado así, de eso estaba segura.

Frotó el jabón sobre la herida, para evitar que se infectara y volvió a aclararla con agua.

—Ahora voy a coserte. —enhebró el hilo en la aguja.

—Te tiemblan las manos. —apuntó Ian.

Era cierto, pero no era porque le diera impresión coserle, pues en su clan era la encargada de hacerlo cada vez que una herida precisaba puntos. Era por las sensaciones que en aquellos momentos su esposo le estaba haciendo sentir.

—Mi pulso es firme, no te angusties.

—No es angustia lo que siento ahora mismo. —afirmó, respirando hondo.

Meg prefirió no preguntar cómo se sentía, pues sospechaba que tenía mucho que ver con la mirada ardiente que le dirigía.

Capítulo 12

Megan se apresuró a salir a por hierbas para hacer un ungüento para la herida de Ian.

Había necesitado escapar de la habitación pues la tensión entre ellos era palpable.

¿Qué había sucedido para que de golpe se sintiera tremendamente atraída hacia Ian? Sin duda había sido el beso.

Aquel beso había despertado en ella emociones que jamás había experimentado. Incluso había estado tentada a abalanzarse sobre él cuando le vio con el pecho al descubierto.

Estaba dando vueltas a todo aquello cuando un llanto la hizo ponerse alerta.

Siguió aquel sonido, hasta que en medio del bosque vio a un crío de unos cinco años, cubierto de barro y llorando, con una rodilla ensangrentada.

—Hola. —le dijo, con tono amistoso para no asustarlo.

El niño alzó sus enormes ojos azules y llorosos hacia ella.

—¿Estás bien?

El crío negó enfáticamente con la cabeza.

—¿Puedo acercarme?

El niño volvió a negar y miró con ojos asustados al águila que reposaba en su hombro.

—¿Es por ella? —dijo, señalando al águila—. No te preocupes, es Fly y es mi amiga. ¿Quieres conocerla?

Meg se fue acercando despacio y se arrodilló delante de él, mientras acariciaba el plumaje del ave.

—¿Quieres probar a acariciarla tú?

El niño asintió e incorporándose puso su sucia manita sobre las plumas del águila.

—Es suave, ¿verdad?

El pequeño volvió a asentir.

—Me llamo Meg. —se presentó—. ¿Tú cómo te llamas?

—Ken. —respondió el pequeño.

—Encantada, Ken. Creo que le gustas mucho a Fly.

—¿En serio? —la miró desconfiado.

—Totalmente.

El pequeño sonrió, mostrando su mellada dentadura, cosa que no cuadraba con la edad que ella creía que tenía.

—¿Cuántos años tienes, Ken?

—Siete años.

Megan se sorprendió, porque por su altura parecía tener menos. Estaba demasiado delgado también.

—¿Vives cerca de aquí?

—Mi mamá me ha dicho que no le diga a los desconocidos donde vivo. —contestó, embelesado con el águila.

—Pero nosotros ya no somos desconocidos. —le sonrió, para darle confianza.

El pequeño la miró un poco dubitativo.

—Vivo en una cabaña no muy lejos. —contestó al fin.

—¿Te has hecho daño en la rodilla?

—Me caí. —explicó.

—¿Puedo ver tu herida?

Ken se sentó en el suelo y le mostró la rodilla, que asomaba por un pantalón hecho girones y no era por la caída.

No estaba muy segura que no estuviera solo, pues parecía que no había comido de manera adecuada últimamente. Además su ropa era demasiado vieja y su cuerpo estaba lleno de suciedad.

—Puedo acompañarte a casa para curarte. —le pidió, con delicadeza—. ¿Qué te parece?

—A mi mamá no le gustaría.

—¿Por qué no? —quiso saber.

—No le gustan las visitas de extraños.

—Pero a mí me conoce. —mintió.

—¿De verdad? —la miró con curiosidad.

—Sí. —no se sentía bien por mentirle, pero era necesario cerciorarse que realmente su madre existía.

—Vale, entonces ven conmigo.

Ambos se pusieron en pie y Megan siguió al pequeño.

Una media hora después, entre una frondosa arboleda, llegaron a una pequeña y destartalada cabaña.

—¿Vives aquí? —preguntó sorprendida.

El crio asintió y echó a correr hacia la casita.

Meg hizo que Fly se posara en uno de los árboles y le siguió, abriendo la puerta con recelo. Dentro olía horriblemente mal.

Tres niñas igual de sucias que Ken se la quedaron mirando asustadas. Todas parecían más pequeñas que el niño, rondarían desde los cinco años, al año, si es que la pequeña llegaba a él.

—Hola. —les saludó.

—¿Quién anda ahí? —se oyó la voz débil de una mujer.

—Mamá, ha venido una señora que te conoce. —anunció Ken.

—¿Qué? —preguntó la mujer, alarmada.

De la única habitación de la casita apareció una mujer que estaba en los huesos, pero poseía una prominente barriga de embarazada.

Estaba tan sucia como sus hijos, pero parecía haber pasado mucha más hambre.

—Buenos días. —la saludó Meg.

—Yo... ¿os conozco? —la miró con el ceño fruncido.

—Personalmente diría que no, pero seguro que habéis oído hablar de mi. —trató de mostrarse muy amistosa, para no incomodarla por violar su intimidad—. Soy Megan, la nueva señora de los Mackenzie.

La mujer abrió los ojos de forma desorbitada.

—¡Dios mío! —trató de peinarse su lacia melena rubia—. Encantada de conoceros, señora. Siento mucho no tener nada que ofreceros.

—No os preocupéis, por favor. —se apresuró a decir Meg—. Vine a acompañar a Ken, que se cayó y le prometí curarle la rodilla.

—Oh. —dijo la mujer, sin más.

—¿Puedo? —preguntó, para que no se sintiera invadida.

—Claro...claro. —respondió.

—Gracias.

Meg se acercó a una palangana que vio con agua y miró donde sentarse.

La mujer, apurada, se movió con dificultad a causa de su prominente barriga y sospechaba que también porque estaba bastante débil, y se apresuró a limpiar un taburete.

—Podéis sentaros aquí si lo precisáis, señora.

—Puedes llamarme Meg. —le pidió, tuteándola, para que la viera como Megan y no como la señora de su clan—. ¿Tú cómo te llamas?

—Mi nombre es Jacoba.

Ken se acercó a Megan y se sentó sobre la mesa, para que pudiera proceder a curarle la herida.

—¿Tu marido está trabajando? —le preguntó, mientras limpiaba la rodilla infantil.

Notó como Jacoba se ponía nerviosa.

—Emm... no. —contestó, con voz entrecortada—. Hace unos meses que él falleció.

Megan alzó sus ojos hacia ella. Sin duda no parecía apenada, más bien aliviada.

—Lo lamento. —dijo, por cortesía.

La mujer asintió.

—¿Y quiénes son estas señoritas? —miró a las niñas, igual de sucias y delgadas que Ken y Jacoba.

Su madre se acercó a ellas con una sonrisa tierna.

—Ella es Lainie, tiene cinco años. —señaló a la más mayor de todas—. Eara, que tiene tres y la pequeña Maisie, de diez meses.

—Tienes una preciosa familia. —comentó con sinceridad.

—Y otro más que viene en camino. —sonrió con tristeza.

—Te queda poco, ¿verdad?

—Diría que un mes o dos, más o menos.

Se movió y se tambaleó, no cayó porque se apoyó en la pared.

—Jacoba. —Megan se acercó a tomarla por debajo de los hombros—. ¿Estás bien?

—Solo un poco cansada. —reconoció, con la cara lívida.

—Sospecho que es más que eso.

La mujer no contestó.

—Necesitas descanso. —le dijo Meg—. Te ayudaré a acostarte.

—No puedo hacerlo, tengo cuatro hijos a los que atender. —se negó, con gesto preocupado.

—Yo cuidaré de ellos mientras descansas.

—Señora...

—Meg. —la corrigió—. Y tuteame, por favor.

—Meg, no puedo dejarte hacer eso. —se negó, con apuro.

—Claro que puedes.

La ayudó a recostarse en la cama y entonces Jacoba comenzó a sollozar.

—No quiero ni imaginar lo que piensas de mí.

—Nada malo. —contestó con sinceridad.

—Quiero a mis hijos, te lo juro.

—No lo pongo en duda. —y era cierto que no lo hacía.

—Pero sabes tan bien como yo que no están tan bien cuidados como deberían. —la miró a los ojos—. No tengo para darles de comer. —gimió.

Meg sintió como se le rompía el corazón ante la angustia de esa madre desesperada

—Puedo ayudarte.

—Y yo no puedo dejarte que lo hagas.

—Claro que me dejarás. —aseguró, con tozudez—. Por ahora vas a descansar y yo saldré a cazar algo para que los niños y tú comáis.

—¿Eres un ángel? —le preguntó, con los ojos brillantes por las lágrimas contenidas.

Megan rió.

—No creo que nadie que me conozca me describa como tal.

—Para mí lo estás siendo. —aseguró, limpiándose una lágrima que resbalaba por su mejilla con el dorso de la mano.

Meg sonrió y se dirigió a la puerta.

—Duerme un poco.

Ian salió de su cuarto. No había podido dejar de pensar en Megan durante todo el rato que había permanecido allí, esperándola a que trajera el ungüento que le prometió.

—Abuela, ¿has visto a Megan?

Morag le miró.

—Salió a por hierbas.

—Eso lo sé, pero hace horas de eso y casi es la hora de comer y todavía no ha regresado.

—Igual se entretuvo por el camino. —dijo la anciana, encogiéndose de hombros.

Ian gruñó y salió fuera.

—¡MacLeod! —llamó al guerrero.

—¿Sí, señor? —preguntó el gigante que estaba afilando su espada, con calma.

—¿Dónde está Megan?

—Salió a por hierbas.

—¿Nadie se ha percatado que hace demasiadas horas de eso? —dijo, de mal humor.

—Saldré a buscarla, si lo ve preciso, señor.

—Iré contigo. —aseguró Ian, dirigiéndose a las caballerizas.

Siguieron su rastro, aunque lo perdieron durante un momento. De todas formas, llegaron hasta la cabaña.

—Está aquí. —afirmó Kylian.

—¿Cómo estas tan seguro?

El MacLeod señaló con la cabeza al águila pescadora, que esperaba en la rama de un árbol cercano.

Mas no hizo falta que entraran para cerciorarse que así era, pues de pronto la vieron salir por la puerta de la casa, cargada con mantas y ropa vieja.

Llevaba la falda anudada en la cintura, dejando al descubierto sus esbeltas pantorrillas y el cabelló en un moño desecho.

Tres niños salieron corriendo tras ella y un pequeño bebé la seguía gateando.

A Ian le pareció que estaba preciosa rodeada de los críos.

—¿Megan?

La joven alzó sus ojos castaños hacia él y se colocó en jarras.

—Vaya, justo la persona a la que menos quería ver.

Ian frunció el ceño, no entendía por qué de esa actitud hacia él.

—¿Ocurre algo?

—Kylian, puedes llevarme esta ropa al río. —le pidió al guerrero—. Niños, él es Kylian, es mi amigo, así que hacedme un favor y acompañadle al río. —les pidió—. Enseguida iré yo.

El hombre desmontó del caballo e hizo lo que Meg le había pedido.

Después, Megan se acercó a su esposo.

—Necesito que hablemos.

Este la siguió y se quedó sorprendido cuando unos metros más allá, se volvió y Meg le dio un

empujón.

—¿Qué demonios haces? —bramó Ian.

—¿Qué haces tú? —contraatacó Meg.

—No sé de qué me hablas.

—¿Ah, no? —chilló—. ¿Sabes quien vive en esta cabaña? —señaló la pequeña casita.

Ian caviló.

—Dunlop y Jacoba. —contestó.

—El tal Dunlop murió hace meses.

—No me habían informado de ello. —entrecerró los ojos.

—¿No eres el laird de los Mackenzie?

—¿Estás tratando de insultarme? —puso las manos en las caderas, dando un paso hacia ella.

—Creía que como laird, tu deber era cuidar de toda la gente de tu clan.

—Y lo es. —aseguró, cada vez más ofendido.

—¿Sabes cómo vive esta familia?

Ian se cruzó de brazos, a la defensiva.

—Al parecer, tú lo sabes mejor que yo.

—Ese justamente es el problema. —gritó, fuera de sí—. Estos niños están pasando hambre y su madre es incapaz de cuidarlos como es debido, dado su avanzado estado de gestación. —explicó—.

Además, me temo que el tal Dunlop tampoco es que les diera muy buena vida antes de perecer.

—Jacoba pudo venir a pedirme ayuda si la precisaba. —se defendió.

—Está claro que se sentía avergonzada. Es tu deber supervisar que toda la gente del clan esté bien.

—¿Pretendes darme lecciones? —apretó los dientes.

—Sin duda, parece que las necesitas.

Ambos se retaron con la mirada.

Meg creyó que Ian le daría una charla pues parecía furioso, sin embargo se remangó.

—¿En qué puedo ayudarte?

Aquello sí que pilló desprevenida a Meg, pero no quiso tentar a su buena suerte, así que le pidió que le ayudara a mover los muebles. Limpiaron la casa lo mejor que pudieron y cocinaron alguna liebre de las que Megan había cazado.

Antes de que ellos llegaran, Meg ya había bañado a los niños y ayudado a lavarse a Jacoba.

—No sé cómo agradecerte todo lo que has hecho por nosotros. —le dijo la mujer—. A todos. —miró a Kylian e Ian.

—Ha sido un placer. —contestó Megan—. Te prometo volver pronto.

—Sería un honor. —respondió la buena mujer.

—Cuidate y trata de comer. —le aconsejó—. He dejado algunas liebres más en la alacena, ya están despellejadas y evisceradas. Cuando vuelva te traeré algunas verduras frescas.

Jacobla la abrazó.

—Sin duda, eres nuestro ángel de la guarda.

Ian se las quedó mirando, profundamente orgulloso de lo que su mujer acababa de hacer por aquella familia.

Una vez salieron, Meg montó junto a Ian, ya que ella había llegado a pie.

—Dime lo que tengas que decirme. —le dijo la joven, sin más preámbulos, a la espera de su reprimenda.

Ian bajó la mirada hacia ella.

Megan comprobó que la zona donde le había golpeado cuando los bandidos les atacaron se le

estaba amoratando y se sintió un poco culpable por aquel arranque de ira, tan impulsivo.

—Solo tengo palabras de agradecimiento hacia ti.

Meg se sorprendió.

—¿Y porque pareces furioso?

—Porque lo estoy. —desvió la vista hacia el frente—. Pero no contigo. Lo estoy conmigo mismo.

Aquella confesión la pilló desprevenida.

—¿Puedo preguntar por qué?

Ian suspiró.

—Debí haberme dado cuenta de que Jacoba lo estaba pasando mal. —apretó las mandíbulas—.

Tu tenías razón, es mi deber.

—Increíble. —exclamó la joven, con los ojos muy abiertos.

—¿El qué?

—¿Acabas de darme la razón?

Ian la miró con una ceja alzada.

—¿Puedes volver a repetirlo? —pidió, bromeando.

—Ni de broma.

—Vamos, dilo. —suplicó, con una sonrisa radiante, que desarmó a su esposo—. Di, Megan, tú tenías razón. ¡Dilo!

—Si no te callas, tendré que amordazarte.

Meg soltó una sonora carcajada que contagió a Ian. Al final, ambos acabaron riendo a la vez, ante la mirada de Kylian, que percibió perfectamente que entre aquellos dos su relación estaba cambiando.

Capítulo 13

El padre Angus llegó al castillo Clach cerca de la hora de la cena. Megan y Morag hicieron los preparativos para uno más y se dispusieron para arreglarse para una cena un poco más formal.

Cuando Meg apareció en el salón, tan solo estaba el hombre de Dios en la estancia.

—Señora. —la saludó, con una inclinación de cabeza.

—Llamadme Megan, por favor. —le pidió.

—Será un placer, Megan.

—Espero que la cena que hemos organizado sea de vuestro gusto, padre.

—Sin duda lo será. —sonrió el cura—. De camino aquí paré a visitar a Jacoba Mackenzie. Me ha contado maravillas de vos.

—La conocí esta mañana. —reconoció Meg—. A ella y a sus preciosos hijos.

—Me alegra saber que tiene algo de ayuda de vuestra parte. —comentó el padre Angus—. Sin duda la necesita. Está sobrepasada desde que Dunlop murió.

—¿Acaso antes no lo estaba? —alzó una ceja, suspicaz.

El cura la miró con sus sabios ojos grises.

—¿Jacoba os ha contado algo?

—No hizo falta, solo me bastó con ver que su muerte había significado un alivio para ella.

En clérigo asintió.

—A Dunlop le gustaba demasiado el hidromiel. —afirmó—. No le daba buena vida, pero por lo menos tenían comida que llevar a la boca.

—Si vos sabíais de la gravedad de su situación ¿porque no avisasteis a mi esposo?

—Jacoba me hizo prometerle que no lo haría. —explicó el cura—. Se sentía avergonzada por tener que recurrir a su laird en busca de ayuda.

—Eso imaginé.

—Sin duda vos habéis sido su ángel salvador, Megan.

Meg torció el gesto en una mueca.

—Eso dice Jacoba, pero no es cierto. —sonrió—. Simplemente he hecho lo que debía hacer.

—Dios obra de maneras diversas, Megan y sin duda a usted os puso en el camino de esa familia. —aseguró el padre Angus.

Meg simplemente se encogió de hombros. Nunca había sido una gran creyente, no como Aline. Aline.

El simple hecho de pensar en ella le dolía demasiado.

Suspiró.

—¿Qué ocurre? —preguntó el clérigo.

—Al hablar de ángeles, no pude evitar pensar en mi querida hermana. —contestó con tristeza.

—Coincidí con la bella Aline en un par de ocasiones. —dijo el hombre—. Sin duda era una criatura con un corazón bondadoso.

—Era la mejor persona que he conocido nunca. —aseguró, totalmente convencida de ello.

—Supongo que eso vendrá de familia. —la alabó.

—Yo no tengo nada que ver con ella. —aseguró Meg, con una sonrisa triste.

—Puede que no en lo superficial, pero sí en el fondo y eso es lo más importante, Megan, no os quepa duda.

En ese momento, Morag y su hijo hicieron acto de presencia en el salón. Poco después llegaron Ian y sus hermanos. La última en llegar fue Jocelyn, que apareció vestida con sus mejores galas, haciéndola verse tremendamente hermosa.

La cena transcurrió en total armonía.

La abuela entretuvo al padre Angus y a los demás con sus anécdotas. Cameron y Jocelyn se mostraron habladores y risueños, mientras que Thane y el tío Magnus permanecieron callados y observando todo lo que ocurría a su alrededor, como solían hacer siempre.

Ian, por su lado, se mostró muy pendiente de ella. Se empeñó en que comiera bastante guiso de jabalí e incluso la hizo repetir de la tarta de arándanos que sabía que a Meg le encantaba.

—¿Estás pensado en cebarme para la navidad? —bromeó la joven.

—Estás demasiado escuálida para que llegue para todos. —le siguió la broma—. Pero podría plantearme comerte en solitario.

Aquellas palabras le parecieron a Megan de lo más sugerentes.

¿Comerla en solitario? Sin duda aquello sonaba bien.

—Creo que me encantaría. —comentó, sin darse cuenta que lo decía en voz alta.

Ian clavó su ardiente mirada en ella. Sintió como mil mariposas revoloteaban en su estómago.

Deseó inclinarse hacia él y besarle, del mismo modo en que Ian lo había hecho en el bosque con ella.

¿Se estaba volviendo loca? Posiblemente.

—Ian. —Glenn, el hombre de confianza de Ian, irrumpió en el salón.

Este rompió el contacto visual con Megan y se puso en pie, alarmado.

—¿Qué ocurre, Glenn?

—Lo siento, no quería interrumpir vuestra cena. —se disculpó el guerrero.

—No te preocupes. —aseguró su laird—. ¿Qué pasa?

—Han atacado la granja de Elman.

—¡Dios mío! —Meg se puso en pie, alarmada—. ¿Él y su familia están bien?

Glenn la miró de reojo.

—Emm... Sí. —contestó, visiblemente incomodo por tener que darle el parte a ella—. Pero no estamos seguros de que los bandidos no sigan todavía en nuestras tierras.

—Iremos a asegurarnos que todo está bien. —dijo Ian—. Tío, Thane, Cameron, venid con nosotros.

—¿Puedo acompañaros? —preguntó Meg.

—Es demasiado peligroso. —contestó su esposo—. Quédate aquí y cuida del castillo.

Sin darle tiempo a decir nada más, los cinco hombres salieron del salón.

Habían pasado dos horas y aún no tenían noticias.

—Que tarde es. —comentó Jocelyn, bostezando—. Creo que voy a retirarme.

—Entonces, es hora de que yo me vaya a la abadía. —comentó el padre Angus.

—Es peligroso, padre, aún no sabemos si los bandidos que atacaron la granja puedan andar por aquí. Será mejor que esperéis a que los hombres vuelvan y os acompañen. —le dijo Meg.

—Megan tiene razón. —aseguró Morag.

—No os preocupéis por mí. —les dijo el clérigo—. La abadía está cerca.

—Entonces, insisto en acompañaros. —dijo Megan, poniéndose en pie y colgándose su arco a la espalda.

—Es peligroso que salgas, Meg. —añadió Jocelyn—. Además, Ian te ha ordenado quedarte en el castillo.

—Él no me ha ordenado nada. —aseguró.

—Bueno...

—Cállate, Jocelyn. —le pidió su abuela.

La joven cerró la boca de golpe.

—Acompañaré al padre Angus y no hay más que hablar. —aseguró la joven.

Una vez fuera de las murallas, Meg se colocó su hombrera de cuero y silbó a Fly, que se posó en ella.

—Que ave tan maravillosa. —comentó el clérigo, mirándola con admiración.

—Somos amigas desde hace muchos años. —le explicó Megan.

—Es increíble el vínculo que se puede formar entre las personas y los animales.

—En ocasiones, puede ser el más fuerte de todos, padre. —aseguró la joven, mirando en derredor,

Parecía distraída, pero en realidad lo que estaba es alerta a cualquier ruido que oyera.

—No quisiera ser el causante de ningún altercado entre vuestro esposo y vos. —dijo el cura, frunciendo el ceño.

—No os preocupéis por eso, padre. —le restó importancia a sus palabras.

—Sin duda, sois la mujer que él necesitaba. —aseguró el párroco.

Megan lo miró, sonriendo con escepticismo.

—Hubiera preferido a Aline, pero se tuvo que conformar conmigo.

—Aline era en apariencia la esposa perfecta, no lo pongo en duda. —dijo el padre Angus—. Pero si mi opinión cuenta algo, creo que vos le complementáis mucho más.

Megan parpadeó varias veces, procesando aquellas palabras.

—Ian miraba a vuestra hermana con una devoción casi canónica. Lo que hay entre vos y él es más real, algo que solo sucede una vez en la vida.

—¿Qué queréis decir? —le preguntó, ansiosa por saber la respuesta.

—He podido ver durante la cena como se preocupaba por vuestro bienestar. —añadió—. Y sin duda, como ambos os devorabais con la mirada.

Megan enrojeció ligeramente.

—Lo que ocurre es que la mayoría de veces no nos soportamos.

—No lo creo. —sonrió—. Simplemente aún no quieren reconocer lo que vuestros cuerpos os dicen a gritos.

Megan caviló sobre eso.

—¿Puedo confesaros algo, padre?

—Por supuesto. —asintió el cura.

—Es cierto que últimamente mis sentimientos hacia mi esposo han cambiado, lo que ocurre es que siento como si estuviera traicionando a mi hermana por ello. —reconoció abiertamente.

—Hija mía, lo que traicionáis son vuestras obligaciones como esposa si mantenéis a vuestro marido alejado de vos por ello. —respondió, con sabiduría—. Vuestra hermana entendería que os encariñéis de vuestro marido. Es lo más normal.

—Aline adoraba a Ian. —susurró apenada.

—¿Y quién mejor que su querida hermana para cuidar de él?

Sin duda, Aline se hubiera alegrado por ellos dos, ella era así.

—Puede que tengáis razón.

—Sin duda la tengo. —sonrió el anciano.

Llegaron frente a la abadía y se detuvieron en la puerta.

—Muchas gracias por acompañarme, Megan.

—Ha sido un placer. —sonrió—. De hecho, nuestra charla ha sido de lo más fructífera.

—Me agrada ser de ayuda.

—No suelen gustarme mucho los curas, pero he de reconocer que vos me parecéis un hombre fabuloso.

El clérigo no pudo evitar reírse.

—Gracias, creo.

Meg sonrió.

—Que paséis una buena noche, padre Angus.

—Igualmente os digo, Megan

Cuando el padre Angus entró en la abadía, ella se dirigió hacia el castillo.

Estaba reflexionando sobre las palabras del cura, cuando de sopetón la asaltaron por detrás. Le taparon la boca y Meg sintió como una daga se clavaba entre sus costillas. La joven, en un hábil y rápido movimiento, le golpeó fuertemente con el codo en su estómago, haciéndole tirar la daga. Le pisó con fuerza el pie, a la vez que Fly se lanzó con las garras hacia los ojos del atacante. Cuando notó que aflojaba el brazo, se escabulló.

Se volvió para mirarle, pero el rostro del malhechor quedó oculto entre las sombras. Lo único que alcanzó a ver fue que era un hombre, alto y corpulento.

Cogió el arco de su espalda y apuntó hacia él, pero el hombre echó a correr, por lo que solo atinó a darle en el brazo.

Cuando le perdió de vista se relajó y respiró hondo.

Le dolía el costado donde le había clavado la daga, mas no creía que fuera una herida grave, aunque sin duda sí era molesta.

Caminó apresuradamente hasta llegar a casa, temiendo que pudiera haber más bandidos cerca.

—¿Por qué no te has quedado aquí como te pedí? —bramó su esposo, nada más verla entrar.

—No podía dejar que el padre Angus se fuera solo.

—Haber esperado a que regresáramos. —se plantó ante ella, con una expresión lóbrega.

Meg dio otro paso e hizo una mueca de dolor.

—¿Qué te ocurre? —se acercó a ella y la tomó por un brazo.

—Me atacaron cerca de las murallas.

—¿Qué? —se alarmó—. ¿Estás bien?

Megan asintió.

—Creo que solo me han herido levemente.

—¿Dónde?

Meg se puso de costado, mostrando la mancha de sangre de su vestido.

—Por todos los demonios. —maldijo, tomándola en brazos—. ¡Abuela! —gritó.

—Estoy bien, Ian. —trató de tranquilizarle.

—¡Silencio! —le ordenó, subiendo de dos en dos las escaleras hasta llegar a su alcoba—. ¡Abuela! —vociferó de nuevo.

—¿Qué escándalo es este? —dijo la anciana, asomándose por la puerta de su alcoba, mientras se apretaba su tartán contra el pecho.

—Megan está herida.

—¿Qué? —miró a la joven horrorizada.

—Estoy bien. —aseguró ella.

—Deja que nosotros decidamos eso. —le dijo su esposo-¿Quién te atacó?

—No lo sé, no pude verle bien, lo único que alcancé a ver es que era un hombre alto y fuerte.

—Acabas de describir a la mayoría de los hombres que viven en las tierras altas. —comenzó a

desatarle el vestido.

—¿Qué haces? —Meg agarró las manos masculinas, para detenerlas.

—Necesito inspeccionar la herida.

—No quiero que lo hagas. —repuso obstinadamente.

—No seas terca, por el amor de Dios.

—No voy a desnudarme delante de ti. —protestó.

Ian carraspeó.

—No sería la primera vez, eres mi esposa. —alzó una ceja.

—¿Qué...? —entonces se percató de que la abuela estaba presente—. Emm... ya, sí, pero me da apuro delante de tu abuela. —sonrió con incomodidad.

—Bah. —la anciana meneó la mano en el aire—. No voy a ver nada que me sorprenda.

Megan tragó saliva.

—Claro, ya...

Alzó los ojos hacia Ian, que estaba a la espera de su reacción.

—De acuerdo. —dijo finalmente.

Ian siguió desatando el vestido, hasta dejar su espalda al descubierto.

Megan apretaba el escote de su vestido contra sus pechos, para evitar que se le viera más de lo necesario.

—No parece profundo. —comentó el hombre, mirando de cerca la herida.

—Es superficial. —confirmó la abuela.

—Es una suerte, porque de haberte clavado profundamente la daga aquí, te hubiera matado.

Pasó la punta de sus dedos sobre la herida, haciendo que Megan se estremeciera.

—Solo necesita un buen lavado, para que no se infecte. —dijo Morag—. ¿Crees que podrás hacerlo tú? —le preguntó a su nieto.

—Sí, abuela, siento haberte despertado.

—No tiene importancia. —aseguró—. Estabas preocupado por tu esposa, muchacho, es normal.

—Sí, lo estaba. —aseguró, mirando a Megan con intensidad.

—Os dejo solos. —les sonrió—. Buenas noches.

—Buenas noches. —le dijeron los dos al unisono.

Cuando se quedaron a solas, Ian llenó un cuenco con agua y procedió a limpiarle la herida.

Aquella intimidad aturdió a Megan, que decidió hablar para no ser tan consciente de las manos de su esposo recorriéndole la curva de su espalda.

—¿Tuvisteis suerte de dar con los bandidos que atacaron la granja de Elman?

—No. —respondió sin más.

—¿Les sucedió algo a él o a su familia?

—Nada en absoluto. Solo les robaron un par de ovejas.

—Puede que uno de los ladrones fuera quien me atacó.

—Es posible.

Ian no parecía muy hablador aquella noche.

Meg silbó y el águila entró volando por la ventana.

—Fly me ayudó a librarme de mi atacante.

Ian miró al ave de soslayo.

—Recuérdame que mañana se lo agradezca con algún ratón como recompensa. —dijo, con tono cortante.

—No estás de muy buen humor, por lo que veo. —protestó la joven.

—Estoy enfadado porque han estado a punto de matarte. —dijo, terminando de curarla y

poniéndose frente a ella—. ¿Por qué te empeñas en llevarme la contraria?

—Yo...

—Eres la persona más inconsciente con la que me haya cruzado en la vida. —colocó las manos en las caderas—. ¿Te das cuenta que pusiste en peligro al padre Angus y a ti misma?

—Él quería volver a la abadía y no quería esperar, así que...

—¡Te dije expresamente que te quedaras en el castillo! —gritó.

—No me alces la voz. —chilló ella también, poniéndose en pie de un salto.

Olvidándose de que su vestido estaba desabrochado, se deslizó hasta sus pies.

Ian clavó la mirada en el cuerpo desnudo de Meg, a excepción de las botas. Vio cómo su nuez subía y bajaba al tragar.

—Perdón. —comentó ella, pero no hizo intención de cubrirse.

Ian carraspeó y desvió la mirada, sin decir palabra.

Megan sentía deseos de besarle.

Pensó en las palabras que el clérigo había dicho. Podía besarle si lo deseaba, era su esposo y no estaba traicionando a Aline, ¿o sí?

Con descaro dio un par de pasos hacia él, dejando el vestido atrás.

Él la miró con el ceño fruncido. No sabía si era por la sorpresa o porque no le gustaba lo que veía.

—¿Qué haces?

Ella alzó su mirada vidriosa de deseo hacia él, puesto que era bastante más alto que ella.

—Estoy haciendo lo que deseo hacer. —y poniéndose de puntillas le tomó por la nuca y le besó.

Se sentía atraída por él, no iba a negárselo más. No quería hacerlo.

Aquel beso fue como si hiciera despertar a Ian, pues la tomó por la cintura y la alzó. Meg enrolló las piernas en torno a su esposo, siguiendo sus impulsos.

—Megan. —susurró él, separándose escasos centímetros de sus labios—. Sabes lo que estás haciendo, ¿verdad?

—Lo sé perfectamente. —contestó, con las mejillas sonrosadas y los labios hinchados a causa del beso que acababan de darse—. Hago lo que siento. Deseo que me hagas el amor.

Ian sonrió como un depredador y en unos pocos pasos, la llevó hasta la cama. La dejó sobre ella, sin que sus ojos se apartaran del bonito cuerpo femenino. Sus formas eran exquisitas. Tenía un cuerpo esbelto a la par que fibrado, se notaba que pasaba gran parte del día corriendo o paseando por el bosque. Pocas veces salía montada a caballo, por lo que él había podido ver.

Su pecho era pequeño, pero redondo y respingón. El vello de entre sus piernas era del mismo color caoba de su pelo, cosa que le agradó.

Ian le quitó las botas, dejándola completamente desnuda. Después procedió a quitarse su propia ropa, quedándose como su madre lo trajo al mundo.

Notó como Meg lo miraba con curiosidad, en concreto prestó especial atención a su erección.

—Nunca había visto a un hombre desnudo. —comentó, acercándose a mirarle de más cerca—. Solo había visto aparearse a animales y creía que más o menos los miembros podría parecerse a los vuestros.

Él sonrió.

—¿Y nos parecemos?

—En absoluto. —contestó con sinceridad.

Ian no pudo evitar reírse.

Se recostó sobre ella y le lamió el lóbulo de la oreja.

—Voy a hacer que te des cuenta de cuan diferentes hacemos el amor los hombres de los animales y no vas a olvidarlo en tu vida. —le susurró contra su oreja, haciendo que se estremeciera.

El cabello rojizo y sedoso de Meg se esparcía por la almohada, dándole un aspecto angelical. Con suavidad le acarició el cuello y bajó lentamente la mano por su escote, hasta abarcar uno de sus pechos. Sus pequeños pezones rosados se pusieron duros, invitándole a metérselos en la boca, y eso es lo que hizo. Los succionó y lamió con absoluta devoción, arrancando suaves gemidos de entre los labios de Megan.

Su erección dio un respingo al oír aquellos sensuales sonidos y alzó los ojos para mirarla. Estaba hermosísima, con los ojos castaños entrecerrados y los labios entreabiertos. No ocultaba nada, se dejaba llevar por lo que estaba experimentando y aquello le hizo desearla aún más.

—Eres preciosa. —dijo sin más.

Megan le miró y sonrió complacida.

—Nunca pensé oír esas palabras de tus labios dirigidas a mí.

Y no era extraño, puesto que él tampoco se hubiera imaginado diciéndolas, pero era verdad. En esos momentos, Megan le pareció la mujer más bella que hubiera visto jamás.

Con una urgencia desconocida para él, se apoderó de los labios de su esposa.

Su esposa.

Aquellas palabras le causaron una absoluta satisfacción.

Mía. —pensó.

Meg alzó las manos hasta sus hombros y con curiosidad y descaro, típicos en ella, las deslizó por la espalda masculina hasta llegar a sus duros glúteos.

—Tú también eres bellísimo.

Ian sonrió.

—Preferiría otro apelativo más masculino.

—Eres bellísimamente masculino. —contestó con picardía.

Ian rió.

—Me vale. —y volvió a besarla.

Bajó las manos por el plano vientre femenino, haciendo que Meg se arqueara ante el contacto. El escrutinio continuó hasta sus muslos, acariciando con suavidad el interior de ellos.

Megan volvió a gemir, clavándole las uñas en sus hombros.

El águila chilló, moviendo las alas.

—Estoy bien, Fly. —contestó la joven, con la voz entrecortada por el placer.

—Si me clava sus garras en el trasero, juro que la sirvo para comer.

Megan rió.

—No te preocupes por ella. —le tranquilizó—. Es menos salvaje que yo.

—De eso no me cabe duda.

Notó los dedos de Ian explorando aquella zona entre sus muslos que nadie, a excepción de ella, había tocado jamás.

Ian imaginó que se escandalizaría o se sentiría avergonzada, como solía ocurrirles a las jóvenes vírgenes, sin embargo, Meg jadeó, alzando las caderas y apretando su sexo todavía más contra su mano.

Con destreza, Ian masajéo el clítoris femenino y Megan se mordió el labio al notar la descarga de placer.

Se situó sobre ella y le separó las piernas con las suyas, sin dejar de acariciar su botón de placer.

Megan sintió el miembro erecto de su marido contra su entrada.

Gimió alzando otra vez las caderas. Sentía la imperiosa urgencia de tenerlo dentro, cosa que apenas entendía.

Ian, por su lado, trataba de mantener el control, pese a la imperiosa necesidad que sentía de hundirse en ella.

Megan estaba tremendamente húmeda, lista para él, pero siendo la primera vez, no quería precipitarse.

Mientras la besaba, continuó atormentándola con los dedos sobre su clítoris y con la otra mano acariciaba su pecho.

Cuando los gemidos de Megan se fueron acelerando, supo que estaba cerca del orgasmo, así que colocó el miembro contra su abertura y empujó con suavidad.

—Puede que te duela un poco, pero solo será un momento.

Ella, tan impacienté como siempre, rodeó con sus piernas la cintura masculina y apretando con fuerza, hizo que la penetrara hasta el fondo.

Jadeó sonoramente, cerrando los ojos y echando la cabeza hacia atrás.

—Dios mío, Megan. —le retiró el cabello de la cara, mirándola con preocupación—. ¿Estás bien?

Ella sonrió y abrió los ojos.

—Mejor que nunca.

—¿Por qué has hecho eso? —la reprendió—. Trataba de ser delicado, es tu primera vez.

Ella puso ambas manos en la cara masculina.

—No me trates como si fuera de cristal. —le dijo—. No voy a romperme.

Su esposo asintió.

—¿Te duele?

—Lo que me duele es el anhelo de algo que no llevo a entender.

Ian la besó, sonriendo.

—Yo sí lo entiendo.

—Eso esperaba.

Con decisión, Ian comenzó a moverse dentro y fuera de ella.

Era increíble estar dentro de Megan, era prácticamente como estar en el cielo.

Megan se meneó a su ritmo, adaptándose perfectamente a sus movimientos.

Era igual de apasionada en la cama que en su vida en general y aquello le gusto. Y mucho.

Cuando notó que las paredes internas de Meg comenzaron a succionarlo, a la vez que sus piernas empezaron a temblar, supo que había llegado al orgasmo.

Entonces él se dejó ir. Aceleró todavía más el ritmo. Aún notaba los temblores de Megan cuando él alcanzó su propio clímax.

Se dejó caer a un lado, para no aplastarla con su peso.

—¿Quién podía imaginarse lo que me había estado perdiendo todos estos años?

Ian la miró divertido.

—¿Así que te ha gustado?

Se puso de costado para mirarlo con una sonrisa radiante.

—Eso es quedarse corto. —soltó—. ¿Podemos repetir?

Ian se rió a carcajadas.

—Creo que todavía es demasiado pronto.

Puso una evidente cara de decepción.

—Vaya.

Ian la beso, le hubiera resultado imposible no hacerlo, pues estaba siendo encantadoramente espontánea.

—Pero lo haremos en cuanto crea que no voy a hacerte daño.

Megan se tumbó de espaldas y suspiró.

—Eres un aguafiestas.

Sin ganas de hacerlo, se puso en pie.

—¿Dónde vas? —le preguntó Megan, mirándolo con curiosidad.

Él se acercó al barreño de agua y humedeció un paño, después se aproximó a su esposa, sentándose en la cama.

—Déjame asearte.

Megan asintió, sin oponer resistencia.

Ian procedió a limpiarla con delicadeza, eliminando de su piel los restos de sus fluidos, entremezclados con la sangre de su virginidad.

Cuando terminó, volvió a dejar el paño dentro del barreño y regresó de nuevo a la cama.

Tenía ganas de abrazar a su esposa, así que lo hizo. Le pareció el gesto más natural del mundo, pese a no haber dormido nunca con una mujer de ese modo. Había disfrutado de la compañía de muchas, pero nunca había dormido con ninguna hasta que Meg llegó a Clach.

Megan se apoyó en su pecho y suspiró, cansada.

Notó como su respiración se acompañaba, por lo que supo que estaba dormida.

Acarició su cabello caoba, se suponía que el cabello de su esposa debería haber sido rubio, que su esposa debería haber sido la dulce Aline, no la impetuosa Megan. Sin embargo, sin saber porque, se sentía extrañamente satisfecho con su inesperada mujer.

Se obligó a alejar de su mente aquellos pensamientos. Se sentía como un desgraciado solo por el mero hecho de compararlas pero, ¿acaso no era eso lo que había estado haciendo desde que Meg se convirtió en su esposa?

Solo en aquella ocasión pareció que Megan ganaba en esa comparación, puesto que bajo ninguna circunstancia, se hubiera imaginado a Aline siendo la mitad de apasionada que Megan.

Nunca lo sabría, pero en aquel momento, tampoco le pareció que hubiera sido lo adecuado.

Como una revelación, se dio cuenta que nunca había deseado a Aline. Siempre la había admirado, incluso le tenía cariño, pero un cariño más parecido al que se le tiene a una hermana pequeña.

Sin embargo, Megan le sacaba de quicio, siempre le retaba y nunca hacía lo que le pedía, pero la deseaba como nunca había deseado a otra mujer antes.

Capítulo 14

Ian se despertó temprano y dejó a Megan descansando, le haría bien.

Habían hecho por segunda vez el amor aquella noche y era normal que estuviera cansada, pues se había mostrado muy apasionada y entregada, pese a ser una virgen.

Se reunió con sus hermanos, su tío y Glenn en la biblioteca, pues quería tratar con ellos el ataque a Meg.

—Anoche atacaron a Megan cuando volvía de la abadía. —les dijo sin más, nada más entrar a la biblioteca.

—¿Está bien? —preguntó Thane, con el ceño fruncido.

—Por suerte sí.

—¿Pudo ver a su atacante? —preguntó Magnus.

Ian negó.

—Lo único que sabe es que era un hombre alto y corpulento.

—Eso no es ninguna pista. —apuntó Glenn—. Cualquiera de nosotros cinco nos adaptamos a esa descripción.

—Lo sé. —se lamentó Ian—. Quiero averiguar quién es el malnacido que se atrevió a ponerle las manos encima a mi esposa.

—Sería uno de los bandidos que atacaron la granja de Elman. —dedujo Cameron.

—Sería lo más lógico. —Ian se apretó el puente de la nariz.

—Pero tú no lo crees. —se percató Thane.

—Creo que son demasiadas coincidencias juntas.

—¿Cómo qué? —preguntó Cam, sin entender.

—Nos atacaron en el bosque cuando salimos a cazar.

—¿Eso cuando fue? —se sorprendió Glenn.

—Ayer por la mañana. Por suerte pudimos desembarazarnos de ellos. —comentó—. Ahora roban en la granja de Elman y esa misma noche atacan de nuevo a Megan.

—Tampoco veo nada extraño en ello. —dijo el tío Magnus—. Ya que se le ocurrió salir sola de noche, cuando le advertiste que no abandonara el castillo.

—Lo extraño es que hace mucho tiempo que no recibíamos ataques. Exactamente veinte años, desde que estamos en tregua con los MacLeod y justo ahora que llega Megan, empiezan a ocurrir los ataques.

—Puede que solo sean proscritos. —convino Thane.

—Pero no quiero arriesgarme a que sea otra cosa.

—Otra cosa, ¿cómo qué? —indagó Magnus.

—Como una conspiración.

Los cuatro le miraron sorprendidos.

—¿Una conspiración? —preguntó Cameron, creyendo que su hermano estaba siendo demasiado imaginativo.

—Eso he dicho.

—¿Una conspiración contra quién? —repuso Glenn.

—Contra mi esposa.

—No creo que nadie quiera hacerle daño a tu esposa. —apuntó Magnus.

—No lo sé, es por eso que quiero que tengáis los ojos bien abiertos. —les dijo—. No comentéis con nadie lo que hemos hablado aquí, ahora mismo solo me fio de vosotros cuatro.

Continuaron tratando el tema durante largo rato, pues Ian quería que se reforzara la vigilancia en todas las inmediaciones del castillo.

No podía arriesgarse a que ocurriera otro ataque y esta vez fuera más certero que los anteriores.

Cuando salieron fuera de la biblioteca, vieron a las mujeres riendo entre ellas.

Jocelyn, Megan y su dama de compañía, Bridgid, hablaban animadamente como tres buenas amigas. Sin embargo, Ian solo tenía ojos para su esposa.

Estaba bellísima, con su cabello caoba suelto y su sonrisa franca.

—Que placer para la vista ver a tanta belleza junta. —las aduló Cameron.

Su prima rió tontamente.

—Que zalamero eres, primo.

—Solo apunto lo que es evidente, querida prima. —les hizo una exagerada reverencia.

Las tres mujeres le dedicaron esplendidas sonrisas.

Entonces Meg volvió la vista hacia su esposo y su sonrisa ya de por sí radiante, se ensanchó aún más, iluminando todo su rostro.

Sin previo aviso, echó a correr y saltó sobre él, dándole un apasionado y natural beso en los labios.

—Buenos días. —le dijo, aún encaramada sobre él.

Sin duda aquello era todo lo contrario a lo que él hubiera esperado de una virgen al día siguiente de hacer el amor. No había ni un ápice de vergüenza en ella y eso le fascinó.

—Te veo de muy buen humor esta mañana. —comentó, acariciándole la mejilla.

—Quizá hayas tenido bastante que ver. —repuso coqueta.

Un carraspeo los hizo volverse hacia el resto de los presentes.

Thane, Magnus, Glenn y Bridgid habían desviado la mirada para proporcionarles intimidad, mientras que Cameron parecía en extremo divertido y Jocelyn los miraba con una increíble curiosidad.

Con premura, dejó a Megan en el suelo.

—¿Puedo saber a dónde os dirigíais? —pregunto, para distender el ambiente.

—Íbamos a casa de Jacoba. —contestó Meg—. Le llevamos frutas y verduras frescas, además de algo de ropa para ella y para los niños que Bridgid se encargó de reunir.

—Te lo agradezco, Bridgid. —le dijo Ian, haciendo que la joven dama de compañía se sonrojara—. ¿Puedo acompañaros?

—¿Quieres acompañarnos, primo? —preguntó Jocelyn, con asombro.

—Claro, porque no.

—Porque eres un hombre bastante ocupado para preocuparte de cosas tan nimias. —insistió la joven.

—Ningún miembro del clan puede considerarse algo nimio, Jocelyn. —la reprendió Meg.

—Efectivamente. —afirmó Ian—. Megan tiene razón, ningún miembro del clan es más importante que otro, para mí.

La joven se sonrojó.

—Lo siento.

—Me parece muy buena idea que nos acompañes. —dijo Meg, intentando desviar la atención de Jocelyn, que parecía consternada—. Cuantas más manos para ayudar, mejor.

Kylian también se unió a ellos, cosa que Meg agradeció, pues Bridgid y él parecían muy felices

cuando podían compartir tiempo juntos.

—¿Qué ocurre entre esos dos? —le preguntó Jocelyn a Meg, entre susurros.

Megan sonrió, viendo como Brid y Kylian se adelantaban al resto del grupo, hablando animadamente.

—Creo que es evidente. —respondió.

Ian también lo veía con claridad, pero de todos era sabido que su pobre prima nunca se había caracterizado por su gran intelecto.

—¿Están enamorados? —volvió a inquirir la joven.

—Si no lo están aún, no creo que les quede mucho para estarlo. —contestó Megan con agrado.

—Vaya. —Jocelyn volvió a echarles otra mirada de reojo.

Cuando por fin llegaron a casa de Jacoba, allí reinaba el caos.

Jacoba temblaba, echa un mar de lágrimas.

—¿Qué ocurre? —se apresuró a preguntarle Megan, acercándose para abrazarla.

—No la encuentro... estaba aquí pero...no se... la he buscado y no está. —decía palabras inconexas, con los ojos desorbitados.

—Jacoba, trata de calmarte. —le pidió Ian—. ¿Qué no está? ¿Qué es lo que no encuentras?

—Eara. —sollozó—. No la encuentro por ninguna parte.

Megan miró angustiada a su esposo.

—Está bien. —dijo él, manteniendo la calma—. Iremos a buscarla. No te preocupes, la encontraremos.

Jacoba se cubrió la cara con las manos, llorando sin consuelo.

—Bridgid, quédate con ella, por favor. —le pidió Meg—. Prepárale una tila y trata de que mantenga la calma.

La joven sirvienta asintió y tomó a Jacoba del brazo.

—Yo también me quedaré con ellas. —aseguró Jocelyn, tomando a la pequeña Maisie en brazos.

Ian se acuclilló frente al pequeño Ken.

—¿Crees que podrás ir al castillo y decirle a Glenn o a alguno de mis hermanos que les pidan a los hombres que se unan a la búsqueda de tu hermana?

—Sí, señor. —contestó el niño, cuadrándose de hombros, orgulloso de que le hubiera encomendado una tarea tan importante.

—Confió en ti. —añadió Ian, antes de ponerse en pie.

—Te prometo que encontraremos a tu hija, Jacoba. —le juró Megan, antes de salir a buscarla.

Kylian fue en busca de la niña por un lado, mientras Megan e Ian se fueron por el otro.

—¿Dónde puede estar? —Megan estaba muy angustiada—. Es muy pequeña, solo tiene tres años.

—La encontraremos.

—Debemos encontrarla cuanto antes, no podemos permitir que caiga la noche sin hacerlo.

—Lo haremos. —le prometió.

—¿Y si se ha acercado demasiado al río? Dios no lo quiera.

Ian sabía que Megan ni siquiera le escuchaba, así que se detuvo, la tomó por los hombros y la hizo mirarle a los ojos.

—Megan, necesito que te calmes.

—No puedo... tenemos que encontrar a Eara, debe estar asustada y...

—Shhh. —la silenció, poniendo un dedo sobre sus labios—. La encontraremos, pero para eso debemos guardar la calma. Los nervios no serán nuestros aliados.

Meg respiró hondo.

—Tienes razón.

Ian se inclinó a besarla, acunando su cara entre sus grandes manos.

—Te juro por mi honor que encontraremos a la pequeña sana y salva.

Pasaron varias horas y nadie encontró ni rastro de la pequeña.

Volvieron a casa de Jacoba y la mujer parecía enferma de preocupación.

—Algo debe haberle pasado. —gimió—. ¡Mi niña! —gritó con desesperación.

Megan se volvió hacia su esposo, con los ojos anegados de lágrimas.

—Ian... —dijo sin más, de forma suplicante.

Él se la quedó mirando, deseando darle una respuesta alentadora y poder borrar el sufrimiento de sus ojos, pero no era posible.

Entonces llegaron corriendo su hermano Thane y Glenn.

—La hemos encontrado. —se apresuró a decir Glenn.

—¿Dónde? —preguntó Meg, ansiosa.

—Dentro de un pozo. —contestó el hermano de Ian.

—¡Dios mío! —exclamó Jacoba, antes de desmayarse.

Por suerte, Kylian estaba a su lado y pudo sostenerla antes de que se estrellara contra el suelo.

—¿Porque no la habéis sacado de allí? —preguntó Ian, preocupado por la pequeña.

—Tenemos un problema. —explicó Thane—. El pozo es demasiado pequeño y la niña no contesta cuando se la llama.

Ian asintió, con el ceño fruncido.

—Enseñadme donde es.

—Voy con vosotros. —dijo Meg, con un tono que no aceptaba ninguna discusión.

Cuando llegaron al pozo, Ian se asomó.

—Eara. —la llamó, sin obtener respuesta.

El cuerpo de la pequeña estaba hecho un ovillo y no se movía. Temió que hubiera ocurrido lo peor.

—Necesitamos bajar a rescatarla. —se apresuró a decir Megan.

—No cabemos. —le explicó Glenn—. El hueco es muy estrecho.

—Yo si cojo.

Los tres hombres se volvieron hacia ella.

—No vas a meterte ahí. —inquirió Ian.

—Debo hacerlo, no podemos dejar a Eara ahí tirada, sola y sin saber si se encuentra herida.

—No, debe haber otra forma...

—No la hay, Ian. —contestó Thane.

—No puedo dejar que mi esposa se juegue la vida metiéndose en ese pozo. —bramó.

—Tú no tienes que dejarme hacer nada, lo hago yo porque quiero. —aseguró la aludida.

—Megan...

—Por favor, Ian. —le tocó el brazo—. Confía en mí, puedo hacerlo. Puedo rescatarla.

Clavó su mirada verde en ella.

—Ni siquiera sabemos si...

Le cubrió la boca con la mano.

—No lo digas. —le pidió—. Está viva, debe estarlo.

Ian suspiró.

—Quiero que seas prudente.

Sonrió débilmente.

—Lo seré, te lo prometo. —y le dio un beso en la mejilla.

Con una cuerda ataron a Megan por la cintura. Ian se cercioró personalmente que todas las ataduras estuvieran correctamente anudadas.

Antes de hacerla descender por el estrecho conducto, volvió a acercarse a ella.

—No estás obligada a hacerlo, podemos buscar otra forma.

Meg posó su pequeña mano en la mejilla de su esposo.

—Sabes tan bien como yo que no hay otra forma. —le aseguró—. Además, no podemos esperar más, Eara está en peligro.

Ian suspiró.

—De acuerdo. —la besó en los labios con ansia—. Ten cuidado.

Megan asintió.

Entre los tres hombres comenzaron a bajarla por el estrecho pozo.

—Ahora id más despacio. —pidió Megan—. Estoy cerca del fondo y no quiero lastimar a la niña.

Los hombres le hicieron caso y comenzaron a ralentizar el descenso.

Cuando Megan hizo pie, se arrodilló junto a la niña y contuvo la respiración cuando la tocó, temiendo lo que pudiera encontrarse.

Notó su respiración, era lenta, pero ahí estaba.

—¡Está viva! —gritó con alegría.

Ian pudo respirar al oírla.

—Eara. —la tomó en brazos, la niña tenía una pequeña brecha en la frente—. Cariño, despierta. —la zarandéó suavemente.

La niña parpadeó con cansancio.

—¿Mamá? —susurró.

—No cariño, soy Meg. —la abrazó contra su pecho, sintiendo un inmenso alivio.

—¿Todo bien por ahí abajo? —preguntó Ian.

—Sí. —le contestó—. Está despierta.

Thane palmeó la espalda de su hermano y Glenn le pasó el brazo por los hombros.

—Podéis subirnos. —gritó Megan.

Los hombres cogieron la cuerda.

—Hagámoslo con cuidado. —ordenó Ian, deseando poder tener de nuevo a su esposa en tierra firme, sana y salva.

Fueron izándolas poco a poco, la niña se apretó más contra ella.

—Tengo miedo. —masculló, entre lloriqueos.

—No te preocupes, cielo, todo está bien. —la tranquilizó—. Van a rescatarnos.

Los hombres dieron otro tirón y la manga del vestido de Megan se enganchó en una rama, rasgando la tela y clavándose en su piel.

Evitó quejarse para no preocupar a Ian, ni asustar aún más a la niña.

Cuando las dos asomaron por la boca del pozo, Ian se aproximó a ellas con urgencia y las tomó en brazos, dejándolas sentadas sobre su regazo.

—¿Estas bien? —recorrió el rostro de su esposa con la mirada.

—Estamos bien. —dijo, dejando que la cabeza de la niña asomara entre sus brazos.

—Vaya, ¿quién es esta preciosidad? —dijo, con tono paternal.

—Soy Eara. —contestó la pequeña.

—Que nombre tan bonito. —la alabó el hombre.

La cría sonrió y sin saber porque exactamente, Megan sintió que el destino había sido el que la llevó a estar casada con Ian, pues su marido era el hombre idóneo para ella.

Capítulo 15

Llegaron a la cabaña y Jacoba salió corriendo a recibirles.

Al ver a la niña en brazos de Ian se abalanzó hacia él y la tomó en sus propios brazos.

—Mi niña. —gimoteó, llenándola de besos—. Que preocupada estaba...

—Estoy bien, mamá. —contestó la pequeña, entre risas.

—¿Cómo te caíste al pozo? —le preguntó a su hija.

—Iba corriendo y la tierra me tragó. —dijo la pequeña, sin más.

—¡Dios mío! —exclamó asustada.

—Está bien. —Meg se apresuró a tranquilizarla—. Solo tiene una pequeña brecha en la frente, pero no es nada grave.

—No sé cómo agradeceros todo lo que habéis hecho por nosotras. —sollozó y miró a Ian—. Gracias por sacarla del pozo, señor.

—Fue Megan quien la sacó. —dijo el hombre—. El pozo era demasiado estrecho para que cogiéramos ninguno de nosotros.

Jacoba, emocionada, alargó su mano hacia la de Meg.

—Eres nuestro ángel, lo supe desde el mismo momento en que te conocí.

Megan le apretó la mano con afecto.

—Tus hijos son los ángeles, no yo.

Entonces Jacoba se encogió, con gesto dolorido.

—¿Estás bien? —le preguntó Meg.

—Sí, sí. —contestó—. Solo ha sido una leve molestia.

Dejó a su hija en el suelo y cuando fue a incorporarse de nuevo, se quedó doblada, agarrándose el prominente vientre.

—Jacoba. —exclamó Megan, y la tomó por los hombros.

—Algo no va bien, es demasiado pronto. —murmuró.

—¿Es el bebé? —preguntó Megan.

—Eso parece. —otro nuevo dolor la hizo recostarse contra Meg.

—Ian, necesitamos llevarla adentro. —le pidió a su esposo.

Con presteza, el hombre tomó a Jacoba en brazos y entró en la cabaña, tumbándola sobre la cama.

—Creo que estoy de parto. —dijo la mujer, con los dientes apretados a causa del dolor.

—¿Cuánto te quedaba para dar a luz? —preguntó Meg.

—Diría que cerca de dos meses.

—De acuerdo. —respiró hondo, para tranquilizarse—. No te preocupes, todo va a salir bien.

—No te vayas, por favor. —le suplicó, doblándose ante un nuevo dolor.

Megan le puso la mano en la frente y sonrió con una falsa calma que no sentía.

—Me quedaré contigo hasta que nazca tu bebé. —le aseguró—. Pero voy a por las cosas que necesitamos, ¿de acuerdo?

Jacoba asintió.

Salió con Ian fuera de la alcoba, tratando de organizar sus ideas.

—Necesito que Jocelyn o Bridgid se queden para ayudarme. Que alguien me traiga agua y paños limpios. —comenzó a ordenar—. Y que se lleven a los niños al castillo, Jacoba necesita

tranquilidad. —andaba de un lado al otro, con nerviosismo—. Que no dejen dormir a Eara, sería peligroso después de un golpe en la cabeza y que le apliquen ungüento en las heridas.

—De acuerdo, no te preocupes, los niños estarán bien. —contestó su esposo—. Mi hermano y Bridgid se harán cargo de ellos.

Megan asintió, retorciéndose las manos.

Ian, cogiéndole el mentón, le alzó la cabeza para mirarla a los ojos.

—¿Sabes lo que hay que hacer?

Megan negó, tragando el nudo que se estaba formando en su garganta.

—Estoy muerta de miedo. —reconoció.

Ian acunó el bonito rostro femenino entre sus manos.

—Sé que puedes hacerlo, confío en ti.

Megan asintió, con los ojos brillantes.

—Pero si no te ves preparada, puedo traer a alguien que se ocupe y venga a ayudar a Jacoba con esto.

—No hay tiempo, ambos lo sabemos. —respiró hondo—. Sus dolores son demasiado seguidos.

—Pero...

—Lo haré yo. —afirmó, alzando la cabeza, con una seguridad que no sentía.

Ian asintió y la besó en los labios, antes de echarle una última mirada y salir de la cabaña.

Megan respiró hondo varias veces más, tratando de serenarse y varió su expresión angustiada a otra de fingida tranquilidad antes de entrar al cuarto con Jacoba.

Minutos después, Jocelyn entró con el agua y los paños limpios.

—Mi primo me pidió que viniera a ayudarte. —contestó, mirando a Jacoba con pavor.

—Emm... sí.

Sin duda hubiera preferido a otra ayudante antes que la impresionable Jocelyn, pero se tendría que conformar con ella, pues Bridgid era más diestra con los niños y no podía permitirse tener la mente ocupada con el bienestar de ellos.

—Vamos a traer al bebé de Jacoba al mundo. —le dijo—. Tú y yo.

—¿Qué? —abrió los ojos horrorizada—. ¿Yo? No, no, yo no puedo...

—Jocelyn, tienes que mantener la calma. —le susurró.

—¡No puedo! —gritó la joven, fuera de sí.

Jacoba gimió fuertemente, presa de otra contracción.

—¡Dios mío! —chilló Jocelyn, mirando a la dolorida mujer—. ¡Dios mío!

Sin duda había entrado en pánico, así que Meg le soltó un bofetón para que reaccionara.

Jocelyn se llevó la mano temblorosa a la mejilla magullada.

—¿Mejor? —le preguntó Megan.

La prima asintió.

—De acuerdo, entonces ahora vamos a ponernos a ello. —comentó—. Jacoba ya es una experta en esto, así que solo debemos acompañarla y ayudarla en lo que necesite.

Y así lo hicieron.

Jacoba se portó como una campeona, aguantó cerca de una hora de dolores, hasta que por fin dio a luz a su bebé, sin complicaciones y sin demasiados aspavientos, cosa que Megan agradeció, pues no sabía que hubiera hecho si hubiera sido de otra forma.

Megan la tomó en sus brazos.

—Es una niña. —le dijo a Jacoba.

—¿Por qué no llora? —preguntó la madre, agotada.

—¡Está morada! —exclamó Jocelyn, horrorizada.

—¿Qué? —Jacoba miró alarmada hacia su niña.

El corazón de Megan comentó a latir apresuradamente.

Era cierto, la niña se veía morada y no respiraba.

Con ímpetu, comenzó a frotarle todo el cuerpo para hacerla entrar en calor, pero no había respuesta por parte de la pequeña.

—Mi niña. —sollozó Jacoba, desconsolada.

Megan, desesperada, la puso boca abajo y la zarandeó suavemente, manteniendo su cuello inmovilizado.

Metió un dedo en la pequeña boquita de la niña y entonces, con una gran bocanada, vomitó una especie de moco y comenzó a llorar con genio.

Meg apretó al bebé contra su pecho y comenzó a llorar ella también sin poder contenerse, liberándose de toda la tensión que había acumulado en las últimas horas.

Se acercó a Jacoba y colocó a la pequeñina sobre su regazo.

—Enhorabuena. —le dijo, con la voz entrecortada.

La mujer alzó sus ojos vidriosos hacia ella.

—Gracias.

Megan simplemente asintió con la cabeza, incapaz de decir una palabra.

—Acabas de salvar a otra de mis hijas en un solo día. —comentó Jacoba—. Es por eso que esta niña se llamará Megan.

—Es un honor.

Desvió la mirada hacia la pequeña Megan. Rondaría los dos kilos, pues había nacido antes de tiempo, pero tenía sus azulados ojos abiertos y muy despiertos. Rebuscaba en el escote de su madre, que se sacó el pecho para que pudiera comer.

—Va a crecer fuerte y sana. —vaticinó Meg, emocionada con la escena.

Jacoba asintió.

—Estoy segura de que sí.

—Te daremos un poco de intimidad. —le dijo—. Esta noche los niños se quedarán en el castillo, para que la pequeña Megan y tú podáis descansar, que os lo merecéis.

—De nuevo, muchas gracias. —volvió la vista hacia Jocelyn—. A las dos.

—Yo no he hecho nada. —respondió la joven, aun temblando.

—Eso no es verdad, te has portado como una campeona y me has sido de mucha ayuda. —la alabó Meg.

Jocelyn sonrió satisfecha y se acercó a darle un afectuoso abrazo.

—Muchas gracias.

Cuando Jocelyn y Megan salieron fuera de la cabaña, Ian se apresuró a acercarse a ellas.

—¿Todo bien? —preguntó, viendo las ojeras de cansancio de su esposa.

Meg sonrió y asintió.

—Es una niña, Jacoba le ha puesto Megan. —su voz se oía tomada por la emoción.

Ian tomó la cara de su esposa entre las manos y le dio un suave beso en los labios.

—Entonces será una luchadora, estoy convencido.

—Meg, estás agotada. —observó Jocelyn.

—Estoy bien. —mintió.

—No es cierto. —respondió Ian—. Jocelyn tiene razón, estás extenuada.

—Yo me quedaré con Jacoba y la niña por si necesitan algo, vosotros id a descansar. —se ofreció Jocelyn.

—Yo me quedaré con ellas también. —dijo el Glenn—. Haré guardia fuera de la casa, para asegurarme que no ocurre nada malo.

—¿Nada malo? —preguntó Meg, con el ceño fruncido—. ¿A qué te refieres?

El guerrero Mackenzie desvió los ojos hacia su laird, temiendo haber revelado más de lo necesario, puesto que Ian les había pedido que no le explicaran nada a Megan sobre sus sospechas sobre una conspiración.

—Muy bien, entonces me llevo a mi mujer a casa. —dijo Ian sin más, tomando a Meg del brazo y arrastrándola tras él.

—¿A qué se refería Glenn? —volvió a preguntar, sin darse por vencida.

—A los bandidos que atacaron la granja de Elman la otra noche, ¿a qué si no?

La joven asintió, quedándose más tranquila con su aclaración.

Cuando llegaron a Clach, Megan quiso ir a ver como estaban los niños, pero Ian no la dejó.

—Mi abuela y Bridgid se encargaran de ellos y tú necesitas descansar.

Entraron en la alcoba y Meg se dejó caer sobre la cama.

—Podías haberme avisado antes de casarme contigo que tu clan era tan entretenido. —bromeó. Ian sonrió.

—No lo había sido hasta que llegaste tú.

Megan se puso en pie, caminó hacia él y le abrazó. Fue un abrazo sentido y de necesidad.

Ian la rodeó con sus brazos y dejó que llorase contra su pecho. Había rescatado a Eara y había ayudado a traer al mundo a la pequeña Megan. Toda aquella tensión estaba saliendo a modo de lágrimas.

—Tranquila, todo está bien.

—Creí que no podría hacerlo. —reconoció, entre hipidos.

—Sin embargo, no te diste por vencida.

Megan alzó sus ojos hacia él.

—Ya sabes lo terca que soy.

—Por desgracia, sí, lo sé. —bromeó.

Megan lo miró con fijeza.

—Quiero que me hagas el amor.

Aquellas palabras provocaron en él una erección instantánea.

Con delicadeza comenzó a desanudarle el vestido, sin dejar de mirarla a los ojos en ningún momento. Cuando la prenda cayó a sus pies, Ian se percató que tenía un corte en el brazo.

—¿Qué es esto?

—No es nada. —le restó importancia—. Al salir del pozo una rama me rompió el vestido.

—A este paso vas a tener todo el cuerpo marcado. —besó la herida.

Meg se encogió de hombros.

Ian la tomó en brazos y la dejó con delicadeza sobre la cama. Procedió a quitarle las medias y las botas.

—Eres preciosa. —le dijo, devorándola con la mirada.

Megan sonrió satisfecha con sus palabras.

—Déjame desnudarte. —le pidió, arrodillándose sobre el colchón.

Acarició el cuello de su marido y fue bajando las manos lentamente por su pecho y su abdomen, hasta tomar los bordes de la camisa y tirar de ellos hasta sacársela por la cabeza.

Tenía un cuerpo perfecto. Ancho y de musculatura marcada, con algunas cicatrices salpicadas sobre su piel.

Posó sus dedos en la cinturilla del pantalón masculino y pasó sus dedos de un lado al otro, resiguiéndola.

Ian gimió levemente y Meg se sintió femenina y poderosa a la vez.

Se acercó a él y le besó el pecho, sacando su lengua y dibujando con ella el contorno de su pezón, que se puso duro.

Ian cerró los ojos y echó la cabeza atrás, con un gruñido.

—¿Te he hecho daño?

Volvió sus ardientes ojos hacia ella.

—Lo que me estás volviendo es loco. —y con un movimiento rápido la tomó en brazos y la tumbó en la cama, acostándose sobre ella.

Megan rió.

—Creo que es mi turno de volverte loca a ti.

La besó con pasión, mientras con su gran mano recorría su cintura y la posaba sobre uno de sus pechos, pellizcándole un pezón con suavidad.

Meg gimió contra sus labios y él bebió ese gemido.

Fue bajando sus labios por el cuello, el escote y los dejó vagar por sus pechos. Los mimó con besos, dándoles pequeños mordiscos y húmedos lametazos.

Prosiguió su recorrido por el liso abdomen, jugando con su ombligo y haciéndola reír.

—Para, tengo cosquillas. —se removió, muerta de risa.

Ian bajó aún más la cabeza, posando sus labios sobre el sexo femenino, haciéndola jadear.

—¿Qué haces?

—Voy a hacerte disfrutar.

Y dicho esto, recorrió con su lengua la húmeda abertura femenina. Recorrió su clítoris con delicadeza y Meg alzó las caderas, gimiendo y apretando las sábanas entre sus puños.

Continuó con aquella placentera tortura, hasta que la notó al límite del orgasmo. Entonces trepó por ella, se abrió los pantalones y de una embestida la penetró.

Los dos jadearon, mientras no dejaban de moverse. Parecían ser uno solo, pues sus cuerpos se meneaban al unisono. Sin vergüenzas, sin pudores, solo en busca de su propio placer.

Y aquel placer llegó de forma arrolladora y explosiva, enviándolos a los dos al paraíso de la pasión.

Capítulo 16

Meg comenzó a besar a Ian por todo el rostro.

La noche anterior habían hecho el amor varias veces, por lo que aquella mañana no se habían despertado al amanecer.

Ian permaneció con los ojos cerrados pero comenzó a devolverle los besos. Posó las manos en la cintura femenina y la colocó encima de él, a horcajadas.

—Creo que quieres matarme. —sonrió, abriendo lentamente los ojos.

Le gustaba mucho lo apasionada que era su esposa. Nunca se sentía avergonzada, ni se negaba a experimentar nada de lo que él le proponía. En ocasiones, como ahora mismo, incluso tomaba la iniciativa, y aquello lo volvía loco de deseo.

Meg le besó en el cuello.

—Mi intención ahora mismo no era matarte, si no continuar con lo que dejamos anoche. —contestó con coquetería.

—A eso me refería. —subió las manos por la cintura femenina hasta posarlas en sus pechos.

—¿Me está diciendo, laird Mackenzie, que no es capaz de seguir el ritmo de su esposa?

—Lo que creo es que tengo una mujer demasiado descarada e insaciable.

Comenzó a hacerle cosquillas, mientras su erección crecía.

Megan se reía con ganas, cuando Ian le dio la vuelta y se situó sobre ella, dispuesto a volver a hacerle el amor.

Pero en ese momento la puerta de la alcoba se abrió y pasó la abuela dentro, como si nada.

—Buenos días, niños.

Ian se apresuró a apartarse de su esposa, mientras la cubría con las mantas.

—Abuela, ¿qué haces aquí?

—Vivo aquí, por si no te habías dado cuenta, querido. —contestó con descaro.

Meg no pudo evitar reírse de la frescura de la abuela.

Ian la miró enfurruñado.

—Me refiero a que haces en nuestra alcoba.

—Vine a buscar a Megan. —dijo la anciana sin más.

—Por lo menos podrías haber llamado a la puerta. —refunfuñó Ian.

La anciana se puso en jarras, mirando con suficiencia a su nieto.

—¿Acaso crees que pueda ver algo que me sorprenda? Te recuerdo que me tiré cuarenta años casada con tu abuelo.

—Por Dios. —exclamó Ian, sin querer imaginarse lo que sus palabras implicaba.

—¿Necesitaba algo, Morag? —preguntó Meg, sentándose en la cama, con las cobijas apretadas contra el pecho, pero sin sentirse avergonzada por la presencia de la anciana en la alcoba.

—Mi amiga Fiona hace unos días que no se encuentra muy bien, creí que quizá pudieras acompañarme a visitarla y echarle un vistazo.

—Por supuesto, Morag, estaría encantada de acompañarla.

La anciana sonrió.

—Excelente, pues si te parece te espero abajo, que mi nieto se encuentra incómodo con mi presencia aquí.

Meg rió entre dientes.

—De acuerdo, en seguida bajo.

La abuela salió del cuarto y entonces Megan se rió a sus anchas.

—Yo no le veo la gracia. —rezongó Ian, con el ceño fruncido—. Ha estado a punto de vernos en pleno acto.

La joven se encogió de hombros.

—Como ella muy bien ha dicho, no hubiera visto nada que no conociera ya.

Se giró a mirarla a los ojos.

—Mi abuela y tú sois un par de desvergonzadas.

—Tu abuela me parece una mujer maravillosa, además de increíblemente inteligente, así que acabas de hacerme un enorme cumplido.

—No me cabe duda. —puso los ojos en blanco.

Trató de volver a besarla, pero Meg se escabulló de la cama y comenzó a vestirse.

—¿Dónde vas?

—Le he prometido a tu abuela acompañarla a visitar a su amiga.

—Puede esperar uno minutos.

Intentó cogerla para arrastrarla de nuevo a la cama, pero Megan fue más rápida y se escabulló.

—¿Cómo crees que voy a dejar a tu abuela esperándome?

—¿Entonces me dejas a mí así?

Se retiró las sabanas y le mostró su erección.

Sin duda aquello tentó a Meg, pero no iba a dejar a Morag esperando mientras ellos hacían el amor.

—Pues tendrás que quedarte así. —sonrió pícaramente—. Piensa que lo hago por tu bien, no quiero matarte.

—Serás...

Pero Megan no pudo oír el resto de su réplica, pues salió disparada de la alcoba, entre risas.

Morag y Megan caminaban con tranquilidad hasta llegar a casa de Fiona.

Fly, como siempre, acompañaba a Meg, posada en su hombro.

—Es un ave impresionante. —comentó la abuela, mirándola.

—Sí. —contestó Meg—. Somos amigas desde hace diez años, ella nunca me ha fallado.

—Nunca creí que se pudiera ser amiga de un águila.

—Con cariño, se puede ser amiga de cualquier ser vivo. Solo tienes que aprender a respetar los límites que necesitan.

—Últimamente te estás convirtiendo en la curandera oficial del clan. —le dijo Morag.

—No soy curandera, simplemente tengo algunas nociones de cómo se usan las plantas con beneficios curativos.

Morag la miró con ojos sabios.

—Estás haciendo mucho bien a este clan, Megan, quiero que lo sepas.

La joven se sintió emocionada por sus palabras.

—Solo intento ayudar en todo lo que puedo, aunque a veces meta la pata.

Se pararon frente a la casita de Fiona y la abuela le tomó las manos con afecto.

—No es fácil ser una mujer con personalidad y opinión propia en estos tiempos en que los hombres creen tener la razón absoluta. Sin embargo, siempre hay alguno que sabe valorar esas cualidades en su mujer. Mi difunto esposo fue uno de ellos, y sin duda mi nieto es lo suficientemente inteligente para ser otro.

—Eso espero. —y lo decía con sinceridad, pues sus sentimientos por Ian estaban creciendo a

pasos agigantados.

Megan dejó que Fly volara hasta la rama de un árbol cercano antes de llamar a la puerta de la amiga de la abuela.

Esta les invitó a entrar, con voz débil.

Cuando pasaron dentro, Meg pudo ver a una anciana pequeña, con la piel bastante pálida y unas pronunciadas ojeras.

—Hola Fiona, ¿cómo va todo? —preguntó Morag, acercándose a darle un beso en la mejilla.

—Todo bien. —contestó con voz débil.

—Te quiero presentar a mi nueva nieta, Megan. —se volvió hacia la joven—. Megan, ella es mi buena amiga Fiona.

—Encantada de conoceros, señora—. contestó la anciana.

—El placer sin duda es mío. —respondió Meg.

—Le he contado a Megan que llevas un tiempo sin encontrarte del todo bien. —explicó Morag.

—No es nada. —le restó importancia la mujer.

—¿Os importaría si os hago algunas preguntas? —preguntó Megan, con amabilidad.

—Para nada, pero tomad asiento.

Las tres mujeres se sentaron en torno a la mesa del salón.

—¿Hace mucho tiempo que os encontráis indisputa? —comenzó a indagar.

—Quizá unos meses.

—¿Y qué notáis?

—Sobretudo cansancio y sueño todo el día, lo que no es extraño, porque no puedo dormir más de dos horas seguidas aunque me lo proponga.

—¿Y hay algo que desencadenara vuestro insomnio, Fiona?

Ambas ancianas se miraron entre ellas. A Fiona comenzó a temblarle el mentón y se enjugó unas lágrimas que comenzaron a brotar de sus ojos.

—El hijo de Fiona hace cuatro meses que falleció de unas fiebres. —explicó Morag—. Y era la única familia que le quedaba.

Megan tomó una de las manos de la anciana.

—Aquí todo el clan somos una familia. —la ánimo—. No estáis sola, Fiona.

La mujer asintió, sin poder dejar de llorar.

—Es normal que no podáis dormir, la pérdida de un ser querido es muy dura. —se le vino a la mente su dulce hermana—. Pero la falta de sueño puede provocarnos un terrible cansancio. Creo que puedo ayudaros a poder dormir y a estar un poco más tranquila con unas infusiones de plantas que mi abuela me enseñó a hacer. ¿Os parece bien que vaya a buscar esas plantas?

Fiona parecía indecisa.

—Confía en mi nieta, sabe lo que se hace. —la animó Morag.

La anciana suspiró.

—Está bien.

Megan sonrió.

—Pues esperadme aquí, enseguida vuelvo.

Salió en busca de sus hierbas, acompañada de Fly, que en cuanto la vio salir de la casa voló hasta su hombrera.

—Vamos de excursión a por hierbas, preciosa.

El ave chilló a modo de respuesta.

Llevaba una media hora recogiendo plantas, cuando Fly comenzó a ponerse nerviosa.

Aquello solo le ocurría cuando había algún peligro cerca, así que agudizó su oído y con

rapidez, cogió su arco y disparó hacia el lugar donde le había parecido oír algo.

Se quedó mirando el lugar al que había dirigido la flecha en silencio y alerta, pero nada a su alrededor se movió, así que pensó que se lo habría imaginado.

—Nos estamos volviendo paranoicas, Fly.

Recogió las últimas hierbas y volvió a casa de Fiona.

Entre los árboles, alguien miraba la flecha que se había clavado junto a su cabeza.

¡Maldita ramera MacLeod!

Se estaba volviendo más molesta a cada hora que permanecía allí y lo peor de todo, es que siempre parecía estar alerta.

Necesitaba encontrar la forma de tenerla desprotegida y con la guardia baja, y si para ello debía usar alguna artimaña, así lo haría.

Capítulo 17

Varios días después, los padres de Meg llegaron por sorpresa, llenando de dicha el corazón de su hija.

—Qué alegría teneros aquí. —exclamó Megan, lanzándose a los brazos de su padre.

—Te he echado mucho de menos, pequeña. —reconoció el hombretón, dándole un beso en la frente.

—Mi niña. —su madre se unió al abrazo—. Estás preciosa, cariño. —se enjugó los ojos.

—Gracias, madre.

—Pareces toda una mujer, Megan.

Meg sonrió, porque su madre siempre la había visto como a su niña pequeña.

Ian había permanecido en un segundo plano, dándoles el tiempo necesario para disfrutar el reencuentro.

—Mackenzie. —Douglas alargó la mano hacia su yerno.

—MacLeod. —contestó Ian, estrechando su antebrazo.

—Me agrada ver que has cuidado de mi hija tan bien como yo lo hubiera hecho.

—Lo he intentado, por lo menos. —respondió.

—Oh, Ian. —Anne soltó a su hija y se acercó al hombre—. ¿Cómo estás? —posó su mano sobre el brazo masculino, con pesar.

—Estoy bastante bien, Anne. —respondió el aludido.

—Han sido tan duros estos meses sin Aline. —sollozó—. No quiero ni pensar lo que habrás sufrido tú.

—Es complicado superar la pérdida de una persona tan especial como lo era ella. —reconoció.

—Te comprendo, hubiera sido una esposa excepcional. —se secó las lágrimas—. Es una lástima, recuerdo lo enamorados que estabais. No había más que veros juntos para saber que estabais hechos el uno para el otro.

Ian miró de reojo a Megan, que mantenía el tipo pese a que su madre hablara como si él fuera el viudo de su hija mayor. Sabía que Anne lo hacía sin ninguna mala intención, pero de todas formas era una situación incómoda.

—Me gustaría que pasáramos al salón, si os parece bien. —dijo Ian, para cambiar el tema de conversación.

—Por supuesto. —asintió Anne.

Los tres le siguieron al interior del castillo.

En el salón les esperaban la abuela Morag, el tío Magnus, la prima Jocelyn y los hermanos de Ian, Thane y Cameron.

—Que placer volver a teneros en nuestra casa. —les dijo la anciana, tomando las manos de Anne entre las suyas—. Tu hija es maravillosa.

—Es cierto, lo era.

Morag miró a Meg, que mantenía la vista clavada en el suelo y los puños fuertemente apretados.

—Aline era dulce y sensible y todos la queríamos. —aseguró la anciana.

Anne asintió, secándose de nuevo las lágrimas.

—Pero yo me refería a Megan.

Anne dirigió sus desorbitados ojos hacia Meg, pues en ese momento se dio cuenta de que quizá hubiera estado haciendo de menos a su hija pequeña, sin proponérselo.

—Cla... claro, sí. —sonrió con incomodidad—. Megan es muy buena hija.

Meg alzó los ojos hacia su madre, sin ningún tipo de rencor pues sabía que Aline y ella siempre habían estado más unidas, del mismo modo en que su padre lo estaba con ella. Eso no significaba que no la quisiera a ella, pues la quería y mucho, pero eran muy diferentes y eso no podían negarlo.

—Megan se está convirtiendo en un miembro muy importante del clan. —continuó Morag—. Desde que ha llegado, ha ayudado a muchos de nuestros amigos y vecinos. Es una excelente curandera y una cazadora extraordinaria.

Su padre le pasó el brazo por los hombros.

—Es mi tesoro más preciado. —respondió con orgullo.

Megan le sonrió.

—Además, es una muy buena amiga. —respondió Jocelyn, agarrándose del brazo de la joven y plantándole un beso en la mejilla.

Meg rió ante su efusividad.

—Jocelyn, compórtate, por favor. —la reprendió Magnus.

—Lo siento, padre. —contestó, sonrojándose y situándose de nuevo a su lado.

—Hay que reconocer que desde que llegó Megan, la vida de mi hermano es más entretenida. —bromeó Cameron, ganándose una mirada sombría de su hermano mayor.

—Por desgracia, desde que se fue de nuestro clan, la mía es más tediosa. —convino Douglas.

—Oh, padre.

Sabía cuánto debía echarla de menos, porque ella también lo extrañaba profundamente.

Comieron apaciblemente.

Morag se dedicó a hablar con Anne, mientras que Magnus, Ian, Thane y su padre comentaban los pormenores del clan.

Cameron se dedicó a bromear con su prima y Megan, haciendo que ambas rieran de buena gana. Pese a eso, Meg se percató que su esposo se mostraba un tanto distante y serio, pero no sabía decir exactamente que le había afectado. Imaginaba que tenía algo que ver con Aline, no era tan ingenua para pensar lo contrario.

Cuando terminaron de comer, Douglas se fue a hablar con Kylian.

Meg pudo ver como Bridgid se asomaba a mirar por la ventana, mientras retorció la falda de su vestido entre las manos.

—¿Estás bien? —le preguntó—. Vas a romperte la falda, como sigas así.

La dama de compañía la miró angustiada, con los ojos brillantes.

—Temo que se lleve a Kylian.

Megan también había pensado que su padre querría recuperar a uno de sus mejores guerreros.

—Si eso sucediera, eres libre de irte con él.

La joven sirvienta abrió los ojos desmesuradamente.

—No podría dejarte, Meg.

Ella le puso la mano sobre el hombro.

—Soy yo la que no puedo permitir que os separéis.

Ambas se fundieron en un afectuoso abrazo.

—Explícame que tal ha ido todo por aquí, porque imagino que no ha sido todo lo idílico que

nos han contado. —le dijo Douglas a Kylian, con acierto.

—El principio fue complicado, pero Megan se ha sabido ganar su sitio.

Douglas hinchó el pecho.

—No esperaba menos de mi niña.

—Algunos hombres Mackenzie no la veían como su señora, alzaron las armas hacia ella al creer que iba a matar a uno de ellos.

—¡Alzaron las armas contra mi hija! —bramó el laird MacLeod.

—Ella parecía apuntar a uno de los Mackenzie a la cabeza cuando eso ocurrió. —les justificó.

—¿Por qué le apuntaba a la cabeza? —el pelirrojo frunció el ceño, confuso.

—En realidad apuntaba a una serpiente, pero fue la única que la vio. —afirmó el guerrero—. Pero el laird Mackenzie alzó su espada en su favor.

—Menos mal, no me hubiera gustado tener que matarle, eso no le gustaría a mi pequeña.

Kylian sonrió.

—También ayudó a otro de los hombres con sus dolores, terció entre dos campesinos que peleaban por un caballo, intentó ayudar con una cosecha, hizo parir a una oveja e incluso ayudó en el parto de una mujer. —explicó con tranquilidad—. Está ayudando a una de las familias más pobres del pueblo y rescató a una niña que había caído dentro de un pozo.

—Vaya, no se ha aburrido. —sonrió ampliamente.

—Pero hay una cosa que me preocupa, mi señor.

Douglas se puso serio.

—¿Qué es?

—La han atacado en dos ocasiones.

—¿Bandidos? —quiso saber.

—No lo sé a ciencia cierta, pero temo que pueda ser alguna conspiración. —apuntó el guerrero—. Como bien he dicho, hay hombres que no la aceptan como su señora.

Douglas paseó de un lado al otro, con preocupación.

—Quiero que no la pierdas de vista. —le ordenó.

—Eso intento, mi señor, pero bien sabes que tu hija es un espíritu libre.

—Me tranquiliza que sepa defenderse, pero no quiero arriesgarme a que le ocurra algo. —se frotó el puente de la nariz—. ¿Sospechas de alguien en particular?

—Sospecho de todo el mundo. —reconoció.

—¿Incluso de Ian? —su semblante se volvió aún más sombrío.

—A decir verdad, Ian es la única persona que me da confianza. —aseguró Kylian—. Megan casi le volvió loco cuando llegó aquí, pero últimamente se les ve muy felices.

El rostro de Douglas se relajó.

—¿Mi niña es feliz con él?

—Creo que bastante, mi señor. —aseguró Kylian.

—Eso y su seguridad son lo que más me importa.

—Mantendré los ojos bien abiertos. —le prometió a su laird.

—Confío en ti, Kylian.

Al día siguiente, por la mañana temprano, Ian estaba hablando con Douglas sobre los ataques a Megan, cuando Fergus llegó al castillo Clach en busca de Meg.

—Así que quieres hablar con mi esposa. —comentó Ian, observando al avergonzado anciano.

—Emm... sí. —respondió—. Quería hacerle una consulta sobre su sistema de regadío.

—¿Ha sugerido el método de las zanjas? —preguntó Douglas.

—Así es. —respondió Fergus.

El laird MacLeod sonrió orgulloso.

Oyeron las voces de las mujeres.

—Vas a tener suerte. —comentó Ian.

Acto seguido, Meg, junto a su madre, la abuela, Jocelyn y su dama de compañía, aparecieron en el salón.

—Megan, han venido a buscarte. —le dijo Ian.

—¿A mí? —se sorprendió, más aun cuando reparó en la presencia del anciano, pues la última vez que le vio se había mostrado completamente irascible con ella.

—Buenos días, señora. —la saludó, haciéndole una leve reverencia—. He probado vuestro método de riego.

—¿En serio? —sonrió de oreja a oreja, complacida.

Fergus asintió, sin mirarla a los ojos.

—Le ha ido muy bien a mi cebada, pero creo que ya no necesita tanta agua y no recuerdo que dijisteis que había que hacer cuando quisiera dejar de usar las zanjas. —se removió incomodo—. Sé que fui muy grosero con vos cuando me quisisteis ayudar, pero si fuerais tan amable de volver a hacerlo, pese a no merecerlo.

Megan se acercó a él y posó su mano en el brazo del anciano, que por fin la miró a los ojos.

—Os ayudaré cada vez que esté en mi mano, Fergus.

—Os lo agradezco, señora.

La joven sonrió.

—Lo que tenéis que hacer es taponar la zanja desde el punto que sale del rio, así cada vez que necesitéis volver a usar ese método de riego, solo tenéis que volver a abrir por esa zona.

—Os lo agradezco, mi señora.

—No tenéis porque, os ayudo encantada, es mi deber.

El anciano hizo otra reverencia y abandonó el salón.

Meg miró a su esposo, comenzando a sentirse valorada por la gente de su nuevo clan, pero este la miraba con semblante serio.

—Hija mía, ¿qué estás haciendo? —susurró su madre, acercándose a ella—. Estás avergonzando a tu marido.

Meg frunció el ceño.

—¿Qué?... No. —negó con vehemencia.

—Estás usurpando el lugar de tu esposo en el clan, esas son sus responsabilidades.

—Meg no lo hace con mala intención, Anne, no os enfadéis con ella, simplemente no puede evitar dar su punto de vista y sus opiniones. —añadió Jocelyn, tratando de defenderla.

—Eso no es lo que hace una buena esposa...

—Vamos Anne. —la cortó Morag—. Megan es una persona muy válida como para permanecer callada tras la espalda de su esposo.

—Una buena señora es la que apoya a su marido, no la que le hace sombra. —la contradujo Anne.

—Yo siempre he hecho exactamente lo mismo que está haciendo ahora tu hija. —dijo Morag, poniéndose en jarras—. ¿Acaso estás insinuando que no fui una esposa digna?

—Yo... no.... —Anne se puso nerviosa.

Douglas se acercó a las mujeres y pasó un brazo sobre los hombros de su hija.

—Ha sido una buena idea proponer el método de las zanjas. —la alabó.

—Gracias. —contestó, confundida aún por las palabras de su madre.

—Es una verdadera desgracia haberte perdido, sin ti tengo más trabajo que antes. —le dijo, con una amplia sonrisa.

Sabía que su padre trataba de animarla y como siempre, lo consiguió.

—Tú nunca me perderás, padre.

—No te dejaría ni que lo intentaras. —y la abrazó fuertemente.

Entre los brazos de su padre, dirigió la mirada hacia su esposo, que seguía mirándola con el ceño fruncido.

Dentro de la cabeza de Ian todo era un hervidero.

Desde que había llegado el laird MacLeod y su esposa, se había dado cuenta que apenas ya pensaba en Aline. Era como si una parte de su cerebro la hubiera olvidado y eso lo confundía.

Aline era el amor de su vida y sin embargo, ahora no podía imaginarse casado con ella. Solo podía visualizarse junto a la apasionada y temperamental Megan, y aquello le hacía querer mantener la distancia con su esposa.

No podía olvidarse de Aline, no iba a permitírselo a sí mismo.

Capítulo 18

Tras una copiosa comida, su madre estaba encantada con Jocelyn. En cierto modo era parecida a Aline. Dulce, femenina y bastante inocente.

Estaban las tres reposando la comida, cuando su madre intervino.

—A ver si le ayudas a mi hija a saber comportarse como una dama. —comentó Anne, mirando a Megan con desaprobación, mientras meneaba la cabeza de un lado a otro—. Eres una buena niña, pero te falta madurar, cariño.

Meg puso los ojos en blanco.

—Si tú lo dices, madre.

—Eres la señora de un clan, Megan.

—¿Crees que no lo sé?

—Si lo sabes no lo parece.

Ambas se mantuvieron la mirada.

Jocelyn carraspeó, incomoda.

—Quizá sería mejor cambiar de tema. —sugirió la joven.

—No, Jocelyn, déjalo, mi madre lleva intentando darme lecciones desde que llegó. —repuso Meg, furiosa—. Dejémosla hacerlo.

—No quiero darte lecciones, hija, pero llevo siendo la señora de los MacLeod bastantes años como para saber que se espera de la esposa de un laird.

—¿No te has parado a pensar que quizá no haya una sola forma de ser la señora de un clan? Quizá algún día deberías plantearte que tu palabra no es la verdad absoluta, madre.

Anne se puso en pie como un resorte.

—Si estás tratando de ofenderme, lo estás consiguiendo.

Megan también se levantó.

—Creo que la que ha tratado de ofenderme desde que llegó fuiste tú.

—Será posible. —su cara se veía roja—. Esto es lo que le pasa a una por querer ayudar.

—Por favor, sería mejor que os calmarais. —les pidió Jocelyn.

—Estoy muy calmada. —gritó Meg.

—Y yo más. —vociferó Anne—. Solo trato de hacerle ver a mi hija que necesita saber cuál es su sitio, sé que no estaba tan preparada para ser la esposa de un laird como...

—¿Cómo quién? —la cortó, apretando los puños—. ¿Cómo tú? ¿Cómo Aline?

—Aline fue criada desde la cuna para ello. —dijo, como si eso fuera suficiente motivo.

—¿Y eso me convierte a mí en una inútil?

Anne abrió desmesuradamente los ojos.

—Yo no he dicho eso.

—¿Ah, no?

—Solo digo que tu padre te enseñó a ser una mujer sin límites.

—Mi padre respetó mi forma de ser, como yo respeto la forma de ser de Fly. —dijo, sintiendo un nudo en la garganta—. Aline era la mejor persona que conozco, sabía estar y permanecer callada aun cuando algo no le parecía bien, pero yo no soy ella. A mí me gusta dar mi opinión, porque no considero que sea menos válida que la de un hombre y si tú no entiendes eso, madre, el problema no es mío.

Sin más, se dio media vuelta y salió de la sala.

Una vez fuera del castillo silbó a Fly, que se posó en su hombro casi al momento.

Sabía que su madre era crítica y muy apegada a las tradiciones, pero no había podido evitar perder la paciencia.

La comparaba continuamente con Aline y lógicamente en esa comparación ella siempre saldría perdiendo, pues su hermana había sido perfecta.

Necesitaba despejarse, así que decidió ir con Fly al río para pescar un poco, después le llevaría lo que había pescado a Jacoba y a sus hijos.

Cuando llegó a casa de Jacoba, se encontró con el caos absoluto.

Eara y Lainie se estaban peleando por una muñeca de trapo, mientras Maisie y la pequeña Megan lloraban desconsoladas. Jacoba trataba de calmarlas, pero le era imposible hacerlo, mientras intentaba que sus hijas mayores no se mataran entre ellas.

No había ni rastro de Ken y aquello la preocupó.

—Jacoba.

La mujer alzó sus ojerosos ojos hacia ella.

—Oh, Megan.

Meg se aproximó para ayudarla a separar a las niñas que se tiraban del pelo.

—¡Basta ya! —chilló, quitándoles la muñeca—. Si no os tranquilizáis me quedaré la muñeca para mí.

Las niñas se quedaron quietas al instante.

—Así me gusta. —suspiró—. Tenéis que jugar juntas usando un rato cada una la muñeca, ¿entendido?

—Sí. —contestó Lainie.

Eara se limitó a asentir con la cabeza.

—De acuerdo. —les devolvió la muñeca.

Se acercó a Maisie y la tomó en brazos.

—¿Qué te pasa, cielo?

—Iba a hervirle un vaso de leche, pero me ha sido imposible. —explicó su madre, mientras se sentaba y comenzaba a darle de mamar a la pequeña Megan.

—Pues yo la herviré. —contestó Meg, poniendo le leche al fuego, sin dejar de mecer a la niña.

Jacoba suspiró y cerró los ojos.

—Estoy agotada. —reconoció.

Meg la comprendía perfectamente.

—¿Dónde está Ken?

—Salió a por agua. Está siendo de mucha ayuda, pero me preocupa que tenga que crecer tan rápido. —sus ojos brillaban con lágrimas contenidas.

—Estás siendo una buena madre, Jacoba.

La mujer sollozó, pues aquel era el peor de sus miedos.

—Hago lo que puedo, pero soy consciente que no es suficiente.

—Haces más de lo que puedes. —le aseguró Megan.

No había más que ver la cara de cansancio de Jacoba para saber que aquellas palabras eran ciertas.

—Te he traído cinco pescados. —le dijo, dejándolos sobre la mesa.

—Eres un ángel. —repetió por enésima vez, sonriendo débilmente.

Tras dos horas en casa de Jacoba, regresaba de camino a Clach cuando cerca del castillo vio a Ian y a varios hombres más con las espadas alzadas.

Se apresuró a acercarse allí y lo que vio le rompió el corazón.

Frente a ellos había un enorme lobo gris herido, que les mostraba los dientes, mientras sangraba copiosamente por la herida más profunda que tenía cerca del cuello.

—Por Dios. —exclamó, horrorizada.

—Aléjate, Megan. —le pidió Ian.

Meg, haciendo caso omiso a sus palabras comenzó a acercarse al animal.

—Tranquilo, precioso.

Fly, nerviosa, revoloteó sobre su hombro, haciendo que el lobo gruñera aún más fuerte.

—¡Megan! —gritó Ian.

—Vete Fly, le estás asuntando. —le dijo al águila, que voló hasta un árbol cercano.

—¿Qué haces? Vuelve aquí. —insistió su esposo.

—Deja de gritar, ¿no ves que te tiene miedo? —susurró, acercándose aún más, con cautela.

—¿Te has vuelto loca? —le preguntó, entre susurros, como bien le había sugerido ella.

—Está malherido, ¿no te das cuenta?

El lobo se tambaleo, imaginaba que por la pérdida de sangre.

—Ese animal me ha atacado. —dijo Glenn.

—¿Y tú que le has hecho para que te atacara? —le acusó.

—¿Yo? —miró a Ian desconcertado.

—Es un animal salvaje. —respondió el laird, en su defensa.

—Es un ser vivo. —añadió Meg.

El lobo dio un paso adelante con sus amarillos ojos fijos en Megan.

Magnus alzó más su espada para darle el toque de gracia y acabar con él.

—Te juro que te atravesaré el brazo.

El hombre se volvió hacia ella al oír aquellas palabras. Megan lo apuntaba con su arco y la vista clavada en él.

—¿Me estás amenazando? —la miró asombrado, sin acabar de creerse lo que veía.

—Te estoy advirtiéndote.

—Megan, baja el arco. —le ordenó Ian.

—Dejadme examinarlo, está mal herido.

—Te arrancará un brazo. —convino Thane, mirándola con desaprobación.

—No lo hará, solo está asustado porque le estáis amenazando con vuestras espadas.

—Tenemos que matarlo. —añadió Ian—. Una vez que un animal de estos ataca a un hombre no se les puede dejar con vida.

—Nadie va a tocarle un solo pelo. —gritó Megan.

Cuando la joven se puso delante del animal a este se le erizó todo el pelo del lomo.

Ian sintió como un frío helador le recorría el cuerpo por el temor a que el lobo se lanzase a la yugular de su esposa.

Como un poseo se lanzó sobre ella, derribándola en el suelo.

—¡No! —gritó Meg, forcejeando con él.

Los hombres les rodearon, protegiéndolos del animal.

—Ya estoy harto de tus tonterías. —dijo Ian furioso, poniéndose en pie y colocándose a la joven sobre su hombro—. Ocuparos del lobo.

—Yo lo haré, hermano. —contestó Cameron.

—¡No! —volvió a chillar Megan, mirando con pesar al pobre y asustado animal.

Ian entró al castillo y subió con ella escaleras arriba hasta entrar en la alcoba y tirarla sin miramientos sobre la cama.

Entonces soltó un rugido de rabia y golpeó con el puño en la pared de piedra, haciendo sangrar sus nudillos.

—¿Por qué has hecho eso? —se alarmó Meg, que trató de ir a mirar la mano de su esposo, pero este la retiró con celeridad.

—Te has puesto en peligro y has apuntado a mi tío con tu arco. —bramó—. Si fueras un hombre ahora mismo estarías muerta.

—Si me hubierais dejado tranquilizarle podría haber curado al pobre lobo. —se defendió.

—¿Pobre lobo? —respondió indignado—. Esa bestia ha estado a punto de matar a Glenn.

—¿Y qué le hizo Glenn a él? —se puso en jarras.

Ian profirió otro grito.

—Megan, trato de entenderte y de ser paciente contigo, pero me vuelves loco. —se acercó a ella y la tomó por los hombros, fijando su mirada verde en los ojos castaños de Meg—. ¿Por qué no puedes comportarte como una mujer normal? ¿Por qué te empeñas en sacarme de quicio? ¿Por qué te pones en peligro una y otra vez?

—¿Una mujer normal? —alzó el mentón—. ¿Cómo quién? ¿Cómo Aline, quizá?

—Sí, ojalá fueras como ella. —soltó, sin pensarlo, llevado por el miedo que le había provocado verla en peligro—. Todo sería mucho más fácil si fueras como ella.

Megan sonrió con amargura.

—Últimamente escucho demasiado menudo esa frase.

—Pues piensa a que se debe.

Se mantuvieron la mirada.

Ian sintió deseos de besarla. Se sentía aliviado por verla sana y salva, a estas alturas podría haber tenido el cuello desgarrado si al lobo se le hubiera ocurrido atacarla.

Pero se contuvo, no podía dejarse llevar por lo que su mujer le hacía sentir. Tenía que mantenerla a salvo, aunque fuera de ella misma.

La soltó con rapidez, para alejarse de la tentación de tocar su fina piel y le dio la espalda.

—Voy a ver que todo esté en orden.

—Hazlo. —se sentó sobre el lecho, fingiendo docilidad—. Mientras, yo me quedaré aquí rezando porque todos estén sanos y salvos.

Ian le dirigió una sombría mirada antes de salir y dejarla a solas, con su tremenda frustración.

Capítulo 19

Aquella tarde Megan paseaba por los alrededores de Clach, sintiéndose tremendamente triste por el lobo y enfadada con Ian por no haberla permitido tratar de curarle.

No pensaba hablarle, estaba harta de que la compararan con su hermana. Ella no era Aline y debían entenderlo tanto su madre, como él.

Se sentó en el suelo y arrancó unas briznas de hierba con rabia.

Que fácil hubiera sido que Aline siguiera viva. Todos serían felices y ella no la echaría tanto de menos. Necesitaba hablar con ella, contarle sus preocupaciones y abrazarla en la cama hasta quedarse dormidas, como cuando eran niñas.

—Aline, me haces mucha falta. —murmuró, con un nudo en la garganta.

—¿Megan?

Meg alzó la vista y se encontró con el atractivo y sonriente rostro de Cameron.

—¿Estás bien? —le preguntó, con aquella sonrisa traviesa que poseía.

—Podría estar mejor. —se lamentó.

—¿Regocijándote en tus penas? —apuntó, con tono de guasa.

Meg lo miró con el ceño fruncido.

—¿Te estás burlando de mí, Cameron Mackenzie?

Cameron hizo una mueca irónica.

—Jamás osaría hacer algo así.

—Si estuviera de humor, te daría una paliza.

Cameron soltó una carcajada.

—Ven conmigo, quiero enseñarte algo.

Megan le miró con recelo.

—¿O eres una cobarde? —le tendió la mano para ayudarla a levantarse.

La joven alzó el mentón y se puso en pie de un salto, sin tomar la mano que su cuñado pequeño le ofrecía.

—De acuerdo. —dijo, guardándose las manos en los bolsillos.

—¿Qué vas a enseñarme? —le preguntó.

—No me seas impaciente, pelirroja.

—No me fio de ti ni un pelo. —reconoció, alzando una ceja.

Cam rió.

—Y haces bien.

Megan puso los ojos en blanco.

—Cada día te pareces más a tu hermano.

—¿Por lo apuesto? —le dedicó una enorme y seductora sonrisa.

—Por lo idiota.

El joven se carcajeó de nuevo.

—Casi le matas del susto.

—¿A quién?

—A Ian.

Meg frunció el ceño.

—No lo creo. —respondió, pese a saber que sí le había alarmado.

—Reconoce que has sido un poco inconsciente.
—Te has propuesto tocarme las narices, ¿verdad?
—Nada más lejos de mi intención. —alzó las manos en el aire—. Pero debes darte cuenta que mi hermano hoy a actuado por miedo, no por molestarte.
—¡Ja! —exclamó con sarcasmo.
—¿No lo crees? —alzó una ceja.
—Lo que creo es que odia estar casado conmigo.
—Yo no opino igual. —la contradijo.
—Ya, claro.
—Lo digo totalmente en serio.
Megan le miró, buscando rastros de burla en su expresión, pero no los halló.
—Ian creía amar a Aline y pensaba que era lo mejor para él y para el clan. —prosiguió diciendo Cameron.
—¿Creía? —se extrañó.
—Sí, creía. —le aseguró.
—Me temo que sigue creyéndolo.
—No es cierto. —negó enfáticamente.
—¿Cómo lo sabes? ¿Acaso él te ha dicho lo contrario?
Cam negó con la cabeza.
—Solo sé lo que veo. —explicó—. A tu hermana la miraba con admiración y adoración, del mismo modo en que ella lo hacía con él.
—A mí por el contrario, me mira con rabia. —rezongó.
—No es rabia, amiga mía, es pasión.
—¿Pasión?
—Sí, pasión. —asintió—. Sabes lo que es, porque tú le miras del mismo modo.
—No digas sandeces. —le dijo, pero sus palabras eran bastante acertadas.
—No las digo, sé de sobra lo que es la pasión. —subió y bajó las cejas, con descaro.
—No seas desvergonzado. —le reprendió, pero no pudo evitar reírse.
—Ya hemos llegado.
Cameron entró dentro de una pequeña casucha destartada y Megan lo siguió.
Cuando oyó un débil gruñido se quedó paralizada.
Dentro de la casucha estaba el enorme animal, mirándola con sus ojos amarillos.
—¿Pero, como...? —dejó la pregunta en el aire.
—Me di cuenta que este animal era importante para ti, aunque no sé muy bien porque, así que cuando me quedé solo, esperé a que se desmayara, lo traje aquí y le vendé la herida, pero no sé si lo hice bien.
Megan se lanzó a los brazos de su cuñado.
—Gracias, gracias, gracias. —decía una y otra vez—. Le has salvado la vida.
—No sé por cuanto tiempo. —reconoció.
—Intentaré que sea para mucho tiempo.
Se separó de él y comenzó a acercarse al animal, que la miraba con recelo.
—Si intenta algo, lo mataré. —le aseguró Cameron.
—Tranquilo, solo tiene miedo.
—Más le vale. —le miró, desconfiado.
Meg se sentó en el suelo, para no parecer amenazante.
—Hola, amigo, un mal día ¿verdad?

El lobo simplemente la miró.

—Quizá necesite darle unos puntos. —le comentó a Cameron.

—Eso había pensado. —le tendió un saquito con los utensilios para que pudiera hacerlo—. Aunque no sé cómo lo harás para que no te arranque el brazo en el intento.

—Lo haré, no te preocupes por eso.

Con mucha paciencia, Meg fue acercándose poco a poco al lobo, hasta encontrarse junto a él.

Con movimientos suaves comenzó a pasar la mano por el suave pelaje gris.

Cuando notó que se relajaba y apoyaba su gran cabeza en las patas delanteras le quitó el vendaje. Tenía una fea, desigual y profunda herida, pero por lo menos, ya no sangraba.

—¿Quién le hizo esto?

—Glenn, al defenderse de su ataque. —le explicó Cam.

—No me gusta nada ese hombre. —gruñó—. Una persona que es capaz de hacer daño a los animales no es de fiar.

—¿Querías que se dejara matar sin defenderse? —alzó una ceja, burlón.

—Lo que no entiendo es porqué le atacó el lobo, tiene que haber algún motivo.

—Quizá se asustó o pasó demasiado cerca de su territorio. ¿Quién sabe? —se encogió de hombros.

A Megan no le convencía, pero prefirió no decir nada más.

—¿Finalmente necesitará puntos? —preguntó Cam.

—No lo creo, de cerca se ve menos profunda.

—Genial.

—Ian no puede enterarse que está aquí, no quiero arriesgarme a que trate de matarlo otra vez. —le dijo Meg.

—Él solo estaba defendiendo el clan...

—Prométeme que no le dirás nada. —le interrumpió.

—Pero...

—¡Promételo! —exclamó, sin alzar la voz, para no alterar al lobo.

—Está bien, lo prometo. —suspiró Cameron, sabiendo que se metería en un lío.

Megan sonrió complacida.

Estuvo un rato más acariciando al animal, antes de salir a por unas hierbas curativas para hacerle un ungüento y cazar algo para que pudiera comer.

Sintió como si alguien la observara y se volvió.

—¿Cameron?

Según le había dicho este se iba a seguir con sus obligaciones antes de que Ian se percatase de su desaparición, pero conociéndolo, no le extrañaría que quisiera asustarla para echarse unas risas.

Al no obtener respuesta, se encogió de hombros y siguió a lo suyo. Se estaba volviendo una paranoica.

Después de recoger todas las hierbas y cazar un conejo, volvió junto al animal.

—Vuelvo a ser yo. —le dijo, cuándo levantó sus astutos ojos hacia ella—. Te he traído la cena. —dejó el conejo frente a él.

El lobo lo olisqueó, antes de ponerse a comerlo.

Megan aprovechó que estaba distraído para ponerse a machacar las hierbas que iba a ponerle sobre la herida para evitar que se le infectase.

—No te preocupes, pronto podrás volver junto a tu manada. —le hablaba como si la entendiese, pues ella tenía la total convicción que así era—. ¿Por qué te separaste de ellos? Está

claro que no fue una buena idea.

El lobo comía, mirándola de vez en cuando, sentada sobre el suelo de la casucha y hablando sola.

—Sé que has pasado mucho miedo hoy, pero no te preocupes, no voy a dejar que te hagan más daño. Sé que me entiendes. —le dedicó una sonrisa—. Eres precioso. ¿Puedo llamarte Rìgh? Pareces un rey entre los tuyos, eres enorme y valiente, creo que te pega.

El animal dejó de comer para mirarla, alzando la cabeza y volviéndola hacia un lado, como si cavilara la idea.

—Te gusta, ¿verdad? —rió de buen humor—. Pues no se diga más, te llamaré Rìgh.

Cuando el animal acabó de comer, Meg se le acercó a él con calma.

—Voy a ponerte esto. —le mostró el ungüento—. Pero no te preocupes, no te haré daño.

Con cuidado le apartó el vendaje y comenzó a aplicarle el ungüento. El lobo se volvió a mirar que le estaba haciendo, pero ni siquiera gruñó.

—Notas alivio, ¿verdad? —se miraron a los ojos y Meg sintió como sus almas conectaban, del mismo modo que años atrás le había ocurrido con Fly.

De camino al castillo, Megan se detuvo a ver como estaba Fiona, la amiga de la abuela Morag.

—Buenas tardes, preciosa. —la saludó la anciana cariñosamente, con mucha más energía que cuando la conoció.

—Buenos tardes. —respondió Meg, con una sonrisa—. Venía a ver como os encontrabais, pero os veo de maravilla.

—Estoy durmiendo mucho mejor gracias a vuestras hierbas.

—Me alegra que mi remedio haya dado resultado.

—¿Queréis pasar? —le preguntó la anciana.

—Solo un momento. —accedió Megan.

Cuando entró, se sorprendió de ver allí a Jarith, uno de los guerreros que la habían acompañado en el camino y que había demostrado su animadversión hacia ella.

—Señora. —hizo una leve inclinación de cabeza.

—¿Qué tal, Jarith? ¿Cómo va tú pierna?

El guerrero pareció sorprenderse de que se acordara.

—Mejor. —carraspeó, incómodo—. Vuestro ungüento me ha funcionado muy bien.

—Es una buena noticia.

—Jarith era uno de los mejores amigos de mi hijo. —comentó Fiona, acercándose a posar su mano sobre la mejilla barbuda del grandullón, que se sonrojó—. Viene a menudo a verme y me ayuda con lo que necesito.

—Es muy considerado por vuestra parte. —le reconoció la joven.

El hombre se removió incómodo.

—Me tengo que ir. —dijo apresurado.

—De acuerdo, Jarith, no quiero distraerte de tus obligaciones. —comentó la anciana, acompañándolo a la puerta, agarrada a su brazo con cariño.

—Adiós, señora. —le dijo a Megan, antes de apresurarse a desaparecer.

—Es un buen chico. —comentó Fiona con una sonrisa, cuando volvía junto a Meg.

—Es muy amable por su parte preocuparse por vos.

—Sus padres murieron cuando era un jovencuelo y estuvo en mi casa como si fuera un hijo más. —explicó la mujer—. Creo que se siente en deuda conmigo por eso.

—Hay cariño hacia vos en sus ojos. —observó Megan.

La anciana asintió.

—Eso también lo sé, es recíproco. —reconoció con afecto.

Volvía de vuelta al castillo cuando se cruzó con Ian, que venía directo hacia ella.

—¿Dónde has estado?

Megan alzó el mentón.

—He ido a visitar a Fiona.

El hombre frunció el ceño, escrutando su rostro en busca de muestras de que mentía.

—Si no me crees pregúntale a Jarith, él también estaba allí cuando llegue.

Ian suspiró.

—Está bien. —la tomó por el brazo y la condujo hacia el interior de Clach—. Ha llegado el laird del clan Sutherland.

Megan lo miró extrañada.

—¿Por algo en especial?

—Simplemente hacen una parada antes de llegar a su clan.

Meg asintió, era bien conocida la hospitalidad de los clanes con sus clanes vecinos.

—Lo que quiero ahora es que subas a asearte y a cambiarte de ropa y te comportes como una perfecta señora, ¿me has entendido?

Megan se sentía hervir por dentro, pero no se permitió demostrarlo.

—Alto y claro, mi señor.

Ian la miró de reojo.

—No quiero que me avergüences con tus excentricidades. Esa águila. —señaló a Fly, que volaba sobre ellos—. Permanecerá fuera del castillo por esta noche.

—Como usted desee, señor.

Se volvió hacia ella.

—¿Estás burlándote de mí, Megan?

—Nada más lejos de mi intención. —contestó, con cara de fingida inocencia.

Ian la soltó delante del cuarto.

—No tardes en bajar. —le ordenó, y desapareció escaleras abajo.

Megan entró en la alcoba dando un portazo. Se asomó por la ventana y silbó a Fly, que se posó sobre la percha.

—Es un engreído. —murmuró, malhumorada—. ¿Qué no le avergüence? Se va a enterar de lo perfecta que puedo llegar a ser, Fly.

Mientras refunfuñaba se fue quitando la ropa, con la idea de que si quería que fuera perfecta, perfección le daría.

Bajó media hora después, con un bonito vestido color blanco y dorado, y su pelo caoba perfectamente trenzado.

Ian estaba hablando con su padre y un hombre de mediana edad, con el cabello oscuro y una barriga prominente.

Megan caminó hacia ellos con paso sereno y la espalda completamente recta, como había visto hacer a Aline en millones de ocasiones.

—Buenas noches. —dijo con una voz pausada y dulce, que no tenía nada que ver con ella.

Los tres hombres se volvieron a mirarla. Ian, con una mirada especulativa, su padre se veía divertido, mientras que el laird Sutherland parecía admirado.

—Imagino que vos seréis Megan. —comentó el hombre, recorriéndola con la mirada de arriba abajo.

—Así es, señor. —inclinó sumisamente la cabeza.

—Mackenzie, no me habías hablado de la belleza de tu esposa. Es exquisita. —la recorrió de arriba debajo de nuevo con sus lascivos ojos.

Meg alzó la vista hacia su esposo, que la miraba con desconfianza.

—Es muy hermosa, sí. —convino Ian, sin dejar de mirarla.

—Yo también tengo cuatro preciosas hijas. —miró a Douglas sonriendo—. Al parecer no sabemos hacer varones, MacLeod.

—Tampoco los necesitamos. —contestó el aludido.

Duncan Sutherland se encogió de hombros.

—Si tú lo dices.

—¿Les parece si pasamos al salón y comenzamos a cenar? —sugirió Megan, lo más sumisamente que pudo.

—Es buena idea. —dijo Ian, tomando a su esposa del brazo y adelantándose con ella—. ¿Qué estás haciendo? —murmuró, para que nadie más les oyera.

—Lo que tú querías, ser perfecta y sumisa.

—Yo no quería esto. —negó—. Quiero que seas tú misma, pero comedida.

—Tú no quieres que sea yo misma, de lo contrario, no me pedirías que no te avergüence.

Llegaron a la mesa y tomaron asiento.

Los guerreros Sutherland se mostraban maleducados y descorteses con el servicio, pero Megan se mordió la lengua.

¿No se suponía que era Ian quien debía decir algo?

—¿Y para cuando esperamos un nuevo heredero Mackenzie? —preguntó Duncan Sutherland, con la boca llena de comida, lanzando miradas lascivas a la joven.

Meg miró de soslayo a su esposo.

—Llegará cuando Dios así lo decida. —contestó Ian, dando un largo trago a su cerveza.

—Imagino que estarás intentándolo con ahínco, con semejante mujer en tu lecho. —rió, expulsando trozos de comida de su boca—. Yo no la dejaría salir de allí.

Megan apretó los puños debajo de la mesa, conteniendo sus ganas de pararle los pies.

—Duncan, te recuerdo que estás hablando de mi hija. —intervino su padre, mirándole con cara de pocos amigos.

—Vamos, Douglas, solo bromeo.

—Pues te rogaría que no bromearas hablando de ese modo de mi esposa, si no quieres que os eche de mi casa a patadas. —añadió Ian, con una mirada fiera.

Duncan Sutherland se puso serio de golpe, mirando directamente a los ojos verdes del anfitrión.

—De acuerdo, Mackenzie, te ruego que me disculpes. —le dijo, sin muchas ganas.

Megan, por su parte, continuó en silencio, conteniendo su lengua.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Jocelyn en un susurró—. Te noto rara, Meg.

La joven se volvió hacia la prima de su esposo que estaba sentada junto a ella y la miraba con preocupación.

—No me ocurre nada. —mintió.

—No pareces tú misma.

“No lo sabes tú bien”—. pensó.

—Solo trato de ser una buena señora para los Mackenzie.

—Qué hombre tan repelente ese Sutherland. —comentó Jocelyn, mirando al aludido con animadversión—. Me lo crucé antes en el corredor y casi tuve que salir corriendo de él.

Megan se volvió a mirarla.

—¿Te hizo algo?

—Gracias a Dios que no, pero no me fio un pelo de estos hombres.

Meg suspiró.

—He de reconocer que yo tampoco.

Miró como los guerreros Sutherland comían como unos barbaros, mientras las sirvientas trataban de esquivar sus lujuriosas manos.

—Megan.

Se volvió a mirar a su madre, que la llamaba.

—¿Sí, madre?

—Estaba hablándote. —dijo esta, con el ceño fruncido.

—Lo siento, estaba distraída. —contestó, con la mayor educación posible.

El ceño fruncido de su madre se acentuó aún más.

—Duncan acaba de decirme que su hija mayor es de tu misma edad.

—¿De veras? —no le interesaba lo más mínimo, en realidad.

—Vuestra madre y yo habíamos pensado que quizá pudiera enviar a Margaret aquí algunos días, podrían hacerse amigas y quien sabe, quizá encuentre esposo tras estos muros—. miró especulativamente a los dos hermanos solteros de Ian.

Así que quería casar a su hija con un Mackenzie, sin duda para afianzar sus alianzas. Pero viendo al padre y a los guerreros, Megan no quería ni imaginarse como sería su hija.

Cameron, con su habitual buen sentido del humor, sonrió de medio lado, pero Thane permaneció serio.

—No creo que yo esté mucho por aquí en los próximos meses. —respondió.

—¿A qué se debe eso? —quiso saber Duncan.

—Me he ofrecido a servir al rey como parte de su ejército personal.

—Mi hermano quiere servir a la patria. —apuntó Ian, con orgullo.

—Sin duda sería bueno tener el favor del rey para conseguir una buena alianza matrimonial y quizá, convertirse en laird. —prosiguió diciendo Duncan—. Pero si te casaras con mi hija mayor no necesitarías tantas florituras.

—El objetivo de mi vida no es formar una familia. —aseguró Thane.

—Está desesperado por casar a su hija. —murmuró Jocelyn, para que solo Meg la oyera—. No me quiero imaginar lo horrible que debe de ser la pobre.

Por desgracia, Megan estaba de acuerdo con ella.

Oyó un poco de alboroto y volvió la cabeza, al tiempo de ver como Bridgid era molestada por un enorme y desaliñado guerrero Sutherland, que la sentó sobre sus piernas.

La joven forcejeó con él, pero solo consiguió que el guerrero riera estruendosamente.

Vio como Kylian irrumpía en el salón con la cara desencajada y su enorme manaza sobre la empuñadura de su espada, dispuesto a matarlo. Si eso sucedía, se desataría el caos, por no hablar de lo que le pasaría al guerrero MacLeod. Así es que Meg se puso en pie de golpe, tirando la silla al suelo y tomando con las dos manos una de las espadas que colgaban de la pared, corrió hasta aproximarse al guerrero y estampó la hoja sobre la mesa, justo delante de él.

Se hizo el silencio en el salón y todos los presentes centraron su atención en ella.

El guerrero Sutherland la miró con los ojos desorbitados, sin entender bien que ocurría.

—Te aconsejo que sueltes ahora mismo a Bridgid si no quieres acabar partido en dos como esta mesa.

El hombre dejó ir a la joven, que se refugió en los brazos de Kylian, que lanzándole una mirada

de agradecimiento a Meg, se la llevó del salón.

—¿Os creéis que estáis en un burdel? —prosiguió con firmeza—. Esta es una casa decente y quien no sepa comportarse ya puede estar moviendo su culo fuera de mi casa.

Capítulo 20

Los Sutherland abandonaron Clach un momento después de aquel altercado, sumamente indignados con el trato recibido por parte de Megan.

—¿Se puede saber que has hecho? —le preguntó su esposo, furioso.

—Lo que se supone que deberías haber hecho tú. —respondió Meg con brío, harta de retenerse.

—¡Megan! —exclamó su madre, llevándose una mano a la boca.

Ian apretó los dientes y sus mandíbulas palpitaron.

—Dejadnos solos. —pidió a los presentes.

La abuela Morag se adelantó un par de pasos y extendió su mano hacia su nieto.

—Ian...

—He dicho que nos dejéis, abuela. —la cortó, sin apartar sus ojos de Megan.

Magnus fue el primero en salir, arrastrando tras él a su hija, que le lanzó una mirada aterrorizada a Meg.

Thane tomó a su abuela por los hombros y siguió a su tío, acompañado de Cameron, que en esa ocasión no sonreía.

Los padres de Megan eran los únicos que quedaban en el salón con ellos. Anne tiró de la mano de su esposo, que no se movió, pues mantenía los ojos sobre la pareja.

—Puedes irte, Douglas, no voy a ponerle una mano encima. —le dijo Ian, al notar sus reticencias.

—Yo no puedo prometer lo mismo. —murmuró Meg, pero Ian la escuchó, pues apretó aún más sus puños.

El laird MacLeod respiró hondo, echó una última mirada a su hija y desapareció junto a su mujer.

Ian comenzó a dar vueltas por la estancia, con las manos entrelazadas en la espalda, tratando de controlar su enfado.

—Así que crees que soy un laird inepto. —dijo al fin.

—Yo no he dicho eso.

—Lo has insinuado. —bramó, clavándole su afilada mirada verde.

—No he insinuado nada, he dicho claramente que no has reaccionado como deberías. —respondió en el mismo tono furioso que él—. Las mujeres del clan somos tan importantes como los hombres, ya seamos damas o sirvientas.

—Nunca he dicho lo contrario. —se defendió.

—Pero no has hecho nada cuando esos salvajes han empezado a molestarlas.

—Estaba diciéndole a su laird que si no se comportaban tendrían que abandonar Clach, cuando tú has decidido intervenir amenazando a uno de ellos con la espada.

Meg puso los brazos en jarras.

—Era necesario, Kylian estaba a punto de atacar al guerrero Sutherland.

—Entonces el problema será de los MacLeod, pues no sabéis controlarlos como debierais.

Megan dio varios pasos hacia él, indignada por aquella acusación.

—Eso es injusto. ¿Qué harías tú si vieras a otro hombre manoseando a la mujer que amas?

Sin duda hubiera querido matarlo. —pensó Ian.

—Has podido desatar una guerra entre clanes.

—Si es necesario, que así sea. —contestó, alzando el mentón de forma retadora.

En ese momento Ian hubiera deseado romperle el cuello. Era una inconsciente, no sabía lo que significaba ir a una guerra con un clan tan salvaje como los Sutherland.

Con rabia, volcó la mesa, soltando un grito.

—¿Alguna vez piensas las consecuencias de tus actos? —gritó, fuera de sí, acercándose a ella y haciéndola recular hasta dar con la espalda contra la pared.

Pero aun así, la mirada de la joven era desafiante. No bajó la cabeza en ningún momento.

—Las pienso y no creo que ir a la guerra por una señora sea más digno que hacerlo por una criada.

Ian rugió de nuevo y golpeó la pared junto a su cabeza, pero Meg ni parpadeó.

—Mi padre invirtió su vida en mantener la paz con el resto de clanes, pensado en el bien de su clan. —acercó aún más su rostro al de ella, que sintió su tibio aliento acariciándole la piel—. ¡No voy a permitir que tú lo eches todo a perder! —gritó.

Douglas irrumpió en la sala, sin duda alertado por los golpes y los gritos.

—Aléjate de mi hija. —bramó, con las aletas de la nariz abriéndose y cerrándose, como un toro salvaje.

Ian no se movió, pero volvió la cabeza para mirarle.

—He dicho que nos dejéis solos. —soltó, en tono amenazante.

—Y yo te he dicho que te alejes de Megan. —dio un paso adelante, con su mano sobre la empuñadura de su espada.

Ian se irguió todo lo alto que era.

—¿Me estás retando?

—No te está retando. —Meg respondió por él, interponiéndose entre ellos dos—. Padre, déjanos solos.

—Megan...

—Puedo encargarme yo sola de esto. —le cortó, con total convicción.

Douglas miró a su hija y a su yerno alternativamente, antes de asentir y abandonar el salón.

—Está bien. —dijo Megan, volviéndose hacia su esposo—. Imagino que si fuera un hombre me retarías a un duelo como mínimo, ¿no?

—Como mínimo. —corroboró él.

—Pues entonces, hagámoslo.

—¿Qué? —la miró como si se hubiera vuelto loca.

—Te reto a un duelo.

Ian parpadeó varias veces, aún sin creer lo que acababa de oír.

—Estás completamente loca, ¿no es así?

—Es probable. —aseguró, alzando el mentón.

—No voy a pelear contigo.

Megan se cruzó de brazos y lo miró con suficiencia.

—Entonces, eres un cobarde, Mackenzie.

Ian sacó aire por la nariz, como si su paciencia se hubiera agotado del todo.

—Podría mandarte azotar solo por insinuar algo así.

—Sin duda eso sería una reacción cobarde, preferir azotar a una mujer atada a enfrentarse a ella en un duelo de espadas.

—Estás intentando provocarme.

—¿Lo estoy consiguiendo?

Ian asintió.

—En una hora te espero en el campo de entrenamiento y no voy a ser benevolente. —sentenció.

Meg sonrió de medio lado.

—Me ofenderías si fuera de otra forma.

—Por el amor de Dios, Megan, no puedes hacerlo. —le decía su madre, mientras ellas se preparaba para el duelo.

—Voy a hacerlo. —aseguró, terminando de ponerse los pantalones.

—¿No te das cuenta que puedes acabar herida? —se lamentó.

—Soy plenamente consciente de ello, madre. —se ajustó su espada a la cintura.

—Y vas a humillar a tu esposo si le vences.

—Voy a vencerle. —respondió, haciéndose una trenza para que el cabello no le molestase durante el duelo.

—Eres una loca inconsciente. —se llevó las manos a la cara, con desesperación.

—Últimamente oigo mucho esa frase. —y salió del cuarto.

En el campo de entrenamiento estaba prácticamente todo el clan reunido, cosa que sorprendió a Megan.

—¿Por qué está todo el mundo aquí? —le preguntó a Kylian, que la esperaba junto a Bridgid.

—Tu esposo los ha reunido a todos.

Meg miró de reojo a Ian, que hablaba con sus hermanos, con cara de pocos amigos.

—¿Por qué?

—Eso no lo sé. —respondió—. Pero me ofrezco para batirme en tu lugar, Megan.

La joven centró su atención en el guerrero.

—¿Qué dices?

—Todo esto se ha desencadenado por mi interrupción en el salón, lo justo sería que yo tuviera el duelo con tu marido.

—Este duelo no se ha desencadenado por ti, Kylian, ha sido por mis desacuerdos con Ian. —le dijo, posando su mano en el brazo de su buen amigo—. No quiero que te sientas responsable, porque no lo eres.

—¿Estas segura de lo que haces, Meg? —le preguntó su dama de compañía.

—Totalmente. —aseguró, con el mentón alzado.

—Esto puedo suponer un antes y un después en vuestra relación. —añadió la joven sirvienta.

—Eso espero. —dijo, colocándose en el centro del campo de entrenamiento—. ¿Estás listo? —le preguntó a su esposo, que se volvió a mirarla.

—Completamente. —contestó, situándose frente a ella con su espada alzada y su mirada fiera.

Meg desenfundó su espada, más pequeña y ligera que la de los hombres, pues su padre había mandado hacerla especialmente para ella.

Desvió la mirada hacia él, que se mantenía serio, mirándola con el ceño fruncido. Sabía que la causa de ese ceño era su preocupación hacia ella, pero aun así, le dedicó una leve sonrisa, respetando su loca decisión de batirse en duelo con su esposo.

Megan le devolvió la sonrisa y se centró en la batalla que tenía por delante, no se podía permitir distraerse.

—¿Estáis preparados? —preguntó el tío Magnus.

—Sí. —contestó Ian, escuetamente.

—Sí. —respondió Megan, con concentración.

—De acuerdo, pues adelante. —y se retiró del campo de batalla.

Los dos contendientes comenzaron a moverse por el campo de entrenamiento, sin apartar la mirada el uno del otro.

El primero en atacar fue Ian, que se precipitó hacia Meg con fuerza, pero ella era más ágil y lo esquivó con habilidad. Le devolvió el mandoble, que se estrelló contra el escudo de Ian, que aprovechó a empujarla, haciéndola dar varios pasos hacia atrás para él poder recuperar la posición de ataque.

Ambos atacaron y las espadas entorchocaron entre sí.

—Ríndete, Megan, no quiero hacerte daño.

—Yo tampoco quiero hacerte daño a ti. —giró sobre sí misma e hizo un leve corte en el brazo de su esposo—. Pero no voy a rendirme.

Ian apretó los labios y se abalanzó hacia ella, que esquivaba sus ataques, pues él era más fuerte y sabía que en una estocada podría desarmarla.

Todo el mundo permanecía en silencio, en tensión, la mayoría deseando que Meg cayera al suelo derrotada suplicando perdón, pero eso jamás sucedería.

Siguieron bailando el uno alrededor del otro. Megan era diestra y rápida, pero Ian estaba más entrenado y sin duda era mucho más fuerte.

En un momento dado, Meg atacó y le quitó de la mano el escudo, lanzó un segundo golpe que Ian paró con su espada, haciendo un rasguño en la fina piel de la mejilla de la joven.

—Megan. —se asustó, cuando vio el fino hilo de sangre correr por su rostro.

El águila pescadora de Meg se abalanzó hacia él, que se cubrió con su antebrazo.

Entonces Megan aprovechó para quitarle la espada y dejarle desarmado, pero antes de que pudiera pedirle que se rindiera, Ian la placó y la tiró al suelo, colocándose sobre ella e inmovilizándola.

—¿Qué estás haciendo? —protestó Meg, tratando de quitárselo de encima—. Esto no se hace en un duelo, estás haciendo trampas.

—¿Acaso no es trampa aprovechar que tu pajarraco me ataque para desarmarme?

—¡Maldita sea, quítate de encima!

—Solo si te rindes. —le exigió.

Megan clavó sus castaños y llameantes ojos en él.

—Jamás me rendiré. —gritó—. Esta soy yo, soy una guerrera. Siempre pelearé, no me daré por vencida. Lucharé por lo que creo y por lo que veo justo y si no eres capaz de aceptarlo, quizá deberíamos evitarnos.

Ian se la quedó mirando, como asimilando lo que la joven acababa de decir. Sus ojos se desviaron a sus labios y Megan fue plenamente consciente de que deseaba besarla. Aquello hizo que sintiera un cosquilleo en su entrepierna, que parecía más que dispuesta a que lo hiciera.

Pero no lo hizo, Ian se puso en pie y la ayudó a levantarse. Limpió con su pulgar la sangre que corría por la mejilla de la joven y se alejó de ella.

—No hay nada más que ver aquí. —les dijo a la gente del clan, antes de tomar su espada y marcharse.

Megan había esperado sentirse satisfecha si conseguía desarmarlo, pero nada más lejos de la realidad, pues solo consiguió sentirse abatida y con una enorme sensación de vacío.

Capítulo 21

Los padres de Megan decidieron que su visita se debía dar por finalizada, así que recogieron sus cosas y se dispusieron a partir junto a su pequeña escolta.

—Os echaré de menos. —les dijo, abrazándolos.

—Nosotros a ti también, cariño. —le dijo su madre, besándola en la mejilla—. Procura no meterte en más líos, por favor.

—Lo intentaré. —respondió, mirando de reojo a Ian, que permanecía en silencio, observándoles.

—Déjame que te achuche otra vez. —dijo su padre, estrechándola entre sus fuertes brazos—. Estoy muy orgulloso de cómo eres hija, no cambies nunca por mucho que te digan lo contrario. —le murmuró, para que solo ella pudiera oírlo.

Meg sonrió contra su pecho, aquellas palabras le hacían falta.

Estaba junto a Ian, viendo alejarse a sus padres con congoja, cuando el padre Angus se acercó a ellos.

—Siempre es triste cuando uno se tiene que despedir.

—Así es. —respondió Meg.

—En ocasiones mataríamos a las personas que queremos, eso es la convivencia, pero siempre es tan triste cuando se marchan. —continuó diciendo el párroco—. Por eso debemos aprovechar todos los momentos que tenemos con ellos y aceptar a las personas como son, pues es eso justamente lo que nos hace amarlas.

—Si me disculpa padre Angus, tengo cosas que hacer. —dijo Ian, con una leve inclinación de cabeza, sin querer oír más lecciones por parte del cura.

Megan le vio alejarse, sintiendo una tremenda soledad en el corazón.

—Se le pasará. —comentó el hombre de Dios.

—Imagino que sí. —suspiró.

—Está asimilando el tipo de mujer con el que se ha casado y es normal, ¿no creéis, mi señora?

Megan le miró a los ojos. El hombre le sonreía con ternura.

—Supongo que es difícil estar casado conmigo.

—No creo que sea difícil. —convino el padre Angus—. Simplemente sois una mujer inusual, lo que no quiere decir que sea peor, solo especial. Lo especial siempre es más interesante y valioso.

—Es muy amable por su parte verlo así, padre, aunque puede que seáis el único que lo haga. —sonrió con pesar.

—Ian es un buen hombre, hija. Ha hecho concesiones por vos, yo mismo lo he visto con mis propios ojos y ahora sois vos la que también debéis tratar de hacer concesiones por él.

—¿Me estáis diciendo que cambie por él?

—Nada más lejos de mi intención. —la corrigió—. Solo digo que en un matrimonio siempre hay un tira y afloja, pero uno tiene que soltar la cuerda en ciertos momentos, porque si siempre es el mismo, al final la cuerda se acaba.

Megan caviló sobre aquellas palabras. ¿Estaba siendo demasiado intransigente?

—Tendré en cuenta vuestras palabras, padre. —dijo con sinceridad.

—No esperaba menos de vos, hija. —y con una inclinación de cabeza, se alejó de allí.

Megan silbó e hizo que Fly se posara en su hombro.

—Hoy no está siendo un buen día, preciosa.

El águila la miró fijamente, como si pudiera entenderla y en opinión de Meg, así era.

—¿Estaré siendo demasiado tozuda? —suspiró—. En fin, supongo que tendré que pensar en ello.

Caminó con tranquilidad por el bosque, en busca de alguna liebre que llevarle a Rìgh. Una vez la cazó, se acercó al cobertizo donde el lobo descansaba.

Al oírla, se asomó cojeando.

—Parece que estás mejor, chico.

Alzó el brazo, para que Fly volara al árbol y no asustara al lobo.

—Te he traído comida, ¿la quieres?

Dejó la liebre en el suelo y se alejó unos pasos, para que no se sintiera amenazado por ella.

Rìgh se acercó al animal muerto con cautela y comenzó a comerlo cuando se aseguró que no era una amenaza.

Meg se sentó, con la espalda pegada al tronco del árbol, observando al bello animal.

—Me gustaría poder sentirme tan libre como eres tú.

Los amarillos ojos del lobo se alzaron hacia ella.

—No me refiero a ahora mismo, por supuesto, pero en cuanto te recuperes podrás volver al bosque.

Rìgh siguió comiendo con ganas.

—No debería haber retado a Ian. —suspiró—. Creo que me equivoqué y le puse en una situación muy comprometida. Hay miembros del clan que pueden llegar a verlo débil por permitir que su esposa se comporte como yo lo hago, ¿pero qué puedo hacer? ¿Contentar a todo el mundo y olvidarme de quien soy realmente?

El animal se acabó la liebre y la miró, relamiéndose.

—No me mires así. —le dijo, poniéndose en pie y acercándose a él lentamente—. Sé que hay un término medio, pero nunca se me han dado bien las medias tintas.

Cuando estuvo junto al animal alargó la mano para que la oliera y cuando este metió el morro bajo su palma, Meg, satisfecha, comenzó a acariciarle.

—Eres precioso, ¿te lo han dicho alguna vez? —Rìgh le lamió la mano—. Voy a mirarte la herida a ver qué tal va, ¿de acuerdo?

Se agachó y le retiró el vendaje, la herida tenía muy buen color.

—Que bien, no se te ha infectado. —exclamó feliz.

—Realmente eres la señora de los animales.

Meg se volvió sobresaltada hasta que vio el sonriente rostro de su cuñado pequeño.

—Me has asustado.

Rìgh comenzó a gruñir, enseñándole los dientes.

—Eh, amigo, tranquilo. —el joven alzó las manos en el aire.

—No pasa nada, Rìgh, es un amigo. —le acarició tranquilizadamente el cuello y el animal se relajó, sentándose a su lado.

—Impresionante. —dijo, admirando la bonita estampa de la joven junto al enorme lobo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—Te vi coger el camino que conduce aquí y decidí seguirte para asegurarme que estabas bien.

—¿Por qué no iba a estarlo?

Cameron alzó una ceja, burlón.

—¿Quizá porque te dedicas a jugar con un lobo como si fuera un perrito faldero?

—No juego con él, solo estábamos hablando. —se defendió.

—Hablando con el lobo. —comentó escéptico.

Megan se cruzó de brazos.

—Por lo menos los animales no juzgan.

Cameron puso las manos en las caderas.

—Yo tampoco te juzgo, Meg. —le aseguró.

Megan sintió que se emocionaba, así que se dio media vuelta y acarició al lobo, mientras se recomponía.

—Será mejor que volvamos antes que alguien se dé cuenta que Rìgh está por aquí.

Llegaban al castillo entre risas, cuando del bosque apareció un soldado MacLeod herido.

—¿Connor, que ha ocurrido? —le preguntó Megan, acercándose a él asustada.

—Nos han atacado. —dijo con dificultad.

Cameron se acercó a él y lo sostuvo, mirando a su cuñada con preocupación.

—¿Mis padres están bien?

—No lo sé, señora, vuestro padre me pidió venir en busca de ayuda cuando me hirieron.

—Tengo que ir en su ayuda, Cam. —dijo Meg, desesperada.

—Espérate un momento, Megan. —le pidió el joven—. ¡Ian! —llamó a su hermano a gritos.

—¿Qué ocurre? —preguntó este, saliendo del castillo apresuradamente, junto a Thane y su tío.

Cuando vio al guerrero MacLeod en brazos de su hermano, se aproximó a ellos.

—¿Qué ha pasado?

—Han atacado a mis padres, he de ir a comprobar que estén bien. —respondió Megan.

—Iremos. —aseguró su esposo—. Tío Magnus, prepara a los hombres para salir.

—Sí, Ian. —se apresuró a hacer lo que su sobrino le había pedido.

—Cameron, quédate con Megan y cuida del castillo.

—¿Qué? ¡No! —gritó—. Voy a ir con vosotros, ¡son mis padres!

—No sabemos con qué nos vamos a encontrar, por tu bien será mejor que esperes aquí.

—Ni lo sueñes. —se alteró—. Voy a ir aunque sea lo último que haga en mi vida.

Ian respiró hondo. Podía ver la tremenda preocupación que la embargaba en el fondo de sus ojos castaños.

—Está bien, puedes acompañarnos, pero debes prometerme que me harás caso.

—¿De veras crees que es una buena idea, Ian? —preguntó Thane, mirando con el ceño fruncido a Megan.

—Lo prometo. —se apresuró a decir la muchacha, ignorando las dudas de su cuñado.

—De acuerdo. —asintió Ian—. Cameron, te dejo al mando del castillo.

—Tranquilo hermano, permaneceré alerta.

—Confío en ello. —miró al guerrero MacLeod—. Y haz que curen a este hombre.

Cameron se adentró en el castillo junto al guerrero renqueante.

El tío Magnus había reunido a Jarith, Luan, Darren y Glenn para que les acompañaran. Cuando todos subieron a sus monturas, se pusieron a cabalgar a un ritmo frenético.

Por la mente de Meg iban pasando terribles imágenes de cuerpos cercenados y cabezas cortadas. Su corazón iba a mil por hora, y aún se aceleró más cuando se comenzó a oír el ruido de aceros entrechocando.

—¡Están allí! —señaló entre los árboles, donde se escuchaba la batalla, mientras instaba a

Alai a acelerar su carrera.

—Espera Megan. —le pidió Ian galopando tras ella, pero Meg ya no escuchaba.

Tenía su arco entre las manos y solo podía ver a dos bandidos con las espadas alzadas contra su padre, que se encontraba desarmado y con el brazo sangrando.

Con un disparo certero, clavó su fecha entre las cejas de uno de los atacantes.

El otro bandido se volvió hacia ella y con un grito salvaje, echó a correr en su dirección con su espada en alto.

—¡No! —gritó su padre, cuando se dio cuenta que la alcanzaría antes de que Meg pudiera disparar de nuevo.

Pero el bandolero no pudo aproximarse más, pues una daga se le clavo en el cuello, haciendo que se desplomara a escasos metros de ella.

Megan se volvió hacia Ian, que había sido quien lanzó la daga y le agradeció con los ojos que la hubiera salvado.

Sin más, Meg volvió a centrar su atención en la lucha que se desencadenaba frente a ella.

Los guerreros MacLeod eran mejores luchadores, pero los bandidos eran más y aquello igualaba las fuerzas.

Ian y sus hombres desmontaron de sus caballos de un salto, peleando codo con codo con los cansados guerreros del clan MacLeod.

Meg, por su parte, se situó junto a su padre sin desmontar de su caballo, para tener mejor visión de quien tratara de acercarse a ellos.

—¿Estás bien? —le preguntó al hombretón que descansaba contra el tronco de un árbol, sosteniendo su sangrante brazo.

—Solo es un rasguño. —quiso tranquilizarla, pero Meg no creyó una sola palabra.

—¿Y mamá? —preguntó, temerosa de saber la respuesta.

—Está escondida entre esos arbustos.

Megan siguió con la vista el lugar donde señalaba su padre y entre los arbustos pudo ver el rostro atemorizado de su madre, cosa que la alivió.

—Quédate aquí y protégela mientras yo vuelvo a la lucha. —Douglas trató de coger su espada, pero esta se le escurrió de entre los dedos.

—No puedes pelear, padre.

—No puedo quedarme de brazos cruzados mientras mis hombres mueren.

—Nadie va a morir, Ian está aquí.

Su padre alzó hacia ella sus castaños ojos, tan parecidos a los de Meg.

—¿Tanto confías en tu esposo?

¿Confiaba en él?

Y en ese momento se dio cuenta que sería capaz de confiarle su propia vida.

—Sí, padre, confío plenamente en él.

Douglas sonrió complacido.

—Eso pensaba.

Megan volvió la vista hacia la batalla y su corazón se aceleró cuando uno de los bandidos trató de atacar por detrás a su esposo, pero este se volvió diestramente, ensartándolo con su espada. Nunca había visto luchar a Ian, y se quedó impresionada de la forma en que se movía y devolvía los golpes.

Era un auténtico líder guerrero. Se movía como si hubiera nacido con la espada en la mano y supo que si hubiera peleado de ese modo contra ella en el duelo, la hubiera desarmado en un segundo. Sin embargo, había preferido dejarla creer que podría ganarle, pese a que aquello

afectase a su reputación dentro del clan.

Dos bandidos más corrieron hacia él y Meg apuntó su arco hacia uno de ellos, acertándole justo entre las paletillas y lanzándolo al suelo.

Minutos más tarde, los agotados guerreros MacLeod y los Mackenzie, acabaron con el último de los atacantes que quedaba en pie.

Megan desmontó y se acercó a su padre, para revisar la profunda herida de su brazo.

—Necesitarás puntos. —le dijo.

Douglas suspiró.

—Ya me lo temía. —volvió los ojos hacia su esposa—. Anne, puedes salir.

La mujer, temblorosa, hizo lo que le pedía y se abalanzó a sus brazos, llorando sin parar.

—Ya ha pasado todo, querida. —la apretó con su brazo sano.

—Jamás en mi vida había pasado tanto miedo. —sollozó.

—Lo sé. —la besó en la coronilla, para tratar de tranquilizarla.

—Todo está bien, madre. —Meg le acarició la espalda.

Anne alzó sus ojos claros hacia su hija.

—Cuando te vi llegar creí que me daría un ataque. —posó su mano sobre la mejilla de Megan—. Si te hubiera pasado algo me hubiera muerto.

—Estoy bien. —sonrió.

Su madre le devolvió la sonrisa.

—Estoy orgullosa de ti, hija, has peleado como una guerrera.

Meg sintió como un nudo se formaba en su garganta. Era la primera vez que oía esas palabras de boca de su madre.

Ian se acercó a ellos y Meg se alarmó al verlo cubierto de sangre.

—Dios mío ¿estás herido? —se aproximó a palparle el cuerpo, en busca de alguna herida.

Su esposo la tomó por los hombros.

—Estoy bien, Megan, la sangre no es mía.

Ambos se miraron a los ojos. Meg sintió tal alivio de saber que no estaba herido que sin pensarlo dos veces, se puso de puntillas y tomando a su esposo por el cuello para que se agachara, depositó un suave beso en sus labios.

—Gracias. —susurró contra su boca.

—¿Por qué?

—Por todo. —contestó con sinceridad—. Por haberme salvado la vida, por haber venido a ayudar a mi clan...por no haberme desarmado en el primer segundo de nuestro duelo.

Ian se limitó simplemente a estudiarla, sin decir palabra.

Thane carraspeó tras ellos.

—No es mi intención interrumpir, hermano, pero hay hombre heridos y... —miró de soslayo a Meg—. Algunas bajas.

—¿Qué? —se alejó de Ian de inmediato.

—Renán y Alun han caído, hija. —le dijo su padre.

A la joven se le llenaron los ojos de lágrimas.

Renán era uno de los guerreros más veteranos que había en su clan. Un hombre leal y valiente, que conocía desde toda su vida.

Alun, por el contrario, era un joven recién casado, que en breve se convertiría en padre por primera vez, aunque por desgracia, ya nunca conocería a su hijo.

—Pobres Deirdre y Glenda. —suspiró la joven, con la voz quebrada, por las esposas de los guerreros caídos.

—Entre todos cuidaremos de ellas. —prometió su madre.

—Ahora, deberíamos centrarnos en los heridos. —dijo Ian muy acertadamente, pues por los fallecidos ya no se podía hacer nada más.

Meg se puso manos a la obra, aplicando ungüentos que llevaba siempre atados a la montura de su caballo y haciendo suturas.

Su padre se negó a ser atendido hasta que todos sus hombres lo hubieran sido antes.

Estaba cosiendo la fea y desigual herida de su brazo, cuando se decidió a preguntarle lo que la llevaba atormentando desde que hablara con el padre Angus.

—Padre ¿crees que debería tratar de cambiar?

Douglas la miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué me preguntas eso? Sabes que estoy orgulloso de ti, hija.

—Lo sé. —le besó en la mejilla—. Y no me refiero a cambiar lo que soy, simplemente me refiero a hacer ciertas concesiones, del mismo modo en que Ian las hace por mí.

Su padre sonrió ampliamente.

—Acabas de dar con la fórmula de un buen matrimonio, mi pequeña. —Meg dejó de coser su carne para mirarlo a los ojos—. ¿Crees que a tu madre le agradaba que te enseñara a usar el arco? ¿O que a mí me parece bien tener que bañarme cada día? Mi padre no lo hacía, de hecho, él no hacía nada por agradar a mi madre, es por eso que ella siempre fue una mujer infeliz hasta el día de su muerte. Fue entonces cuando me propuse que si algún día tenía una esposa, trataría de hacer lo posible por que fuera feliz. Y eso mismo he tratado de hacer con tu hermana y contigo, hija. Mi única aspiración en la vida ha sido vuestra felicidad.

—Y lo has conseguido, padre. —dijo, con los ojos brillantes y la voz entrecortada.

Douglas puso su enorme manaza sobre la suave mejilla de su hija pequeña.

—Tú siempre has sido especial, Megan y no quiero que cambie eso, pero es buena idea en ocasiones, hacer alguna que otra concesión.

Pese a que Meg insistió con ahínco en que esperaran a recuperarse para volver a casa, Douglas se mantuvo firme en su idea de volver a su clan cuanto antes para dar sepultura a sus guerreros.

Ian envió a tres guerreros para escoltarlos, por si había algún incidente más por el camino y Megan se sintió aliviada ante aquella deferencia.

Volvían a Clach cuando Ian puso su montura junto a la de ella.

—Estás muy callada. ¿Te encuentras bien?

Aquella simple pregunta hizo que Megan se pusiera a jadear y lágrimas descontroladas brotaron de sus ojos.

—Adelantaros. —les pidió a Magnus, Thane y Glenn—. Nosotros iremos enseguida.

—¿Estás seguro que es buena idea Ian? —le preguntó su amigo—. Sería mejor que hablarais en el castillo, es más seguro.

—Haz lo que te pido, Glenn. —le ordenó con voz firme.

El guerrero miró a su laird y a Megan, no muy convencido de dejarlos allí solos después del ataque a los MacLeod, pero finalmente hizo una leve reverencia con la cabeza y se alejó junto a Magnus y Thane.

Ian desmontó de su semental y tomando a Meg por la cintura, la ayudó a hacerlo a ella también.

Con ternura, la apretó contra su pecho y dejó que vertiera sobre él todas sus lágrimas.

—Ya está, pequeña, llora cuanto quieras. —le dijo en un susurro, mientras le acariciaba el cabello—. Han sido demasiadas emociones juntas.

—Han muerto, Ian, dos buenos hombre han muerto. —sollozó.

—Lo sé.

—Deirdre se quedará destrozada cuando sepa que Renán jamás volverá y Glenda tendrá que criar a su pobre hijo sola.

—Serán fuertes y saldrán adelante. —le aseguró.

Megan alzó la cabeza, con las mejillas surcadas de lágrimas.

—¿Cómo lo sabes? Nadie debería sufrir una pérdida así a manos de bandidos. Si pudiera, volvería a matarlos.

—Lo sé porque estoy seguro que serán mujeres fuertes, al igual que la hija de su laird.

El mentón de la joven tembló.

—No soy fuerte, si lo fuera no estaría ahora mismo llorando como una niña.

Ian le secó con el dorso de sus dedos algunas de aquellas lágrimas.

—Llorar después de haber hecho todo cuanto está en nuestras manos no es de débiles. — aseguró—. ¿Acaso crees que no lloré cuando mis padres murieron? —la miró fijamente—. ¿Qué no lo hice cuando me enteré de la muerte de Aline?

Meg tragó el nudo que volvía a formarse en su garganta.

—Lo hiciste en privado, yo estoy formando el espectáculo.

—No hay nada que debas esconderme a mí.

El corazón de Megan dio un vuelco.

¿Cómo un hombre podía ser tan condenadamente atractivo y no ser pecado?

Se puso de puntillas y depositó un beso sobre los labios de su esposo.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por ayudar a mi clan, por arriesgar tu vida por ellos y por dejarme acompañarte.

—Eres mi esposa, ahora ellos también forman parte de mi familia.

—Y gracias también por no humillarme durante nuestro duelo.

Ian colocó un mechón de cabello rojizo que cubría los ojos de su esposa tras su oreja.

—¿A qué te refieres?

—Hoy te he visto luchar, podrías haberme desarmado en un segundo y lo sabes tan bien como yo.

El hombre suspiró.

—Pese a que me exasperas con frecuencia, he de reconocer que me gusta tu espíritu guerrero. —sonrió de medio lado.

¿Cuándo había empezado a adorar de ese modo aquella sonrisa?

—Hazme el amor. —pidió sin ambages.

—¿Cómo? —preguntó confuso.

—Hazme el amor, Ian.

—¿Aquí? —miró alrededor.

No estaban muy lejos del castillo, alguien podría sorprenderlos en cualquier momento.

—Aquí y ahora es cuando te necesito.

Aquella suplica, con los labios entreabiertos y sus ojos apasionados fijos en él, fue más que suficiente para acabar de decidirse.

Con decisión la tomó en brazos y sus bocas chocaron en una lucha de pasiones, a cada cual más ardiente.

Metió ambas manos por debajo de sus faldas, deleitándose con la suavidad de los muslos femeninos.

Meg enredó los dedos en el oscuro cabello masculino sin dejar de besarle con ardor. Ladearon

sus cabezas y sus cuerpos quedaron completamente unidos.

Su corazón latía aceleradamente mientras las lenguas de ambos jugueteaban la una con la otra.

Ian le desató el vestido apresuradamente, dejando sus redondos pechos al descubierto.

—Eres hermosa. —susurró, contemplándola.

Con delicadeza la tumbó sobre la húmeda hierba, colocándose sobre ella. Con suavidad pasó su lengua sobre uno de sus pezones, haciendo que se irguiera para él.

Megan sentía que necesitaba tenerlo dentro de ella cuanto antes.

—Te necesito, Ian. —gimió, clavando las uñas en la espalda masculina—. Quiero sentirte dentro de mí.

—Eres la mujer más apasionada que he conocido, Megan. —sonrió, dejando un rastro de besos por su cuello.

—¿Eso es malo? —gimió, notando como se clavaba en su vientre la dura erección, a través de los pantalones de su esposo.

—Al contrario, eso me encanta de ti.

Bajó una de sus manos por el cuerpo femenino, introduciéndola entre las faldas y dejándola descansar sobre el húmedo sexo de su esposa.

Meg levantó la espalda del suelo, necesitada liberar la tensión que presionaba su bajo vientre.

Ian liberó su pene y lo dejó sobre la entrada femenina, ansioso por colarse en su interior.

De una embestida la penetró y Meg jadeó, rodeándole la cintura con las piernas, mientras con las manos se aferraba a sus anchos hombros.

Con los ojos cerrados, la penetraba una y otra vez, haciéndola gemir enloquecida de deseo.

—¡Dios mío! —exclamó Megan, mordiéndose el labio inferior, alcanzando el clímax.

Entonces Ian gruñó de un modo muy masculino, vaciándose en su interior y dejándose caer sobre ella, con cuidado de no hacerla daño.

Meg besó su áspera mejilla.

Se sentía llena de dicha, era maravilloso poder tener a aquel hombre abrazado aún en su interior.

Le deseaba, eso era evidente, pero había un sentimiento aún más profundo que se hacía cada vez más grande, por lo que ya no podía ocultárselo más.

Se había enamorado del prometido de su hermana.

¿Se podía considerar eso una traición?

Ian alzó la cabeza y le dedicó una sonrisa, mientras le besaba la punta de la nariz.

Por supuesto que no estaba traicionando a su hermana. Ian era su esposo y conociendo a Aline, estuviera donde estuviera, se alegraría por ellos.

Capítulo 22

Meg dormía relajadamente en su cama, después de haber hecho el amor con su esposo una vez más.

Se volvió para abrazarse a él, pero al no notarlo en la cama junto a ella abrió los ojos, buscándolo por la alcoba.

Su marido estaba sentado a un lado de la cama, observándola fijamente.

—¿No puedes dormir?

—Eso parece. —sonrió, sin apartar los ojos de ella.

—¿Te preocupa algo?

Negó con la cabeza.

—Solo estaba mirándote.

Meg se sentó, dejando que las mantas se deslizaran por sus pechos, dejándolos a la vista de su esposo.

—¿Y te gusta lo que ves? —preguntó con descaro.

Ian alzó una ceja, burlón.

—He de reconocer que la vista ha mejorado bastante en los últimos segundos.

Megan se rió y acercándose a él, sin ningún pudor por su desnudez, se sentó sobre sus rodillas, rodeándole los hombros con los brazos.

—Quizás no te he dejado lo suficientemente agotado.

Su marido la besó en los labios.

—Eres una desvergonzada, ¿lo sabías?

—Soy muy consciente de mis defectos, esposo, no hace falta que los señales.

—¿Acaso he dicho yo que sea un defecto?

Meg sonrió.

—No soy una mujer fácil. —suspiró.

—Lo sabía cuándo me casé contigo.

—Te prometo que voy a tratar de controlarme.

—Creo haber oído esto en más ocasiones. —la besó en el cuello, mientras acariciaba la curva de su espalda.

—Esta vez lo voy a intentar de verdad. —prometió—. Me he dado cuenta que tú estás poniendo más de tu parte que yo para que nuestro matrimonio funcione.

Ian sonrió ampliamente.

—Y eso no puedes permitirlo, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

—Eres tan competitiva que hasta en esto tienes que ganar, ¿verdad, cara de duende?

Megan le dio un manotazo en el pecho e Ian respondió con una carcajada.

—Había pensado en enseñar a leer y escribir a los hijos de Jacoba. ¿Te parece bien?

—Me parece una idea excelente.

—Será bueno para los niños y así Jacoba puede descansar un poco mientras estén aquí.

—Lo que usted diga, señora.

—Humm. —se sentó a horcajas sobre sus piernas—. Creo que me gusta eso de que me llames señora.

—¿No me digas? —la tomó por la cintura, mirándola con picardía.

—Ahora espero que te ciñas al papel y hagas todo lo que te pida, vasallo.

Ian rió.

—Como usted desee, mi señora.

Meg llevaba varias semanas dando clases a los niños de Jacoba, cada uno acorde a su edad, y estaba muy satisfecha con los resultados que estaba obteniendo.

Ahora Jacoba y ella se encontraban sentadas en el porche de su casa, mientras los niños corrían y reían a su alrededor. Meg sostenía a la pequeña Megan en sus brazos, que dormía apaciblemente.

—Nunca podré agradecerte todo lo que estás haciendo por mis hijos y por mí.

—No tienes nada que agradecer, lo hago encantada, me aburriría si tuviera que pasarme el día ociosa.

—Algún día serás una madre excelente, Megan.

¿Madre? ¿Ella?

Nunca se lo había planteado, pero era lógico pensar que dada la actividad sexual que mantenía con su esposo, aquella opción era más que probable.

¿Le gustaría tener un hijo de Ian? Sin duda no se plantearía tenerlo con nadie más que no fuera él.

—Ken es un niño muy listo, está aprendiendo muy rápido. —cambió de tema.

—Algún día será un gran hombre. —comentó su madre con orgullo, mirándolo mientras corría tras sus hermanas pequeñas.

—Sin duda lo será...

Un ruido entre los arbustos llamó la atención de Megan. Estudió los alrededores, pero no vio nada. Sin embargo, Fly que estaba tranquilamente posada sobre la rama de un árbol, comenzó a alterarse.

—Vete dentro con los niños, Jacoba. —le entregó a la pequeña bebé.

—¿Ocurre algo? —se alarmó la mujer, que se puso en pie junto a ella.

—No estoy segura. —contestó, con todos sus sentidos alerta—. Pero me pareció oír algo.

—Quizá fuera un animal...

Una daga pasó junto a la cabeza de Meg, que consiguió esquivarla, y se quedó clavada en la madera de la casa de Jacoba.

—¡Todos adentro! —gritó, tomando su arco entre las manos.

Jacoba se agachó a tomar a Maisie en brazos, mientras Ken tomaba a Lainie y Eara de la mano, para correr con ellas al interior de la casa.

Dos hombres aparecieron espada en mano, sonriendo y mostrando sus descuidadas dentaduras.

—Tú debes de ser la pelirroja que buscamos. —comentó el más alto.

—¿Qué queréis de mí? —preguntó, apuntando con su flecha a uno y a otro, alternativamente.

—Nosotros nada, princesa, pero hay alguien que paga muy bien por eliminarte.

—Si no os vais ahora, juro que os ensartaré como a unos cerdos.

—Lo dudo mucho.

En ese momento, otro hombre la tomó por detrás, inmovilizándola y poniendo la fría hoja de una daga en su garganta.

—¿Últimas palabras, princesa? —le preguntó, asqueándola con su aliento hediondo.

—Vete al infierno.

Los tres hombres rieron.

—Lo haré, pero tú llegarás primero.

Megan cerró los ojos, convencida que le cortarían el cuello en ese mismo instante, pero Jacoba salió de repente de la casa, estrellando el atizador del fuego sobre la cabeza del hombre, dejándolo tirado en el suelo inconsciente.

—Maldita ramera. —bramó, el que había hablado primero y abalanzándose hacia ella, le clavó la espada en el pecho.

—¡No! —gritó Meg, que lanzó una flecha que se clavó en la sien del bandido.

El otro maleante que quedaba se lanzó hacia ella, que desenvainó su espada, conteniendo sus ataques.

El hombre era mucho más fuerte, pero Megan tenía más técnica y era mucho más rápida.

Silbó a Fly, que obedientemente, clavó sus afiladas garras en los ojos del bandido, que gritó desesperado. Aquello hizo que Meg tuviera oportunidad de clavarle la espada en el corazón.

Respirando entrecortadamente, se volvió hacia Jacoba, que yacía en el suelo, sobre un charco de su propia sangre, con los ojos abiertos pero sin vida.

—¡No! —gritó, arrodillándose junto a ella.

—¿Mamá? —oyó decir a Ken, desde el otro lado de la puerta.

—¡No salgáis! —les pidió a voz en grito, de un modo más brusco del que hubiera deseado, pero los niños obedecieron.

—¡Megan! —oyó la voz de Ian, que se acercó corriendo a ella, con su espada en la mano.

Se detuvo al ver el cuerpo sin vida de Jacoba y apretó las mandíbulas.

—¿Qué ha ocurrido? Venía con ropa y comida para los niños cuando oí el ruido de las espadas.

—La han matado. —dijo, sin apartar sus ojos del cuerpo de la mujer—. La han matado por mi culpa.

Ian se arrodilló junto a ella y cerró los ojos de la buena mujer.

—Venían a por mí, Ian, lo dijeron. —sollozó.

—¿Qué dijeron?

—Que alguien les pagaba muy bien por verme muerta.

Ian maldijo por lo bajo.

—Iba a cortarme el cuello y ella me salvó la vida.

Ian desvió la vista hacia la fina garganta femenina y allí vio la marca de la daga.

—Está muerta por mi culpa. —jadeó, con lágrimas corriendo por sus mejillas.

Ian la abrazó contra su pecho.

—No es culpa tuya, ella tomó la decisión de salvarte.

—Si yo no hubiera estado aquí, aún seguiría con vida.

—Ella sabía que estabas ayudándola a ella y a sus hijos, nunca te culparía por esto.

Meg alzó sus ojos castaños hacia él.

—¿Cómo voy a decírselo a los niños? —preguntó con congoja.

—Se lo diré yo, si lo prefieres.

Meg negó con la cabeza.

—He de ser yo.

Ian la comprendía y la respetaba por ello.

—No puedo dejarlos aquí solos, me necesitan ahora más que nunca, Ian. —dijo, entre jadeos, causados por el llanto.

—Por supuesto que no se quedarán solos, vendrán a Clach con nosotros.

Meg asintió.

—Les he destrozado la vida.

Tomó la pequeña cara de su esposa entre sus manos.

—No digas eso, cara de duende, están vivos gracias a ti. —le aseguró—. ¿Qué crees que hubiera ocurrido cuando esos bandidos hubieran acabado contigo? Habrían matado a Jacoba y a los niños, no podían dejar testigos.

—Quiero hacerle una misa y enterrarla hoy mismo. —le pidió a su esposo.

—Se hará como tú quieras.

Megan le besó, sintiendo que la muerte de Jacoba los estaba acercando aún más.

—Ahora debo hablar con ellos. —se puso en pie e Ian la imitó.

—Sé que lo harás bien. —le apretó suavemente la mano, para darle ánimo.

Meg tragó varias veces, se secó las lágrimas de las mejillas y cuadró los hombros. Ian supo en el momento exacto que había tomado la determinación de ser fuerte por los pequeños.

Entró en la casa y la observó desde la ventana.

La vio arrodillarse frente a los tres mayores, y hablarles con ternura.

Tanto Lainie como Eara se echaron a llorar, mientras que Ken contuvo las lágrimas como el hombrecito que ya era.

Megan los abrazó y consoló, fue el pilar que los niños necesitaban e Ian no pudo más que sentir un profundo orgullo y respeto hacia ella.

Capítulo 23

La misa fue muy emotiva, Meg aguantó el tipo, mientras sostenía la mano de los hijos de Jacoba.

Cuando los pequeños fueron acomodados en las que a partir de ahora serían sus estancias, Megan se dio el lujo de llorar junto a Ian.

Ambos estaban acostados en la cama, pero ninguno de los dos era capaz de dormir.

—Sé que no habíamos hablado sobre el hecho de tener hijos y que puede que nunca llegues a sentir a los hijos de Jacoba como tuyos propios, pero necesito poder cuidarlos y protegerlos por ella. —dijo Megan de sopetón.

Ian se volvió de lado, para poder mirarla.

Vio la determinación en sus ojos castaños, estaba dispuesta a pelear por ellos si era necesario.

—Le debo a Jacoba tu vida, es lo mínimo que puedo hacer por ella.

Meg soltó el aire que había estado conteniendo.

—Muchas gracias.

—No tienes nada que agradecerme.

A Meg se le vino a la mente la imagen del lobo que tenía oculto y se sintió culpable por esconderle aquello a Ian después de lo bien que se estaba comportando.

—Ian, recuerdas el lobo del otro día...

—No volvamos a ese tema de nuevo, Megan. —la cortó, suspirando con cansancio.

—Es que yo no estaba de acuerdo con matarlo y...

—Por el amor de Dios, mujer, ¿no te parece que ya hemos tenido un día lo suficientemente duro como para tener que discutir mi decisión de matar a ese animal?

—No quiero discutir, pero es que...

—Dejémoslo para mañana, ¿quieres? —le pidió, apretándose con los dedos el puente de la nariz—. Tengo un dolor de cabeza horrible.

Meg no estaba muy conforme con eso, pero pensó que no le afectaría en nada retrasar aquella conversación unas horas.

Un rato después, Ian respiraba acompasadamente, dando muestras que se había quedado dormido, pero Megan seguía sin poder pegar ojos.

Se levantó despacio para no despertarle y se envolvió con el tartán, para cubrir su fino camisón.

Descalza anduvo sobre el frío suelo de piedra y entró en las habitaciones donde los niños dormían.

—Buenas noches, señora. —dijo el ama de crianza que habían dejado para que amamantara a la pequeña Megan.

—Solo venía a comprobar que todos estuvieran bien.

—Duermen como angelitos. —respondió la mujer.

—Me alegro. —suspiró, mirándoles con pesar.

Lainie y Eara estaban abrazadas, mientras que Maisie y Ken dormían uno junto al otro. La pequeña Megan estaba en una cuna que había pertenecido a Ian y sus hermanos y parecía un angelito, ajena a todo el sufrimiento.

—Cualquier cosa que necesitéis no dudéis en pedírmela.

—Por supuesto, señora.

—Os dejo descansar, buenas noches.

—Que descanséis, señora.

Salió del cuarto y fue a las cocinas a por un vaso de agua. En una de las esquinas del salón, alejados de ella, pudo ver a Kylian y Bridgid besándose. Era obvio que pronto celebrarían una boda.

Sonrió para sus adentros, feliz por ellos.

Entró en la cocina, pero desde la ventana le pareció que alguien la observaba, así que tomó un cuchillo, se lo guardó bajo el tartán y salió fuera por la puerta trasera.

Entre las sombras, pudo ver una figura alta y encapuchada.

Su corazón comenzó a latir aceleradamente.

—¿Quién eres? ¿Por qué te escondes? —le dijo, alzando la voz—. ¿Eres tan cobarde que tienes miedo a una mujer?

La figura no se movió, permaneció semioculta.

—¿Por qué quieres matarme? —espero, pero no obtuvo respuesta—. Si eso es lo que quieres, ven ahora, sal de las sombras y mátame tú mismo.

La enorme figura se introdujo en las sombras, Meg se tensó y se mantuvo alerta, con la mano dentro del bolsillo, apretando fuertemente el mango del cuchillo.

Dio unos pasos hacia adelante, con la vista fija en donde había desaparecido la figura del encapuchado. Pero entonces sintió un fuerte golpe en la parte de atrás de la cabeza, todo se volvió negro a su alrededor y por primera vez en su vida, perdió la consciencia.

Despertó con un terrible dolor de cabeza. Las sienas le palpitaban y le costaba abrir los ojos.

—¿Ian? —murmuró, con la voz pastosa.

—Estoy aquí. —contestó, tomando su mano con delicadeza.

—¿Qué ha pasado? —se llevó la mano a la cabeza y sintió su pelo pegajoso.

—Jarith te encontró tirada en la entrada trasera del castillo. —señaló al guerrero, que la miraba de reojo.

Comenzó a recordar.

—El hombre encapuchado...

—¿A qué te refieres?

—Vi a un hombre oculto entre en las sombras, era alto, pero llevaba una capucha que le cubría el rostro.

—¿Él te golpeó?

—No lo sé, se escondió entre las sombras y después perdí el conocimiento. —dijo, un tanto confusa—. No entiendo por qué me dejó con vida.

Jarith, que había permanecido en silencio, carraspeó.

—Seguramente se asustaría al oírme acércame, señora. —explicó—. Oí vuestra voz y decidí acudir a ver lo qué pasaba.

—¿Viste quien me atacó? —le preguntó, mirándole directamente a los ojos.

—Cuando llegué estabais sola y con la cabeza sangrando. —explicó el hombre.

Megan asintió.

—Muchas gracias, Jarith, seguramente me has salvado la vida.

El enorme guerrero pelirrojo le sonrojó levemente.

—Ha sido un honor, mi señora. —respondió, haciendo una reverencia.

—Puedes retirarte, Jarith. —le pidió Ian.

—Señor. —contestó, antes de salir y cerrar la puerta tras él.

—La curandera viene en camino. —le dijo Ian, mirándola con gesto preocupado.

—Estoy bien.

—Prefiero asegurarme.

Megan no quiso discutir, no se sentía con fuerzas para ello.

—A partir de ahora, tanto si quieres como si no, tendrás un escolta y no voy a discutirlo.

Le hubiera gustado decir que no lo necesitaba, pero estaba claro que hasta que dieran con quien quería matarla, era lo más seguro para ella y para quien estuviera a su alrededor.

—Glenn es mi hombre de confianza, él será tu escolta.

—Prefiero que sea Kylian.

Ian frunció el ceño.

—¿No confías en los guerreros Mackenzie?

—Ahora mismo, solo confío en ti y en Kylian. —le dijo con sinceridad.

Ian se la quedó mirando.

En cierta forma entendía su desconfianza, pues estaba claro que quien la quería muerta era un miembro del clan Mackenzie.

—De acuerdo, Kylian será tu escolta, pero Glenn también, dado que tu guerrero MacLeod hasta ahora no ha hecho bien la tarea que le encomendó tu padre de protegerte. Está bastante distraído con cierta dama de compañía, como para ello.

Megan se vio en la obligación de defenderle.

—Eso no es justo, soy yo la que no le dejo seguirme a todas partes.

—Pues a partir de ahora y hasta que encontremos al malnacido que desea matarte, tendrás que acostumbrarte a que Kylian y Glenn sean tu escolta.

Pensó en Rìgh.

¿Cómo haría para ir a visitar al lobo si tenía a Glenn siguiéndola a todas partes? Y dado el pronunciado ceño fruncido de su esposo, estaba claro que no era el momento de sacar el tema.

—Puede ser Cameron, en vez de Glenn.

—¿Cameron?

—Sí, Cameron.

Ian entrecerró los ojos.

—Hacéis muy buenas migas él y tú, ¿verdad?

—Tu hermano es muy divertido. —reconoció sin más.

—Y también muy mujeriego.

Meg se asombró al oír aquellas palabras.

—¿Nos estas acusando de algo?

Ian suspiró y desvió la mirada.

—Supongo que no.

—¿Solo lo supones? —exclamó indignada.

—Cameron y Kylian serán tú escolta. —dijo, sin ganas de ahondar más en el tema—. Y espero que no les des muchos problemas.

Antes de que Megan pudiera replicar, la puerta se abrió y apareció la anciana curandera.

Le hizo una revisión completa y a pesar del fuerte dolor de cabeza, la mujer dictaminó que Meg estaba perfectamente.

—El golpe se ha hecho con un objeto contundente, pero al parecer no con demasiada fuerza. —dijo finalmente—. Sin duda eso le haya salvado la vida, un golpe de estas características propinado con una fuerza superior, hubiera sido mortal.

—Muchas gracias, Nimue. —contestó Ian.

—De todos modos, no le iría mal algo de reposo durante las próximas horas.

—Intentaremos que descanse. —prometió el hombre.

La anciana se volvió hacia Megan.

—Gracias por vuestros cuidados al resto del clan, mis huesos ya no son lo que eran y me va bien descargarme de algo de trabajo.

—Es un placer, Nimue. —asintió Meg.

En cuanto la puerta se abrió y la anciana curandera salió del cuarto y Morag, Jocelyn y Bridgid pasaron a ver como se encontraba Megan.

—¿Cómo estás, cariño? —le preguntó la abuela, tomándola de la mano.

—Nos has dado un susto de muerte. —gimoteó la prima, dándole un sonoro beso en la mejilla.

—Cuando te vimos en el suelo cubierta de sangre casi nos da algo. —apuntó Bridgid.

—¿Me visteis? —preguntó Meg.

—Sí, Kylian y yo. —respondió la joven—. Estábamos en el salón. —sus mejillas se tiñeron de rojo—. Y al oír el golpe nos apresuramos a salir a ver qué ocurría.

—¿Y visteis algo más?

—Solo te encontramos a ti en el suelo, con Jarith a tu lado. —explicó—. Kylian salió en busca de tu atacante, pero no pudo encontrarlo. Se siente bastante responsable por lo ocurrido.

—¿Así que solo estaba Jarith?

—Será mejor que dejes de pensar en eso, cariño. —le aconsejó la abuela—. Ya no se puede hacer nada, lo importante es que estás bien, gracias a Dios.

—Mi padre me ha dicho que alguien trata de asesinarte, ¿es verdad, Meg? —le preguntó Jocelyn, con el horror reflejado en el rostro.

—Creo que eso es más que evidente. —respondió, llevándose la mano a la cabeza—. Debo de tener un aspecto horrible. —se lamentó.

—Para nada. —contestó Bridgid.

—Estás bien, querida. —dijo la abuela.

—Bastante horrible, la verdad. —repuso Jocelyn, con sinceridad.

—¡Jocelyn! —la reprendió Morag.

—¿Qué? Es la verdad. —miró a su abuela sorprendida.

Megan se rió, divertida con la franqueza de la joven.

—Creo que me gustaría asearme y quitarme toda la sangre que llevo pegada al pelo. —intentó incorporarse, pero la asaltó un mareo.

—¿Qué haces, Megan? —Ian la obligó a volver a recostarse—. La curandera ha dicho que guardes reposo.

—Pero no ha dicho nada de que no pueda asearme.

—No creo que sea buena idea.

—Vamos, primo, nosotras podemos ayudarla a hacerlo. —pidió Jocelyn, haciendo un puchero.

—Solo será un momento y ella se sentirá más cómoda. —añadió la abuela.

—Entre las tres será rápido. —apuntó la dama de compañía.

Ian se quedó mirando a las cuatro mujeres, que le miraban suplicantes.

—Está bien. —se resignó—. Pero al menor indicio de que se encuentre mal me avisáis de inmediato.

—Que sí, primo, que cuidaremos bien de tu mujer. —respondió Jocelyn, empujándole y echándolo de la alcoba—. Listo. —se sacudió las manos y se puso en jarras, haciendo reír al resto de mujeres.

Capítulo 24

Llevaba dos días en cama y ya no podía aguantarlo más.

Los niños habían venido varias veces a verla. También había recibido las visitas continuas de Jocelyn, que la animaba con su incoherente charla. La abuela Morag también había insistido en que se bebiera unas pociones asquerosas heredadas de su abuela, que pese a su horrible sabor, le habían ido muy bien para los dolores de cabeza. Bridgid también había sido una grata compañía. Le había hecho que transmitiera a Kylian que él no tenía ninguna culpa de que la hubieran atacado y pese a la cabezonería del guerrero, según le había dicho la joven, estaba algo menos afectado.

Fly, como la fiel amiga que era, permanecía sobre su percha, vigilando cualquier movimiento que Megan hiciera. Incluso le había traído algún que otro ratón, como regalo.

Pero Meg estaba preocupada por Rìgh. Llevaba varios días sin visitar al lobo y no sabía si se sentiría con las suficientes fuerzas como para salir a cazar o si por el contrario, estaría hambriento.

—Necesito salir y que me dé el aire, Ian.

—Descanso. —repuso, terminándose de vestir—. Eso es lo que necesitas.

—La curandera dijo unas horas y ya han pasado demasiadas, te lo aseguro.

—No te cuesta nada quedarte en cama un día más. —respondió, decidido a que así fuera.

—¡No soy una invalida!

—Nadie ha dicho que lo seas. —se ajustó la espada a la cintura y se puso en pie.

—Pero me tratas como si lo fuera.

—Anda, cara de duende, se buena chica y descansa. —le dio un beso en los labios y salió de la habitación, cerrando la puerta con llave tras él.

—Mal nacido. —maldijo, tirando un cojín contra la puerta—. Si se piensa que va a tratarme como a una prisionera, Fly, lo lleva claro. —le dijo al águila.

Con rabia salió de la cama y comenzó a vestirse. Después aporreó la puerta, con la esperanza de que alguien la oyese.

—¿Megan? —oyó a Bridgid desde el otro lado de la puerta—. ¿Estás bien?

—Se me acaba de derramar la jarra de agua, Brid y tengo mucha sed. —mintió—. Podrías hacer que me trajeran una jarra nueva, por favor.

—Sí, enseguida vuelvo. —respondió la dama de compañía.

No le gustaba engañar a su amiga, pero era necesario que saliera a comprobar como estaba Rìgh. No quería arriesgarse a que tuviera hambre y atacara a algún miembro del clan.

Minutos después la puerta se abrió y apareció Bridgid, acompañada por el ama de llaves de Clach.

Meg se apresuró a escabullirse entre ellas y salir de la habitación.

—Megan, ¿qué haces? —le preguntó su amiga.

—Tengo que salir de esta habitación o me volveré loca.

—No podéis hacerlo, señora, el laird me abroncará por haberos abierto la puerta. —se lamentó la pobre señora.

—Tenéis mi permiso para decirle que os engañé para hacerlo. —dijo, antes de salir corriendo escaleras abajo.

—¿A dónde te crees que vas? —Kylian le cortó el paso con su enorme corpachón.

—Tengo que salir un momento. —trató de sortearle.

—No puedo permitirte. —añadió, interponiéndose de nuevo.

—Puedes acompañarme si quieres, Kylian, pero he de salir, es importante. —le miró directamente a los ojos.

—Tu esposo dijo claramente que no salieras del castillo.

—¿Acaso ahora le eres más leal a él que a mí? —se puso en jarras, a la espera de su respuesta. El hombre suspiró.

—Vas a meternos a ambos en un lio.

Meg sonrió, sabiendo que había ganado.

—Verás cómo no.

Con paso rápido salió por la puerta exterior, seguida de cerca por el guerrero MacLeod y respiró hondo el aire puro.

—Jamás había estado tanto tiempo encerrada.

—¿Dónde quieres ir? —le preguntó Kylian, con ceño fruncido, mirando hacia todos lados, alerta.

—Ya lo verás, tu solo sígueme.

Ambos caminaron en silencio por la senda que conducía a la casita destartalada donde estaba oculto el lobo.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Kylian, cuando lo tuvieron a la vista.

Pero Righ salió de su escondite, antes de que Meg pudiera contestar. Miró a la joven amistosamente, pero al notar la presencia del gran guerrero que había a su lado, se tensó, mostrando los dientes.

—Atrás, Megan. —le dijo Kylian, situándose delante de ella para protegerla del lobo—. No te muevas. —comenzó a desenvainar su espada.

—¿Qué haces? —Meg le retuvo la mano, para que mantuviera la espada en su funda—. No es peligroso.

—¿Qué? —la miró como si estuviera loca—. ¿De qué hablas? Es un lobo y está enseñándonos los dientes.

—Eso es porque le has asustado. —respondió—. Relájate y quédate aquí.

Comenzó a acercarse al animal, que la miraba con recelo.

—¿Te has vuelto loca? ¿Qué estás haciendo?

—Shhh. —le ordenó silencio—. Hola, Righ, siento no haber podido venir antes, pero tuve un contratiempo.

A Kylian casi se le desencajó la mandíbula cuando el enorme lobo se acercó a ella, moviendo la cola como un perrito.

—¿Tienes hambre? —miró alrededor y vio que había restos de conejo recientes—. Al parecer te has abastecido de comida tu solo, ¿verdad, precioso? —comenzó a rascarle la cabeza y el lobo se sentó, para disfrutar de sus atenciones.

—Si no lo veo no lo creo. —murmuró Kylian—. Tu padre tiene razón cuando dice que tienes un don especial con los animales.

Meg sonrió ampliamente.

—No es un don, simplemente sentido común.

El guerrero alzó una ceja, escéptico.

—Quería venir a comprobar que hubiera podido comer. —le explicó—. Estaba herido cuando lo encontraron, como bien sabes, y le he estado alimentando.

—Creí que le habían matado.

—Cameron lo salvó.

Kylian se cruzó de brazos.

—¿Y tu marido lo sabe?

—Digamos que lo sabrá... algún día. —se encogió de hombros.

—Ese hombre tiene el cielo ganado. —comentó Kylian, divertido.

Rìgh se la quedó mirando, como esperando la aprobación de ella para poder volver al bosque.

—¿Ya te sientes con fuerzas, amigo, para volver a tu hogar? —le preguntó, un tanto apenada por tener que despedirse de él. Le había tomado cariño—. Adiós, precioso. —palmeó su enorme cabeza—. Espero poder volver a verte algún día.

El enorme lobo se la quedó mirando unos segundos más antes de desaparecer en el espesor del bosque.

Meg suspiró.

—Y ahora que ya has comprobado que el animal está más que bien y se ha marchado con los de su especie. —comentó Kylian—. ¿Podemos volver al castillo?

—Aún no.

—¿Qué te propones ahora?

—Descubrir quien pretende asesinarme.

—¿Cómo? De eso ya se está encargando tu esposo y sería mejor que no metieras tu curiosa naricita en ello.

Megan se puso en jarras.

—Sabes que no soy muy buena delegando.

El guerrero puso los ojos en blanco.

—Por desgracia, lo sé de sobra.

—¿Vas a ayudarme o no?

Kylian se encogió de hombros.

—Qué remedio. —suspiró.

—Había pensado en ir a hablar con la gente del clan. Alguien tiene que haber visto algo. Además, me gustaría inspeccionar los alrededores del castillo, por si hubiera alguna pista.

Kylian señaló con la mano el camino.

—Te sigo.

Llevaban un par de horas buscando, cuando entre unos arbustos Megan encontró un jarrón de bronce manchado de sangre seca.

—¡Kylian, mira! —exclamó.

El guerrero se agachó junto a ella y tomó lo que Meg le entregaba entre sus grandes manos.

—Parece el objeto con el que te golpearon. —observó.

—Sin duda es con lo que me atacaron, sí.

—¿Qué haces tú aquí fuera? —dijo la atronadora voz de su esposo a sus espaldas.

Meg cerró los ojos, rezando por que fuera su imaginación y no la hubiera pillado con las manos en la masa.

—¡Megan! —gritó, cuando vio que lo ignoraba.

Pues no, por desgracia era real.

Se puso en pie lentamente y se volvió hacia él.

—Hola, esposo. —sonrió con dulzura.

—Déjate de “hola, esposo”—. puso las manos en las caderas—. ¿Qué haces aquí? Te dije que no salieras de la cama, necesitas descansar.

—No soy una niña, Ian. —repuso—. Necesitaba salir y tomar aire. Me encuentro bien, de verdad.

Ian miró a Kylian, con el ceño fruncido.

—¿Tú la has ayudado a salir?

—El no tiene nada que ver. —se apresuró a contestar la joven—. Me vio escabulléndome del castillo y le obligué a hacer de escolta si no quería que me marchara sola, porque lo hubiera hecho y tú lo sabes tan bien como yo.

Ian suspiró.

—Por desgracia, eso parece típico de ti.

—Necesito saber quién quiere matarme, Ian. —le dijo, mirándolo con seriedad.

—Yo encontraré quien te ha atacado, ¿acaso no confías en mí?

—Confío en ti, pero no me puedo quedar de brazos cruzados esperando a que me salves. Eso me volvería loca.

Su esposo se la quedó mirando.

—Por favor, Ian, no me dejes al margen de esto. —suplicó, posando su mano sobre el brazo musculoso del hombre.

¿Cómo podía negarse a aquella suplica? ¿Cómo podía obligarla a quedarse de brazos cruzados, si él la admiraba justo por su arrojo y valentía?

—Está bien, no te dejaré al margen, pero iremos juntos. —concedió al fin—. No quiero que investigues sola bajo ningún concepto, tienes que darme tu palabra, puede ser peligroso.

Megan se lanzó a sus brazos y le besó apasionadamente.

—Muchas gracias. —le dijo, sonriendo satisfecha—. Te doy mi palabra de que seremos un equipo.

Ian la contempló, tan cerca como estaban. Le miraba con sus chispeantes y alegres ojos castaños, y su cabello caoba contrastaba a la perfección con su blanca piel y era preciosa. ¿Cómo es que antes de casarse con ella nunca había reparado en ello? Seguramente porque solo había tenido ojos para Aline y nunca se había permitido mirar con aquellos ojos a su hermana menor.

—Megan acaba de encontrar algo. —dijo Kylian, alejándolo de sus pensamientos.

Ian la dejó en el suelo con suavidad y se aproximó al guerrero MacLeod.

—¿Qué es?

Kylian se lo mostró.

Ian tomó el jarrón entre las manos, estudiándolo.

—Este jarrón era de mi madre, estaba en el castillo.

—Así que quien me atacó tiene acceso a Clach. —caviló Megan, en voz alta.

—Eso estrecha el círculo. —apuntó Ian.

—Pero de todos modos, sigue siendo demasiada gente. —añadió Meg—. Hay sirvientes, guerreros, la familia...

—Mi familia queda descartada. —se apresuró a decir el laird.

Megan prefirió no contradecirle, aunque para sus adentros, nadie excepto él, Kylian y Bridgid, estaban fuera de sospecha.

—Quizá sería buena idea que fuéramos a preguntar a los aldeanos ahora. —comentó el guerrero MacLeod.

—Eso mismo le sugería a Kylian hace un rato. —convino la joven—. ¿Qué te parece, Ian?

—No tenemos nada que perder. —se encogió de hombros, deseando por dentro dar con el malnacido que deseaba matar a su esposa.

Fueron preguntando uno por uno a todos los habitantes del clan Mackenzie e Ian se sorprendió al percatarse que sin darse cuenta, Megan se había ganado el cariño y respeto de su gente.

Llegaron a casa de Jarith, que les atendió con una gentileza impropia en él, dado que solía ser un gruñón de pocas palabras.

Por desgracia, él no había visto más de lo que ya les había contado.

—Lamento no poder ser de más ayuda.

—Ya has hecho más que suficiente, Jarith. —le aseguró Meg, posando con cariño su pequeña mano sobre el musculoso brazo del guerrero—. Gracias a ti, sin duda, sigo con vida.

—Señora... —carraspeó, cambiando el peso de un pie al otro, con incomodidad—. Solo quería que supierais que me siento avergonzado de las palabras que escuchasteis cuando os escoltamos desde el clan MacLeod.

—No tiene importancia...

—Si la tiene. —la interrumpió—. Y os ruego que aceptéis mis más sinceras disculpas. No puedo evitar avergonzarme cada vez que estoy frente a vos.

—Pues no tienes porque. —le aseguró—. Yo ya lo había olvidado.

Pasaron por la casa del granjero Fergus, que estaba atareado con sus cultivos.

—Buenos días, Fergus. —le saludó Ian.

El anciano se aproximó a ellos, mientras se limpiaba sus callosas manos manchadas de tierra en los pantalones.

—Buenos días, laird. —se volvió hacia Megan—. Me alegro de veros recuperada, señora. Me angustie mucho al enterarme de vuestro ataque.

—Te lo agradezco, Fergus.

—Justo veníamos a preguntarte por eso. —dijo Ian—. ¿Recuerdas algo inusual que ocurriera aquella noche?

—El malnacido no tuvo la desgracia de toparse conmigo o le hubiera atizado bien con mi rastrillo. —bramó el anciano, haciendo aspavientos con las manos—. Nadie se mete con mi señora si yo puedo evitarlo.

Meg se sintió emocionada por sus palabras, así que sin más, abrazó al hombre, que miró a Ian con la cara roja como un tomate. Este se encogió de hombros, reprimiendo una sonrisa. Megan era impulsiva y natural, pero el anciano no estaba acostumbrado a tanta efusividad.

—Nunca hubiera podido esperar mejor defensor que tú, Fergus. —comentó la joven, separándose de él con una sonrisa.

—Gra...gracias. —el aludido se rascó la cabeza, sonriendo débilmente.

—Señora. —Elman se aproximó, retorciendo su sombrero entre las manos—. Que alegría veros tan recuperada. Fue un mazazo para todos cuando nos enteramos que os habían atacado. Pensareis que los Mackenzie somos unos salvajes.

—Para nada. —le aseguró—. Lo que haga un hombre no define al resto del clan.

—Son palabras muy sabias, señora. —sonrió el hombre.

Un carraspeo la hizo volverse. Murdock y su esposa Moira se encontraban allí. El hombre llevaba entre las manos un delicioso queso de oveja.

—Dios mío, señora, es un milagro que después del terrible ataque estéis tan recuperada. —le tomó las manos con afecto—. Las mujeres del clan hemos rezado mucho por vos.

—Pues os lo agradezco a todas, sin duda vuestras plegarias han sido oídas.

La mujer se giró hacia su esposo.

—Murdock. —le instó, haciéndole un movimiento con la cabeza.

—Emm... sí, claro. —carraspeó de nuevo—. Este queso es para vos, señora. —se lo entregó

—. Es de nuestras ovejas, espero que os guste.

—Seguro que sí, muchas gracias. —se lo acercó a la nariz para olerlo—. Huele de maravilla.

El hombre asintió, evidentemente incómodo.

—¿Cómo están Dolly y su pequeño?

—Bien. —contestó escuetamente.

—Están de maravilla, señora. —respondió Moira—. Podéis venir a verla cuando queráis, ¿verdad, Murdock?

—Sí, por supuesto. —contestó el aludido.

—Os tomo la palabra.

—Señora... —se adelantó el hombre—. Sé que no empezamos con buen pie, pero quiero que sepáis que jamás se me ocurriría haceros daño alguno.

Megan comprendió que la incomodidad de Murdock era debido a su miedo a que pensaran que él había podido tener algo que ver en el ataque.

Meg lo miró a los ojos y vio verdad en su mirada. Supo perfectamente que Murdock no tenía nada que ver en todo aquello.

—No debes preocuparte. —le tranquilizó—. Sé perfectamente que no has tenido nada que ver.

—Cuanto os agradezco vuestras palabras, señora. —le dijo Moira—. Estaba muy preocupado por si podían sospechar de él. Os prometo que esa noche Murdock estuvo en casa conmigo. No salió para nada.

—Os creo, Moira, no tienes que convencerme.

—Eres un hombre honorable, Murdock, lo sé. —manifestó Ian, para dar más relevancia a las palabras de su esposa.

—Gracias, laird.

—Megan. —la anciana Fiona se acercó a ella, angustiada—. Estaba muy preocupada por ti, querida.

—Siento no haber podido ir a visitarte, Fiona.

—Eso es lo de menos, querida. Lo importante es que tú estés bien.

—Estoy perfectamente, de verdad.

—Gracias a Dios. —suspiró la anciana, abrazándola.

Ian sintió como su corazón se aceleraba, pues en aquel momento se dio cuenta que Megan se había ganado el corazón de la gente de su clan. Había ayudado a todo el mundo y se había entregado en cuerpo y alma a las personas que estaban a su alrededor. Era imposible no quererla.

La vio reírse con Fiona y Moira, y miles de mariposas revolotearon en su estómago.

Por Dios, por supuesto que era imposible no quererla, él mismo se había enamorado de ella sin remedio.

—Será mejor que volvamos a casa, Megan, se está haciendo tarde.

La joven se despidió afectuosamente de todos y continuaron su camino.

Cerca de Clach se cruzaron con Glenn, Luan y Darren, que hacían la guardia.

—¿Todo bien? —les preguntó Ian—. ¿Alguna novedad?

—Nada fuera de lo normal, Ian. —contestó Glenn.

—Ya que estáis aquí, me gustaría haceros algunas preguntas. —se les acercó la joven.

Tanto Glenn como Luan fruncieron el ceño. Darren, por el contrario, se mostró muy colaborador.

—Claro que sí, señora, pregunte lo que quiera.

—¿Dónde estabais la noche que me atacaron?

—¿Sospecha de nosotros? —se indignó Glenn.

—Solo quiero saber si podríais haber visto algo.

—Si hubiéramos visto algo se lo hubiéramos comunicado a nuestro laird. —respondió Luan.

—¿Podéis hacer memoria por si se os ocurriera algo más? Solo tenéis que comenzar por decirme que hacíais esa noche. —continuó indagando Megan.

—Yo estaba durmiendo, como creo que hacían la mayoría de personas a esas horas. —respondió Glenn, cruzándose de brazos—. Como deberíais haber estado haciendo vos, señora, si me permitís decíroslo.

Megan le dedicó una sonrisa tensa, no le gustaba mucho aquel hombre, había algo sombrío en su forma de mirarla.

—Yo también estaba en la cama. —repuso Luan, apresurado.

—¿Tu? —rió Darren—. Pero si te vi cerca del río fornicando entre los arbustos con una ramera.

—Cállate, idiota. —le gritó, dándole un cocotazo.

—¿Viste algo inusual aquella noche, Darren? —le preguntó Meg, ignorando el sonrojo de Luan. El joven se puso en dedo en el mentón, haciendo memoria.

—No recuerdo nada fuera de lo común.

Meg suspiró.

—Está bien, gracias de todos modos.

—Permaneced con los ojos bien abiertos. —les ordenó Ian, antes de tomar por el brazo a Megan, entrando con ella dentro del castillo.

Después de comer, cuando Meg se marchó con Jocelyn y Bridgid, Ian se acercó a hablar con sus hermanos.

—Necesito saber quién está intentando matar a Megan.

—Lo averiguaremos, hermano. —respondió Cameron.

—Necesito que sea cuanto antes, no puedo dejar que la hagan más daño. —dijo, sintiéndose desesperado, paseando de un lado al otro del salón—. Ya han fallado en varias ocasiones, la próxima puede ser la definitiva y no puedo consentirlo. Tengo que protegerla, como no he hecho hasta ahora. —le dio un puñetazo al muro de piedra, haciendo que sus nudillos sangraran.

—Ian. —Thane se acercó a él, poniéndole una mano sobre el hombro para tranquilizarle—. La protegeremos hermano, tienes mi palabra.

Ian se volvió a mirarlo con los ojos brillantes.

—No puedo perderla, Thane. —le aseguró—. No puedo pasar otra vez por eso.

No podía volver a perder a otra mujer a la que amaba.

—Tienes nuestra palabra, hermano. La protegeremos con nuestra propia vida. —juró Thane.

—La cuidaremos. —afirmó Cameron, sellando la alianza entre los tres, como toda su vida había sido.

Capítulo 25

Al día siguiente Meg decidió a acompañar a la abuela Morag a visitar a su amiga Fiona.

Kylian les hacía de escolta, no separándose de ellas ni un momento, como le había prometido a Ian que haría con Megan.

No obstante, el guerrero se mantenía a unos metros de ellas para darles intimidad, cosa que Meg agradecía.

—Te estoy muy agradecida por todo lo que has hecho por Fiona, es otra persona totalmente distinta desde que le diste las hierbas para la infusión. —le dijo la abuela.

—Es muy duro por lo que está pasando la pobre mujer. —Meg sentía mucha lástima de ella—. Simplemente necesitaba poder descansar su mente para que su cuerpo estuviera mejor. No es natural para una madre perder a un hijo, no quiero ni imaginarme lo doloroso que tiene que ser.

—Espero que nunca tengas que experimentarlo, querida. —la mujer suspiró, sin duda recordando a su fallecido hijo.

Megan le dio la mano, apretándosela afectuosamente y rezando por no tener que saber nunca los que aquellas mujeres sentían.

La puerta de Fiona se abrió y esta salió a recibirlas con una radiante sonrisa en el rostro.

—Os vi llegar por la ventana. —les dijo—. Adelante, pasad. No sabéis lo feliz que me hace vuestra visita. Estaba un poco aburrida.

Megan hizo que Fly volara sobre la rama de un árbol cercano, tras lo cual entraron y tomaron asiento en la pequeña sala de Fiona.

Mientras tanto, la anciana les sirvió una taza de té caliente.

—¿No habéis pensado en tener un animal de compañía, Fiona? —sugirió Meg.

—Lo cierto es que nunca se me había ocurrido. —reconoció la anciana.

—Os haría mucha compañía y tendríais a alguien a quien atender. La sensación de soledad desaparece cuando se está en compañía de un animal.

—No sé si sabría cuidarlo...

—Claro que sabríais, criasteis a vuestro hijo. —le aseguró—. Un perro o un gato son mucho más sencillos de cuidar.

—No es mala idea, Fiona. —la animó Morag.

—Me lo pensaré. —concedió la anciana.

—De acuerdo. —Meg sonrió—. Si finalmente os decidís, hacédmelo saber y yo misma os lo traeré.

—Eres tan buena, niña. —le dijo la mujer, tomando su mano con afecto—. Todos en el pueblo estamos muy felices de que estés bien. Hubiera sido una tragedia que te hubiera ocurrido algo.

—Muchas gracias. —contestó Megan, emocionada con el cariño que todas las personas del clan demostraban hacia ella.

—Ojalá yo hubiera podido ver algo. —se lamentó—. Aunque ya duermo mucho mejor, aún hay noches en las que me desvelo. Aquella fue una de esas noches, pero por desgracia solo vi a Magnus.

—¿Visteis a Magnus? —preguntó Meg, con el ceño fruncido.

—Lo vi entre los árboles. —aseguró la anciana.

—¿Estáis segura que era él? —insistió la joven.

—Totalmente. —afirmó—. Pese a estar oscuro, pude distinguir perfectamente su rostro a la luz de la luna.

Megan respiró hondo, tratando de relajarse. Siempre había sospechado que aquel hombre ocultaba algo, pero debía andarse con pies de plomos, ya que era parte de la familia de su esposo y no quería hacer algo de lo que pudiera arrepentirse.

—Sin duda, mi hijo estaría haciendo la ronda para vigilar el castillo. —dijo Morag, percibiendo el ceño fruncido de la muchacha.

—Por supuesto. —asintió Fiona—. Magnus es un buen hombre.

Meg aún no estaba tan segura de eso, pero prefirió no decir nada, pues entendía que Morag era su madre y no iba a acusarlo de nada, a no ser que estuviera completamente segura de lo que decía.

Una hora después, Meg, la abuela y Kylian volvían al Clach.

Los guerreros Mackenzie que habían acompañado a sus padres a su clan habían vuelto, así que se apresuró a acercarse a ellos.

—¿Todo bien? —les preguntó.

—Sí, señora. —contestó uno de ellos—. Han llegado sin problemas.

—Muchas gracias por todo. —les dijo, con una sonrisa de agradecimiento en el rostro.

Los guerreros le hicieron una breve reverencia con la cabeza y se marcharon.

—Voy a ver como están los niños. —informó a la abuela.

—Claro, cariño. —respondió la anciana—. Ve a hacer lo que debas.

Meg se alejó con paso ligero, con su cabeza aún puesta en el descubrimiento que había hecho en casa de Fiona.

Los cinco niños estaban instalados en una de las grandes habitaciones de Clach. Habían decidido que permanecieran juntos, como hacían en su casa, para que no hubiera tantos cambios en tan poco tiempo.

Lainie y Eara jugaban con las nuevas muñecas que ella misma les había regalado. Maisie gateaba de un lado al otro del cuarto, inspeccionándolo todo a su paso, mientras la pequeña Megan hacía gorgoritos en los brazos de su nodriza.

Ken, por el contrario, se encontraba sentado en el suelo, en una esquina de la alcoba, y tenía una triste expresión en el rostro. Sin duda al ser el mayor, era el más consciente de la muerte de su madre y el que peor lo estaba pasando.

—Hola, chicos. —les saludó al llegar—. ¿Os apetece salir afuera a jugar? Os vendrá bien que os dé un poco de aire fresco.

—¡Sí! —gritaron emocionadas Lainie y Eara.

—Perfecto. —comentó Meg, agachándose a tomar a Maisie entre sus brazos—. ¿Os importaría acompañarnos, Lisa? —le preguntó a la nodriza.

—Por supuesto que no, señora.

—¿Qué me dices, Ken? —se dirigió al niño, que no había dicho nada—. ¿No te apetece correr fuera?

—Me da igual. —dijo, encogiéndose de hombros.

—A mí me gustaría que vinieras conmigo. —tendió una mano hacia él—. Me ayudarías a vigilar a tus hermanas. Ya eres un hombrecito.

El niño alzó sus increíbles ojos azules hacia ella y con lentitud tomó su mano, poniéndose en pie.

Megan le sonrió emocionada y sensibilizada con el dolor del pequeño.

—Te lo agradezco.

Todos salieron a fuera, sentándose a las puertas del castillo y dejando que el sol de la primavera les calentara la piel.

Meg dejó a Maisie en el suelo y esta comenzó a jugar con la arena. Eara y Lainie jugaron a pillarse la una a la otra, pero Ken no quiso participar en su juego.

—Sabes una cosa, Ken. —le dijo Megan—. Yo a tu edad ya sabía usar mi arco.

—¿De verdad? —le preguntó con verdadero interés.

—Totalmente. —aseguró—. ¿Te gustaría que te enseñara a hacerlo a ti también?

Los ojos del crio brillaron emocionados.

—Por supuesto.

Meg se quitó el arco de la espalda y lo puso en las manos del niño. Se arrodilló tras él y le ayudó a apuntar.

—Lo importante es tensar la cuerda lo suficiente para dar a la flecha impulso, sin que sea demasiado para que falles el lanzamiento.

Tomó las manos de Ken entre las suyas y le ayudó a apunta y a tensar la cuerda. Fijó el objetivo en un árbol, cerca de donde Kylian se encontraba vigilándola.

—¿Megan? —dijo el guerrero en tono de advertencia.

Entonces Meg sonrió con picardía.

—Suelta. —le ordenó al chiquillo y la flecha se clavó donde había pretendido.

—¿Te has vuelto loca? —exclamó el guerrero MacLeod viendo la flecha a escasos centímetros de su cabeza.

—¿No me digas que te has asustado? —se burló de él—. Sabes que nunca fallo un tiro.

—El crio pudo haberte desviado. —protestó.

—Ken es un buen alumno. —aseguró—. ¿A que sí, Ken?

El niño asintió con énfasis.

—Eres una temeraria. —oyó decir tras ella, seguida de risas femeninas.

Megan se volvió para ver a Jocelyn y Bridgid, que venían cargadas con dos cestos de flores.

—¿Por qué no vas con Kylian a por leña para que te haga una espada de madera? —le sugirió al niño.

—¿Para mí? —se asombró.

—Por supuesto. —le acarició el bonito rostro—. ¿Estás de acuerdo, Kylian? —preguntó al guerrero.

—Solo si prometes no moverte de aquí.

Meg puso los ojos en blanco.

—Lo prometo, carcelero. —tras eso se puso en pie, sacudiéndose sus faldas, al tiempo que Kylian desaparecía con Ken.

—¿Para qué son tantas flores? —les preguntó a las dos mujeres.

—Pensamos que le vendría bien un toque de color al castillo. —contestó Jocelyn.

—¿Podríamos usar algunas de esas flores para hacer coronas para las niñas? —sugirió Meg.

—Por supuesto. —aseguró Bridgid.

—Es una idea maravillosa. —respondió Jocelyn.

Llamaron a las niñas y entre todas comenzaron a entrelazar las flores, creando bonitas coronas y collares con ellas.

—Has estado a punto de dar con la flecha a mi Kylian. —protestó Bridgid.

—Ni hablar. —refutó—. *Tu Kylian*. —la imitó—. No corría ningún peligro.

Jocelyn suspiró soñadora.

—Qué envidia me dais. —se lamentó—. Ojalá yo pudiera tener un enamorado.

—¿Nunca has pensado en casarte? —le preguntó Brid.

—Hubo una vez que sí. —las miró con ojos tristes.

—¿Y qué pasó? —quiso saber Meg.

—A mi padre no le gustaba. —se hundió de hombros.

—Tu padre es un hombre estricto, ¿no es así? —Meg vio la oportunidad de conseguir información sobre Magnus.

—Él nunca aprueba lo que yo hago. Supongo que para él no soy más que una carga. La estúpida hija que nunca deseo.

—¿Por qué dices eso? —Bridgid le puso una mano en el hombro, para tratar de reconfortarla.

—Porque es la verdad. —lloriqueó—. No estaba casado con mi madre cuando yo llegué a este mundo.

—¿Alguna vez ha sido agresivo contigo, Jocelyn? —preguntó Meg.

La joven negó con la cabeza.

—Puede ser un hombre frío y sin sentimientos, pero nunca me ha puesto la mano encima. —entonces sonrió, aún con los ojos brillantes por las lágrimas derramadas—. Por eso ahora soy tan feliz de poder contar con vosotras. Sois mis amigas.

Las tres sonrieron, tomándose las manos.

—Por supuesto. —aseguró Meg.

—Las tres juntas por siempre. —afirmó Bridgid.

—Nosotras también. —dijo Eara, lanzándose a los brazos de Megan.

—Sí. —añadió Lainie, abrazando a Jocelyn y Bridgid.

Así es como se las encontró Ian, cuando volvía de su entrenamiento diario.

Las tres jóvenes reían con las niñas, pero su mirada se centró en Meg. Estaba preciosa con su pelo caoba brillando al sol y la niña rubia subida sobre ella.

Ian la imaginó así con sus propios hijos y aquella imagen le resultó muy atractiva. Deseaba tener hijos y quería tenerlos con ella. Acababa de darse cuenta que anhelaba tener una hija con el cabello rojizo de su madre y su increíble valor. Quizá fuera un loco por ello, pues sabía que le traería más de un quebradero de cabeza.

—¿No creéis que ya es hora de entrar a comer? —dijo, sobresaltándolas.

—Ian. —exclamó Meg, alzando los ojos hacia él—. Hemos perdido la noción del tiempo.

—Ya lo veo. —alargó su mano para ayudarla a incorporarse.

Ella la tomó y se incorporó con Eara aún en brazos.

—Eres muy grande. —comentó la niña.

—Sí. —respondió el hombre—. ¿Quieres ser tan grande como yo cuando sea mayor?

La niña se rió divertida.

—Si soy una chica. —le dijo, como si Ian no se hubiera dado cuenta.

—Y muy bonita, por cierto. —le tocó la punta de la nariz con ternura, haciendo reír de nuevo a la pequeña.

Todos pasaron al salón.

La nodriza se llevó a la pequeña Megan y a Maisie para darles de comer, Bridgid y Kylian se marcharon juntos y el resto se sentaron en torno a la mesa del salón.

Morag, Magnus, Thane y Cameron ya estaban esperándoles, así que les sirvieron al poco rato.

Meg centró su atención en el tío Magnus. Se le veía serio y distante y de vez en cuando, la miraba de reojo.

—Hoy hemos ido a casa de Fiona. —comentó como de pasada, pero con un firme objetivo—.

La pobre mujer sigue con insomnio. —se llevó un pedazo de carne a la boca—. Comentó que la noche que me atacaron te vio por el bosque, Magnus.

La atención de todos los presentes se centró en ella, a excepción de los niños, que estaban comiendo con ganas y ajenos a todo lo que pasaba a su alrededor.

Meg alzó entonces los ojos de su cena y los clavó en el tío Magnus, que la miraba sin mover un solo músculo.

—¿Recuerdas que hacías aquella noche por el bosque... tío?

El hombre se encogió levemente de hombros.

—No lo recuerdo. —respondió—. Imagino que a hacer una ronda de vigilancia, como hago muchas noches.

—Eso es justo lo que yo le dije. —añadió la abuela, sonriendo incómoda.

—¿Y no se te ocurrió comentarlo hasta ahora? —insistió Meg—. Porque quizá hubiera sido de ayuda que nos dijeras si habías visto algo extraño.

—No vi nada inusual, por eso no creí que fuera relevante mencionarlo. —cruzó los brazos sobre el pecho, a la defensiva.

Megan sonrió con sarcasmo.

—¿Así que no creíste que fuera relevante? —ironizó—. Según oí en alguna ocasión a mi padre, eras uno de los más acérrimos defensores para no firmar la tregua entre nuestros clanes.

—Me equivoqué. —contestó, con los ojos fijos en ella—. Creí que mi hermano se estaba confundiendo con la tregua, pero el tiempo le dio la razón. Trajo la paz a nuestro clan y eso ya es suficiente para mí.

—O tal vez solo aparentas aceptarlo. —añadió Meg, de forma inquisidora.

Ambos se mantuvieron la mirada, retándose.

—Ya está bien, Megan. —le dijo Ian.

Meg se volvió a mirarle.

—Tu tío estuvo dando vueltas por el bosque la noche que me atacaron, ¿no crees que eso le convierta en sospechoso? —repuso molesta porque quisiera callarla.

—Mi tío no tiene nada que ver con eso. —añadió tajante.

—¿Cómo estás tan seguro?

Ian golpeó la mesa con los puños.

—Porque le conozco, maldita sea.

Meg apretó los labios, furiosa.

—Y quizá eso es lo que te impida ver las cosas con claridad.

Ian se puso en pie y tomándola del brazo la obligó a seguirle escaleras arriba. Una vez estuvieron en su alcoba, cerró la puerta de un fuerte portazo.

—¿Qué demonios te propones? —le soltó de sopetón.

—¿Qué me propongo yo? —se indignó—. Creía que era evidente que estoy tratando de descubrir quien pretende matarme.

—¿Por qué has acusado a mi tío de esta forma?

—¡Porque estoy convencida que ha tenido algo que ver con mi ataque! —gritó.

—¿Y no crees que hubiera sido más prudente decírmelo a mí para que yo pudiera habérselo planteado a solas, sin dejarle en evidencia delante de toda la familia?

Megan parpadeó varias veces tras escuchar las razonables palabras de su esposo.

—No lo había pensado.

—Ese es el problema, que nunca piensas las consecuencias de tus actos.

Meg se acercó unos pasos a él.

—Estoy convencida que fue él quien me atacó. —posó la mano en el brazo de su marido—. Le he sentido distante desde que llegué aquí y creo que es por mi apellido MacLeod.

—En primer lugar, tu apellido ahora es Mackenzie y en segundo, yo no creo que mi tío fuera capaz de algo semejante.

—¿Qué más pruebas quieres? —se desesperó.

—Que Fiona le viera andando por el bosque esa noche no es prueba de nada, Megan. Te estas dejando llevar por tus emociones, eso es todo.

—¿Y no te dice nada que no hubiera comentado hasta ahora que esa noche estaba haciendo una ronda de vigilancia?

—Mi tío es un hombre de honor, nunca golpearía a una mujer y menos a mi esposa. —le aseguró, vehemente.

Meg bufó, sintiéndose impotente.

—No obstante, mantendré los ojos abiertos y hablaré con él a solas. —prosiguió Ian—. Pero te ruego que por una vez en tu vida me hagas caso y te mantengas al margen. Deja que sea yo quien trate el asunto. Conozco a mi tío mucho mejor que tú y si miente en algo, lo sabré.

La joven suspiró, cansada.

—Está bien, no tengo otra elección.

Ian se acercó unos pasos a ella y le acarició la mejilla.

—Confía en que puedo protegerte.

—Soy más dada a protegerme a mí misma.

El hombre sonrió.

—Lo sé, cara de duende, eres una autentica guerrera. —y entonces descendió hacia sus labios y la besó—. Pero dame un par de días. Es mi tío, prácticamente un padre para mí. Le debo ese respeto.

Megan lo comprendía bien, debía de ser duro para él siquiera poder pensar en que su tío fuera un traidor.

—De acuerdo, tienes mi palabra que durante dos días no asediaré a Magnus. —aceptó.

Ian le acarició el labio inferior con su pulgar.

—Buena chica.

Entonces la tomó en brazos y volvió a besarla, esta vez con más ardor. La dejó sobre el mullido colchón y se tumbó sobre ella.

—¿Qué haces? ¿Qué pasa con la cena? —preguntó divertida.

—La pospondremos unos minutos. —respondió, apresurándose a desanudarle el vestido.

—¿Unos minutos? —lamió el cuello masculino con sensualidad.

—Mejor pediremos que nos preparen de nuevo la cena dentro de un par de horas. —le dio un suave mordisco en el hombro—. Por ahora solo tengo hambre de ti.

Megan rió divertida y excitada al mismo tiempo.

Capítulo 26

Finalmente tampoco bajaron a cenar, pues Ian pidió que les subieran la cena a la alcoba.

Habían perdido la cuenta de las veces que habían hecho el amor, pero lo que sí podían asegurar, es que sus cuerpos parecían estar hechos el uno para el otro.

Bien entrada la noche, Ian despertó oyendo risas y alboroto.

Se volvió a mirar a su esposa, que dormía apaciblemente con una sonrisa satisfecha en su preciosa cara de duende.

Con cuidado para no despertarla, se levantó de la cama y se envolvió en su kilt.

Salió al pasillo y las risas le condujeron a la habitación de los niños.

Una vez entró, sobre el camastro encontró a una agotada y dormida nodriza, con la pequeña Megan acurrucada entre sus brazos. Estaba claro que el cuidar de la pequeña la estaba dejando sin energía.

Cuando cruzó la puerta contigua, que daba al cuarto de los pequeños, estos estaban jugando a pillar entre ellos, sin ser conscientes de la hora que era.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó.

Los cuatro niños cesaron de reír al instante y se lo quedaron mirando con algo parecido al miedo en sus aniñados rostros.

—Solo jugábamos, señor. —respondió Ken, dando un paso adelante, con valentía.

—Es muy tarde para juegos.

—Lo sentimos. —se disculpó, bajando los ojos al suelo.

Ian sintió una ternura instantánea por aquel chico que se había quedado huérfano a tan temprana edad.

—¿A qué jugabais?

Ken alzó los ojos de nuevo hacia él, pero esta vez fue su hermana Lainie la que contestó.

—Jugábamos a pillar, señor.

—¿Por qué no hacemos una cosa? —se sentó en el suelo, junto a ellos—. Porque no me llamáis, Ian, ¿de acuerdo? Señor suena demasiado formal.

Los tres niños mayores asintieron, mientras que la pequeña Maisie se dedicaba a llevarse el puño a la boca.

—Jugar al escondite es demasiado ruidoso y Lisa debe descansar. La pequeña Megan la deja agotada. —dijo, sentando a Maisie sobre su regazo—. Pero quizá os apetezca que os cuente una historia. ¿Qué os parece?

Megan se movió en el lecho y despertó al sentir que se hallaba sola.

Desperezándose, se restregó los ojos y se envolvió en uno de los tartanes de Ian. Su olor masculino la envolvió, haciendo que lo deseara de nuevo. Al parecer se había convertido en una mujer incapaz de saciar su necesidad de retozar con su esposo.

Salió de la habitación descalza y anduvo por el corredor, esperando encontrarle.

Justo al pasar por delante de la habitación de los niños, unas suaves risas llegaron hasta ella. Al entrar dentro, la pequeña Megan y Lisa, la nodriza, estaban apaciblemente dormidas. Al pasar a la habitación contigua, se quedó de piedra. Ian estaba sentado en el suelo, con Maisie dormida

en sus brazos y contándoles emocionado una historia a los niños, que reían ante sus ocurrencias.

—Qué bonito, hacéis una reunión y no estoy invitada. —puso los brazos en jarras, simulando estar enfadada, cuando en realidad su corazón brincaba emocionado.

—Megan, ven con nosotros. —le dijo Lainie—. Ian nos está contando una historia de una princesa, un guerrero y un dragón.

—Bueno, chicos. —Ian se puso en pie y dejó a Maisie con delicadeza sobre su cama—. Será mejor que lo dejemos por esta noche. Necesitáis dormir para estar en plena forma mañana.

Eara bostezó y se frotó los ojos.

—Vente, pequeña. —el hombre la tomó en brazos y la arropó, dándole un suave beso en la frente—. Que descanses.

—¿Puedes arroparnos a nosotros también? —le pidió Ken.

Ian sonrió y procedió a hacer lo que le habían pedido.

—Buenas noches. —le dijo.

Se acercó a su esposa y la tomó por los hombros, acompañándola fuera de la alcoba. Megan estaba tremendamente callada, cosa extraña en ella, así que en cuanto estuvieron en el corredor la volvió hacia él, poniéndole la mano bajo el mentón y alzándole el rostro.

Sus ojos estaban vidriosos.

—¿Qué ocurre? —le preguntó preocupado.

—Gracias. —susurró, con voz entrecortada.

—¿Por qué? —le acarició la mejilla con ternura.

—Por tu comportamiento con esos niños. —una lágrima bajó por su mejilla e Ian la limpió con el dorso de sus dedos—. Se merecen ser felices. Son maravillosos.

—Y lo serán. —le aseguró—. Nosotros nos encargaremos de ello.

—Ahora son parte de la familia, ¿no es así?

Ian sonrió.

—Desde luego.

Megan le abrazó efusivamente.

—¿Alguien te ha dicho alguna vez que eres un laird maravilloso y justo? —sonrió radiante.

—Creo que no de una forma tan cariñosa.

Ambos se besaron de nuevo.

—¿Por qué no volvemos a la cama y te demuestro cuan agradecida estoy? —le miró con picardía.

—Me encantaría, cara de duende, pero le prometí al viejo Fergus que le ayudaría con la cebada. Lleva unos días con un terrible dolor de espalda. —se lamentó.

—¿Porque no me lo dijiste? —protestó, separándose de él—. Me hubiera acercado a darle un unguento para el dolor.

—Ya sabes. —se encogió de hombros, andando con ella hacia su alcoba—. Fergus es un viejo tozudo, no cree en remedios curativos.

—De todos modos iré a verle en cuanto amanezca.

Ian abrió la puerta del cuarto y dejó a Meg en el suelo, dándole un último beso en los labios.

—Por ahora descansa, te lo has ganado. —y guiñándole un ojo se alejó, dejando a Megan totalmente entregada a él.

Meg se pasó la mañana jugando fuera con los niños. Les enseñó como cazaba Fly e incluso dejó que la acariciaran con cuidado.

Pero cerca de la hora de la comida, se desató una brutal tormenta. La lluvia era incesante y los

rayos se veían cayendo sobre los árboles del bosque.

Meg andaba de un lado al otro de la sala, preocupada por Ian, que junto a sus hermanos, aún no habían regresado.

—Seguro que estarán bien. —le dijo Bridgid, tratando de tranquilizarla.

—Los tres se habrán resguardado en casa de Fergus. —apuntó Jocelyn.

—No puedo seguir por más tiempo aquí sin hacer nada. Estoy convencida que el río estará a punto de desbordarse, si es que no lo ha hecho ya. Y si eso pasa, arrasará el clan y la primera casa que está a su paso es la de Fergus—. dijo de sopetón, harta de esperar—. Necesito ir a ver que ha ocurrido.

—No. —le dijo Kylian—. Iré yo. —se puso en pie, dirigiéndose a la puerta.

—Pero... —protestó Bridgid, acercándose a él asustada.

Kylian le acarició el cabello con delicadeza.

—No te preocupes, estaré bien.

—No puedo dejarte ir solo. —le dijo Megan al guerrero MacLeod.

—No iré solo. —contestó Magnus, entrando en la sala en ese momento—. Yo iré con él.

Megan miró al hombre con recelo, sin fiarse para nada de él.

—Padre, no. —repuso Jocelyn, acercándose a él asustada.

—Son mis sobrinos, tengo que ir a buscarlos. —argumentó el hombre, sin apartar la vista de Meg—. Volveré con ellos. —prometió.

Su hija le miraba compungida, mientras que Megan decidía si podía fiarse de él o no.

—Está bien, pongámonos en marcha. —añadió Kylian, dirigiéndose a la puerta, dejando en la sala a una llorosa Bridgid.

Meg se acercó a él.

—No quiero que bajes la guardia con Magnus. —le susurró, para que solo él la oyera.

—Siempre estoy en guardia, por eso no te preocupes. —asintió el hombre.

—Cuidate, amigo. —posó la mano sobre su brazo—. Sabes que hay alguien que te esperará con desesperación. —miró a su dama de compañía de reojo—. Y ya es hora que te decidas a pedirle matrimonio.

Kylian sonrió de medio lado.

—Cuando vuelva haré un pensamiento.

Megan asintió y le abrazó, antes de dejarlos marcharse.

Jocelyn sollozó audiblemente, temblando de arriba abajo como una hoja.

—Vamos, tranquila, tu padre volverá sano y salvo. —le dijo Bridgid, pasándole la mano por los hombros.

—No puedo con tanta angustia. —gimió, echando a correr escaleras arriba.

Megan se quedó mirando como desaparecía y suspiró hondo.

—¿Aún no han llegado? —preguntó Morag, entrando en la sala.

Meg negó con la cabeza.

—Magnus y Kylian han salido a buscarlos. —le explicó a la abuela.

La cara de la anciana se contrajo, con la noticia de que su hijo había salido fuera del castillo con aquella tormenta.

—Espero que todos vuelvan sanos y salvos. —Morag se arrodilló frente al fuego de la chimenea, tomando entre las manos un crucifijo que llevaba colgado al cuello—. Ahora solo nos queda rezar por que así sea.

Bridgid se colocó junto a ella, uniéndose a sus oraciones.

Megan no era tan dada a rezar, así que permaneció junto a la ventana, con la vista fija en el

camino que llevaba a las casas de los aldeanos, deseando ver aparecer cuanto antes a su esposo.

—¿Aun no hay noticias? —preguntó Jocelyn una hora después, cuando bajó de nuevo a la sala, algo más recompuesta.

Meg negó con la cabeza, sin ganas de hablar.

—Abuela, se te ve muy cansada. —añadió la joven pelirroja, acercándose a la anciana—. ¿Porque no subes a descansar a tu cuarto?

—Estoy bien. —contestó obstinadamente la anciana, pese a la evidente palidez que se reflejaba en su rostro.

—Jocelyn tiene razón. —dijo Meg, preocupada por ella—. Te iría bien descansar un poco, Morag. En cuanto tengamos noticias te avisaré. —se volvió hacia Bridgid—. ¿Me harías el favor de acompañarla a su cuarto?

—Por supuesto. —accedió la joven, solicita.

Ambas mujeres abandonaron la sala y Megan volvió a su tarea de escrutar el exterior, sin dejar de tamborilear con los dedos en el marco de la ventana.

—Esta espera se hace eterna. —suspiró Jocelyn, acercándose a ella.

—No estoy acostumbrada a esperar. —reconoció—. Debería haber ido con Kylian.

—Es peligroso, Meg.

—No más que para ellos.

Entonces la puerta de entrada del castillo se abrió de repente y un empapado Glenn irrumpió en la sala.

—¿Dónde está tu padre? —le preguntó a Jocelyn.

—Salió con Kylian a buscar a mis primos. —respondió la joven.

—¿Ocurre algo? —quiso saber Megan.

El guerrero la miró con semblante serio.

—El río se ha desbordado.

Aquello era lo que más había temido Meg.

—Nos cogió en casa de Fergus. La casa fue arrastrada por la corriente, yo pude agarrarme a un árbol pero... —permaneció callado, como si no pudiera continuar.

—¿Pero que, maldita sea? —se impacientó Megan.

—La corriente arrastró a los demás. —dijo finalmente—. Vi como un trozo de una viga golpeaba a Ian en la cabeza. Traté de llegar hasta él, pero fue imposible.

—¿Qué hay de mi padre? —preguntó Jocelyn con preocupación—. ¿Estaba allí?

—No creo que llegaran, pero es posible que la riada les sorprendiera por el camino.

—Dios mío. —sollozó, cubriéndose el rostro con las manos.

—Voy a salir a buscar a mi esposo. —declaró Megan, acercándose a la puerta.

—¿Qué? —Glenn le cortó el paso con su enorme cuerpo—. Es demasiado peligroso, señora.

—Nadie va a impedirme salir a buscarle ahora mismo. —le retó—. ¿Quieres que me quede aquí de brazos cruzados esperando que muera?

—No he dicho eso. —se defendió el guerrero.

—Iré contigo. —declaró Jocelyn.

—No, no. —volvió a negar el hombre—. De aquí no se mueve nadie.

—O te apartas o te ensarto en mi flecha.

Meg apuntaba con su flecha a Glenn, con una expresión totalmente decidida en el rostro.

El guerrero dio varios pasos atrás, apartándose de su camino.

—¿Puedo acompañarte, Meg? —le preguntó Jocelyn.

—Es peligroso, eres consciente, ¿verdad?

La joven asintió.

—Pero necesito encontrar a mi padre.

—Pues adelante. —le dijo Megan, haciéndole un gesto para que la siguiera.

—Iré con vosotras. —declaró Glenn.

—No tienes por qué hacerlo. —le dijo Meg.

—Lo sé, pero si Ian está vivo y se entera que os dejé salir sin mover un dedo, me matará.

Megan se colgó su arco al hombro. Fly comenzó a revolotear en la percha que tenía en la sala, para acompañarla.

—Hoy no, preciosa. —le dijo, y el águila pareció entenderla, pues volvió a posarse sobre su percha.

En cuanto salió por la puerta, el aire le azotó en la cara, acompañado de un aguacero que la empapó en pocos segundos.

—El camino principal está anegado de agua, sería mejor dar un rodeo por las zonas más montañosas. —sugirió Glenn a gritos, pues el ruido de la tormenta amortiguaba su voz.

—De acuerdo. —aceptó Meg siguiéndole, mientras tomaba a Jocelyn de la mano para que no se quedara atrás.

—No creo que lo consigamos. —chilló la joven, apretando su empapada capa contra el pecho.

—Tú no te separes de mí. —le dijo, apretando aún más su mano, mientras se retiraba mechones empapados de la cara.

Continuaron andando dificultosamente un buen rato más. Meg concentraba su vista en la espalda del guerrero Mackenzie, pues la cortina de agua le dificultaba ver mucho más allá.

Hubo en un tramo del camino en el que algo le pareció familiar y se detuvo a fijarse mejor donde se encontraban.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jocelyn, chocando contra su espalda por la forma brusca en la que se había detenido.

—Un momento. —le pidió.

No le parecía que estuvieran acercándose al clan, más bien se alejaban y por mucho rodeo que dieran, aquello no le cuadraba.

Lo cierto es que estaban cerca de donde Rìgh había estado refugiado cuando estuvo herido.

—No os separéis de mí. —ordenó Glenn, al verlas quietas bajo la lluvia.

Megan se llevó la mano a la cinturilla de su falda, donde llevaba oculta una daga pequeña.

—Creo que nos hemos perdido. —le dijo al guerrero.

—No, sé muy bien por donde vamos. —aseguró el hombre.

—La pregunta no es por donde, sino porque.

—¿Qué quieres decir, Meg? —le preguntó Jocelyn.

—¿Por qué nos estás alejando de las casas del clan? —le dijo sin más.

El hombre de confianza de su esposo sonrió de medio lado y se la quedó mirando con fijeza.

—Eres más lista de lo que se le supone a una mujer, y menos aún a una MacLeod.

—¿Por qué has querido matarme? —le preguntó, viéndolo todo claro.

—Porque nunca aceptaré a una MacLeod como mi señora. —le dijo con rabia—. Nunca debió firmarse la paz entre nuestros clanes, no sin antes matar al laird Douglas MacLeod y a toda su descendencia.

—La paz entre nuestros clanes ha salvado muchas vidas. —defendió Megan.

—No las vidas de mi padre y mi hermano. —rugió con rabia, dando un par de pasos hacia ella, que alzó la mano con la daga, dispuesta a lanzársela entre ceja y ceja si se atrevía a acercarse

más.

—En una guerra siempre se pierde gente y lamento que les tocara a tu familia. —le dijo con sinceridad—. Pero también hubo gente de mi clan que perdió la vida a manos de los Mackenzie.

El hombre sonrió de un modo muy siniestro.

—Vas a morir, perra MacLeod.

—No lo creo, porque antes de que puedas dar un paso más, acabarás con mi daga clavada en medio de tu frente.

Pero no pudo ver si Glenn dio dicho paso, pues un fuerte golpe en la parte de atrás de su cabeza la dejó inconsciente.

Ian, junto a sus hermanos, su tío y Kylian llegaron completamente empapados a Clach.

Todos se extrañaron al no ver a Meg por ningún lado.

—¿Dónde está Megan? —se preguntó Kylian—. Si se negaba a separarse de la ventana. —se extrañó.

—¡Megan! —gritó, Ian, llamándola.

—Habéis vuelto. —exclamó su abuela desde lo alto de la escalera.

Bridgid también apareció, emocionada por ver a Kylian sano y salvo.

—¿Dónde está Megan? —preguntó Ian.

—¿No está ahí? —dijo la anciana, bajando las escaleras junto a la dama de compañía y asomándose a la sala.

—¿No habrá sido tan loca como para salir a buscarte? —planteó Cameron, con preocupación.

—Seguro que lo ha hecho. —Ian maldijo por lo bajo.

—Se fue con un hombre.

Todos volvieron la vista hacia el pequeño Ken, que se encontraba escondido tras un sillón.

—¿Con que hombre, Ken? —le preguntó Ian, acuclillándose junto al niño.

—El alto que entrena contigo. —respondió.

—Glenn. —caviló.

—Jocelyn también se fue con ellos. —añadió el pequeño.

—¿Qué? —se alteró Magnus ante la mención de su hija.

—¿Dónde se habrán metido esas pobres criaturas? —se lamentó la anciana.

—Les vi alejarse hacia allí. —comentó de nuevo el crío, acercándose a la ventana y señalando el camino.

—Iremos a buscarlas. —anunció Ian, encaminándose de nuevo hacia la puerta.

—Espero que estén bien. —apuntó Thane.

—Lo estarán. —aseguró Ian, queriendo convencerse a sí mismo con aquella afirmación.

Capítulo 27

Cuando Megan despertó estaba con las muñecas atadas a una silla, dentro del cobertizo donde días antes había estado viviendo Righ.

Enfocó la vista y pudo ver a Glenn mirándola con un hombro apoyado en la pared del cobertizo.

—¿Qué ha...?

—¿Qué ha pasado? —terminó la frase por ella.

—Tú estabas delante de mí. —dijo confundida—. ¿Cómo has podido golpearme?

—Porque le diste la espalda a la persona equivocada. —dijo Jocelyn, apareciendo en su campo de visión.

—¿Jocelyn? —aún se sentía aturdida por el golpe.

La joven pelirroja se acercó a Glenn y apoyándose en su amplio pecho, le besó en los labios con descaro.

—¿Tanto te sorprende? —le preguntó, mirándola con odio.

—Por eso Fly se comportó así cuando te conoció, ella percibió quien eras en realidad antes que ninguno de nosotros. —comento Megan.

—Por culpa de ese maldito pájaro no pude matarte el día que acompañaste al padre Angus a la abadía. —se quejó Glenn—. Al igual que el estúpido lobo que me atacó cuando estuve a punto de clavarle una flecha a esa águila entrometida.

—¿Trataste de matar a Fly? —Meg apretó los dientes, furiosa.

—Nos has causado muchos problemas. —volvió a hablar la joven, acercándose despacio a ella—. Sin duda la simplona de tu hermana no nos los hubiera causado, pero por desgracia murió antes de que yo disfrutara matándola.

—Ni se te ocurra nombrar a mi hermana. —dijo entre dientes, viendo por primera vez la verdadera naturaleza de aquella mujer.

La joven inocente y dulce que había creído conocer, en realidad era una mujer calculadora y sádica, que ahora la miraba con odio reflejado en sus ojos azules.

—Has sido un auténtico incordio. Creímos que por fin acabaríamos contigo cuando viste a Glenn a las puertas del castillo y te golpeé por la espalda con el jarrón. —prosiguió Jocelyn, caminado alrededor de ella, mirándola con altivez—. Por suerte para ti apareció mi padre antes de poder rematarte. Al pobre imbécil le hice creer que te había confundido con un asaltante y por error te había golpeado. —rió de forma cruel—. El muy desgraciado me encubrió, temeroso que aquello trajera consecuencias para su dulce niña. Incluso siguió haciéndolo cuando tú insinuaste que era él quien te atacó. Seguramente estaría escondiendo el jarrón abollado cuando la vieja cotilla de Fiona le vio.

Megan comprendió porque Magnus se había mostrado nervioso cuando le comentó que le habían visto en el bosque. Encubría a su hija, temiendo por ella.

—Magnus ha sido un buen padre, por desgracia, tú no eres una buena hija para él.

Jocelyn rió de forma histérica.

—Eso es porque yo no soy su hija. —dijo de sopetón—. Mi madre me lo confesó antes de que las fiebres se la llevaran. Mi padre era un MacLeod, un hombre de tu clan. Pero cuando ella le dijo que esperaba un hijo suyo, la repudió y le dio la espalda. Es por eso que mi madre buscó a

otro estúpido al que poder endosar el muerto y ese fue Magnus Mackenzie, ya que siempre había estado enamorado de ella. Pese a que mi madre lo despreciaba por el simple hecho de no ser el hombre al que amaba, accedió a casarse con él.

—¿Y matándome crees que conseguirás cambiar algo de todo eso? —Meg forcejeaba con las ataduras de sus muñecas, tratando de liberarse.

—Lo que conseguiré es lo que siempre he querido. —la miró con descaro y malicia en los ojos—. Ser la esposa de Ian y señora del clan Mackenzie.

Megan creía que estaba completamente loca.

—¿Tú no tienes nada que decir a eso? —le soltó a Glenn, que miraba a ambas mujeres sin inmutarse—. ¿Te parece bien que tu amante desee casarse con otro hombre?

Necesitaba ganar tiempo, pues empezaba a notar como las cuerdas se aflojaban.

El guerrero se acercó a ella y la tomó por el pelo, estirando de él para que alzara los ojos y le mirara. Megan apretó los dientes, lanzando chispas por los ojos.

—¿Por qué iba a tener que decir nada, puta MacLeod? —le soltó con inquina—. Ian ha sido igual de débil y necio que su padre. Cuando Jocelyn se case con él, será mucho más fácil matarlo de forma que parezca accidental y hacer creer al clan que necesitan un laird fuerte y competente que les lidere y se case con la abnegada viuda, y allí estaré yo para ello.

—Olvidas que Ian tiene dos hermanos que asumirían su puesto, si eso sucediera.

—No si acaban muertos durante un saqueo inesperado al castillo o tal vez en una emboscada, ¿no crees? —dijo, alzando una ceja.

—Eres un traidor. —le soltó con rabia.

Glenn le propinó una sonora bofetada que le giró la cara.

—Los traidores son los que firmaron un pacto con los sucios MacLeod, no lo olvides, perra. —le soltó el pelo, sacudiéndose las manos con asco por el simple hecho de haberla tocado.

—Magnus también podría convertirse en el laird del clan. —murmuró Megan, sin levantar la cabeza y con las manos casi libres.

—Sería muy poco probable. —prosiguió Jocelyn—. Ya que me ama demasiado como para negarme que siga siendo la señora de los Mackenzie si yo le digo que estaría dispuesta a sacrificarme casándome con Glenn y ayudándolo a liderar el clan.

—Ian jamás se casaría contigo. —le dijo de repente.

—Lo hará. —aseguró—. Porque estará demasiado roto por la repentina muerte de su esposa y yo le consolaré. Le ayudaré a superar su dolor y se enamorará de mí. —suspiró, soñadora.

—Estás completamente loca. —la acuso, al percibir su mirada fantasiosa—. Es Ian el hombre del que nos dijiste que te habías enamorado y tu padre no lo aprobó, ¿verdad?

—¡Cierra la boca! —gritó, fuera de sí—. No estoy loca.

—¿Glenn, no te das cuenta de que te está utilizando? —le dijo al guerrero—. No piensa deshacerse de Ian, porque se cree enamorada de él. Se deshará de ti en cuanto no te necesite. —por fin, sus manos quedaron libres.

—¡Cállate! —chilló Jocelyn, acercándose a ella para abofetearla.

Megan se incorporó de golpe y le soltó un puñetazo en todo el ojo, haciendo que la joven gritara de dolor, cayendo hacia atrás y aterrizando en el suelo de espaldas.

Glenn tomó su espada y se precipitó hacia ella, que salió apresuradamente por la puerta del cobertizo, corriendo todo lo que sus piernas le permitían.

A lo lejos vio llegar a su esposo, seguido de sus hermanos, su tío y Kylian.

—¡Ian! —gritó, corriendo hacia él.

—¡Maldición! —oyó decir a Glenn, que trato de asestarle un mandoble con su espada.

Megan cambió de dirección y lo esquivó por pocos centímetros, pero el hombre la tomó por el brazo, reteniéndola junto a él.

—¡Baja el arma, Glenn! —ordenó Ian.

—No lo entiendes, Ian. —dijo el guerrero—. Esta ramera MacLeod tiene que morir.

—Ella es una Mackenzie ahora, no lo olvides. —respondió, acercándose lentamente a él, temeroso de que dañara a Meg.

El resto de hombres que le acompañaban se mantenía con sus manos en las empuñaduras de las espadas, moviéndose con cautela tras su laird.

—Los MacLeod mataron a mi padre y mi hermano. —continuó Glenn—. Y nadie hizo nada por vengar esas muertes. Ni siquiera se me permitió hacerlo a mí, pues tu padre firmó el pacto de paz con ellos. Creí que cuando él muriera podría resarcirme, pero tú decidiste seguir con su absurda idea de casarte con la hija del laird MacLeod, incluso cuando tu prometida murió, optaste por casarte con su otra hija. En cuanto hubierais tenido un vástago, mis planes de venganza se verían frustrados para siempre, por eso decidí que debía morir.

—¿También fue por eso que querías matar a Ian y a sus hermanos? —forcejeó Megan.

—Los Mackenzie necesitan un líder fuerte, que sepa liderarlos y no se esconda tras cobardes pactos de tregua. —espetó con rabia.

—Suelta ahora mismo a mí esposa, Glenn y puede que me piense dejarte con vida.

El hombre sonrió con sadismo.

—No me dejarás vivir, eso lo sé. —dijo con seguridad—. Pero me la llevaré a ella conmigo antes. —añadió, levantando la espada contra Megan.

Esta, que estaba preparada para que hiciera eso tarde o temprano, le dio un fortísimo rodillazo entre las piernas, haciendo que se doblara y la soltara, por lo que pudo alejarse de él.

En ese momento los hombres se abalanzaron hacia Glenn, que trataba de recuperar la respiración.

—Eres un traidor, Glenn y no mereces llevar el apellido Mackenzie. —le dijo Ian, antes de enterrar su espada en el corazón del hombre.

Entonces alzó los ojos hacia Meg, que le sonreía aliviada, cuando un dolor punzante atravesó su costado.

—No te quedarás con él. —soltó Jocelyn, que había enterrado la hoja de la daga de Meg en su carne.

—¡Jocelyn! —exclamó Magnus, tratado de acercarse a ella—. No le hagas daño. —le pidió.

—Cállate, padre. —dijo con voz desquiciada—. Aunque sospecho que sabes que nunca he sido tu hija.

El hombre negó con la cabeza.

—Eso nunca ha hecho que te quiera menos. —le dijo, con voz afligida—. Eres mi hija, porque yo te he criado.

—Por favor, Jocelyn, deja a Megan. —le pidió Ian, adelantándose unos pasos.

—No puede seguir viva, Ian, ¿no lo ves? —le miró con ojos soñadores—. Ella tiene que morir para que tú y yo estemos juntos.

—Entonces deja que yo mismo la mate. —pidió el hombre.

Meg gimió, al notar como Jocelyn desclavaba la hoja de la daga, haciendo que la sangre manara de su herida más profusamente.

—No voy a arriesgarme. —soltó de nuevo, levantando la daga, para clavarla en el corazón de la joven.

—¡No! —gritó Ian, corriendo hacia ellas.

Pero fue el fiel lobo el que se abalanzó contra el brazo de Jocelyn, arrojándola al suelo y haciendo que soltara a Megan, que se desplomó, sin fuerzas para sostenerse.

Jocelyn chillaba dolorida y aterrada, hasta que Rìgh le desgarró la yugular, dejándola sin vida.

—Megan. —Ian se arrodilló junto a ella—. Dios mío. —exclamó, al ver su ropa cubierta de sangre.

El lobo se volvió hacia ellos, enseñando a Ian los dientes, protegiendo a la joven.

El hombre tomó con lentitud la espada, pero Meg le puso la mano sobre el brazo.

—Tranquilo, no nos hará nada. —aseguró, con voz débil—. Está bien, Rìgh. Es un amigo, no me hará daño.

El animal gimió lastimosamente y acercándose a ella la olisqueó.

—Prométeme que no le harás daño. —le pidió a su marido.

—Tu misma te encargaras de ello. —respondió, con un nudo en la garganta.

Megan sonrió y cerró los ojos.

—Cuida de Fly y los niños. —susurró, antes de desmayarse.

—No, Megan. —la apretó contra su pecho y gritó con desesperación, al mismo tiempo que el lobo aulló a su lado.

Capítulo 28

Se apresuraron a llevarla al castillo.

Bridgid se ofreció a curarla y hacerle una sutura, para tratar que la herida dejara de sangrar.

Megan no volvió a recuperar la consciencia. Se la veía pálida y lívida, como si tan solo le quedara un hilo de vida.

Los habitantes del clan comenzaron a arremolinarse en torno al castillo, preocupados por su señora.

—Ahora hay que esperar que Megan sea fuerte y pelee por sobrevivir. —comentó Morag a su nieto, que andaba de un lado al otro de la sala, desesperado.

—Tenía que haberme dado cuenta antes. —se repetía a sí mismo una y otra vez.

—Si te hubiera dicho que vi a Jocelyn golpeándola con el jarrón, quizá todo hubiera cambiado. —se lamentó el tío Magnus, sintiéndose absolutamente destrozado por la muerte de su hija.

Ian se volvió hacia él y le tomó por la camisa, estampándole contra la pared de piedra.

—¿Tu viste que fue ella quien la atacaba y te callaste? —preguntó rabioso.

—Me dijo que la había confundido con un bandido. —se excusó—. Era mi hija y la creí. Temí que se tomaran represalias contra ella, solo quise protegerla.

—Suelta a tu tío, Ian. —le pidió la abuela, acercándose a los dos hombre—. Él también ha perdido mucho hoy.

Ian se separó de él, dándole la espalda.

—Fuera de mi vista, Magnus, desde hoy dejás de ser mi tío.

—¡Ian! —exclamó la abuela.

—Tranquila, madre. —repuso el aludido, recolocándose la ropa—. Respeto y entiendo su decisión. —añadió, antes de abandonar Clach.

—Ian, el tío no tiene la culpa de las acciones de Jocelyn. —dijo Cameron.

—¿Quieres acompañarle? —rugió Ian, volviéndose hacia su hermano pequeño con gesto de rabia.

—Solo digo que...

—No creo que ahora sea el momento. —intervino Thane, interrumpiéndole.

—De acuerdo. —asintió Cam, abandonando la sala también.

—Sé que el día de hoy significara un antes y un después para nuestra familia. —comentó la abuela, con tristeza—. Lo único que espero es que eso no nos separe. —y sin decir más, dejó a Thane y a Ian a solas.

—Megan se recuperará. —le aseguró su hermano.

—Eso espero. —contestó Ian.

—Es demasiado tozuda para dejarse ir sin luchar. —apunto, poniendo su mano en el hombro de su hermano mayor, dándole su apoyo.

—Esa es la esperanza que tengo.

Cuando se le hizo insoportable estar por más tiempo dentro de la casa, pues parecía que le faltaba el aire, salió por la puerta trasera del castillo para que la brisa del atardecer le diera en el rostro.

La lluvia había cesado, así que se apoyó contra la pared del castillo, que en aquellos momentos le pareció de lo más insignificante. La gente se mataba por dinero, por tierras, por propiedades... Nada de eso era importante para él en aquellos momentos. Entendió más que nunca a su padre y sus ganas de firmar aquel acuerdo de paz. La tregua era lo único que le traía la tranquilidad de saber que protegía a su familia. Él también lo haría, una y mil veces, si ello conllevaba proteger a las personas que amaba.

Y hablando de las personas que amaba... Se había enamorado de Megan. Hacía días que lo sabía, pero ahora más que evidente. Amaba su forma de ser tan valiente y decidida. Adoraba el modo en que siempre quería tener la última palabra. No creía que fuera capaz de poder seguir viviendo sin oír su constante risa o disfrutar de sus apasionados besos.

Vio algo moverse entre los arbustos y de ellos salió un enorme lobo, que se sentó y lo miró fijamente a los ojos.

Parecía una locura, pero Ian creyó entenderle.

—Aún no ha despertado. —le dijo—. Nos tocará esperar, amigo.

El animal suspiró y se tumbó, con la cabeza apoyada sobre sus patas delanteras, sin dejar de mirarle.

—Se recuperará. —añadió, al percibir su angustia.

Se sintió como un loco por estar hablando con un animal, pero en cierto modo comprendió a Meg, pues ella siempre tenía aquel vínculo especial con ellos y ahora él mismo lo sentía en sus propias carnes.

—Ian.

La voz del padre Angus llegó hasta él, haciendo que desviara la atención del lobo.

—Padre Angus. —le saludó.

—¿Cómo estás, hijo? —le preguntó el cura, acercándose a él con cara de preocupación.

—Bien. —mintió.

—¿Necesitas hablar?

—No. —no podía venirse abajo, pues ahora mismo solo podía concentrarse en que Meg se recuperaría.

—He pensado que sería mejor que le diera a Megan la extremaunción, por lo que pueda pasar. Aquellas palabras le golpearon como un puñetazo.

Como un loco le tomó por el cuello y lo alzó unos palmos del suelo.

—Nadie va a darle la extremaunción a mi esposa. —rugió, fuera de sí—. Megan va a recuperarse, ¡entendido!

El padre Angus asintió como pudo, mientras su rostro se iba poniendo rojo por la falta de aire.

Thane salió apresuradamente al escuchar las voces de su hermano y cuando vio al pobre párroco colgando por el cuello, agarró los brazos de su hermano, para que lo soltara.

—Basta, Ian. —forcejeó con él—. ¿Te has vuelto loco?

—¡Megan no va a morir! —declaró con vehemencia, placando a su hermano y tirándolo al suelo.

El cura se arrodilló en el suelo, tratando de tomar aire.

—Pégame si lo necesitas, hermano, pero eso no va a hacer que las cosas cambien. —dijo Thane, con su hermano sobre él.

—Megan no puede morir. —declaró, con unas terribles ganas de llorar—. Ella... No... La amo como nunca he amado a nadie, Thane.

En cuanto aquellas palabras escaparon de su boca lo supo. Era cierto. Amaba a Megan como a nadie en su vida. Había querido mucho a Aline. Ella siempre era dulce y paciente, y en cierto

modo, la idealizaba. Pero lo que sentía por Meg era real. Se había instalado en su corazón y ahora se negaba a perderla. No podía perderla.

Se puso en pie, dejando a su hermano y al padre Angus tirados en el suelo.

Se dirigió directamente a la habitación de los niños, que permanecían callados, con expresiones tristes en sus lindos rostros.

—¿Qué ocurre? —les preguntó—. ¿Por qué esas caras tan largas?

La pequeña Lainie alzó sus ojos hacia él.

—¿Meg se va a morir como mamá?

Ian, con el corazón en un puño, se sentó sobre el camastro y colocó a la niña sobre sus piernas.

—Megan va a recuperarse. —afirmó.

—Es culpa mía. —se lamentó Ken, con el mentón temblando—. Debí protegerla, igual que debí proteger a mamá.

Ian le pasó el brazo por los hombros.

—Gracias a ti la encontramos, Ken. —le dijo, con total sinceridad—. Si aún está viva, sin duda es gracias a ti.

—¿Qué podemos hacer por ella? —preguntó de nuevo Lainie.

—Podemos entre todos rezar para que se recupere cuanto antes.

Y así lo hicieron.

Rezaron y se apoyaron mutuamente, como la familia que ya eran.

Los días fueron pasando de manera angustiosa.

Ian permaneció casi todo el tiempo en la habitación junto a Meg. Fly tampoco se movió de allí, velando por su fiel amiga. El águila se había negado a comer nada e Ian lo entendía, porque él tampoco era capaz de probar bocado.

El lobo permaneció bajo la ventana de la alcoba de Megan. Por las noches, Ian le oía aullar y él mismo sentía ganas de hacerlo para tratar de librarse de la angustia que no le abandonaba ni de día ni de noche.

Llegaba de asearse en el río, cuando entró en la habitación y vio a Megan con los ojos abiertos.

Se quedó paralizado.

Fly revoloteaba feliz sobre su cama, mientras la joven sonreía.

—Yo también me alegro de verte, preciosa. —le dijo al águila. Entonces desvió los ojos hacia él—. No has tenido la suerte de deshacerte de mí. —bromeó, haciendo un gesto de dolor al moverse.

Sin la capacidad de hablar, pues un nudo en la garganta se lo impedía, Ian se aproximó a ella y la abrazó con delicadeza. Comenzó a convulsionar sobre ella, llorando como no recordaba haber llorado desde que sus padres murieran, e incluso en esa ocasión, lo había hecho estando a solas.

—¿Ian? —se asustó la joven al notar lo así.

—No vuelvas a hacerme esto, Megan. —susurró, aún abrazado a ella. No podía soltarla.

—Estoy bien. —trato de tranquilizarle.

Levantó la cabeza y se quedó mirando el rostro de su esposa, más delgado que antes del ataque a causa de los días que había estado inconsciente.

—Te amo, Megan. —se declaró—. No sé qué has hecho conmigo, pero ya no sé vivir sin ti. —la besó en los labios.

—Yo también te amo, Ian. —respondió—. Cuando estaba inconsciente, solo recuerdo que quería despertar para volver a ti.

—Doy gracias a tu cabezonería, porque eso te ha hecho volver. —sonrió, acariciándole el

cabello.

—Sabes que nunca me doy por vencida. —le devolvió la sonrisa.

—Lo sé de sobra, cara de duende.

—¿Y Rìgh? —preguntó, preocupada por él—. ¿Está bien?

—Ha permanecido apostado bajo la ventana. —le explicó—. Aunque parezca una locura, creo que está preocupado por ti.

—No es una locura. —le dijo—. Es el vínculo que nos une.

—Estos días he aprendido a entenderte.

—Ya era hora de que abrieras esa cabeza dura que tienes. —bromeó, besándolo de nuevo.

A voluntad de Ian, comió algo, pues no quería que enfermara aún más.

Después de eso, dejó que los tres niños mayores subieran a la habitación.

—Megan. —exclamó la pequeña Eara.

—Hola, linda. —la saludó Meg, con una sonrisa radiante.

—Estábamos preocupados por ti. —le dijo Lainie.

—¿En serio? Pues yo estaba de lo más a gusto descansando. —le quitó importancia a lo que había ocurrido.

Se quedó mirando al Ken, que mantenía los ojos clavados en el suelo.

—Muchas gracias, Ken.

El niño la miró, receloso.

—Ian me contó que les dijiste que camino tomamos y gracias a eso pudieron hallarme.

El pequeño se encogió de hombros.

—No tiene importancia.

—Claro que la tiene. —le aseguró—. Cuando seas mayor, vas a ser un gran guerrero.

—Estoy de acuerdo. —concedió Ian—. Es por eso que había pensado que quizá es hora de formalizar nuestra situación.

Meg le miró con el ceño fruncido.

—Había pensado, que si todos estáis de acuerdo, podríamos ser vuestros padres de forma oficial.

Tanto los niños como Megan se le quedaron mirando, sorprendidos.

—¿Quieres ser nuestro padre? —preguntó Lainie, sin poder llegar a creérselo.

—Sería un honor para mí. —repuso el hombre.

—Me parece una magnífica idea. —exclamó Meg, llena de dicha—. ¿Qué decís, niños?

Los tres pequeños asintieron, con sonrisas radiantes en sus caritas.

Megan abrió los brazos y los niños se lanzaron a ellos. Alzó la mirada hacia Ian, que sonreía, con los brazos cruzados sobre el pecho, mientras observaba con orgullo a su familia.

Cuando por fin Megan consiguió convencer a Ian que la dejara salir de la cama, lo primero que hizo fue ir a ver a Rìgh, que aún permanecía apostado bajo su ventana.

En cuanto la vio aparecer lloriqueó, corriendo hacia ella, que se agachó a acariciarle.

—Yo también me alegro de verte, precioso. —le saludó, feliz—. Gracias por salvarme la vida. —le dijo, mirándole a los ojos—. Ahora ya estamos en paz. —sonrió.

—Creo que te has ganado su lealtad eterna. —oyó la voz del tío Magnus junto a ella.

Estaba apoyado en el muro del castillo, mirándola apenado.

El lobo se sentó junto a Meg, alerta por si necesitaba defenderla.

—Lamento la muerte de Jocelyn. —le dijo con sinceridad, pues sabía lo mal que tendría que

estar pasándolo.

—Yo también. —suspiró—. Pero lo que más siento es haberla encubierto. Quizá si hubiera dicho lo que vi, hoy estaría aún viva.

Megan se acercó a él y posó su mano en el brazo del hombre.

—Hiciste lo que creías que debías hacer para protegerla. —le consoló—. Era tu hija y la creíste, nadie puede culparte por ello. Yo hubiera actuado igual.

El hombre asintió, con los ojos brillantes a causa de las lágrimas que contenía.

Sorprendiendo a Meg, hincó una rodilla en el suelo ante ella e inclinó la cabeza.

—Juro ante Dios y ante ti, Megan Mackenzie, que a partir de este momento tienes mi total y absoluta lealtad. —juró—. Daré mi vida por protegerte si es necesario y mi espada siempre estará a tu servicio.

—Magnus... —se sentía abrumada ante tal juramento.

El hombre se puso en pie de nuevo.

—No puedo volver el tiempo atrás, pero trataré de resarcir lo que ocurrió.

En ese momento Ian salió del castillo y se los quedó mirando.

Magnus le hizo una inclinación de cabeza a Meg y comenzó a alejarse, sin decir nada más.

—¿Qué quería? —le preguntó Ian, acercándose a ella.

—Acaba de jurarme lealtad. —dijo Megan emocionada, aún sin poder creérselo.

Ian suspiró.

—Tarde o temprano tendrás que hablar con él. —le aconsejó Meg.

—No me interesa. —se cruzó de brazos, tozudamente.

—Vamos, Ian, es tu tío. —le dijo—. No tiene la culpa de cómo se comportara su hija. Él está sufriendo por su pérdida, ¿quieres que también te pierda a ti? —posó su mano en el rostro masculino—. Un día me dijiste que era como un padre para ti, demuéstrolo y perdónale. No se merece tu rencor, como mucho, tu compasión.

Ian agachó la cabeza y la besó.

—¿Desde cuando eres tan sensata?

Meg le mostró una deslumbrante sonrisa.

—Siempre lo he sido, solo que tú no me escuchabas.

Ian suspiró y alzó la vista hacia la espalda de su tío, que se alejaba con los hombros hundidos.

—Tío. —le llamó Ian, a lo que el aludido se volvió para mirarle—. Sé que no fuiste el responsable de la conspiración contra Megan.

El hombre asintió, tragando con dificultad, pues las palabras de su sobrino mayor le habían dado un poco de paz.

—Eres un buen hombre tío y siempre me has mostrado lealtad. —prosiguió—. Eso no cambia para mí.

—Sois lo único que tengo. —reconoció Magnus—. Y pasaré el resto de mi vida compensado lo que hizo mi hija. —inclinó la cabeza, y se alejó.

Megan acarició la mejilla de su esposo, que aún seguía con la vista fija en la espalda de su tío.

—Es lo mejor que podías hacer. —le dijo—. Por él y por ti.

Al día siguiente, sus padres se presentaron en Clach. En cuanto la vieron, se dirigieron hacia ella y con cuidado la abrazaron.

—Nos has dado un susto de muerte, hija. —sollozó su madre, escondiendo la cabeza entre su pelo.

—¿Quién os avisó? —preguntó, sintiéndose reconfortada por su presencia.

—Fui yo. —dijo su esposo—. Tras el ataque, imaginé que cuando despertaras te gustaría tener

a tus padres contigo.

Megan le dedicó una sonrisa agradecida.

Su madre se separó de ella, secándose las lágrimas de los ojos.

Douglas tomó entre sus grandes manos la cara de su hija.

—Siempre has sido una niña muy valiente, pero te has convertido en una mujer excepcional.

Los ojos de Meg se humedecieron.

—Gracias, padre. —sonrió, emocionada—. Aprendí del mejor.

Entonces la puerta de Clach volvió a abrirse. Todos los habitantes del pueblo parecían estar allí.

—Pedimos permiso para pasar, señor. —habló Jarith.

—Adelante. —les invitó Ian.

—Veníamos a dar nuestro juramento de lealtad a la señora. —repuso Fergus, plantándose ante Meg, que los miraba sorprendida.

—No hace falta... —comenzó la joven.

Fergus, sin escucharla, hincó la rodilla en el suelo, ante ella.

—Juro, mi señora, ser leal y protegeros con mi vida. —habló el anciano granjero—. Me ayudasteis con mis cultivos de una forma sabia, pese a que desprecié esa ayuda. Nunca más osaré despreciar una idea que venga de vos.

Después le tocó el turno a Jarith, que procedió a colocarse en la misma posición que segundos antes había estado Fergus.

—Cuando os recogimos de su clan, dije cosas horribles y nunca me las echasteis en cara. Al contrario, me ayudasteis con mis dolores y apoyasteis a Fiona en su problema. Nunca olvidaré todo lo que habéis hecho por la gente de este clan, señora. —la miró fijamente—. Juro mi lealtad a vos y prometo defenderla con mi propia vida, si fuera necesario.

El siguiente en arrodillarse ante ella fue el joven Darren.

—Yo os debo mi vida, señora, no hay una deuda más grande que esa. —habló con la mano en el corazón—. Cuando os conocí os desprecié, pues creí que no seríais la persona indicada para unirse a nuestro laird. Sin embargo, habéis resultado ser perfecta. Juro por mi vida, protegeros y respetaros, por encima de mí mismo.

Tras él se postró Murdock, con su semblante serio de siempre, pero con calidez en sus ojos al mirarla.

—Nunca he sido un hombre paciente y he de reconocer que con vos, perdí la paciencia en muchas ocasiones. Sin embargo a vos eso no os amedrentó y continuasteis ayudando a mi familia y a mí. Salvasteis nuestro año al ayudar a parir a nuestra oveja y nunca pedisteis nada a cambio. —prosiguió el hombre—. Es por eso que juro serviros. A partir de hoy, tenéis mi lealtad eterna.

Y así continuaron uno a uno todos los hombres del clan, que agradecieron todo lo que Megan había hecho por ellos y sus familias.

Meg era incapaz de decir nada, abrumada por el torrente de emociones que la embargaban. Y aquello se intensificó aún más cuando todas las mujeres también entraron al salón de Clach, rodeadas de sus hijas.

—Señora. —se adelantó Moira, la mujer de Murdock—. Hablo en nombre de todas las mujeres Mackenzie, cuando digo que habéis sido un ejemplo para todas nosotras y para nuestras hijas. Vos no sois una mujer convencional, pero esas peculiaridades de vuestro carácter, os han convertido en una gran señora. Nos habéis enseñado que no hay nada de malo por decir lo que se piensa, pues nuestra opinión es tan válida como la de cualquier hombre. Podemos ser tan valientes y luchadoras como el que más y por encima de todo, podemos ser libres de mostrarnos como somos.

En nombre de todas nosotras y las generaciones venideras, muchas gracias, señora.

—Estoy muy orgullo de ti, hija. —oyó murmurar a su padre junto a ella.

Entonces Meg dio un par de pasos adelante y fue ella quien se arrodilló ante los Mackenzie.

—Soy yo la que está agradecida por poder formar parte de este clan y la que juro lealtad a todos los Mackenzie. —dijo, con voz firme—. Juro tratar de ayudar a todos los habitantes del clan. Protegeros si está en mi mano y daros comida si la necesitáis. Prometo intentar ser una señora digna de vuestra confianza. Pase lo que pase, mi corazón ya es tan Mackenzie como MacLeod.

Ian se acercó a ella, le tendió una mano y la ayudó a ponerse en pie.

Fly salió volando de su percha y se posó sobre el hombro de la joven, mientras que el lobo que se había instalado en el castillo, se acercó a ellos, tumbándose a sus pies. Ken y sus hermanas jugaban en torno al salón, dando vida a aquel antiguo castillo.

Formaban una familia atípica, pero sabían que serían felices.

—Y yo juro por mi vida que te amaré por encima de todas las cosas, cara de duende. —le prometió, acercándose más a Megan y besándola en los labios, mostrándole todo el amor que sentía por ella.

Epílogo

Un año después Meg sostenía entre sus brazos a una pequeña niña de cabello caoba como ella misma y ojos verdes, como todos los hermanos Mackenzie.

—La pequeña Aline es preciosa. —comentó Eara, sentada en la cama junto a su madre y el resto de sus hermanos.

—Mamá, ¿podremos enseñarla a jugar al escondite? —preguntó Lainie, emocionada con la idea.

—Habrá que esperar a que crezca un poco más. —sonrió Megan.

—Otra niña más por la que velar. —se quejó Ken, que ya tenía cinco hermanas.

—No te preocupes por eso, mi pequeño hombrecito, porque todas y cada una de tus hermanas sabrán defenderse por sí solas y no necesitarán a nadie que vele por ellas. —aseguró Meg, con una sonrisa divertida.

—Aline. —gritó Maisie, haciendo lloriquear al bebé.

—Sí, mi niña, tu nueva hermana se llama Aline. —le acarició la carita con cariño—. Pero baja un poco la voz o la asustarás.

La pequeña Megan se acurrucó contra el costado de Meg, mirándola con sus grandes ojos azules.

En ese momento la puerta se abrió y entró Ian.

Rìgh se sentó para mirarle, a lo que el hombre respondió acariciándole su gran cabeza.

—¿Cómo va todo por aquí? —preguntó, tomando a la pequeña Megan en brazos.

—Todo genial. —contestó Meg, con una sonrisa radiante en su rostro.

—He traído un regalo para Aline. —dijo el hombre, llevándose la mano a la espalda y sacando una bonita espada de madera, con su nombre tallado en la empuñadura.

—Es preciosa. —se emocionó Eara, mirando la espada con adoración.

—¿Os gusta? —preguntó Ian.

Los cinco niños asintieron.

—Pues hay una para cada uno en el salón. —les dijo—. Ten. —puso en los brazos de Ken a su hermana Megan—. Podéis ir a verlas.

Los críos salieron del cuarto corriendo, emocionados por el bonito regalo.

Ian se acercó a su esposa y la abrazó, dejando que reposara sobre su pecho, con la pequeña Aline entre los brazos.

—¿Te gusta? —le preguntó, dejando la espada sobre sus piernas.

—¿Creía que no te gustaban las mujeres guerreras?

—Es cierto. —concedió—. Pero hace algún tiempo me di cuenta cuan equivocado estaba. Hasta que llegaste tú era un ciego, que creía que lo ideal era encontrar una mujer que se adaptara a los convencionalismos y fuera obediente y abnegada, pero me enamoré de ti por eso que te hacía diferente a las demás. Me enamoré de ti por tu ardor y tu valentía. Me enamoré de tu esencia, Megan y eso es algo que nunca quisiera que cambiara.

—Siempre supe que eras un hombre sabio. —sonrió—. Y es por eso que te amo, mi amor.

—Yo te amo más a ti, cara de duende. —la besó con adoración—. Siempre te amaré.

FIN

Books By This Author

ENAMORADA (Primer libro de la saga hermanas Chandler)

ATRAPADA (Segundo libro de la saga hermanas Chandler)

ENTREGADA (Tercer libro de la saga hermanas Chandler)

APASIONA (Cuarto libro de la saga hermanas Chandler)

LA LEY DE LA SANGRE (Primer libro de la saga los guardianes del sello)

MATRIMONIO POR CONTRATO